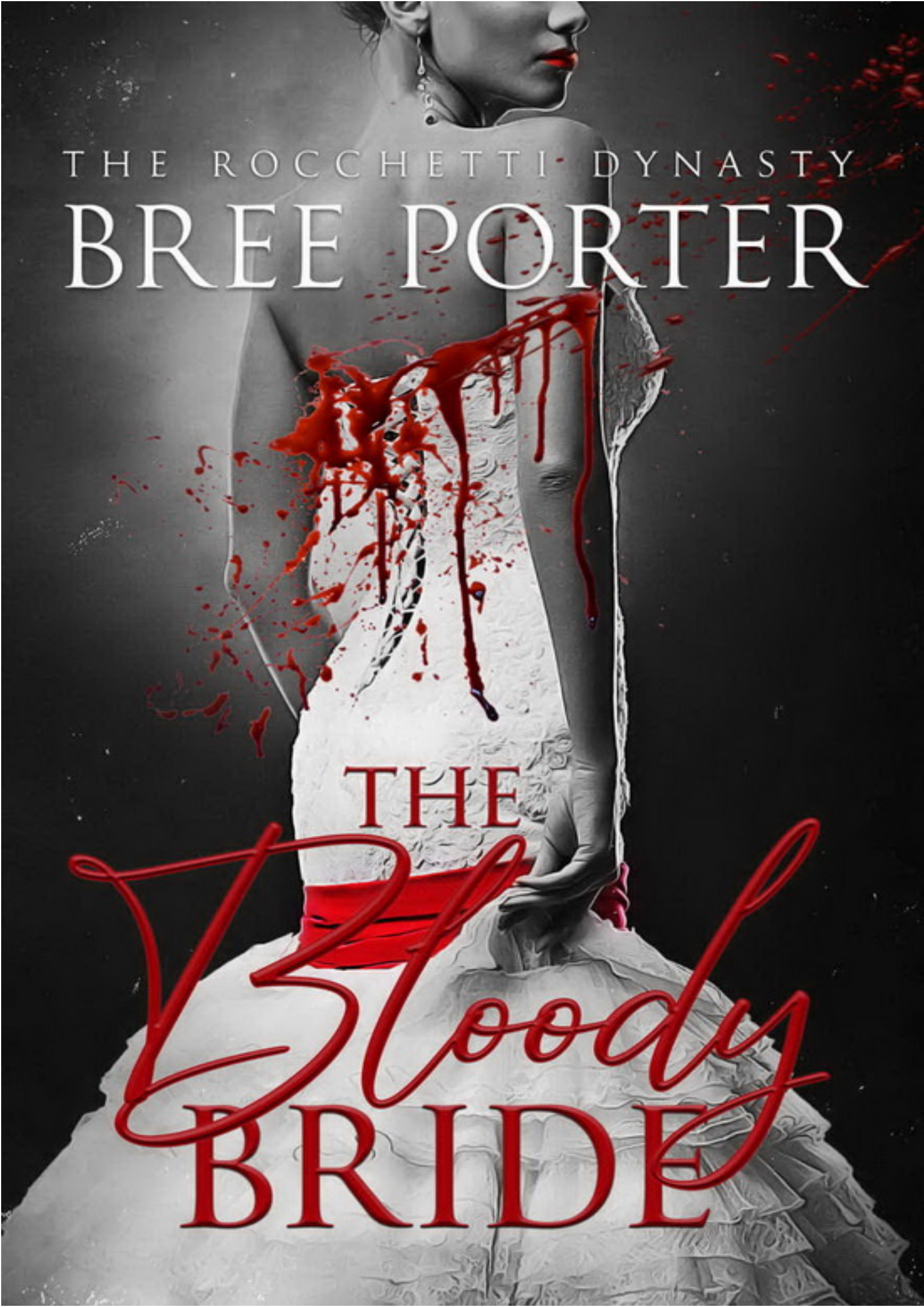

THE ROCCHETTI DYNASTY
BREE PORTER
THE
Bloody
BRIDE



THE BLOODY BRIDE

BOOK ONE IN THE ROCCHETTI DYANSTY

BREE PORTER



Esta traducción fue realizada sin fines de lucro por lo cual no tiene costo alguno. Es una traducción hecha por fans y para fans. Si el libro logra llegar a tu país, te animamos a adquirirlo. No olvides que también puedes apoyar a la autora siguiéndola en sus redes sociales, recomendándola a tus amigos, promocionando sus libros e incluso haciendo una reseña en tu blog o foro.

¡Disfruta de la lectura!

TEAM FAIRIES





Sinopsis

Entre los altísimos rascacielos de la Ciudad del Viento vive un oscuro submundo donde la lealtad, la violencia y la sangre son lo único que importa.

Sophia siempre supo que su matrimonio sería concertado y no estaría en sus manos, pero cuando su futuro marido no es otro que el tristemente célebre Alessandro "El Impío" el Príncipe Rocchetti, de la familia Rocchetti y Capo de Outfit de Chicago, se encuentra inmersa en una pesadilla.

El matrimonio concertado comienza de forma sangrienta y la violencia no termina el día de su boda. Sophia se ve obligada a navegar por su nueva familia, su dolor y el brutal mundo que conoce. Además de lidiar con su peligroso pero intrigante marido.

La rodean secretos y amenazas de los federales y del mundo criminal. Incluyendo los extraños sucesos que rodean la muerte de su hermana...

Este es el primer libro de la Dinastía Rocchetti, y termina en un suspense.



Capítulo 1

La mañana de mi boda me despertó alguien golpeando la puerta.

—¡Levántate, Sophia! —llamó una de mis tías.

Gemí y me di la vuelta.

La puerta se abrió de golpe y entró una corriente de mis amigas y familiares. Me sacaron de la cama y me arrojaron al baño. Mi piel estaba limpia y enrojecida, mis piernas depiladas hasta sangrar. Mi cabello fue recogido y peinado, con alfileres clavados en mi cuero cabelludo para lograr la perfección.

Mi comodidad no tenía importancia.

Después de todo, era el día de mi boda.

No hubo emoción. En cambio, cada mujer se dedicó a su tarea, evitando el contacto visual conmigo. No me ofrecieron ninguna seguridad. No me dieron ningún toque o abrazo suave.

Yo había estado en cientos de bodas y había atendido a la novia unas cuantas docenas de veces. Aunque la novia estuviera nerviosa por sus próximas nupcias, el ambiente general era de entusiasmo. Una nueva alianza, una nueva familia, era siempre algo que celebrar.

Excepto en mi caso.

Mi matrimonio se asemejaba más a un sacrificio de una virgen para los dioses paganos.

Observé a mis amigas y a mi familia a través del espejo. Incluso Elena Agostino, que siempre fue tan honesta, se negó a mirarme a los ojos.

Cat me habría mirado a los ojos.

Mis ojos se cerraron por sí solos.

Mi hermana nunca habría permitido que esto sucediera. Ni a ella ni a mí. Ella siempre había sido más fuerte, más inteligente. Mientras que yo evitaba a menudo molestar a nuestro padre, Cat habría quemado nuestra casa protestando por mi matrimonio.

Incluso si no hubiera tenido éxito, habría estado aquí conmigo. Haciéndome reír, pellizcando mis mejillas.

O al menos, encontrándose con mis ojos.

—¿Por qué todo el mundo está tan solemne? —Las palabras me salieron antes de que pudiera detenerlas—. No estamos en mi funeral.

—Todavía no. —Elena se quejó.

—Cállate, Elena. —dijo una voz aguda perteneciente a una de mis tías.

Sonreí con fuerza y me giré en mi asiento. La estilista resopló molesta. —Tía Chiara, háblame de tu nueva nieta. He oído que es encantadora.

La conversación creció rápidamente en la habitación ante la mención de un nuevo bebé. Me di la vuelta aliviada y dejé que la estilista terminara su trabajo en mí. Escuchar a mi familia hablar era reconfortante, aunque se cuidaran mucho de mencionarme o a mi boda. O cualquier cosa que tuviera que ver con los Rocchetti.

Su nombre estaba en boca de todos, pero nadie se atrevía a decir nada.

Finalmente llegó la hora de vestirme. Mi vestido de novia era lo más bonito que había llevado nunca y todos pasaban los dedos por la seda, intentando absorber su belleza. Era de manga larga, con cuello alto y una gruesa falda que se extendía en una larga cola blanca. Pequeños detalles de encaje decoraban los puños y los adornos.

Mi cabello estaba recogido en rizos dorados, combinado con una pequeña tiara que mantenía el velo largo en su lugar.

Me miré en el espejo mientras me cubrían la cara con el velo.

—Estás muy guapa, Sophia —dijo alguien en voz baja.

Parecía una novia.

Tantas veces había jadeado de asombro y placer al ver una hermosa novia. Toda vestida de blanco, con su mejor vestido. Incluso había llorado cuando había visto a mi prima, Beatrice Tarantino, caminar por el pasillo, tan grácil y elegante.

Pero al verme... sólo sentí miedo.

—Tu ramo, Sofía. —Elena me pasó el ramo de flores.

Mis dedos se congelaron antes de poder tocarlo.

El ramo lo había pagado *él*. Era costumbre que el novio pagara el ramo de la novia. En cierto modo, era lo primero que me había regalado. El anillo de compromiso había sido una reliquia.

Era un hermoso ramo, noté extrañamente. Una cascada de rosas blancas y lirios. Todas las flores estaban unidas con una cinta de seda.

—¿Sophia? —me dijo Elena.

Lo agarré con una sonrisa. Ahora estaba todo listo para servirle. —Gracias.

—No tienes que darme las gracias —fue todo lo que dijo.

Se oyó un suave golpe en la puerta.

Cada mujer parecía querer decir algo más, pero renunciaron a sus palabras. Al salir me dieron apretones y besos ligeros. Con cuidado de no estropear el peinado que había tardado horas en completarse.

Elena me apretó la mano. No dijo nada.

La puerta hizo clic y mi padre entró. No era un hombre muy alto, un rasgo que había adquirido de él. De hecho, papá y yo éramos muy parecidos en apariencia. Con el mismo cabello rubio, los mismos ojos castaños y la misma piel de caramelo, ambos parecíamos estar cubiertos de oro.

Cuando papá me vio, se llevó una mano al pecho. Llevaba su mejor traje.

—Estás preciosa, *bambolina* —murmuró.

—Gracias, papá.

Un poco de tristeza asomó a sus ojos cuando me vio. Papá se había disculpado por la boda, por extraño que parezca.

Esperaba a alguien más suave para ti, bambolina, me había dicho el día que me lo dijo. Tener un familiar en la poderosa familia Rocchetti significaba grandes cosas para los negocios, pero papá parecía bastante renuente con el arreglo. Pero no lo suficientemente como para negar mi mano.

Papá dio un paso adelante. —*Bambolina...*

—Está bien, papá. —Le sonreí.

Suspiró profundamente y me dio un apretón en la mano. —Siempre has sido una buena chica, incluso si fui un poco indulgente contigo. —Papá me miró a los ojos—. Si te portas bien, estoy seguro de que no tendrá ningún motivo para castigarte. Todo lo que necesitas hacer es comportarte.

—Lo sé.

Papá me tendió el brazo. Lo tomé, agradecida por el apoyo. —Desde pequeña siempre se supo que ibas a casarte con alguien, Sofía. Ahora soy un hombre mayor y no puedo estar vivo para siempre para cuidar de ti. Sé que habías deseado lo contrario.

Lo había deseado.

Después de la muerte de Cat, esperaba que papá me dejara vivir con él. Cuidar de él y de la casa en su vejez. Pero nuestro mundo no funcionaba así.

—Iré a visitarte, para que no te sientas solo —murmuré. La idea de que estuviera solo en aquella gran casa me hacía doler el corazón.

—Si te lo permiten, eres bienvenida cuando quieras.

Si me lo permiten.

Me tragué las palabras.

Papá siempre había sido quizás un poco indulgente con Cat y conmigo, viendo la crianza de los niños como un trabajo de mujeres y sin preocuparse por ello. La disciplina la impartían nuestras niñeras y madrastras. Pero aprendimos rápidamente que, si llegábamos a papá antes

de nuestro castigo, por lo general lo convencíamos con unas pocas palabras para que nos dejara ir.

Sabía que no era así para todos los padres e hijas.

No era así especialmente para las relaciones de marido y mujer.

Papá me guío por la casa, ayudándome a recorrer las escaleras y las puertas. Finalmente llegamos al coche y me ayudó a entrar.

El hombre del asiento del pasajero se dio la vuelta. Tenía una mandíbula dura y un corte calvo. En su regazo, descansaba una pistola.

—¿Está lista, señora?

—Lo siento, no te reconozco. ¿Eres nuevo? —Sonreí a modo de saludo mientras trataba de acomodar mis faldas.

Me miró parpadeando. —No, señora. Trabajo para el Sr. Rocchetti como parte de su equipo de seguridad. Me siento honrado de tener el encargo de protegerla.

Ahora era mi turno de parpadear sorprendida. ¿El Impío ya me había enviado su seguridad? Ni siquiera habíamos llegado a la iglesia todavía.

Me recuperé rápidamente. —Gracias, señor...

—Oscuro, señora. Francesco Oscuro.

—Bueno, gracias, señor Oscuro. Imagino que preferirías estar con tu Capo. —Le di una cálida sonrisa.

Oscuro pareció ponerse rosado antes de darse la vuelta en su asiento y hacer una señal al conductor para que arrancara el coche.

Vi pasar las calles mientras nos adentrábamos en la ciudad. Me había criado en las afueras de Chicago, por lo que tenía un conocimiento básico de la ciudad. Pero sabía dónde estaba la iglesia. Llevábamos toda la vida visitando la misma iglesia todos los domingos. Había visto bodas y funerales allí, y ahora era mi turno.

Tragué contra la sequedad de mi garganta.

Mis ojos parpadearon hacia papá.

Quizás todo esto era un extraño sueño, pensé. *Quizá dentro de un minuto me despierte y le cuente a Cat mi aterrador sueño en el que tenía que casarme con el Príncipe de Chicago.*

Pero no me desperté y el coche siguió avanzando hacia la iglesia.

En el momento en que la iglesia estuvo a la vista, empecé a tener una sensación de realidad.

La iglesia era un edificio hermoso. Con altas agujas y arcos y techos curvos. Grandes escalones conducían a las puertas y hermosas vidrieras decoraban las paredes. La nieve caía hasta el suelo, pero se había hecho un camino bien trazado desde el coche hasta las puertas de la iglesia.

Miré hacia otro lado, como si pudiera desterrarla de la existencia si no la miraba. Recorrí con la mirada la calle helada, prestando atención a los árboles esqueléticos y al Dodge Charger al final del camino.

—Vamos, *bambolina*. —Papá abrió la puerta y salió.

El aire frío entró corriendo y me estremecí, a pesar de mis capas de protección. Papá me ayudó a salir del coche, abrazándome con fuerza mientras me estabilizaba en el suelo.

Oscuro ya estaba fuera, con la pistola pegada al pecho. —Por aquí, señora.

Papá me llevó detrás de Oscuro, quien nos abrió las puertas. Dentro de la iglesia hacía mucho más calor y podía escuchar el suave parloteo de los invitados detrás de las paredes. Oscuro nos dejó, deslizándose silenciosamente por las puertas. Le indicaría a los Rocchetti que estaba aquí; una novia ausente hubiera estropeado las festividades.

Esperamos junto a las dos grandes puertas, escuchando los sonidos de las niñas que se encargarían de las flores y los pajes caminando por el pasillo. Los sonidos de los arrullos hacían eco.

Miré a la pared.

Al otro lado, un monstruo me esperaba. Me uniría a él, me llevaría a casa y haría de mí una esposa. Entonces quedaría embarazada y me obligaría a una vida de servidumbre.

—Papá. —Apreté su mano.

—Sophia. —Su tono era de advertencia. Me miró a la cara.

—Por favor... —Miré nerviosa hacia las puertas—. Me casaré con cualquier otro. Pero no con él.

Papá suspiró profundamente. —*Bambolina*, no podemos volver ahora. La reputación de la familia será destruida.

Empezaba a temblar. —Por favor, papá. Has oído los rumores. Sobre lo que les pasó a las otras mujeres Rocchetti. No puedo...

—Sophia —advirtió.

Me aferré más a él. Papá acercó su cara a la mía, encontrándose con mis ojos. Con mucho cuidado, puso un pulgar en mi mejilla. —No nos dejarán ir ahora, *bambolina*. —Me dio un suave beso en la frente—. Escúchame, Sophia. Se buena, pórtate bien.

Parpadeé rápidamente. Mi pecho se hundió. —Lo haré.

—No le des una razón para hacerte daño.

No había nada que decir a eso.

Mis ojos se cerraron brevemente. Quería tanto a mi hermana en ese momento que me dolió físicamente. En lugar de tener a papá a mi lado, quería a mi hermana. Mi mejor amiga desde antes de que pudiera recordar. Habíamos tenido diferentes madres, pero ella había sido mi alma gemela.

La música empezó a cambiar. Escuché a todos ponerse de pie.

Abrí los ojos y miré a papá.

Me puso la mano en el brazo. —Es la hora, *bambolina*. —Sus ojos parpadearon hacia mí—. Recuerda lo que he dicho.

Antes de que pudiera prometer mi acuerdo, las enormes puertas se abrieron de golpe.
La luz me golpeó primero, seguida de la potente melodía del órgano.



Entonces me estaba moviendo. Papá me estaba guiando por el hermoso pasillo, los bancos decorados con flores y cintas de seda. Todos los que conocíamos estaban allí, impecablemente vestidos y mirándome. Algunas miradas estaban llenas de lástima, otras me estaban evaluando. Absolutamente nadie parecía feliz por mí.

Cada vez más cerca...

Recorrí los bancos con la mirada. En la primera fila estaba sentada la familia Rocchetti. Todos vestidos maravillosamente, con el mismo pelo y ojos oscuros. Todos tenían la misma energía agitada y letal, como un grupo de animales salvajes encerrados en una jaula. El Don[1] parecía orgulloso y fuerte, con su hijo Toto el Terrible a su lado. Me encontré con los ojos de Don Piero y sonrió.

Rápidamente desvié la mirada.

Ya casi llegamos...

Nos detuvimos en las escaleras que conducían a la plataforma.

Hubo un pequeño chillido y miré hacia abajo para ver a una de las niñas de las flores mirándome expectante. No pude evitar mi pequeña sonrisa mientras le pasaba mi ramo. Era demasiado grande para ella, pero lo sostuvo con orgullo y se acercó a su madre.

Mi felicidad duró poco cuando papá me besó en la mejilla. Estrechó la mano de mi novio, antes de extender mi mano.

Por un instante, esperé que no la tomara. Me acusaría de traición o algo así, algo que lo sacaría de este matrimonio.

Pero luego su gran mano cálida se curvó ligeramente alrededor de la mía. Su palma era áspera pero su agarre no era doloroso.

Esperó mientras yo subía a la plataforma.

Sólo pude mirar nuestras manos unidas. La piel aceitunada oscura contra la piel ligeramente bronceada. Tenía las uñas cortas, mientras que las mías eran largas y estaban pintadas para la

[1] El **Don** o el Boss: Es el jefe de la familia. Encargado de tomar toda decisión sobre los asuntos de la familia, y tiene todo poder sobre ella.

boda. Pequeñas cicatrices rompían su piel, prueba de la vida violenta que había llevado, mientras que mis manos eran inmaculadas y suaves.

El sacerdote se adelantó, con la Biblia en la mano.

Mis ojos se fijaron en sus brillantes mocasines. Estaban tan limpios que casi podía ver mi reflejo en ellos.

El sacerdote comenzó a hablar de la belleza del matrimonio, dando su pequeño discurso. Intenté escuchar, traté de seguirle mientras empezaba un largo versículo bíblico sobre el amor y el matrimonio. Dijo algo sobre que el amor es paciente y bondadoso, creo.

—Sophia Antonia —dijo el sacerdote.

Lo miré.

—¿Aceptas al hombre que tienes delante como tú legítimo esposo, para tenerlo y conservarlo, desde hoy, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amarlo y cuidarlo hasta que la muerte los separe?

Hasta que la muerte los separe.

Me pesaba la lengua.

Tienes que estar de acuerdo, murmuró una voz en mi cabeza. *Tu negativa causará mucho más daño que tu aceptación.*

—Sí —dije.

El sacerdote asintió y se giró hacia el novio. Repitió las mismas palabras y pronunció su "sí quiero" mucho más rápido y con más seguridad que yo.

—Por favor, presenten los anillos.

Un joven se acercó con las alianzas de oro lisas en una pequeña almohada. Las sostuvo para nosotros.

Un niño se acercó con las alianzas de boda de oro liso sobre una pequeña almohada. Nos las tendió.

Extendí mis dedos y él deslizó el anillo. El sacerdote tosió suavemente. Rápidamente recordé mis líneas. —Tomo este anillo como signo de mi amor y fidelidad en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. —A cada palabra mi voz temblaba un poco más.

Mi novio fue de mucha más ayuda cuando tuve que colocar el anillo en su dedo.

El sacerdote sonrió. —Ahora los declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

La iglesia estalló en aplausos y vítores.

Pero apenas pude escuchar algo.

Con mucho cuidado, me levantó el velo y lo puso sobre mi cabeza.

Tienes que mirar hacia arriba, Sophia. Tienes que mirar hacia arriba.
Incliné la barbilla y encontré los ojos oscuros de Alessandro Rocchetti.

Mi hermana y yo solíamos burlarnos de los Rocchetti.

En lugar de temer al hombre del saco o al monstruo de debajo de la cama, nos escondíamos bajo las sábanas de la familia real del crimen. Cada vez que nos acercábamos a hurtadillas, gritábamos su lema familiar y nos disfrazábamos de ellos para perseguirnos por toda la casa. Como niñas acostumbradas a las pistolas en la encimera de la cocina y a que nuestro padre llegara a casa antes de la cena cubierto de sangre, teníamos la piel bastante gruesa cuando se trataba del miedo.

Y sin embargo... la familia criminal Rocchetti llenaba nuestros corazones de completo y total terror.

Ya no eran hombres, sino monstruos. La realeza criminal.

Las historias y leyendas que los rodeaban eran suficientes para hacer que un hombre adulto sintiera náuseas. Incluso mi padre, un hombre criado en el sangriento mundo de la mafia, daba a los Rocchetti un amplio margen.

Y me iba a casar con uno.

Alessandro Rocchetti. El Impío. Príncipe de Chicago. Segundo hijo de Toto el Terrible.

Si fueras estúpido, lo considerarías guapo. Y lo era, en cierto modo. Piel aceitunada y hermosos ojos oscuros. Su cabello castaño oscuro era corto y echado hacia atrás, combinado con una barba corta. Tenía una mandíbula y un mentón afilados, lo que le daba una tez dura pero hermosa. Era alto, corpulento y siempre vestía impecablemente.

Pero había algo en él que le impedía ser hermoso sin rendirse. Un brillo feroz en sus ojos, una aspereza en su mandíbula, una curva no domesticada en su sonrisa. Todos tus instintos te advertirían que lo dejaras en paz, de la misma manera que podrían advertirte de un animal peligroso.

La primera vez que hablé con él fue cuando me pasó mi anillo de compromiso. Le dije que era muy hermoso y él respondió que era una reliquia familiar. Estaba aterrorizada por él entonces y estaba tan aterrorizada de él ahora.

Alessandro Rocchetti no me sonrió cuando se inclinó para darme un suave beso. Sólo mantuvo sus ojos oscuros fijos en mí, del mismo modo que un león podría observar a una gacela.

Entonces las ventanas se rompieron.



Capítulo 2

Alessandro retrocedió y me empujó hacia un lado.

Tropecé, agarrando mis faldas para evitar tropezar.

A nuestro alrededor, llovían hermosos cristales de arco iris. La Virgen, los ángeles y los santos brillaban como diamantes. El espectáculo pareció mágico durante un segundo, hasta que unas figuras oscuras saltaron de las ventanas sin cristales. Sostenían enormes armas y las apuntaban a la multitud.

Entonces empezaron a disparar.

Los gritos estallaron, tan desgarradores y espantosos. —¡Los niños! —gritó la gente—. ¡Traigan a los niños!

Los hombres empezaron a reaccionar, sacando armas y disparando a los asaltantes. Frente a mí, Alessandro sacó una pistola y apuntó a uno de los atacantes. Un disparo y el hombre cayó en la pared detrás de él, chorreando sangre por todas partes.

—Oh, Dios —me tropecé hacia atrás—. Oh, Dios...

Alessandro giró la cabeza hacia mí y enseñó los dientes. —Sal de aquí ahora.
Un hombre se acercó por detrás de él.

Señalé con el dedo. —¡CUIDADO!

Alessandro se movió más rápido de lo que mi ojo pudo registrar y derribó al hombre de un solo disparo. Otro hombre ocupó su lugar y Alessandro también se ocupó de él.

Tuve la extraña sensación de estar viendo a un hombre hacer exactamente aquello para lo que había nacido.

Alessandro mataba con tanta precisión y facilidad, pero también con un desenfreno y un placer sin ocultar. Parecía un gran juego para él, moviéndose a un lado como una serpiente y luego abalanzándose donde el asaltante menos lo esperaba.

Una mano fuerte me agarró el brazo.

Grité.

—¡Tranquila, chica!

Me volví y encontré a don Piero a mi lado. Un hombre grande e intimidante con un rostro arrugado y ojos antiguos, no era alguien a quien quisieras cruzar. Construyó la familia Rocchetti desde cero y fue uno de los Don más temidos que jamás haya existido.

Y ahora era mi abuelo político.

Apretó su agarre. —Sígueme. Te protegeré.

Me volví hacia Alessandro. —Deja que haga lo que está entrenado para hacer.

A nuestro alrededor resonaron gritos y disparos. Las puertas de la iglesia se habían abierto de par en par y, desde la calle, podía oír fuertes bocinazos y más gritos.

Don Piero comenzó a arrastrarme detrás de la estatua de la Virgen María. —¡Agáchate! —ladró.

Me puse de rodillas y me apoyé en la fría piedra. El olor a incienso y a sangre llenaba el aire. Miré a Don Piero. Estaba inclinado sobre la piedra, con la pistola en la palma de la mano. La sangre empapaba su camisa blanca.

—Señor, está herido.

Ni siquiera miró la herida, sólo dirigió sus ojos oscuros hacia mí. —Eso es lo que suele ocurrir cuando te disparan.

Tragué con fuerza.

Sus ojos volvieron a mirar hacia atrás, comprobando si había algún atacante detrás de mí. —Tienes que ir al lado de la iglesia, ¿me oyes? Desde allí puedes tomar la salida trasera.

—¿No van a cubrir todas las salidas? —pregunté.

Don Piero me miró bruscamente, pero se salvó de tener que responder cuando una mano grande agarró su camisa y tiró de él. Don Piero, que no se dejaba arrastrar, clavó los talones en el suelo y se paró ante el hombre.

El hombre iba vestido de negro, con una pistola en la mano. Tenía el pelo corto y castaño y la nariz torcida. Sonrió a Don Piero, mostrando unos dientes ensangrentados.

De repente me sentí muy débil.

—Piergiorgio —siseó el hombre.

—Sólo mi santa madre me llama así —dijo el Don—. ¿Qué negocio tienes que lo has traído a la boda de mi nieto?

El hombre me miró, vio mi vestido blanco y sonrió. Luego volvió a mirar a Don Piero. Sus nudillos en la pistola se tensaron. —Los Gallagher os saludan. Rápido como un látigo, me apuntó con su arma y disparó.

Grité, pero no salió ningún ruido.

Algo me agarró y me tiró lejos. Me arrojaron al pecho de alguien, tropezando con mis faldas en el impulso. La sangre de sabor metálico de la camisa de mi salvador se me metió en la nariz y la boca, haciéndome retroceder y casi caer.

Levanté la vista.

Alessandro Rocchetti me miraba fijamente. Sus ojos negros estaban lívidos. —Toma el Don y lárgate de aquí. *Ahora.*

Ni siquiera pude responder. Me giré, desesperada por ver por dónde había ido la bala.

El suelo detrás de mí estaba despejado.

Con una lenta y repentina comprensión, miré mi vestido. La sangre se derramó sobre la tela desde mi costado, donde había aparecido un rasgado distintivo y una revelación de piel.

—Me han disparado. —No podía creer las palabras que salían de mi boca.
—Es sólo un rasguño —espetó Alessandro. Me agarró del brazo y me apartó. Pude oír los gritos de Don Piero y del hombre de la nariz torcida—. ¡Toma esto!

Miré su mano. Sostenía una pequeña navaja.

La agarré sin dudarlo.

—Vete, *ahora*.

Tropecé hacia adelante, agarrando mi costado. Ahora que había notado la herida, todo lo que podía pensar era en el dolor del disparo. Tropecé y golpeé la pared, jadeando.

Dios, me dolía mucho.

¿Cómo había estado Don Piero absolutamente bien? Me rasparon con una bala y estaba a punto de desmayarme.

Me aferré a las paredes y me sostuve.

Mi frente presionada contra la piedra fría. A mí alrededor podía escuchar disparos, gritos y alaridos. El olor a incienso y sangre estaba por todas partes. El dolor atravesó mi cuerpo. La hoja en mi mano se clavó en mi palma.

Levanté la cabeza, me giré y corrí.

A lo largo del lateral de la iglesia había un pasillo separado, conectado a la zona principal a través de arcos. Me arrodillé y corrí por él, escondiéndome detrás de las cortas paredes, intentando no gemir mientras los sonidos de la agonía de la gente se hacían más fuertes.

Los cristales rotos se me clavaron en las rodillas, pero hubiera sido mucho peor si no hubiera estado usando este vestido ensangrentado.

Llegué al borde del pasillo, donde se abría una alcoba. La puerta que daba a la iglesia no estaba ni a dos metros de distancia.

Mucha gente había conseguido salir, pero unos cuantos seguían intentando arrastrarse. Todas sus hermosas ropas estaban rasgadas y manchadas de sangre.

Miré por encima del arco.

En el altar parecía haber un enfrentamiento. Alessandro estaba de pie con Don Piero, con la pistola desenfundada y preparada. Toto el Terrible y otros Rocchetti se enfrentaban a otro grupo en el pasillo. Algunos de los asaltantes no formaban parte de ninguno de los dos grupos y dirigieron su atención hacia los últimos rezagados.

Giré. No todos habían salido todavía.

Dios, ¿iba a ver cómo masacraban a esta gente?

Antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba haciendo, me levanté y grité:

—¡Eh, chicos de Gallagher, estoy aquí!

Inmediatamente comenzaron a avanzar hacia mí.

—Ven aquí, pequeña novia. Arrulló a uno de ellos. Su arma me apuntaba directamente.

Oh, Dios.

Me agaché justo cuando las balas rebotaron junto a mí. Miré la pared de piedra que había detrás de mí, ahora cubierta de balas.

—¿A dónde has ido? —preguntó un atacante con voz cantarina.

No sabía adónde ir. De irme tendría que arriesgar la vida de personas ajenas a la iglesia, y quedarme estaría arriesgando mi vida.

Comencé a arrastrarme de regreso por donde vine.

Detrás de mí, escuché el sonido de unas botas golpeando el suelo. Entonces una mano agarró la parte de atrás de mi vestido y me tiró hacia arriba.
Grité y me retorcí en el agarre de mi atacante.

El soldado de Gallagher me puso la pistola en la sien y sonrió de forma maníaca. —La luz se ha apagado...

Pasé mi mano por su garganta.

Sus ojos se abrieron de par en par con sorpresa y luego con horror.

La sangre empezó a brotar de su cuello. Parecía una cascada.

El hombre dejó de agarrarme y cayó hacia delante.

Caí con su cuerpo, golpeando el suelo con rudeza. Pequeños fragmentos de vidrio quedaron atrapados en mi vestido, clavándose en mi piel. La humedad cubría mi cuello y podía sentirlo empapando mi vestido.

Es sangre.

Dios mío, me estaba empapando de la sangre de otra persona.

Con una fuerza desconocida, alimentada por el asco y la desesperación, empujé al hombre y me alejé. La cola del vestido me dificultaba ponerme en pie, pero logré avanzar al menos un metro.

Apenas podía respirar.

Mi corazón latía con tanta fuerza, mi pecho subía y bajaba rápidamente.

Acababa de matar a un hombre.

Los disparos resonaron en toda la iglesia y me llevé una mano a la boca para no gemir.

Un hombre saltó por encima del arco y aterrizó frente a mí. Miró el cuerpo que estaba a mi derecha y luego dirigió su estruendosa mirada hacia mí.

—Perra... —Se abalanzó sobre mí.

Retrocedí y saqué mi cuchillo lleno de sangre. —¡Aléjate de mí!

El hombre se detuvo un momento y luego cayó al suelo. Sus ojos se pusieron en blanco y su boca se abrió en estado de shock.

Antes de que pudiera reaccionar, una sombra se cernió sobre mí. —¿Señora?

Miré hacia arriba. Oscuro me estaba mirando. Estaba cubierto de sangre y sostenía dos pistolas, una en cada mano, y ambas seguían humeantes.

—Arriba, Sra. Rocchetti. Es hora de irse.

Tropecé con mis pies, con Oscuro ayudándome. Sobre los arcos pude ver que los grupos se habían fusionado en una gran masa. Con los miembros de Outfit[2] a la izquierda y los asaltantes a la derecha. Don Piero parecía un rey mirando a sus súbditos, con las manos en los bolsillos y la sangre goteando por su esmoquin.

[2] El Outfit de Chicago es un sindicato del crimen organizado italoestadounidense con base en Chicago, Illinois que se remonta a la década de 1910. Forma parte de la mafia estadounidense originaria del South Side de Chicago.

Alessandro estaba al lado de su abuelo, cubierto de sangre y agarrando sus armas. Se parecía a algo que podría conjurar en una pesadilla.

—Señora Rocchetti, realmente debería irse ahora.

De repente, Alessandro levantó los brazos y eliminó a dos de los asaltantes. Su familia derribó a los demás.

Los cuerpos se desplomaron en el suelo de forma sincronizada, con las armas repiqueteando contra el suelo de mármol.

Parecía una ejecución.

Por un momento hubo silencio. La luz del sol invernal entraba a raudales por las ventanas sin vidrio, iluminando los cuerpos, la sangre y el vidrio que cubría el mármol. Las estatuas de nuestros santos captaron la luz y brillaron, algunas de ellas agrietadas y ensangrentadas.

Miré los cristales rotos.

En el reflejo, pude distinguir mi imagen rota. Mi velo estaba rasgado y colgaba torpemente, mi cabello se desenredaba y caía sin fuerzas sobre mis hombros. Y mí vestido… La sangre cubría mi corsé blanco y mi falda, extendiéndose como una mancha.

Era una novia ensangrentada.

El sonido de las sirenas de la policía irrumpió desde el exterior.





El Dr. Ettore Li Fonti era el hermano de un Made Man [3] y el médico favorito entre el Outfit. Tenía manos suaves y una voz amable. Cuando desinfectó mi herida y siseé por la sensación de escozor, me frotó el brazo y me contó una historia divertida.

Nos sentamos en los bancos de madera de la iglesia. A mí alrededor, los hombres y mujeres heridos estaban siendo atendidos. Los que no estaban heridos habían sido llevados a sus casas -incluidos los niños-, excepto los -Made Man- que caminaban con armas y expresiones furiosas.

El Dr. Li Fonti me dijo que habíamos tenido suerte con las heridas. Ninguna de ellas era especialmente grave, ya que los Rocchetti y yo habíamos sido los objetivos. Pero algunos invitados inocentes quedaron atrapados en el fuego cruzado y hubo tres bajas.

Los Rocchetti estaban al mando de la iglesia. Don Piero había salido a hablar con la policía y aún no habían hecho ningún movimiento de arresto, no como lo harían en una situación normal. Los demás miembros de su familia estaban protegiéndolo o limpiando los cadáveres. Algunos incluso habían optado por acechar la iglesia, escudriñando cada rincón y grieta en busca de algún atacante. Nadie cuestionó a los Rocchetti y todos les seguimos la corriente.

Papá estaba pegado a mi lado, pistola en mano. Cada vez que me miraba, el dolor brillaba en sus ojos.

—¿Quiénes son los Gallagher? —pregunté en voz baja.

El Dr. Li Fonti fingió no escuchar.

Papá suspiró. —Son una banda irlandesa que nos ha dado algunos problemas últimamente. Nada de lo que tengas que preocuparte.

No opinaba igual, pero mantuve la boca cerrada. Estaba demasiado cansada para intentar dar una respuesta educada.

Las puertas de la iglesia se abrieron de golpe y entró mi esposo. Alessandro escaneó el área antes de que sus ojos oscuros se posaran en mí. La sangre cubría su esmoquin y su cabello estaba desordenado. Pero su paso no vaciló y no parecía tan nauseabundo como yo me sentía.

Cuando llegó hasta mí, se metió la pistola en la chaqueta del traje.

—¿Está curada? —preguntó Alessandro al Dr. Li Fonti.

[3] En la mafia americana y la mafia siciliana, un Made Man es un miembro completamente iniciado de la mafia. Para convertirse en "made", un asociado primero debe ser italiano o de ascendencia italiana y estar patrocinado por otro Made Man.

—Lo estoy —respondí.

El Dr. Li Fonti recogió rápidamente sus suministros y pasó al siguiente herido. Murmuró algo sobre que necesitaba paracetamol[4].

Alessandro miró a papá. Luego dirigió sus ojos oscuros hacia mí. —¿Estás bien para caminar sola?

—Estoy bien —murmuré. Dudaba que quisiera escuchar sobre el dolor que estaba sufriendo. Mi estrés. Mis manos ensangrentadas.

—Nos vamos ya —dijo.

Alessandro no era un hombre acostumbrado a recibir un no como respuesta, así que sólo asentí con la cabeza y me levanté.

Papá se levantó conmigo, poniendo una suave mano en mi espalda. —Déjame ayudar a Sophia a llegar al coche.

—Si ella dice que puede caminar sola, entonces puede —respondió Alessandro, con un tono cortante.

En lugar de despedirse, mi padre se limitó a apretarme ligeramente el brazo y a implorarme con la mirada que recordara hacer caso a su advertencia.

La gente se apartó de mi camino cuando salí del banco, a pesar de mi insistencia en que descansaran. Antes de que saliera por las puertas, Alessandro me agarró por la parte superior del brazo. Su agarre era brusco.

Lo miré y sentí que se me encogía el estómago.

De repente tuve el pensamiento de mi noche de bodas. Beatrice y mis tías me habían explicado dolorosamente lo que iba a suceder, no es que yo no tuviera ni idea. Ir a una escuela católica había significado que el sexo era un conocimiento prohibido y solo por esa razón todo el mundo estaba obsesionado con aprender sobre él.

Durante la ceremonia y luego la pelea, había estado demasiado preocupada por pensamientos de miedo y dolor como para pensar en el futuro.

[4] El paracetamol está indicado para la fiebre y el dolor. Este tipo de doctormento se utiliza para reducir la fiebre y aliviar el dolor.

Alessandro se inclinó hacia mi oído y traté de no tensarme.

—Mantén la cabeza en alto —murmuró—. Ahora eres un Rocchetti y los Rocchetti no muestran debilidad.

Asentí una vez.

Al salir, me giré y me encontré con los ojos de papá. Me observó con una mirada extraña, como si no me estuviera viendo realmente.

Rápidamente me volví hacia delante.

El aire frío del invierno me golpeó mientras nos dirigíamos al exterior. Pero mis pensamientos se dirigieron rápidamente a los coches de policía y a los invitados acurrucados. Los policías estaban de pie con Don Piero, pero voltearon la cabeza hacia mí cuando Alessandro me guío por las escaleras. Cada policía me observaba con curiosidad, pero ninguno se atrevía a acercarse a mí para pedirme una declaración.

Levanté la barbilla y dejé que mi marido me guiara hasta la calle.

Un Range Rover negro esperaba junto a la acera, estacionado ilegalmente en la acera. Alessandro abrió la puerta y dio un paso atrás para dejarme entrar. Maniobrar alrededor de las faldas empapadas de sangre fue difícil, pero finalmente abandoné todos los intentos de consolarme y recosté la cabeza en el respaldo del asiento.

Alessandro cerró la puerta tras de sí. —Conduce —ladró.

El conductor, un hombre al que no reconocí, hizo que el coche cobrara vida y salió disparado de la calle. En el asiento del pasajero, Oscuro estaba sentado, con la pistola en el regazo.

Cerré los ojos brevemente.

La adrenalina comenzaba a correr por mi cuerpo, dejando solo agotamiento a su paso. A mi lado, Alessandro estaba ladrando órdenes en su teléfono. Recogí algunos nombres, pero mi cerebro tenía problemas para asimilar la realidad y el mundo que me rodeaba. Antes de darme cuenta, estábamos entrando en un oscuro garaje subterráneo.

El coche estaba aparcado al fondo, entre un Lamborghini negro y un segundo Range Rover enorme. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que se trataba de la colección privada de coches de Alessandro.

—Aquí tienes tu navaja. —Le tendí la hoja.

Alessandro no la miró. —Quédate con ella.

Tan pronto como el coche se detuvo, todos salieron y me apresuré a seguir el ritmo. Mis faldas ensangrentadas se aplastaron en mi agarre.

Subimos en un ascensor privado hasta el ático. El ascensor estaba en silencio, a pesar del espeso olor a sangre y sudor que irradiábamos tanto mi marido como yo. Alessandro miraba con el ceño fruncido su teléfono, mientras que Oscuro y el hombre sin nombre permanecían callados y vigilantes.

Intenté sonreír al hombre que no conocía. —Soy Sophia. ¿Y tú eres?

—Beppe Rocchetti, Sra.

Sabía su nombre. Beppe era el hijo de Carlos Jr. Rocchetti y su amante. Había crecido con el apellido Rocchetti y sus ojos oscuros, pero no se le permitía tener un cargo oficial en la familia. Tenía el mismo aspecto que el resto de su familia, pero su pelo era más claro y estaba trenzado detrás de la cabeza. Al igual que Oscuro, era un hombre bien construido, con manos que podían romper mi cuello y músculos más grandes que mis muslos. Un hombre musculoso, entonces.

Sonreí a modo de saludo.

El ascensor sonó y Alessandro fue el primero en salir.

Le seguí, jadeando en silencio mientras observaba el espacio.

La residencia era hermosa. Un penthouse con vista a Chicago, con una hermosa vista del río. Grandes ventanas de vidrio se extendían a lo largo de la parte posterior y los techos eran altos. Al entrar por primera vez, te encontrabas en el moderno salón de color gris y marrón cuero, con la cocina y la mesa de comedor a la izquierda. Al lado de la cocina había una puerta; debía de ser el estudio, pensé.

A la derecha, había unas escaleras que subían. Pero el segundo piso estaba construido de tal manera que tenía un balcón que se abría a la zona de abajo, creando la sensación de un enorme espacio abierto.

A pesar de su belleza, el ático era frío. Estaba decorado con una perfección insensible, sin un solo toque de personalidad en los rincones. Todo eran líneas duras y bordes afilados. Incluso los libros de las estanterías y la mesa del centro parecían estar ahí para decorar, no para disfrutar. Ninguna obra de arte adornaba las paredes, ni había cuencos vacíos junto al fregadero.

Sentí más calor en la tumba de mi hermana que en el apartamento de Alessandro Rocchetti.

—Cesco te acompañará a tu habitación —dijo Alessandro, antes de girar sobre sus talones y dirigirse al estudio. Beppe le siguió.

—Por aquí, señora Rocchetti.

Seguí a Oscuro por las escaleras. Desde el segundo piso, pude ver a Alessandro en su estudio, con el teléfono en la mano.

El piso de arriba era igual de fresco y moderno. Había unos cuantos desniveles en la pared, con puertas al final de los cortos pasillos. Oscuro me condujo hasta la puerta del final.

—Esta es su habitación, señora. —La señaló con un gesto—. Si necesita algo, baje las escaleras.

—Gracias, Oscuro. —Le sonreí con fuerza—. Por enseñarme el lugar y por salvarme la vida hoy.

Agachó la cabeza. —Es mi trabajo, señora.
Miré hacia la puerta y luego hacia el estudio. —¿Sabe si el señor Rocchetti tardará mucho?

Oscuro se balanceó sobre sus talones, pareciendo un poco incómodo con mi pregunta. —Todavía quedan muchas cosas por averiguar, señora.

Le di las gracias una vez más, antes de abrir la puerta del dormitorio y desaparecer en su interior.

El dormitorio estaba tan impecable como el resto de la casa. La gran cama estaba en el centro, con vistas a la hermosa ciudad. Una chimenea se encontraba a un lado, con un pequeño conjunto de sillones frente a ella. Una estantería vacía descansaba en la otra pared. Detrás de la cama, una pequeña alcoba conducía al vestidor y al moderno cuarto de baño.

Entré directamente en el baño y me agarré al lavabo.

Estaba aquí.

Estaba en la casa de Alessandro Rocchetti.

Como su novia.

Meses atrás, cuando papá me contó lo que iba a pasar, aún había quedado una ligera incredulidad. Ni siquiera me lo había creído de verdad cuando Alessandro me dio mi anillo de compromiso o cuando tuve que empaquetar unas cajas para ser enviada a su residencia.

Pero ahora...

Yo era Sophia Rocchetti. La novia del Impío.

Y estaba cubierta de sangre.

Miré mi reflejo en el espejo. La sangre estaba por todas partes. Mi piel estaba cubierta de ella. Mi pelo, mi cara, mis uñas.

Miré al lavabo y vomité.

Este cuarto de baño, que antes estaba maravillosamente limpio, tenía ahora las marcas de la sangre y el vómito.

Seguro que vería cosas mucho peores durante mi estancia.

Tardé un rato en quitarme el vestido, pero gracias a un raro arrebato de ira, conseguí arrancarlo. Lo dejé en el suelo con mi velo mientras me metía en la ducha y abría el agua a ciegas. El agua helada me salpicó, pero ni siquiera la sentí realmente.

Lo único a lo que podía prestar atención era a la sangre que se deslizaba por mí y hacia el desagüe.

En ese momento, lo único que quería era a mi hermana. Cat habría estado a mi lado, ayudándome a quitarme el vestido y lavándome. Me habría calmado lo mejor posible, haciéndome reír y rompiendo el silencio que tanto odiaba.

Apreté la frente contra las frías baldosas y cerré los ojos con fuerza.

—Cat. —Su nombre salió como un sollozo.

Quería saber qué había hecho para merecer esto. Había perdido a mi madre, a mi hermana. Me habían criado en una bonita jaula, vigilando cada movimiento que hacía. Y ahora me habían vendido sin pensarlo dos veces al Impío. El Príncipe de Chicago.

Alessandro Rocchetti, que había sido nombrado Made Man a los trece años después de matar a tres hombres con un solo cuchillo. Había sido Capo a los diecisiete años, se había encargado personalmente de los traidores y le había arrancado la lengua a un hombre con sus propias manos porque lo había desafiado por el poder.

Cuando yo había estado practicando rutinas de animadora y soñando con Leonardo Di Caprio, mi marido había estado torturando y sangrando por su familia y el Outfit de Chicago. Se bañaba en sangre y se dormía con los gritos de sus enemigos.

Respiraciones profundas, dijo la voz de Cat en mi mente. *Respiraciones profundas.*

No recuerdo haber salido a trompicones del baño, ni haberme secado la herida, pero no sentí ninguna inclinación por dormir. En lugar de sentir las secuelas de la adrenalina, mi cuerpo parecía revivir sus instintos de supervivencia para afrontar la noche de bodas.

Me aferré a la bata y esperé.

Pasó una hora en un abrir y cerrar de ojos. Por un momento, pensé que no aparecería. Tal vez no le agradaba o incluso no se sentía atraído por mí.

Pero tan pronto como ese pensamiento entró en mi cabeza, alguien llamó a la puerta.

Puede que a Alessandro no le agradara, pero el deber era ineludible.

—Adelante.

La puerta se abrió y Alessandro entró en la habitación. No era el guapo novio ni el príncipe asesino, en cambio parecía ser un poco más casual. Su cabello estaba alborotado, no perfectamente echado hacia atrás, y vestía pantalones sencillos con cordón y una camiseta.

Ni siquiera llevaba zapatos en los pies.

Pero relajado no era una palabra que pudiera decir sobre Alessandro. No se le podía calificar de tranquilo o despreocupado. No cuando había un picor bajo mi piel, un golpe peligroso detrás de cada movimiento que hacía.

Los ojos oscuros e intensos de Alessandro se posaron en mí. No contenían ninguna emoción por las actividades de esta noche.

Ya somos dos, pensé.

—Sophia. —Saludó. Escuchar mi nombre de su boca era vertiginoso.

—Si Aless… —Dejé de hablar. No tenía idea de cómo dirigirme a él—. Hola.

Alessandro me miró sombríamente. —Puedes llamarme Alessandro. Después de todo, somos marido y mujer.

Intenté sonreír, pero parecía más bien una mueca en mi rostro.

El silencio se extendió por la habitación.

Los nervios se apoderaron de mí y solté:

—¿Está bien el señor?

—El Don está bien —dijo con crudeza—. ¿Por qué te importa?

Abrí la boca y la cerré, sin saber muy bien qué responder. El Don era el padrino del outfit, ¿no debería preocuparme por su bienestar? Pero había ayudado en mi matrimonio. Así que tal vez debería desagradarme. Sin embargo, le temía lo suficiente.

—Me duele la herida —susurré—. No puedo imaginar cómo se siente.

Alessandro hizo un ruido oscuro. Podría haber sido una risa. —Ha sobrevivido a cosas mucho peores. —Como una pantera preparándose para matar, Alessandro se inclinó hacia mí, con los ojos intensos—. Espero que no te guste el Don. Eres mi esposa, no la suya.

—Lo sé —respondí. El cambio en su postura y en su tono hizo que mis nervios subieran como alarmas.

Sus ojos oscuros me inmovilizaron. —Debes saber que no debes confundir tus lealtades. Estás en una posición muy informativa, esposa. Jugar a ir entre el Don y yo no es lo mejor para ti. Jugar al intermedio con alguien no es lo mejor para ti. —La violencia parpadeó en las profundidades de sus ojos—. Porque te atraparé, Sophia.

—¿Y me matarás?

Alessandro ladeó la cabeza.

—Ese es el final de tu frase. Atrápame y mátame.

—Tal vez. —Lo que en realidad significaba que *sí*.

Tragué con dureza. Alessandro sería sin duda un hombre desconfiado, un hombre lleno de paranoia en todo momento. Papá había sido igual, al igual que todos los demás mafiosos con los que había crecido. Desconfiaban del gobierno, de otras bandas, de los demás. Sospechar de tu mujer no era un salto tan grande.

Dije las palabras que me habían enseñado toda mi vida:

—Sólo deseo ser una buena esposa para ti y una buena madre para tus hijos.

Alessandro puso cara de desconfianza, pero inclinó la cabeza.

Mis ojos parpadearon hacia el reloj. Sólo eran las siete de la noche. Me sentía un millón de años más vieja que esta mañana, cuando me habían sacado de la cama mi familia y mis amigas. Me había casado, me había convertido en una asesina y me habían disparado, todo en un solo día.

Y ahora estás a punto de perder la virginidad, dijo una voz en mi cabeza.

Intenté parecer más valiente de lo que me sentía mientras decía:

—Será mejor que sigamos adelante. —Mis mejillas se calentaron—. Ya sabes... para no meternos en problemas.

—Problemas. —Alessandro murmuró la palabra con desconocimiento—. ¿Por no follar? Qué concepto tan interesante.

No había escuchado palabras tan vulgares desde mi época en el instituto católico. —Oh —dije porque no estaba segura de cómo responder—. Creo que... es mejor que terminemos con esto. Así podremos irnos a dormir... Estoy segura de que estás cansado, después de que ya sabes... matar a esa gente.

—También has matado a algunas personas, según he oído.

Las náuseas se apoderaron de mi estómago con fuerza y rapidez. —Sólo una.

Alessandro me miró con una expresión ilegible. Luego señaló la cama:

—¿Sabes qué esperar? —Él todavía estaba de pie frente a mí, mientras yo me sentaba nerviosamente en el borde de la cama. Asentí.

Cuando tenía siete años, me encontré con los restos de una noche de bodas. Había tenido un mal sueño y fui a buscar a mi padre. Sabía que no se me permitía entrar en su habitación, sobre todo sin llamar, pero la pesadilla me había dejado en un mal estado.

Había abierto la puerta y me había detenido. Mi madrastra estaba en la cama, con las mantas echadas hacia atrás y las piernas abiertas. Había estado utilizando un paño para limpiarse el interior de las piernas, y en las sábanas que tenía delante se veían manchas de sangre. Tenía la cara contorsionada por el dolor.

Recuerdo que le pregunté si le había sangrado la nariz.

Papá me vio entonces y me sacó de la habitación. Nunca antes se había enfadado tanto conmigo. Me dio una palmada en el trasero y me mandó corriendo a mi habitación. A la mañana siguiente, todo el mundo había actuado como si no hubiera pasado nada.

Pero cada vez que mis amigas hablaban de sus noches de bodas, lo único en lo que podía pensar era en la sangre en las sábanas. La expresión de dolor de mi madrastra.

No es que mis amigas dieran versiones que contradijeran lo que yo sabía. Beatrice se había puesto más pálida cuando le preguntamos por su noche de bodas. No siempre se hablaba de sexo, pero cuando se hacía, las mujeres mayores parecían tener siempre las mismas ideas al respecto. Recuéstate, aguanta y reza para quedarte embarazada.

Puedes hacer esto, me dije. *Has visto pornografía y te has masturbado. Con suerte, terminará rápido y podrás irte a dormir.*

Las palabras de papá resonaban en mi cabeza. *No le des una razón para hacerte daño.*

Me levanté y me desaté la bata. Me temblaban las manos, pero conseguí deshacer el nudo. La seda se deslizó hasta el suelo, dejando al descubierto mi corta ropa interior. Habían sido regalos de las otras damas para celebrar mi noche de bodas.

Miré hacia arriba para ver la mirada de Alessandro clavada en mí con vehemencia. Una oscura mirada depredadora se había apoderado de su rostro.

Por un momento, casi fingí que era una noche normal. Que yo era una chica normal y Alessandro un chico normal. Probablemente habíamos estado juntos durante un tiempo antes de tener sexo, probablemente ambos confiábamos en el otro y tal vez incluso nos queríamos.

Probablemente habría salido con él en el mundo exterior. Alessandro era guapo, eso era innegable. Habría sido un chico normal y guapo y yo me habría quedado prendada.

Pero ningún chico normal llevaría esa expresión. Ningún chico normal se movería con una gracia tan letal ni llevaría cicatrices de cuchillo por todas sus manos y dedos. Y así, mi fantasía desapareció de mi mente, para no volver a pensar en ella.

No sabía qué hacer, así que me acosté en la cama y abrí las piernas. Alessandro se colocó frente a mí, lanzándome una mirada escrutadora.

—No tardaré mucho —dijo—. Entonces puedes irte a dormir.

Asentí con la cabeza, demasiado asustada para hablar.

—Te va a doler. —Me advirtió.

—Lo sé —chillé.

Alessandro me observó una vez más antes de bajarse lentamente los pantalones. Aparté la mirada, repentinamente avergonzada. Me quedé mirando el techo, tratando de nivelar mi respiración. *Piensa en otra cosa*, me dije. *Piensa en Inglaterra.*

Sus cálidas manos subieron y bajaron por mis muslos. Me tensé, sintiendo que se me erizaba la piel. Alessandro fue a retirar sus manos, pero dije:

—Está bien. Es que no estoy acostumbrada a...

—¿Las manos cerca de tu coño? —inquirió.

Me sonrojé y me hundí más en la cama. —Sí. —Flexioné los dedos de los pies—. ¿Ya casi terminas?

—Aún no he empezado —murmuró—. Sophia, tu cuerpo no está preparado para mí. Te va a doler.

—Va a doler pase lo que pase.

—Eso no es cierto. —Alessandro se inclinó sobre mí, obligándome a mirar su expresión—. Podríamos usar lubricante. O podría mojarte.

Me moví debajo de él. Sentí que estaba a punto de salirme de mi piel. —¿Qué te importa si me haces daño? —Solté entonces. Me arrepentí al instante—. Lo siento, no debería haberte hablado así. Sólo estoy... cansada. No pasará…

—No me importa—. Me dijo simplemente—. Usaré lubricante. Así no tendré que tocarte.

Alessandro desapareció en cuestión de segundos. El aire frío se deslizó a lo largo de la piel que había estado caliente hace unos momentos.

Me senté rápidamente, apretando las rodillas. *No tendré que tocarte.* Las palabras me dolieron, pero las comprendí. Alessandro no me había elegido para ser su esposa, tan peón de su Don como yo. Quizás tenía suerte de que no me castigara por no ser de su gusto.

Alessandro era un hombre muy activo sexualmente, eso lo sabía. Los rumores de que se había acostado con medio Chicago me habían perseguido desde que se anunció nuestro compromiso. Incluso Beatrice —la encantadora y suave Beatrice— había oído hablar de estas conquistas sexuales.

Si no le gusto, podría volver a eso, pensé. *Tal vez, si realmente no le gusto, podamos hacer una fecundación in vitro y no tengamos que volver a tocarnos.*

Alessandro volvió rápidamente con un frasco de lubricante. —Esto lo hará más fácil —dijo.

Para evitar tocarme, añadí en mi mente.

Volví a mi posición original y Alessandro se paró entre mis muslos. Lo escuché destapar el lubricante y aplicarlo en silencio. Un momento después, se mantuvo en mi entrada, presionando delicadamente mis pliegues.

Me dolió. No había estado preparada para lo invasivo, no sólo doloroso, que era el sexo.

Me tragué un grito de dolor, mordiéndome la lengua.

Respiraciones profundas, respiraciones profundas.

Afortunadamente, todo terminó rápidamente. Alessandro se retiró después de su temblorosa respiración. No dijo nada mientras me empujaba sobre las manos. Me limpió y luego al el rápidamente con el borde de su camisa.

Estaba demasiada ocupada mirando la mancha de sangre en el colchón como para darme cuenta de su presencia.

—Buenas noches, Sophia —fue todo lo que dijo.

La puerta sonó suavemente tras él cuando se marchó.



Capítulo 3

Me desperté jadeando.

Tardé un momento en darme cuenta de que estaba empapada de sudor y de que las mantas se enroscaban alrededor de mis piernas. Me desenredé antes de tomarme otro momento para darme cuenta de dónde estaba.

En el apartamento de Alessandro Rocchetti.

Afuera, el cielo estaba muy oscuro. Las luces de la ciudad brillaban debajo de mí y podía distinguir los coches que circulaban por las calles.

No llevaba mucho tiempo durmiendo, sólo unas horas, según el reloj. Aún no había llegado a la medianoche, pero estaba cerca.

Por un momento, consideré la posibilidad de echarme hacia atrás y volver a dormirme, pero mi estómago sonaba furiosamente, me dolía el costado y tenía sensibilidad entre las piernas. Necesitaba comer algo y un paracetamol.

Con suerte, Alessandro estaría dormido.

Encontré mis cajas en el armario y las volteé, extendiéndolas y revisándolas como un perro que busca en la basura. Finalmente encontré unos leggins y una camisa. Además de mis calcetines esponjosos favoritos. Cómodo, pero bastante modesto.

El ático era frío y silencioso. La única luz que salía de la cocina iluminaba mi camino mientras bajaba las escaleras y me dirigía hacia ella. En el exterior, la ciudad brillaba, pero los sonidos no llegaban, lo que me daba una sensación inquietante de estar desconectada de la ciudad, a pesar de estar en medio de ella.

Rebusqué en la cocina. No había mucha comida, pero sí la suficiente para hacerme un sándwich.

No parecía que Alessandro cocinara. No había harina ni pasta. Incluso las verduras parecían faltar. Lo más prometedor que encontré fue el pan y la mantequilla. ¿Era el pan y la mantequilla el alimento básico de Alessandro?

Aunque estoy segura de que, si pudiera, el hombre probablemente se llenaría de gritos como un demonio infernal en lugar de molestarse con la comida.

No pude encontrar la medicina. ¿Tal vez había algo en los baños? Mi cuarto de baño estaba vacío, excepto por algunas toallas de repuesto.

—¿Qué estás haciendo?

Grité y dejé caer el cuchillo que sostenía la mantequilla.

Presioné una mano contra el martilleo de mi pecho y miré hacia arriba. Alessandro estaba al pie de las escaleras, mirándome con frialdad. Estaba vestido con unos sencillos pantalones de pijama grises y nada más. Noté sus pies descalzos antes de volver a notar su pecho desnudo, curiosamente.

Me sonrojé al ver su pecho.

Había visto pechos desnudos antes, en revistas y en Internet. Pero la visión de los músculos desgarrados de Alessandro, salpicados de cicatrices y tatuajes, el rastro de pelo que bajaba... me hizo sonrojar hasta la raíz del cabello.

—Tenía hambre —respondí, sin mirarle, y agarré mi cuchillo de mantequilla—. Siento si te he despertado.

—No lo hiciste.

Me limité a decir:

—Oh, qué bien.

Podía sentir que me miraba mientras seguía preparando mi cena.

—¿Quieres uno? —pregunté, porque me pareció educado. En las películas, la pareja que acababa de tener sexo siempre comían después.

—No. —Alessandro respondió secamente. Casi como si se sintiera ofendido por mi pregunta—. No hay mucha comida, así que tendrás que ir a comprar mañana.

—Por supuesto —dije tajantemente—. ¿Algo que te apetezca?

Me encontré con su dura mirada. Alessandro me observó un momento antes de responder:

—No.

Sólo sonreí como respuesta antes de volver a mi sándwich.

Alessandro giró sobre sus talones y comenzó a subir las escaleras.

Antes de que se fuera, le dije:

—¿Sabes dónde está el paracetamol?

Se detuvo en el escalón. —En el baño principal. —Luego continuó su camino hacia la oscuridad del segundo piso.

Lo vi desaparecer en su dormitorio antes de suspirar aliviada.

Hablé con mi marido durante tres minutos y no me mató. Eso fue un éxito. Y aún más aliviada era que no insistió en el segundo asalto.

Una vez que terminé mi sándwich, volví a subir las escaleras, esforzándome más por no hacer ruido. Cuando llegué a mi dormitorio, había un pequeño paquete de Tylenol sobre la cama.

Parpadeé sorprendida.

¿Siempre había estado ahí? ¿O lo había puesto Alessandro mientras yo estaba abajo? Ni siquiera le había visto hacerlo.

Entonces me asaltó el pensamiento más extraño: ¿y si estaba envenenado?

Las mujeres Rocchetti no tenían el mejor historial en lo que respecta a estar vivas. Quizás a Alessandro no le importara agregar a su esposa a esas estadísticas. No había escuchado ningún rumor de envenenamiento en la familia, y los Rocchetti estaban un poco más activos cuando se trataba de tratar con personas no deseadas.

Sin embargo, había una primera vez para todo.

Agarré el paquete y lo examiné. Entonces, para mi alivio, vi que estaba sin abrir. El sello no se había roto todavía.

Miré nerviosamente hacia la puerta.

Realmente no volví a dormir esa noche. Solo me quedé mirando la puerta de mi habitación en la oscuridad, agarrándome la herida y esperando.

Pero no regresó.



Cuando bajé al día siguiente, la casa estaba vacía.

Llevaba levantada desde el amanecer, renunciando a dormir y desempacando toda mi ropa. Al final, mi diversión en el dormitorio se había convertido en aburrimiento y me aventuré a salir al salón.

A través de los grandes ventanales, pude ver cómo Chicago se despertaba en otra mañana de invierno. La luz del sol brillaba en la nieve y las carreteras estaban despejadas para el tráfico matutino. Me coloqué junto al cristal y contemplé la ciudad a mis pies.

Si hubiera vivido aquí cuando era pequeña, me habría creído la reina del castillo. Cat y yo habríamos apretado nuestras caras contra la clase y habríamos hablado con acentos divertidos. Habríamos mirado a la gente de abajo y la habríamos considerado súbdita.

Me alejé de la ventana.

Pero ya no era pequeña.

De hecho, ahora era una asesina.

La fantasía de la infancia desapareció como el viento y traté de desterrarla de mi mente. Tenía problemas mucho más grandes en este momento que mi inútil esperanza.

Tres personas habían muerto en mi boda. Tres invitados inocentes.

Sabía que era un alivio que el número de muertos no hubiera sido mayor, pero aun así las muertes me pesaban. Era un alivio que las armas estuvieran permitidas en la boda o, de lo contrario, habría sido un resultado muy diferente, imaginé.

Por respeto a los que habían perdido a sus seres queridos, me vestí de negro —a pesar de odiar ese color— y planeé visitar a las familias.

Sin embargo, ni siquiera había entrado en el ascensor cuando llegó una cara conocida y salió del pequeño pasillo que separa la sala de estar de la entrada.

—Oscuro. —Sonreí—. ¿Cómo te encuentras esta mañana?
—Bien, gracias, señora. —Señaló torpemente mi bolso—. ¿Desea abandonar la residencia, señora Rocchetti?

—Sí, me dirigía a casa de los Scaletta.

—Tiene que tener personal de confianza con usted en todo momento, señora Rocchetti.

Parpadeé y luego me reí. —Oh, están al final de la calle, Oscuro. Estoy segura de que estaré perfectamente.

Oscuro parecía realmente avergonzado. —Señora, perdóneme, pero tengo órdenes del Capo de estar a su lado siempre que salga de la residencia Rocchetti.

—Ya veo. Nunca había tenido un guardaespaldas.

Que alguien me siguiera a todas partes sonaba un poco incómodo, pero dudaba que fuera mejor para Oscuro. Además, el pobre hombre parecía a punto de desmayarse ante la sola idea de no escuchar a su Capo.

Así que sonreí en señal de agradecimiento y lo guíe hacia el ascensor. —Dudo que seguirme sea tan interesante como trabajar con el Capo, pero haré lo posible para que sea interesante.

—Al contrario, señora...

Me reí ante su expresión. Pero mi diversión se esfumó rápidamente cuando atravesamos el edificio de apartamentos. Era hermoso y fastuoso, construido para los más ricos de Chicago. El vestíbulo era tan grandioso como el resto del edificio, con hermosos techos altos y brillantes lámparas de araña.

No había nadie en la recepción, pero el portero saludó con la cabeza. —¿Un taxi, señora Rocchetti?

—Oh, no, gracias. Voy al final de la calle. —Me paré a hablar con él—. Reconozco que me tiene en desventaja. Usted sabe mi nombre pero yo no sé el suyo.

Se animó. —Fred, señora.

—Encantada de conocerte, Fred. Estoy segura de que te veré mucho más, en el futuro.

—Por supuesto, Sra. Rocchetti.

Oscuro y yo caminamos por la fría calle. La nieve fue empujada hacia las esquinas de las calles, lejos de las carreteras, y la gente con abrigos gruesos pasó apresuradamente. Vi el tren pasando y los relojes alineados a lo largo de las calles.

Llegamos a la residencia de los Scaletta. Vivían en un complejo de apartamentos. Era un edificio más tradicional que el moderno en el que yo vivía. Hermosos acabados dorados y retratos de personas perdidas hace tiempo decoraban el interior. Un portero con hombreras esperaba junto al ascensor.

—Buenos días. Vengo a ver a los Scaletta. ¿Le importaría indicarme la dirección correcta?

El portero miró a Oscuro detrás de mí antes de asentir rápidamente. Pronto estábamos caminando por un pasillo, hacia su apartamento.

Antes de llamar a la puerta, me detuve y respiré profundamente.

—Señora Rocchetti, ¿está usted bien?

Pasé a Oscuro con una apretada sonrisa por encima del hombro. —Todo lo bien que puedo estar.

¿Qué le podía decir a esta familia para aliviar su dolor? Su ser querido había muerto en mi boda. Por un enemigo que había querido utilizarme para enviar un mensaje. Todavía tenía muchas preguntas sobre el ataque, pero sabía que era poco probable que fueran respondidas.

Con mucho cuidado, llamé a la puerta.



Una mujer de mediana edad vestida de negro abrió la puerta. El dolor era evidente en su rostro.

Dios, recordé cómo se sentía esto. Ese anhelo desesperado, la ira y la pena por el mundo y la gente que te rodea.

—¿Señora Scaletta? —pregunté cuando la mujer no dijo nada.

Se secó los ojos. —Oh, señora Rocchetti. Perdone mis modales, pase por favor.

—No hay nada que perdonar. He venido a dar mis condolencias.

La señora Scaletta me condujo al salón. Unos cuantos miembros de la familia, todos vestidos de negro, estaban encerrados juntos. El funeral no tendría lugar hasta dentro de unas semanas, pero el proceso de duelo duraría más de un año, oficialmente. Sin embargo, nunca se dejaba de llorar a un ser querido, aunque no fuera necesario vestirse de negro.

Me pasé más de una hora hablando con los Scaletta, intentando tranquilizarlos. Sabía que intentaban ser amables preguntándome por mi matrimonio y felicitándome por él, pero las palabras se quedaron cortas y finalmente nadie volvió a mencionar mi matrimonio.

Su ser querido, Tony Scaletta, había sido una de las primeras víctimas. Cuando los asaltantes de Gallagher saltaron por las ventanas, uno de ellos disparó a Tony al llegar al suelo. Había muerto en el lugar de los hechos, dejando atrás a su mujer y a su hijo, Anthony. Como Made Man, Tony Scaletta era un hombre respetado del Outfit y su familia sería atendida. Muchos de sus parientes varones también pertenecían al Outfit, y sabía que la venganza era lo que planeaban hacer.

¿Los Rocchetti buscarían venganza? Parecía una pregunta estúpida. Por supuesto, lo harían. La venganza era tan buena como el dinero como moneda en este mundo.

Cuando salí, me apoyé en la pared exterior, respirando profundamente.

—¿Señora? —preguntó preocupado Oscuro.

Le hice un gesto y me recompuse. —Lo siento, Oscuro. Es que me he agobiado un poco. —Le sonreí para demostrar que estaba bien—. Quizás deberíamos ir a la siguiente casa.

—¿Ha comido ya, señora?

Mi estómago reaccionó a la pregunta de Oscuro, sonando furiosamente. —Supongo que es hora de comer.

Oscuro y yo encontramos un pequeño café cerca del río. Debido al tiempo que hacía, todos los clientes estaban metidos dentro. Podía oír los platos chocando entre sí y la suave calma de la conversación, mezclada con el olor del café y los pasteles calientes.

—Esto es perfecto —le dije a Oscuro, sentándome.

Se unió a mí, escudriñando la cafetería con una atención impresionante.

Mis ojos parpadeaban sobre los clientes. No reconocía a ninguno de ellos, pero ¿lo haría? No tenía ni idea de los Gallagher hasta ayer e incluso ahora, apenas sabía nada.

Terminé pidiendo una rebanada de tarta de fresas y un café con leche dulce de caramelo, mientras que Oscuro optó por solo café negro.

—¿Seguro que no quieres azúcar? —le pregunté—. ¿Tal vez incluso un poco de crema?

—No, gracias, señora.

Me rendí. —Puedes llamarme Sofía, Oscuro. De verdad que no me importará.

Oscuro se puso un poco rojo. —No creo que eso sea apropiado, señora Rocchetti.

Sra. Rocchetti no era mejor que señora, pero me rendí con una sonrisa. La camarera se acercó junto a mi comida en ese momento y me sentí feliz. La tarta estaba de muerte y la comí antes de que se me ocurriera ofrecerle un poco a Oscuro.

Aunque apenas había tocado su café.

Oscuro volvió a mirar su teléfono mientras yo daba un sorbo a mi café con leche de caramelo.

—No puedes dejar de mirar ese teléfono —musité y moví las cejas—. ¿Es una amiga especial el que está al otro lado?

—No, señora. Es el señor Rocchetti.

—Oh, ¿va todo bien? —Dejé mi café—. Si tienes que irte, sólo dilo. Conozco las reglas del negocio.

Oscuro negó con la cabeza. —Sólo le estoy poniendo al día sobre su ubicación, señora.

Hice una pausa. Seguramente, lo entendí mal... —¿Actualizándolo sobre mi ubicación?

—Sí, señora. El capo lo exige.

Nunca antes me habían rastreado y registrado mis movimientos. Tener un guardaespaldas era una cosa, pero tener mi paradero registrado era otra. Papá siempre había sido protector, pero nunca hasta el punto de rastrearme.

Pero ya no era una Padovino.

Ahora, era una Rocchetti.

Los Rocchetti gobernaban el Medio Oeste y yo era su miembro considerablemente nuevo y más débil. Tal vez era necesario para mí tener un poco de músculo extra a mí alrededor en todo momento. Y que mi marido supiera dónde estaba en todo momento.

Agarré mi café con más fuerza. —Esta mañana ha dicho que no se me permite salir de la residencia Rocchetti sin personal de seguridad. ¿Puedes ampliarlo, por favor?

—El capo fue muy claro al decir que alguien debe estar con usted en todo momento, señora, y que su paradero debe ser siempre conocido por él.

—Si tuviera una amiga en el apartamento, ¿podría entonces dejar la residencia sola?

—No, señora.

—¿Y la casa de mi padre?

Oscuro me miró divertido. —El Capo fue muy claro. Aunque, estoy seguro de que si tuvieras una petición especial, podrías pedírselo.

Comprendí el significado de las palabras de Oscuro. Él sólo era el mensajero. Sonreí en señal de agradecimiento y volví a prestar atención al café.

Finalmente, me lo terminé y volvimos a las calles de Chicago.

El resto del día visité a las otras familias devastadas por mi boda. Las otras dos víctimas habían sido Nicola Rizzo y Paola Oldani. Intenté ser lo más reconfortante posible para las dos familias, pero no pude hacer nada para calmar su dolor.

Cuando me dirigía a dejar a la familia Oldani, la Nonna[5] de Paola me agarró el abrigo negro y suspiró miserablemente. —Sólo una novia Rocchetti llevaría los colores del luto tan pronto.

No supe qué responder a eso, así que me limité a apretarle la mano y prometerle que estaría en contacto.

Pasamos por el río Chicago, que estaba cubierto de finas capas de hielo roto. Me detuve y contemplé las oscuras profundidades. Oscuro permanecía en silencio a mi lado.

Cat y yo solíamos pasear por este río después de la iglesia. Papá se ocupaba de los negocios y nosotras íbamos a buscarle el almuerzo a su restaurante italiano favorito. Nos burlábamos de meternos en el agua o de ir a nadar.

Apreté una mano contra la herida del costado. Ahora sólo sentía un dolor sordo, a pesar de lo mucho que había sangrado.

—Señora, ¿le duele la herida?

—No. Está bien. —Le sonreí, pero lo sentí forzado, así que desvié la mirada.

—¿Tal vez sea hora de que nos vayamos a casa? —me dijo.

La insinuación era clara, así que consentí en ir a casa, pero sólo después de haber hecho la compra de alimentos. Oscuro me siguió cabizbajo por los pasillos del supermercado, y sólo gruñó cuando le mostré lo que había comprado.

Como a Alessandro le faltaban muchas cosas, también me abastecí de productos básicos. Cuando llegué a la caja, me di cuenta de que no tenía suficiente dinero en mi tarjeta.

—Oh, lo siento mucho, Oscuro pero...

Oscuro sacó una tarjeta plateada de su cartera. —El capo dijo que era para comprar comida.

Se la quité con cuidado. El nombre de Alessandro estaba impreso en ella.

---

[5] Abuela.

Pronto se pagó la compra y Oscuro me ayudó a llevarla de vuelta al complejo de apartamentos. Sabía que quería agarrar un taxi, pero me negué, porque me apetecía el aire fresco y frío. Estar apretada dentro de un taxi no me atraía mucho en ese momento.

Fred, el portero, me sonrió cuando nos acercamos.

—¿Ha estado ocupada, señora Rocchetti?

—Claro que sí. —Me reí.

Se ofreció a agarrar algunas de las bolsas y pronto tuve a los dos hombres siguiéndome hasta el ático, con las manos llenas de comestibles. Me ayudaron a colocarlos en el mostrador antes de despedirse amablemente.

Me ofrecí a prepararle la cena a Oscuro, pero se negó amablemente.
—Sólo tienes que volver si cambias de opinión —insistí y accedió a hacerlo. Pero se marchó de todos modos.

Una vez más, el ático estaba vacío y yo sola.

Empecé a guardar la comida en silencio.



El ascensor sonó.

—¡Sabía que volverías, Oscuro! —grité.

Estaba agachada frente al horno, admirando mi trabajo. La lasaña se había dorado perfectamente y olía divinamente.

—¿Crees que huele...?

—No es Oscuro.

Empecé, poniéndome de un salto y dándome la vuelta. Alessandro entró en la sala de estar y me miró con frialdad.

Iba vestido con una camisa sencilla, un pantalón negro, y botas de combate. Llevaba una funda de pistola en el pecho y un cuchillo en el cinturón. Pude ver una mancha de color rojo junto a su muñeca, como si hubiera intentado quitársela sin conseguirlo.

La ansiedad me revolvió el estómago. ¿Volvería a acostarse conmigo? ¿Me dominaría de la misma manera que ha dominado a todas las mujeres con las que ha tenido contacto hasta ahora?

Al menos, ellas podían marcharse. Yo no tenía escapatoria.

Se esperaba de mí que tuviera sexo con este hombre para hacer herederos para los Rocchetti.

Intenta relajarte, me dije, *no creo que a él le guste más ser tu marido que a ti ser su mujer.*

Hoy casi había podido fingir que no era su esposa. Había sentido un aislamiento casi reconfortante mientras me movía por Chicago. Pero no estaba sola, era una esposa. Una Rocchetti, cabe recalcar.

Alessandro empezó a avanzar a grandes zancadas, lo que hizo que volviera a centrar mi atención en él. Se detuvo al final de la cocina y observó la lasaña en el horno. Sus ojos recorrieron los ingredientes de la encimera y la alacena.

—¿Has comprado todo lo que necesitabas en la tienda?

—Sí.

Asintió con la cabeza.

Detrás de mí, el horno indicó que estaba terminado. Realmente no quería darle la espalda a Alessandro, así que me apresuré a sacar la lasaña del horno y la coloqué en la estufa para que se enfriara. Clavé un cuchillo en ella, probando si estaba bien cocida.

—Todo bien —dije cuando retiré el cuchillo. Me giré y vi que Alessandro estaba en el mismo lugar donde lo había dejado—. ¿Quieres un poco?

Levantó una sola ceja. —Sí.

Serví dos platos. Alessandro decidió que quería comer en el banco, así que allí comimos tranquilamente.

Su presencia me hacía muy difícil comer sin sentir que podría darse la vuelta y ahogarme hasta la muerte si le apetecía. El calor irradiaba de él y juro que podía oler, bajo su colonia, el tinte metálico de la sangre.

—Muy agradable —fue todo lo que dijo cuando terminó.

Vi cómo Alessandro apilaba los platos en el lavavajillas antes de desaparecer en el estudio.

Un soplo de alivio me abandonó. Había sobrevivido a otra interacción.

Alessandro salió de su despacho con un teléfono en la mano. Lo colocó en la encimera frente a mí.

—Tu nuevo teléfono.

Parpadeé sorprendida. —Oh, ya tengo un teléfono. No tienes que...

—Este teléfono es no rastreable. —Alessandro me cortó—. Como Rocchetti, tienes que tomar más precauciones cuando se trata de la privacidad.

Porque cualquiera podría estar escuchando.

Sonreí con fuerza. —Por supuesto. Gracias.

Alessandro se inclinó hacia atrás, mirándome con una mirada dura en sus ojos. Tenía la sensación de que estaba tratando de evaluarme. Probablemente podría romperme los huesos con la presión de sus ojos. No quería saber lo que encontraría si seguía mirándome tan fijamente, así que terminé la cena y me puse a recoger rápidamente la cocina.

Alessandro merodeaba, pero no hizo ningún movimiento para ayudarme.

—Me tienes mucho miedo.

Dejé caer el tenedor que tenía en la mano. Cayó estrepitosamente en el fregadero.

Se río, pero el sonido no tenía nada de brillante. Era un ronroneo oscuro. Un ronroneo oscuro que pretendía intimidar.

Por instinto, giré la cabeza hacia él. Sus ojos oscuros se encontraron con los míos.

—No tengo miedo —mentí.

Alessandro frunció el ceño. —No me mientas, esposa. Puedo oler ese miedo tuyo.

No sabía qué decir. ¿Y si decía algo que le hiciera enfadar? Tal vez el silencio era lo mejor que podía hacer, aunque nunca se me había dado bien callar. Papá siempre había dicho que podía hablar con los pájaros en los árboles.

—¿Has encontrado a los Gallagher? —solté, ignorando todo pensamiento racional.

Se apoyó en la encimera de la cocina. —Ya sabíamos dónde estaban.

—Me refiero a los que atacaron la boda. Los que lo planearon.

—¿Eso es asunto tuyo? —preguntó.

Luché contra mi ceño fruncido. *No le des una razón para castigarte.* —No, por supuesto. Lo siento. Estuve con las familias de las víctimas todo el día y no pude ofrecerles mucha condolencia.

Alessandro me miró en silencio mientras limpiaba el resto de la cocina. Cuando hice un movimiento para pasar a su lado, fácilmente se hizo a un lado. Me sentí como si estuviera viviendo con un animal salvaje, moviéndome lentamente para no llamar su atención. Tenía la gracia de una pantera.

—Nos encargaremos de los Gallagher.

Levanté la cabeza hacia la suya.

Alessandro me miró fijamente. —Puedes decirles a las familias que la venganza será servida.

—Lo haré —murmuré.

—Cesco me ha dicho que no te gustan las medidas de seguridad establecidas. Espero que esto no te lleve a hacer algo estúpido e imprudente.

—No sé nada de seguridad —dije, lanzándole una mirada vacía pero brillante. Una que le había dado a papá, a Cat y a la gente que me rodeaba tantas veces. Cat solía decir que era mi mirada de "Sólo soy una chica estúpida, qué sé yo"—. Confío en las medidas que has tomado.

Alessandro accedió a mí. —Me alegro. —Pude oír un matiz de sospecha en su voz. Pero, como todos los que conocía, se creyó mi inocencia fingida y asintió con fuerza—. El médico Li Fonti vendrá mañana para revisar tu herida.

La mención de la herida me provocó un dolor agudo en el costado. Apreté suavemente una mano contra él.

—No le hagas esperar. Levántate temprano —dijo Alessandro—. Es un hombre ocupado.

La rudeza de Alessandro me interesaba y me molestaba a la vez. Si me hubiera atrevido a hablarle a alguien de la forma en que él me habló, ya estaría muerta. Pero se cazan más moscas con miel que con vinagre.

Así que sonreí secamente, tomé mi teléfono y desaparecí arriba. Claramente no tenía nada más que decir porque se dirigió a su oficina.

En el segundo piso, observé desde el balcón cómo desaparecía en su estudio. Una pequeña parte de mí se preguntaba cómo sería aquello. ¿Qué secretos habían escuchado esas paredes? ¿Qué planes se habían formado allí? Apuesto a que esa habitación sabía más sobre los Gallagher que yo, —ellos habían intentado *matarme*.

Mientras se ponía el sol en mi primer día como esposa de Rocchetti, me felicité por haber sobrevivido. Sin embargo, me quedé despierta la mayor parte de la noche, mirando la puerta de mi habitación. Esperando, entre el miedo y la expectación, a que se abriera y entrara mí marido.

No vino.



Capítulo 4

Esa noche soñé con Cat.

Cuando me desperté, podía oír su alegre voz en mi oído y oler el aroma de su perfume de lavanda en mi nariz. En mi sueño, ella me miraba desde arriba, con sus cabellos dorados volando alrededor. Su boca se había abierto en una carcajada antes de convertirse en gritos. Corre, había gritado. Corre.

Sacudí la cabeza, tratando de despejar los pensamientos de mi pesadilla.

La luz del sol entraba en mi habitación, iluminando el día. Podía distinguir los copos de nieve que susurraban por la ventana.

En cuanto arranqué la manta, el aire helado me golpeó y rápidamente volví a echarme la manta encima. ¿Por qué hacía tanto frío en mi habitación? Hasta ahora el apartamento había sido relativamente cálido para combatir el frío.

Me envolví con la manta y fui en busca del calefactor.

El piso de abajo estaba tranquilo y frío. Bajé las escaleras de puntillas y busqué el termostato. Lo encontré cerca de la puerta de entrada, y se apagó.

—No me extraña que haga tanto frío. —murmuré, encendiendo el maldito aparato. ¿De quién fue la brillante idea de apagar el termostato?

—Te has levantado temprano.

Me giré.

Alessandro estaba ante mí. Iba vestido con un bonito traje, combinado con un grueso abrigo, guantes y una bufanda. Parecía haber salido de una revista cara. Evidentemente, se había ido de viaje, o tal vez simplemente le gustaba pasearse por la casa con sus abrigos.

Me di cuenta de repente de mi aspecto en comparación. No tenía el pelo cepillado y me aferraba a la manta como una esposa que envía a su marido marinero al mar. Y lo que es peor, no llevaba ni una pizca de maquillaje.



Incluso cuando nos habían atacado los Gallagher y yo estaba cubierta de sangre, había llevado toda la cara maquillada. Incluso cuando él se acercó a mí en nuestra noche de bodas y yo estaba muerta de miedo, llevaba máscara de pestañas.

Todas y cada una de mis madrastras solían bajar a cenar con el pelo y la cara arreglados. De niña, me parecía un poco extraño, pero a medida que crecía, papá también esperaba que Cat y yo tuviéramos el mejor aspecto posible cada vez que lo veíamos. Papá no me había visto sin maquillaje desde que tenía quince años.

—Oh, lo siento, hacía frío —traté de volver la vista hacia el termostato para ocultar mi rostro.

Alessandro se adelantó. Me tensé.

Pasó un largo brazo por encima de mí y pulsó algunas cosas en el termostato. Unos segundos después, oí que el aire caliente empezaba a salir por las rejillas de ventilación.

—Gracias. —murmuré.

—El médico no tardará en llegar, así que no vuelvas a dormir. —dijo Alessandro. Su voz era dura, pero su cálido aliento me hacía cosquillas en la mejilla. Estaba tan cerca, era mucho más alto que yo. Tan fácilmente podría aplastarme por la mitad. Mi corazón empezó a acelerarse. Me sentí claustrofóbica, abrumada.

—Por supuesto. —Me aparté de él—. Gracias.

No se movió de donde estaba, pero bajó la cabeza para encontrarse con mis ojos. —Estás en mi camino.

Me di cuenta con horror de que estaba bloqueando la salida. Retrocedí unos pasos y me sonrojé hasta la raíz del pelo.

Alessandro pasó junto a mí, dirigiéndose al ascensor. —Ahora eres un Rocchetti. El Dr. Li Fonti se comportará de forma diferente contigo, y si no lo hace, me lo dirás. —Se fue antes de que pudiera procesar sus palabras.

¿Qué quería decir con que el Dr. Li Fonti se comportaría de forma diferente conmigo? Lo conocía desde que era una niña. Solía limpiar los cortes y raspaduras de Cat.

Ahora, dijo una voz en mi cabeza con pesar, *está limpiando los tuyos.*

Separé la manta, me levanté la camisa de dormir y miré la herida. Estaba cubierta por un apósito. No me había olvidado de que estaba ahí, el constante picor no me lo permitía, pero

había estado en el fondo de mi mente. Cada vez que me giraba hacia un lado o me tumbaba, sentía un dolor agudo en esa zona que me lo recordaba.

La sangre había hecho que la herida pareciera peor de lo que era.

Al fin y al cabo, sólo era un rasguño.



El médico Li Fonti llegó poco después.

Le quité la bata y le acompañé al sofá. Me había puesto presentable en un tiempo récord, poniéndome una sencilla blusa color crema y maquillándome.

—¿Puedo ofrecerle algo, médico? ¿Té, café?

—No, gracias, señora Rocchetti. —Sonrió en señal de agradecimiento.

—¿Señora Rocchetti? —Me reí—. ¿Desde cuándo me conoce, médico? Puede llamarme Sophia.

El médico Li Fonti afinó los labios. —No creo que eso sea prudente.

Las palabras de Alessandro resonaron en mi cabeza.

Ahora eres un Rocchetti. El Dr. Li Fonti se comportará de manera diferente a tu alrededor.

Parecía que incluso el médico del Outfit temía a los Rocchetti. A pesar de que los curanderos suelen estar exentos de violencia. ¿Y me llamaba señora Rocchetti? Conocía a ese hombre desde que era una niña y nunca me había llamado más que por mi nombre.

—Por supuesto. —murmuré, ligeramente dolida y sorprendida.

La calidez de su expresión me tranquilizó. —Ven y siéntate, querida. No deberías moverte tanto en tu estado. —Hice lo que me dijo—. Hay mucho que hacer, por desgracia. —Sí. Las

secuelas de la boda a veces pueden dar más trabajo que las prenupciales. —Abrió su bolso—. ¿Cómo te sientes?

—Tan bien como se puede esperar —dije—. Hemos sufrido muchas pérdidas.

—Lo sé. —El Dr. Li Fonti negó con la cabeza—. Atacar una boda. Es algo vergonzoso. Algo que nunca habría ocurrido en mi época.

—¿Y usted, médico? ¿Cómo se siente? Sé que debe tener las manos llenas.

—Sin duda. Por suerte las heridas no son todas tan graves y se espera que todos se recuperen completamente. —Me señaló a mí—. Si no te importa, querida, tengo que revisar la herida.

Me desprendí rápidamente de la camisa del pantalón, dejando al descubierto el vendaje. Algo de sangre se había empapado, de un rojo intenso y escalofriante.

El Dr. Li Fonti frunció el ceño. —Voy a volver a vendarla. ¿Le ha causado mucho dolor?

—Es sólo un roce. Pero sí. Cada vez que me muevo o estornudo, la herida me duele.

—Está en un lugar muy complicado. —Con dedos cuidadosos, quitó la gasa y observó la herida ensangrentada—. Sí —murmuró—. Voy a limpiarla, otra vez. Y luego volver a vendarla. ¿Tienes paracetamol?

—He estado tomando Tylenol. —Asintió con la cabeza—. Bien, bien. Sigue tomándolo. La herida seguirá doliendo durante un tiempo, aunque espero que para la semana que viene empiece a cicatrizar. —El Dr. Li Fonti volvió a vendar la herida con cuidado, y tuvo mucho cuidado de no tocarme. Cuando terminó, tosió incómodo—. Hay otro asunto que discutir, querida.

Tenía la sensación de que ya sabía de qué se trataba. El Dr. Li Fonti pareció recuperar su compostura profesional en cuanto empezó a hablar. —Como ahora tienes actividad sexual, tendrás que hacerte una prueba de Papanicolaou cada tres años. Sin embargo, muchas mujeres del Outfit optan por hacérselas con más frecuencia. —Porque a saber lo que traen sus maridos a casa—. Puedo recomendarle muchos médicos que están muy bien considerados y tienen un alto rango en su campo.

Sentí que mis mejillas se calentaban. —Gracias, médico. Tomaré esas recomendaciones. —Le guiñé un ojo—. Si usted los recomienda, deben tener verdadero talento.



Me dedicó una sonrisa de satisfacción. —Me alegra ver que el matrimonio no ha disminuido tu encanto, querida. —El Dr. Li Fonti captó las palabras y palideció ligeramente—. No quise decir...

—Está bien. —dije con suavidad—. Sé lo que querías decir y no pretendías ofenderme.

Asintió con la cabeza, con cara de alivio.

El Dr. Li Fonti se quedó a tomar una taza de té ante mi insistencia antes de marcharse. Mientras cogía su abrigo, se detuvo junto al ascensor.

—Espero no ser demasiado atrevido, señora Rocchetti. —La curiosidad se apoderó de mí. ¿Qué podría tener en mente? Esperaba que no fuera nada contra los Rocchetti. Creo que mi miedo a ellos se impuso a mi gusto por el médico.

—Imposible. ¿Qué tienes en mente? —Hice que mi tono fuera brillante.

El médico Li Fonti rebuscó en su bolso y sacó un puñado de cajas largas. En cada una de ellas se leía Test de Embarazo.

Se me retorció el estómago.

—Deberías llevarlas, querida. Así, si llega el momento en que tengas que hacerte una prueba de embarazo, podrás tener más intimidad que si la compraras tú misma.

Me encontré con sus sabios ojos. Nos miramos brevemente antes de tomar las pruebas de él. —Gracias, médico.

Asintió con la cabeza y se fue.

Pasé los dedos por encima de las pruebas de embarazo. ¿Qué había querido decir? ¿Quería decir que tenía más privacidad frente a nuestros enemigos que podían estar al acecho en la farmacia? ¿O de los Rocchetti, que seguramente estarían interesados en el resultado de las pruebas?

El embarazo aún no se me había ocurrido. Sólo llevaba dos días de casada y otras cosas habían ocupado mi mente, pero era un tema en el que debía pensar seriamente.

Sabía que para sobrevivir a este matrimonio tendría que quedarme embarazada. Una esposa estéril era propensa a los accidentes. Sobre todo, porque imaginaba que el único propósito de los Rocchetti al atarme a Alessandro era para poder continuar con su infame linaje.

Escondí las pruebas de embarazo en mi habitación. No en el cuarto de baño, ya que era un poco obvio. Pero sí entre el marco de la cama y el colchón.

A pesar del dolor en el costado, despreciaba la idea de estar encerrada en el apartamento todo el día. Así que envié un mensaje a Oscuro y me envolví rápidamente en un grueso abrigo y una bufanda. Me estaba poniendo el gorro, con un pequeño pompón en la parte superior, cuando Oscuro salió del ascensor.

—¿Cómo estás? —le pregunté mientras me acercaba a él.

—Bien, señora. —Oscuro iba de negro, como de costumbre, pero combinado con su abrigo de invierno. Sabía que bajo él escondía una cantidad impresionante de munición—. ¿Se ha ido el médico?

—Lo hizo. El pobre hombre tiene mucho que hacer. —Señalé el ascensor—. ¿Vamos?

Oscuro me siguió mientras bajábamos al vestíbulo, silencioso y estoico como siempre. Su silencio me irritó y me hizo hablar mucho más de lo normal. Durante todo el trayecto le repasé en profundidad el itinerario del día. Saldríamos a comer con Elena y Beatrice, antes de ir a casa de mi padre.

—Hoy no hay tanto que hacer como ayer. —dije mientras nos movíamos por las calles—. Te sacaré del frío enseguida.

—No me importa el frío, señora.

Le lancé una sonrisa. —Eres fastidiosamente bueno. ¿Te lo han dicho alguna vez?

Un atisbo de sonrisa cruzó su rostro. O tal vez sólo estaba crispado. —Sí, señora.

Mis amigas y yo decidimos comer en un pequeño restaurante que daba al río. Las mesas de madera se extendían a lo largo de las ventanas y ya estaba lleno. Dentro hacía casi demasiado calor y me apresuré a quitarme las capas. Oscuro se quedó mirando a la camarera cuando se ofreció a coger su abrigo.

—¿Quieres sentarte con las chicas y conmigo? No puedo prometer que no nos burlemos de ti. —le pregunté a Oscuro.

—No, señora. La espero en la entrada. —Señaló una pequeña zona de asientos.

Me encogí. —¿Seguro que no quieres comer algo?

—No como en el trabajo.

—Por supuesto. —Le regalé una sonrisa—. Intentaré ser rápida.

Divisé a mi prima, Beatrice, sentada en una mesa en el centro de la sala. Beatrice se fijó en mí y me saludó con la mano. Beatrice era tan encantadora que sólo podía compararse con las flores y las fiestas del té. No conocía a ninguna persona que pudiera decir una mala palabra sobre ella.

Beatrice tenía una cara de muñeca, dulce y sin mancha. Su pelo castaño claro se enroscaba en un moño suelto detrás de su cabello, con dulces rizos que acariciaban sus redondas mejillas. Tenía los ojos como un do, redondos y amables y de color marrón claro.

Cuando se casó, recuerdo haber sentido tantas náuseas por la ansiedad que no pude dormir hasta saber que estaba bien.

—Hola, hola. —canté.

Beatrice se levantó y me besó en la mejilla. Olía a flores recién cortadas.

—¿Cómo estás? —pregunté mientras nos sentábamos de nuevo.

—¿Cómo estás *tú*? —Me apretó la muñeca con una mano suave.

Le di una sonrisa tranquilizadora. —Estoy bien.

Nos miramos fijamente durante un momento, ninguno de los dos dispuesto a dar información al otro.

—Es tan bonito que ahora vivas tan cerca de mí —dijo Beatrice.

—Lo sé. —Asentí—. Cuando la vida se calme, Pietro y tú tendréis que venir a cenar.

Sus ojos se abrieron ligeramente.

—O podríamos salir. —añadí.

Beatrice asintió, sonrojándose ligeramente de alivio. —Eso suena encantador.

Antes de que pudiéramos decir algo más, Elena Agostino entró en el restaurante. Nos vio al instante y nos saludó con la mano. Un momento después, estaba en la mesa y maldiciendo las carreteras. Elena vivía en las afueras de la ciudad con su familia, así que su viaje había sido mucho peor que el de Beatrice y el mío.

—No puedo creer que sea la última soltera en pie. —murmuró Elena mientras se echaba el pelo liso y castaño por encima del hombro. Últimamente se había vuelto increíblemente largo, haciendo que pareciera más una cortina que un cabello.

A diferencia de Beatrice, Elena tenía un rostro mucho más afilado. Se parecía menos a una muñeca y más a uno de esos elfos de las películas que le gustaban a Cat. Elena tenía el aspecto de haberse formado en el bosque, con una piel aceitunada y ojos verde oscuro. Elena tenía el temperamento salvaje adecuado para sobrevivir en el bosque, si se lo proponía.

—Eso no es exacto. —Musitó Beatrice.

Ojeé el menú, tratando de no reír. —Sí, Elena, estamos sentadas.

Me empujó el hombro en broma. Sus ojos parpadearon sobre mi hombro. —¿El musculitos es tuyo?

Los tres nos giramos para ver a Oscuro. Estaba sentado en un sofá, con aspecto de estar listo para atacar en cualquier momento. Con sus tatuajes y su tamaño, era fácil entender por qué los demás clientes le evitaban. Cuando Oscuro se dio cuenta de que le mirábamos, todas nos dimos la vuelta rápidamente.

—Una precaución necesaria. —dije con firmeza—. Siempre que salga de la residencia, debo llevar un guardaespaldas conmigo.

—Eso tiene sentido. —murmuró Beatrice—. Ahora eres una Rocchetti.

Elena frunció los labios y me miró. Me pregunté si estaba buscando a los Rocchetti en mí.

—Pietro no te envía con un guardaespaldas. —Le dije a Beatrice. Luego a Elena: —Y tu tío no te envía con uno.

—Sabías que la vida como Rocchetti sería diferente. —dijo Elena—. No seas mocosa.

—Elena —advirtió Beatrice.

Yo sonreí para que se me pasara. —Simplemente me estoy adaptando. Han pasado dos días.

La mención de la boda ensombreció el ambiente. Beatrice miró la mesa mientras Elena fruncía el ceño.

—¿Te has enterado de algo? —preguntó Elena—. ¿Sobre quién atacó?

Esto hizo que Beatrice levantara la vista. —Eso no es asunto nuestro, Elena.

—No, no lo he hecho. —Le di a Beatrice una sonrisa reconfortante—. Pero sé que el Outfit buscará retribución, así que no hay que preocuparse más.

Elena se sirvió un poco de agua. Me dirigió una mirada de acceso. —¿Cuándo empiezan los funerales?

—En dos semanas.

—¿Seguro que estarás bien para ir a un funeral?

Hice una pausa. El último funeral al que había asistido había sido el de mi hermana. Había pasado borroso, pero no lo suficientemente rápido como para no recordar el silencio hosco. Las lágrimas saladas. Ver el ataúd entrando en la tierra y pensar: Se ha ido de verdad. No va a volver.

Me ha dejado.

—¿Sophia? —murmuró Elena.

Escuchar mi nombre me trajo de vuelta. —Lo siento. —murmuré.

—Está bien. —Me alivio Beatrice.

Hablar de funerales no iba a traer de vuelta a mi hermana y me sentía inquieta con la conversación. Cogí mi menú. —¿Qué pensáis pedir vosotros dos? Estoy dudando entre el sándwich Club y el pescado.

Ambos captaron la señal y el tema cambió.

Una parte de mí quería hablar de los últimos días. Sobre el miedo a Alessandro, el terror a mi boda y la noche de bodas. Pero las palabras se quedaron en mi garganta y no se movieron.

No necesitaba agobiarlas con todas mis cosas, me dije. *Tanto Elena como Beatrice tienen suficiente con sus vidas.*

Pero por debajo de eso también tenía la innegable sensación de que mantener mi vida como Rocchetti en secreto era lo mejor.

Las palabras de Alessandro que me dijo en nuestra noche de bodas resonaban en mis oídos. Tenía razón, me convenía guardar silencio.

Podría habérselo dicho a Cat, pensé. *Cat nunca le diría a nadie nada sobre mí. Ella habría guardado mis secretos.*



Capítulo 5

Cuando papá me vio, extendió los brazos y me dio un fuerte apretón.

—Ah, *bambolina*, me alegra ver que estás recuperada.

—Por supuesto, papá. —Le besé la mejilla—. ¿Estás bien?

Papá se hizo a un lado y me hizo entrar en la casa. Estaba muy silencioso y oscuro, pero en este momento sólo vivían él y el ama de llaves.

Hacía sólo unos días que me había mudado y, sin embargo, al mirar las paredes y las fotos que conocía de toda la vida, podría haber pasado un siglo.

Ciertamente, me sentía como si hubiera envejecido cien años.

—Hay mucho silencio. ¿Está Dita aquí?

Papá miró a su alrededor como si no estuviera seguro de quién estaba o no en la casa. —Creo que no. ¿Qué día es hoy? Puede que sea su día libre.

—Es martes, papá. El domingo es su día libre. —Le sonreí amistosamente para que no sintiera que le estaba tomando el pelo.

Papá y yo nos sentamos en el salón principal, donde crepitaba el fuego. Nunca entendí por qué papá no se limitaba a instalar un calefactor, pero el hombre no era más que un hombre de costumbres. Pero el fuego perdió mi interés cuando pasé los ojos por las fotos de la familia.

Una foto de Cat y yo me llamó la atención. Yo estaba vestida con mi traje de animadora y Cat sostenía un certificado. Las dos sonreíamos alegremente a la cámara, con los ojos brillantes.

—Siempre fue tan inteligente, ¿verdad? —dijo papá con nostalgia.

Le miré. —Lo era.

Es cierto. Cat había estado en todos los equipos académicos que pudo encontrar y sobresalía en todas las áreas de aprendizaje. Yo, sin embargo, nunca había sido capaz de sentarme tranquilamente en un aula y aprender algo.

Cat había entrado en muchas universidades en su último año. Recuerdo que me sorprendió que se presentara, ya que la universidad no estaba prevista para nosotras. Íbamos a ser esposas, luego madres y después abuelas. Pero ella había insistido en ir a la universidad. Incluso había intentado que yo me presentara.

No le dije nada de esto a papá.

Y con toda su valentía, ella tampoco lo había hecho.

—Cuéntame cómo te trata la vida de casada. —dijo finalmente papá.

Yo sonreí. —Bien.

—¿Los Rocchetti son buenos contigo?

—Por supuesto.

Sus ojos, los mismos que los míos, me examinaron. —¿Te estás portando bien?

¿Lo he hecho? —Papá, claro que sí.

—Porque puede que yo aguante toda tu palabrería, pero puede que tu marido no... —Advirtió.

Intenté sonreír en señal de agradecimiento. —Lo sé, lo sé. Y sólo por eso, puede que tenga que hablarte hasta por los codos.

Papá negó con la cabeza, pero no parecía enfadado conmigo. —¿Cómo son? ¿Los Rocchetti?

Qué pregunta tan extraña. —Tú los conoces, papá. Mucho mejor que yo.

—Vives en su casa. Duermes bajo su techo. —Se encogió de hombros—. Me interesa. ¿Cómo es su gente? ¿La de Alessandro?

—Tú eres de su gente, papá.

—Yo soy de la gente de Salvatore. —Respondió mi padre. Un interruptor parecía haber girado en él. Ya no era el viejo desaprobador al que yo llamaba papá, sino que ahora parecía más animado. Más duro. Un soldati del Outfit.

Me obligué a relajar mi cuerpo. —No he conocido a mucha de su gente. Sólo a Oscuro y a Beppe. Los negocios no suelen llegar a casa con Alessandro.

—Los hombres como Alessandro son el negocio. —dijo papá secamente—. ¿Oscuro? ¿Beppe? ¿Cómo son?

—Oscuro es mi guardaespaldas y es muy bueno en su trabajo; está fuera ahora mismo si quieres conocerlo. A Beppe sólo lo conocí brevemente, pero parecía muy educado. —Observé la dura expresión de mi padre—. No sabía que era una espía.

Papá dirigió sus ojos hacia mí y frunció el ceño. —No eres tal cosa. Sólo me aseguro de que mi hija esté cuidada.

—Lo siento, no me di cuenta.

¿Por qué estaba papá tan interesado? Tal vez quería saber si me cuidaban, o tal vez quería más información sobre los infames Rocchetti. Sabía que cuando me casara, papá se beneficiaría de estar tan cerca del Don y su familia, pero supuse que los negocios serían mejores.

Papá y yo seguimos hablando de las pérdidas que se produjeron en la boda. No volvió a mencionar a Alessandro ni a los Rocchetti, pero su nombre se cernía sobre nosotros. La única vez que insinuó algo sobre ellos fue cuando me dijo que era una pena que no hubiera tenido un banquete de bodas.

—¿No te importa que coja algunas cosas de mi habitación? —le pregunté cuando llegó la hora de irse.

Me hizo un gesto para que me fuera. —Adelante.

La casa en la que había crecido había cambiado lentamente a lo largo de los años, y siempre a manos de mí misma. A veces nuestras madrastras intentaban cambiar las cosas, pero a las pocas horas la casa volvía a su sitio. Nunca duraban lo suficiente como para tener un impacto real.

Cat y yo pasamos nuestra infancia corriendo por estos pasillos, escondiéndonos entre las cortinas y utilizando estas ventanas para asomarnos a los jardines de abajo. Había sido nuestro patio de recreo, nuestro castillo, nuestra prisión.

Nuestros dormitorios estaban uno al lado del otro. Me detuve frente a la suya, pero luego entré en la mía.

Mi habitación tenía cajas desparramadas por todo el lugar, pero aparte de eso, no había cambiado realmente. Las sábanas estaban enredadas, el escritorio estaba cubierto de basura. El maquillaje cubría todos los servicios disponibles y mi querida muñeca de porcelana —llamada Dolly— descansaba en su lugar habitual encima de la cama. En cada grieta y rincón había fotos pegadas con pegamento.

Fotos de Cat y yo, de mis amigos y de mi familia. Incluso había una de mi madre. Estaba preciosa, con mi traje de bautizo en su regazo. Era la viva imagen de mi padre, tanto que podía fingir que mi madre nunca había existido. No la recordaba, y papá nunca hablaba de ella.

Arranqué la foto y la doblé por la mitad. Me pareció una traición a la misteriosa mujer dejarla en esta tranquila casa sola con mi padre.

Recogí otra caja llena de ropa y cosas que me faltaban. En el último momento, cogí a mi querida Dolly y algunas fotos de las paredes.

Una foto de Cat y yo me hizo detenerme. En esta no estábamos vestidas con nuestros uniformes escolares, sino con hermosas batas. Yo llevaba un largo vestido rojo, mientras que Cat se había puesto uno plateado. Las dos estábamos de pie frente a un árbol de Navidad, abrazadas la una a la otra y riendo. Como si la cámara nos hubiera captado en medio de una broma.

Esa fue la última foto que nos hicimos juntos, me di cuenta de repente. Cat había muerto en marzo del año siguiente.

Recogí la foto con cuidado y la guardé en mi caja.

Al salir, me detuve frente a la habitación de Cat. Hacía casi dos años que no entraba en ella, y papá tampoco. Ni siquiera estaba segura de que estuviera embalada.

Dejé mi caja.

Ahora que estaba casada, tenía sentido que papá revisara nuestras habitaciones y las limpiara. Después de todo, ¿por qué desperdiciar dos dormitorios en perfecto estado?

A Cat nunca le había importado que entrara en su habitación; bueno, al final sí. Al crecer, no lo había hecho. Pero recordé que entré en su habitación sin llamar y que me gritó que saliera.

Probablemente se estaba masturbando, pensé. Probablemente yo también me habría chillado.

Apreté ligeramente las manos contra el pomo. No sé por qué sentí que estaba rompiendo las reglas.

Es ridículo, pensé. *Cat está muerta. No se enfadará si entras en su habitación y guardas algunas de sus cosas.*

Abrí la puerta de golpe.

Una fina capa de polvo cubría todas las superficies, pero aparte de eso, la habitación podría haber estado congelada en el tiempo. La cama estaba deshecha, los libros apilados desordenadamente en la mesita de noche. La ropa y los zapatos estaban desparramados por el suelo. Incluso los pañuelos de papel usados estaban en su papelera.

Entré y respiré profundamente.

Todavía olía a ella. Su fresco aroma a lavanda que se había negado a cambiar.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y me las enjugué rápidamente. Era inútil llorar ahora.

¿Qué podía llevarme? La mayoría de las fotos de su pared eran copias y me parecía una grosería quitarle la ropa.

En su cama, descansaba una muñeca idéntica a la que yo tenía. La mayor diferencia era que mi muñeca tenía un vestido rosa mientras que la de Cat era azul. Las habíamos recibido de nuestro abuelo cuando éramos muy pequeñas y estábamos encantadas de tener muñecas idénticas. Cat había llamado a la suya María Cristina, mientras que yo sólo llamaba a la mía Dolly.

Quité el polvo de la fina cara de la muñeca y la recogí.

Si tienes hijas, podrías regalarles las muñecas, pensé de repente.

Aunque tener hijas no era nada a lo que aspirara una mujer de la mafia, me reconfortó un poco saber que un día esas muñecas volverían a ser cuidadas por dos hermanas.

Cuando volví a bajar, papá estaba en el mismo lugar del salón. Echó un vistazo a la caja que tenía en mis brazos y sacudió la cabeza con desaprobación.

Antes de que pudiera reñirme, sonó el teléfono.

—Yo lo cojo. —dejé la caja en el suelo y me apresuré a acercarme al teléfono. Papá se negaba a utilizar exclusivamente el teléfono móvil—. Residencia Padovino. Habla Sophia.

—Ah, mi encantadora nieta política. Justo con quien esperaba hablar.

Mi corazón se aceleró. —Don Piero.

Don Piero soltó una sonora carcajada al otro lado. —Efectivamente.

—¿En qué puedo ayudarle? —Me apresuré.

—He oído que está en casa de su padre y espero que pueda pasarse antes de volver a la ciudad. —Nada en su tono sugería que tuviera muchas opciones.

—Por supuesto. —Me dijo—. Me voy de casa de mi padre ahora.

—Brillante. Nos vemos pronto. —Don Piero colgó.

Me aparté el teléfono de la oreja, medio en shock. Don Piero, el Jefe de Jefes, quería verme. A solas. No tendría a mi padre ni a mi marido para desviar su atención de mí.

Tragué contra la sequedad de mi garganta.

—Será mejor que te vayas. —Sonó la voz de papá. Miraba el teléfono en mi mano como si fuera una serpiente—. Antes de que venga a buscarte.



Cuando llegó a la edad de la jubilación, Don Piero se había mudado fuera de la ciudad y se había instalado en una enorme casa en una impresionante extensión de terreno. Seguía siendo el jefe de la banda, pero todos sabían que su hijo mayor, Toto el Terrible, era el jefe en funciones de la familia. Don Piero daba las órdenes y su hijo las cumplía.

Oscuro se detuvo frente a la impresionante mansión.

Don Piero había comprado la vieja mansión colonial federal en mi vida y recuerdo que papá la señalaba cada vez que pasábamos por allí. Recordaba que pensaba que era la casa más bonita que había visto nunca, pero ahora me parecía grande e imponente y demasiado grandiosa para albergar a un hombre con las manos sucias.

La mansión era enorme, con sus paredes blancas visibles a través de las enredaderas que crecían desde el suelo, pasaban por las ventanas y llegaban al tejado. Una gran escalera curva conducía a la enorme puerta principal, y las ventanas ornamentales se extendían a cada lado de la casa, paralelas entre sí.

¿Cómo podía vivir solo en una casa tan grande? me pregunté. Aunque tal vez estuviera constantemente llena de miembros y personal del Destacamento.

Antes de que pudiera preguntar a Oscuro por los habitantes de la mansión, la puerta principal se abrió y Don Piero salió a recibirme. Iba vestido con un caqui y un jersey, lo que le hacía parecer más un viejo abuelo amable que un tirano asesino.

Para un hombre al que habían disparado hacía cuarenta y ocho horas, tenía un aspecto extraordinariamente bueno.

Junto a sus pies había un gran Cane Corso negro con un collar decorado con pequeños pinchos.

Salí del coche y sonreí a modo de saludo.

—Ah, Sophia —dijo a modo de saludo—. Me alegro mucho de que hayas podido venir.

—Gracias por recibirme.

Don Piero me dio un beso en la mejilla antes de hacerme pasar a la cálida casa, con el perro siguiéndome. El interior era tan grandioso como el exterior, con una enorme lámpara de araña y brillantes suelos de mármol. Enormes cuadros decoraban los salones e innumerables artefactos adornaban las superficies.

Creía firmemente que la mayor parte era robada.

Don Piero me sujetó el brazo. No podía dejar de pensar en todos los hombres que había matado con esas manos. —¿Cómo estás, querida? —preguntó mientras me llevaba a la sala de estar. Una criada esperaba junto al té y comenzó a servirlo cuando entramos.

Sobre la chimenea, había un enorme cuadro de una hermosa mujer.

—Estoy bien, señor. ¿Y usted?

—Sano como un caballo. —Me sentó en uno de los sofás antes de tomar el de enfrente. El enorme perro me observó por un momento antes de desplomarse sobre su vientre junto a los pies del Don. —¿Tu padre?

Sonreí a la criada mientras me pasaba una taza de té. —Gracias. —A Don Piero le dije: —Es bueno.

—Me imagino que echa de menos tenerte cerca.

—Me gustaría pensar que sí.

Don Piero sonrió. —Efectivamente. ¿Y mi nieto? Espero que se haya portado bien.

Qué extraño, noté, acabo de tener esta conversación casi exacta con mi padre. Quizás Don Piero también quería saber cómo era la vida privada de Alessandro. Pero, por otra parte, Don Piero probablemente podría ordenar a Alessandro que se lo contara. Seguro que no necesitaba que yo arrojara algo de luz.

Pero entonces, ¿por qué la advertencia de Alessandro de aquellas noches?

Estás en una posición muy informativa, esposa. Interponerte entre el Don y yo no te conviene.

—Por supuesto. —Sonreí y tomé un sorbo de mi té.

Los ojos oscuros de Don Piero me recorrieron. A pesar de su cortesía, no era un hombre con el que se pudiera cruzar, y podía sentir que jugaba conmigo.

Le dediqué mi mejor sonrisa tonta y señalé el cuadro sobre la chimenea. —¿Quién es la bella dama?

Sus ojos se suavizaron un poco. —Ah, mi Nicoletta.

Nicoletta Rocchetti había sido la esposa de Don Piero y madre de Salvatore y Enrico Rocchetti. La abuela de Alessandro. Había muerto antes de que yo naciera, pero por todo lo que se habla de ella, bien podría no haber existido nunca.

—Ya veo de dónde sacan los chicos su mirada. —le dije.

Don Piero sonrió. —¿No es de mí?

No podía saber si estaba bromeando, así que me apresuré a decir: —Y de su parte, señor. —Por un momento estúpido, su amabilidad me había hecho olvidar quién era.

No lo vuelvas a olvidar, me advertí.

Don Piero dio otro sorbo a su té. —Estaba pensando en rehacer el banquete de bodas. Sé lo mucho que os gustan las bodas a las mujeres y me parece una pena que no hayáis podido disfrutar de la vuestra.

Ataque o no, probablemente no habría disfrutado de la boda. Sonreí en señal de agradecimiento. —Es muy amable de tu parte. Pero, por favor, no se moleste por mí. —Moví las cejas—. Las recepciones son sólo una oportunidad para emborracharse a lo grande.

Don Piero se rió. —En efecto, lo son. —Sus ojos oscuros me buscaron—. Y tu precioso vestido de novia se estropeó. Antes de que nos hicieran fotos.

—No me importaría otra de esas. —Respondí.

—Claro que no te importaría. —Musitó—. Sin embargo, no tengo ni idea de vestidos de novia. Así que te he traído otro regalo.

Empecé. —Señor, no tiene que regalarme nada. Si alguien debe recibir un regalo, debería ser usted por aceptarme en la familia.

Don Piero rechazó mis palabras. Sus ojos brillaron. —Tonterías. —Giró la cabeza—. ¡Anna! Trae el regalo de Sophia.

Dios, ¿qué me había regalado? ¿Era la cabeza de alguien? ¿Un machete? La mitad de mí esperaba que Alessandro saliera y que Don Piero me dijera que íbamos a rehacer mi boda.

Una anciana entró en la habitación, que debía ser Anna, y en sus brazos había...

—¡Un cachorro! —jadeé, medio encantada, medio sorprendida.

Don Piero se levantó y tomó el cachorro de las manos de Anna. Su propio perro levantó la cabeza en señal de interés y enseñó los dientes de vez en cuando. —Uno de los cachorros de mi mejor perra. —dijo Don Piero—. Un Volpino italiano. El perro perfecto para una mujer. A diferencia de mi Lupo.

El cachorro era pequeño y blanco, y muy esponjoso. Parecía casi una bola de nieve, con orejas y nariz diminutas. Alrededor del cuello del cachorro había una cinta azul.

Don Piero me lo pasó y yo jadeé de alegría. —¡Oh, muchas gracias! Son adorables. —Le rasqué la barriga al cachorro—. ¿No son lo más bonito del mundo?

—Sí, Anna, te dije que le gustaría. —Don Piero me sonrió—. Un perrito perfecto. Sé que Alessandro no tiene un gran espacio, pero este tipo de perro estará bien.

Acercaba al cachorro a mi pecho. Se contoneó en mis brazos, pero no parecía molesto. —Señor, gracias.

—No hay de qué, querida. —Don Piero volvió a sentarse. Parecía haber algo ligeramente depredador en su expresión—. Una pequeña y encantadora raza enérgica. También son buenos con los niños.

Sonreí. La mención de los niños me bajó el ánimo.

Don Piero y yo hablamos durante una buena hora. Parecía una partida de ajedrez, tratando de hacer movimientos estratégicos para no perder la vida. Era educado y amable, pero yo sabía que, bajo su apariencia, era calculador y sanguinario. No sé por qué quería ponerme a prueba, para tenerme a solas, hasta que llegaron sus preguntas más incisivas.

—Espero que Alessandro te haya mimado. —dijo—. Una joven y encantadora novia como tú no aparece muy a menudo.

No revelé nada. —Por supuesto. Se ha portado muy bien conmigo. —*Se acostó conmigo una vez y no ha vuelto*—. Incluso me dio su tarjeta de crédito. —*Oscuro se aferró a ella.*

—Ah, los ingredientes de un buen matrimonio. —Don Piero dio otro sorbo a su té—. Espero que no tenga a sus amigos en casa y que apeste tu casa. Si sigue actuando como un soltero, seguramente podría decir algo por ti. —Rasqué la oreja del cachorro. Estaba dormido en mi

regazo. Un poco de su pelaje blanco se había enganchado en mi vestido y se lo quité con un cepillo—. No ha traído ni un solo amigo a casa y todo su personal ha sido más que educado. Pero gracias. Si empieza a hacer de las suyas, te llamaré. —Le guiñé un ojo para demostrar que estaba bromeando, pero Don Piero parecía serio.

—Por favor, querida. —La seriedad desapareció de su rostro y volvió a regalarme una sonrisa—. ¿Su personal?

—Todo maravilloso. —Ya lo había dicho—. Igual que el suyo. —Señalé la puerta por la que Anna y la otra criada habían desaparecido.

Asintió con la cabeza.

Al final tuve que despedirme. Don Piero insistió en que Alessandro y yo nos uniéramos a él para cenar cuando estuviéramos libres. Acepté y le agradecí una vez más mi regalo.

Mientras me acompañaba al coche, que Oscuro ya había arrancado, me puso una mano dura en la espalda y se acercó a mi oído.

Me tensé.

—Si necesitas algo, querida, estoy a una llamada de distancia. No dudes en llamar. —Algo en sus palabras me inquietó, así que sonreí alegremente en señal de agradecimiento y me apresuré a entrar en el coche.

Oscuro vio al cachorro y frunció los labios. La desaprobación irradiaba de él.

—¿Está todo bien, Oscuro? —le pregunté.

Asintió bruscamente con la cabeza. —Todo está bien, señora. —No le creí ni por un segundo.

Don Piero me saludó con la mano mientras salíamos de su casa y desaparecíamos por la calle. Había algo pintoresco en el Don del Outfit de pie en la nieve blanca y pura, con un enorme perro guardián a su lado, que nos saludaba como un dulce abuelo.

Hasta que viste la pistola en la parte trasera de sus pantalones.

En cuanto salimos del barrio y nos dirigimos a la ciudad, me recosté en el asiento y respiré aliviada.

Oscuro me miró con complicidad, pero no dijo nada.

Capítulo 6

—Aquí tienes, mi amor. —Puse el bol de carne en rodajas delante de mi nuevo cachorro, al que había llamado Polpetto. Polpetto olfateó la comida antes de hincarle el diente. Su colita se movió con alegría—. Te gusta la carne, ¿verdad? Lo recordaré.

Me levanté y me dirigí a la cocina. El risotto de setas estaba hecho, pero Alessandro aún no había llegado a casa. Sabía que era mejor comer antes de que llegara el hombre de la casa.

Un segundo después, las puertas del ascensor sonaron y Alessandro entró. Inmediatamente, sus ojos se dirigieron a Polpetto y frunció el ceño.

—Has visto a mi abuelo hoy.

Alessandro tenía el mismo aspecto que tenía esta mañana cuando se había marchado. Como si hubiera salido de las páginas de una revista GQ.

—¿Y bien? —Alessandro soltó un chasquido.

Había hecho una pregunta. —Lo hice. Me regaló a Polpetto. ¿No es encantador?

Alessandro no pareció compartir mis sentimientos. En cambio, desvió su atención de Polpetto y se acercó a mí. Una oscuridad se había apoderado de su rostro.

Retrocedí, pero me encontré atrapada entre el mostrador y mi marido.

Se detuvo justo delante de mí. Su olor a especias oscuras me abrumó y mi cerebro quedó de repente desprovisto de todo pensamiento coherente. Irradiaba calidez, mezclada con poder y fuerza. *Así debe sentirse la gacela*, pensé, *cuando el león se alza sobre ella.*

Alessandro me agarró la barbilla con fuerza y me levantó la cara.

Mi corazón empezó a retumbar.

—¿De qué habéis hablado? —preguntó. Su tono había adquirido una peligrosa calma.

—De nada. —murmuré.

—Eso no fue lo que pregunté. —Se inclinó más cerca. Su cálido aliento me hizo cosquillas en las mejillas. Estaba tan cerca que podía besarme—. ¿Qué le dijiste?

Le miré fijamente a los ojos. —Todo el día la gente ha intentado saber más de ti a través de mí.

La ira apareció en su rostro. —Estoy seguro de que no tengo que decirte que mantengas la boca cerrada. *Otra vez.*

—No hace falta. —Respondí.

Alessandro me observó durante otro segundo, antes de soltar su agarre y alejarse. Me agarré al mostrador detrás de mí para evitar caer al suelo. No me dolía el lugar donde me había agarrado, sólo la presión sorda de su tacto.

—Deshazte del perro.

Volví a mirar hacia él. Su expresión era dura. —No.

Alessandro dirigió sus ojos a los míos. —¿No?

Me apresuré a explicar. —El Don se pondrá furioso si rechazo su regalo. Es mucho más seguro si me quedo con Polpetto.

—¿Por qué crees que te ha hecho un regalo? —preguntó.

Fruncí el ceño confundida. —Dijo que era una reparación por la boda arruinada. Dijo que se sentía mal porque no había conseguido mi boda de cuento de hadas.

—No pregunté cuál era el motivo. Te pedí que me dijeras por qué crees que te hizo un regalo. —Alessandro espetó.

—¿Yo? —repetí—. ¿Quieres saber lo que pienso?

—Sí, quiero.

Le miré fijamente. ¿Realmente quería que dijera lo que pensaba? ¿O quería que le diera la razón a su abuelo, a su don?

Alessandro me miró fijamente.

Las palabras se me escaparon antes de que pudiera detenerlas. —Dos razones. —Croé—. Una, quiere ablandarme. Hacerme sentir en deuda con él, pero también convertirme en una amiga. Dos, los perros obviamente tienen algún tipo de significado. Tú no tienes un perro, ni tampoco los miembros de tu familia. Al regalarme uno, está diciendo algo... pero no sé qué es.

Tan pronto como salieron las palabras, me arrepentí de ellas. *No llegarás a ningún sitio por cuestionar al don,* me dije furiosa. *Sobre todo, a su nieto y al Capo.*

Miré a Alessandro. ¿Me castigaría?

Pero, en cambio, me dirigió una mirada curiosa. —A mi abuelo le encantan los perros. Siempre le han gustado. Los cría y gana mucho dinero con ellos. —Sus ojos oscuros parpadearon hacia Polpetto, que había terminado su cena y estaba tumbado, con la barriga hacia arriba, descansando—. Cuando el alcalde Salisbury fue elegido, le envió un galgo. Y cuando los Cubs ganaron la Serie Mundial, le envió al entrenador un mastín.

Me di cuenta. —Está reclamando la propiedad.

Alessandro asintió. —Exactamente. Ese perro representa para todos nosotros que te considera suya.

Miré a Polpetto. El perrito era tan bonito que costaba creer que simbolizara un mensaje tan oscuro.

—¿Por qué? No soy más que una esposa. La esposa de su nieto.

—Sin duda. —Había algo más en el tono de Alessandro. Pero no ofreció más explicaciones—. Quédatelo, si quieres. Pero no olvides el motivo.

Asentí con la cabeza. Las palabras parecían escapárseme.

¿Por qué reclamaba Don Piero la propiedad? ¿Estaba a mi favor o no? ¿A quién le hacía señas? ¿Qué significaba esto para mí? Las preguntas bullían a mi alrededor, pero me callé. Preguntarle a Alessandro no me ayudaría a la larga: las esposas de Capo no hacían preguntas sobre lo que hacía su Don.

Para distraerme, serví la cena mientras Alessandro colgaba su abrigo y su bufanda. Mi estómago refunfuñó al ver el risotto.

Comimos en silencio. No por falta de intento. Más de una vez intenté entablar una conversación, cualquier cosa que interrumpiera el sonido de los tenedores raspando el plato, pero a Alessandro no le interesaba. O gruñía, o no decía nada, o hablaba por teléfono.

Cuando estaba recogiendo los platos, mi teléfono sonó.

Lo miré. —Oh, es Elena. —Abrí rápidamente el teléfono y leí su mensaje. Quería saber más sobre Polpetto, reaccionando a las imágenes que envié en el chat de grupo.

—¿Elena? —Alessandro levantó la cabeza de su propio teléfono.

—Mi amiga, Elena. Elena Agostino.

Entrecerró los ojos. —¿Sabes que debes mantener la boca cerrada con tus amiguitos? Seguro que no tengo que decírtelo.

Me pasé la lengua por los dientes. *Respiraciones profundas, Soph, respiraciones profundas*—. No. —Sonreí con fuerza—. Claro que no. —Señalé los platos—. Acaba con los platos, ¿sí? Seguro que no tengo que decírtelo.

Me alejé antes de que pudiera disculparme por ser grosera.

Ni siquiera diez segundos después, me arrepentí de mi temperamento. No debí haber pinchado al oso. Ahora me castigaría. Sólo podía imaginar cómo se ocupaba Alessandro de los que consideraba irrespetuosos. ¿Me cortaría los dedos? ¿O me colgaría del techo por los tobillos?

Me apoyé en la ventana, con la frente pegada al cristal.

¿Los de abajo tenían las mismas preocupaciones que yo? No era la única con problemas y era estúpido pensar lo contrario. Pero por un momento me imaginé cómo era no formar parte de este mundo. Mi padre no me habría casado, mi marido no sería un asesino. Las drogas, la extorsión y el crimen no serían el 9 a 5.

Tal vez podría haber ido a la universidad. Aunque, probablemente no. Nunca había sido buena en la escuela, prefería pasar mis días hablando con amigos y divirtiéndome. Tal vez podría haber ido de animadora o algo así.

Suspiré, intentando no reírme.

Estaba tan metida en esta vida que ni siquiera podía imaginar mi vida alternativa.

¿Sería capaz de funcionar en ese mundo? La mafia tenía sus defectos, pero nos cuidábamos unos a otros. Cuando nos quedábamos sin electricidad, en cuestión de minutos, la gente venía a ayudar. Los niños eran cuidados por todos. Nunca llegué tarde a la escuela ni me quedé sin nada. La gente era leal.

Y había electricidad. No temía las multas por exceso de velocidad ni los problemas de la gente. Pasaba por delante de ellos, intocable y con la certeza de que mi padre destruiría a cualquiera que me tocara. No tenía que inclinarme ante el gobierno corrupto y nada podía tocarme.

Tracé el contorno de la ciudad con el dedo. Tal vez estaba romantizada en mi mente, y como mujer, mi versión de este mundo era diferente a la de un hombre. Pero cuando miré a la gente de abajo, no sentí envidia.

Recordé que Cat había estado celosa. Tenía tantas ganas de salir que a veces pensaba que se arriesgaría al castigo por la recompensa.

Quizás algunas personas estaban hechas para este mundo mejor o peor que otras.

De repente, la puerta de mi habitación se abrió de golpe. Alessandro entró a grandes zancadas, sin apenas mirar el espacio que me rodeaba. Toda su atención estaba puesta en mí.

El sudor se me agolpó en la nuca. *Ha venido a castigarme*, pensé. El impío está aquí y está a punto de hacerme rogar.

—Lo siento. —dije antes de que pudiera decir algo—. No debería haberte hablado de esa manera. No volverá a ocurrir.

Alessandro se detuvo a un metro de mí y se acercó a mí.

No dijo nada.

Abrí la boca. —Por favor...

—No supliques. —Soltó. Alessandro sonaba ligeramente decepcionado. ¿Por qué iba a estar decepcionado? ¿De que no me haya tirado ya del edificio?

El sonido de un suave golpeteo en el suelo llenó el silencio entre nosotros. Un momento después, Polpetto asomó la cabeza en la habitación, me vio y se acercó trotando. Le sonreí por instinto. ¿Cómo no iba a hacerlo? Era la cosa más bonita que había visto nunca.

Me agaché para cogerlo y saltó alegremente a mis brazos.

—Sigo pensando que deberías deshacerte de esa cosa. —dijo Alessandro.

Yo abrazaba a Polpetto contra mi pecho. —Se llama Polpetto. Y las decisiones de su dueño no deberían reflejarse en él.

—Mmm. —Los ojos de Alessandro recorrieron la habitación.

Me di cuenta, horrorizada, de que no la había ordenado hoy. Las tazas de café y la ropa cubrían las superficies, y había volcado la caja que había traído de casa de mi padre, haciendo que se derramara por todas partes. Ni siquiera me había molestado en hacer la cama.

—Esta habitación es una pocilga. —Sonó ligeramente sorprendido por este hecho.

Me sonrojé. —Tenía la intención de limpiarla, de verdad. Pero me distraje...

—Has estado aquí durante dos días. ¿Cómo es que está tan desordenado?

—Deberías ver el dormitorio de mi infancia. Y estuve allí durante veintidós años.

Alessandro me miró. —Me imagino que es poco menos que asqueroso.

—Tendrías razón. —Me reí. En cuanto salió, hice una pausa. ¿Estaba yo aquí, discutiendo temas casuales con El Sin Dios? ¿Me estaba adormeciendo en una sensación de seguridad? ¿Cuándo decidió castigarme?

Sus ojos oscuros me recorrieron. —Vuelves a tener miedo de mí. Me doy cuenta. —No parecía triste ni feliz por este hecho.

—¿No debería estarlo? —susurré.

—El sentido común dice que deberías estarlo. —respondió Alessandro.[SEP]Acuné a Polpetto en mis brazos—. Lo que me falta de sentido común lo compenso con los modales.

Juraría que Alessandro casi sonrió. O tal vez me estaba volviendo realmente loco. Eso explicaría por qué seguía contestando a mi marido.

Alessandro inspeccionó la cama una vez más. Una mirada depredadora se había apoderado de su rostro.

Se me apretó el estómago.

—¿Vamos a…? Me quedé sin palabras, incapaz de pronunciarlas.

Se volvió hacia mí, lenta y deliberadamente.

—¿Vamos a follar? —dijo—. ¿Es eso lo que querías preguntar?

Negué con la cabeza.

Alessandro se puso muy animado. Se acercó a mí. Retrocedí, pero me topé con la ventana que tenía detrás. El cristal frío me oprimió la piel, en contraposición con el enorme y cálido hombre que me miraba. Alessandro me puso una mano a cada lado de la cara y se inclinó para mirarme a los ojos.

Apenas podía respirar.

—Como tu marido, tengo derecho a tenerte. Podría tomarte ahora mismo y estaría en mi derecho.

Tragué contra la sequedad de mi garganta. —¿Vas a hacerlo?

Una sonrisa de satisfacción creció en su rostro. No había nada divertido en ella. —No. Todavía no. No cuando no estás físicamente preparada para ello. —Alargó uno de sus pulgares y lo pasó por mi pelo—. No querría dañar a mi nueva novia. No tan pronto, al menos.

¿No iba a volver a acostarse conmigo hasta que estuviera curada? ¿Curada de mi herida de bala o de nuestra sesión anterior?

Alessandro se acercó y por un momento pensé que iba a besarme. En lugar de eso, apretó su nariz contra mi mejilla, respirando mi interior. —Tienes mucho miedo. Incluso cuando no estoy en la habitación, te oigo colocar las cosas con suavidad y hablar en voz baja para no despertar a la bestia.

—Esta es tu casa. —Chillé. Su presencia era demasiado. Demasiado caliente, demasiado grande—. No quiero ser grosera.

—No —se rió suavemente—. Nunca quieres ser grosera, ¿verdad? Tus modales son ejemplares, tu comportamiento intachable y tu apariencia perfecta. Eres irreprochable, ¿verdad? Como un mono entrenado.

Me mordí la lengua. Me costó mucho trabajo ser una mujer en este mundo, e incluso yo tropecé un par de veces al día.

—¿No tienes nada que decir? Claro que no. —Alessandro se echó hacia atrás y me miró a los ojos—. Y aquí estaba yo, pensando que escondías algo feo bajo ese exterior dorado.

Le devolví la mirada. —Soy tu esposa. Vivo para hacer tu casa y tus hijos.

Sonrió. La visión era salvaje y aterradora. —Si tú lo dices.

Alessandro se apartó de mí, liberándome de la prisión de sus brazos. Aspiré una bocanada de aire entre los dientes, sintiéndome muy mareada. En mis brazos, Polpetto también pareció relajarse.

—Duerme bien. —dijo, sonando como si no le importara realmente cómo dormía. Vi cómo se dirigía a la puerta—. Mañana tienes otro día agotador de ser la señora Rocchetti.



Los días pasaban como el agua.

Cada día, me dedicaba a mi vida con un miedo paralizante, vigilando a Alessandro en busca de cualquier señal de que pudiera hacerme daño. Desde el momento en que me despertaba, sola, le evitaba todo el día —lo que no era difícil cuando trabajaba en la casa— hasta la cena. Durante la cena, intercambiábamos charlas educadas pero tensas sobre la cena y el tiempo.

Cada noche, me tumbaba en la cama y miraba la puerta hasta que el cansancio me arrastraba a la oscuridad.

Sólo el precioso Polpetto, que había orinado tres veces en la casa y defecado el doble, me proporcionaba algún tipo de relajación. Aunque fuera un símbolo de algo mayor, no podía hablar. Por lo tanto, Polpetto estaba libre de ser un espía.

A principios de febrero, hubo unos raros días más cálidos y elegí ese momento para sacar a Polpetto a dar un pequeño paseo. Estaba tan guapo con sus patucos que casi lloro.

Oscuro le echó un vistazo y negó con la cabeza.

—¿No crees que Polpetto se ve elegante? —Me reí—. Yo también estoy pensando en regalarle un gorrito.

—Lo que le parezca mejor, señora. —Pero el tono de Oscuro dejaba claro lo que realmente pensaba.

Volví a reírme.

Todo Chicago parecía tener la misma idea que yo y se aventuró a salir al día. Una capa de nieve todavía lo cubría todo, pero era agradable sentir el sol en la cara, aunque no sirviera de mucho para combatir mi nariz helada.

Oscuro caminaba a mi lado, prohibitivo y vigilante.

Intenté entablar una conversación, pero, como de costumbre, Oscuro no quiso. Yo no quería hablarle al oído, así que me mordí la lengua para no hablar.

Cuando llegamos al otro lado del parque, vi los baños públicos. —Oscuro, ¿puedes vigilar a Polpetto un momento? Tengo que ir al baño.

Oscuro frunció los labios, pero asintió. Se apoyó en el retrete, con cara de asco. Suspiré, pero no le dije que se moviera. No es que fuera a hacerlo.

Hacía mucho frío dentro de los aseos, pero estaban vacíos. Hice rápidamente mis necesidades y luego me apresuré a acercarme al lavabo. Una fina capa de mugre cubría todo el interior.

No seas tan engreída, me dije.

Se abrió una puerta —que supuse era la del armario— y entró un hombre.

—Oh, señor, creo que se ha equivocado de lugar. —Me reí.

El hombre se acercó a mí y mostró una placa. —Agente especial Tristan Dupont, FBI.

Se me apretó el estómago. —No estoy segura de lo que puedo hacer por usted, agente.

—Usted es Sophia Padovino, ¿no?

Me fijé en el aspecto de Dupont. Parecía un federal, con su camisa azul abotonada y sus pantalones. Sus zapatos estaban gastados y su pelo rubio estaba bien peinado hacia atrás. En realidad, no parecía muy mayor, tal vez unos pocos años más que yo, pero definitivamente más joven que Alessandro. Pero a pesar de ser un policía, no era mal parecido.

De hecho, era bastante guapo. Me recordaba a un vikingo báltico, casi.

—Lo siento, señor, pero tengo que irme...

—Estoy trabajando con un grupo de trabajo especializado para ayudar a acabar con las familias del crimen de Chicago. Sabemos que fuiste forzada a casarte con Alessandro Rocchetti y sabemos que no es un buen hombre. Si trabaja con nosotros, podemos ofrecerte protección y una nueva vida, libre de todo esto. ¿No es eso lo que quieres? ¿Ser libre?

Le miré fijamente. —Agente Dupont, no sé por qué supone que puedo ayudarle. No sé nada de las familias del crimen de Chicago.

—No se haga la tonta. —dijo Dupont, pareciendo irritado conmigo—. Quise decir lo que dije, podemos protegerte. Hemos mantenido a la gente oculta y a salvo antes y podemos mantenerte a ti oculto y a salvo. Todo lo que tienes que hacer es trabajar conmigo.

Recogí mi bolsa del fregadero. —Me gustaría poder ayudar, pero tengo que irme.

Dupont se puso delante de la entrada, bloqueando mi camino. Mi corazón comenzó a acelerarse.

—Le sugiero que me deje pasar, agente Dupont.

—¿O qué, señora Rocchetti? —preguntó—. La mafia no enseña a sus mujeres a luchar.

Le miré fijamente. —¿Para qué tendría que saber pelear, señor? Ahora, se lo pido respectivamente, por favor, déjeme pasar.

Dupont parecía decepcionado. ¿En mí? ¿En sí mismo? No estaba seguro. Sacó una tarjeta de su bolsillo trasero y me la pasó. —Si cambias de opinión, no dudes en llamarme.

No lo acepté. —No creo que sea necesario. Disculpe...

Se hizo a un lado, bloqueándome.

Ni siquiera pensé, sólo grité: —¡Oscuro!

Antes de que Dupont pudiera darse cuenta de lo que había dicho, Oscuro entró corriendo en el baño, con el Polpetto bajo el brazo derecho y la pistola en la mano izquierda. Cuando vio a Dupont, gruñó como una bestia.

—Cuidado. —Advirtió Dupont—. Sigo siendo un agente federal.

—El agente Dupont ya se iba. —dije—. Y si sabe lo que le conviene, no volverá a molestarme.

Dupont miró a Oscuro. Me miró a mí. Sus ojos me suplicaron que reconsiderara su oferta, pero aparté la mirada.

Después de un segundo, se fue. Oscuro lo vio salir por la segunda puerta, con la mandíbula tensa.

En el silencio del baño, me froté la cara. Tenía unas ganas irrefrenables de llorar, que eran ridículas.

—¿Señora? —incitó Oscuro.

Levanté la vista. —Lo siento, Oscuro. No voy a llorar, de verdad...

Se movió sobre sus pies. —No es eso, señora. Es que... tengo que llevarla directamente al Capo. Tiene que saber todo lo que ha pasado.

—Por supuesto. —Tropecé con las palabras—. Por supuesto. ¿Dónde está él?

—En el circuito, señora.



Capítulo 7

El Circuito de Chicago era una enorme pista de velocidad que Don Piero había construido cuando llegó al país. Antes era una pista de tierra ilegal, pero ahora el circuito era un enorme negocio multimillonario en el que se disputaban miles de carreras al año. Casi 600.000 mil personas cabían en la pista y más de una docena de copas se habían celebrado aquí.

Papá solía dejarme seguirle al hipódromo unas cuantas veces al año. Me alojaba en uno de los palcos mientras él hacía negocios. Solía sentarme allí y observar con ligero horror y asombro los coches. Solían ir tan rápido.

Hacía años que no volvía, pero la pista no había cambiado mucho.

Oscuro me condujo por el edificio que rodeaba la pista. La mayoría de las oficinas estaban debajo de los asientos, excepto la oficina principal que estaba en la parte superior de los palcos privados y tenía vistas a toda la pista de velocidad.

Me sorprendió que estuvieran en el circuito. El invierno hacía imposible correr, ya que una fina capa de hielo cubría la pista. Y habría hecho demasiado frío para estar fuera durante mucho tiempo. Los pasillos estaban en silencio, sólo se oían los pasos de Oscuro y los míos.

—El Capo está arriba, señora.

—Es tan silencioso en invierno. —Me reí—. Cuando mi padre me traía aquí, siempre estaba muy concurrido.

—La pista de carreras abrirá de nuevo en marzo.

Oscuro me llevó al piso superior. La oficina era una sala enorme, con ventanas que se extendían a lo largo de la parte trasera, revelando la pista de abajo. Un escritorio de madera estaba en el centro, con dos sillones delante. Las paredes estaban cubiertas por estanterías semivacías y cientos de fotos de coches decoraban el resto del espacio.

Alessandro se sentó a la mesa, con la atención puesta en el ordenador.

—Puedes irte, Cesco. —Dijo.

Oscuro inclinó la cabeza. Me miró con una pizca de lástima antes de desaparecer tras las puertas.

Por un momento, sólo hubo silencio. Entonces Polpetto ladró a Alessandro, reconociendo obviamente que era el dueño de la casa.

— Silencio —susurré.

Alessandro ignoró a Polpetto y dirigió sus intensos ojos hacia mí. —Siéntate.

Hice lo que me dijo.

Acercarme a él no era algo que mi cuerpo quisiera hacer, pero me obligué a ocultar mi miedo. Él sólo reaccionaría ante ello.

—Se te acercó un federal. —Dijo, su voz calmada, pero eso no me engañó.

—Lo hizo. —Intenté mantener mi voz firme—. Entré en los baños públicos del parque, mientras Oscuro y yo paseábamos a Polpetto, entró por la entrada del personal y se acercó a mí.

Alessandro se recostó en su silla. La sospecha apareció en sus ojos. —¿Sabías que estaba allí?

—¿En el baño? —Fruncí el ceño—. Por supuesto que no.

—¿De qué hablaron?

Alisé el pelo de Polpetto. —Me ofreció ponerme en protección de testigos si trabajaba con él. Dijo que iba a acabar con todas las organizaciones criminales de Chicago y que yo podría ayudarle contando lo que sabía.

—¿Y cómo respondiste?

Algo en el tono de Alessandro me irritó. Seguro que no pensaba que yo había traicionado al Outfit. Si así fuera, correría mucho peligro. —Negué tener conocimiento de cualquier organización criminal en Chicago y le pedí marcharme.

—¿Y lo hiciste? ¿Irte? —Preguntó Alessandro.

—No. Bloqueó la puerta. Fue entonces cuando llamé a Oscuro.

—Ya veo. —Me observó—. ¿Por qué no llamaste a Oscuro cuando lo viste por primera vez?

Busqué en su rostro, tratando de averiguar qué pasaba por su mente. Pero su expresión no revelaba nada.

—Estaba abrumada, pero tampoco quería levantar sospechas. Mi primera táctica fue intentar convencerle de que no sabía nada de la mafia ni tenía conexiones con ella. Las mujeres normales no suelen tener guardaespaldas.

—Estoy seguro de que él ya sabía quién era tú.

—Lo sabía. Me llamaba Sophia Padovino, pero sabía de nuestro matrimonio. Lo mencionó. —Fruncí el ceño—. Parecía saber mucho al respecto, en realidad.

—Los federales hacen sus investigaciones. —Fue la fría respuesta de Alessandro—. ¿Algo más?

Me quedé mirando las ventanas. Empezaba a nevar. Y yo había pensado que febrero sería señal de menos nieve. Estaba claro que me había equivocado. —Fue extraño. Es casi como si me conociera. Esperaba que aceptara su oferta. De hecho, se enfadó bastante cuanto más me hacía la tonta.

—Ahora eres una Rocchetti. Él sabe quién eres —dijo Alessandro secamente—. Imagino que toda la Unidad de Crimen Organizado lo sabe.

Ese hecho me hizo sentir un poco mareada... y un poco engreída.

—¿Qué crees que quería de ti? —preguntó Alessandro, como si ya supiera la respuesta—. ¿Por qué crees que te eligió a ti?

Volví a mirar a Alessandro. —Supongo que porque tiene la impresión de que yo sabría mucho sobre el Outfit. Los detalles más importantes que podrían justificar un arresto. —Fruncí el ceño—. Pero llevamos apenas una semana casados. ¿Qué voy a saber yo?

Alessandro se encogió ligeramente de hombros. —Tal vez Dupont quería que fueras un informante.

—Nunca dijo...—El agente sólo me había ofrecido refugio. Pero, ¿de qué serviría yo para derribar a la mafia? No sabía mucho y las cosas que sabía eran de conversaciones escuchadas a lo largo de los años. Nada que pudiera usarse en un tribunal.

Había visto a los Rocchetti asesinar a los Gallagher. ¿Pero mi palabra contra la de ellos? Y la policía local ciertamente no se había atrevido a arrestarlos. Ni siquiera ellos me respaldarían si subiera al estrado. Además, yo también había asesinado a alguien. ¿No es por eso que para entrar en la mafia había que asesinar a alguien? Así no podías desertar a la policía sin ser acusado.

Algo me llamó la atención. —¿Cómo sabías que el agente se llamaba Dupont? —Pregunté—. Nunca dije su nombre.

Alessandro parecía ligeramente divertido. —Por cada información que tienen sobre nosotros, nosotros tenemos diez veces más sobre ellos. Además, Oscuro lo reconoció. Dupont ha estado husmeando desde que entró en el FBI hace tres años.

Sonreí sin ganas y murmuré: —Por supuesto.

—¿Recuerdas algo más de la reunión? —preguntó.

Repasé la interacción. Parecía que Dupont quería convencerme de que desertara de la policía. Me había llamado por mi nombre de soltera. Sabía de mi matrimonio con Alessandro y de la reputación de éste. Incluso había sabido que las mujeres no estaban entrenadas para luchar. Aunque, todo esto podría ser información pública.

—No—. Murmuré—. No hablamos durante mucho tiempo. Ni siquiera un minuto.

Alessandro me miró fijamente. —Espero que estés diciendo la verdad, Sofía. Estoy seguro de que no hace falta que te diga lo que les pasa a los traidores del Outfit.

—Yo nunca...

—Ahórratelo —cortó—. He oído esas palabras miles de veces y nunca han resultado fiables.

No sabía qué decir a eso.

Alessandro se levantó de repente. Tan elegante y depredador. Rodeó el escritorio y se inclinó sobre mí, apoyándose en una mano. Su presencia me rodeó.

Mi corazón empezó a latir con fuerza en mi pecho.

—¿Estás segura de que puedes decir que nunca me traicionarías? —preguntó. Alessandro puso su rostro frente al mío, nuestras narices casi se tocaban. Sentí que me iba a desmayar—. ¿No has estado ni siquiera un poco tentada? Seguro que te lo has imaginado. La vida fuera de la mafia. Podrías ir a la universidad, elegir tu propio marido. Podrías conseguir un trabajo, andar sin guardaespaldas.

Por iniciativa propia, mis ojos bajaron a sus labios y volvieron a subir a sus ojos oscuros. Eran demasiado intensos, demasiado cómplices. Tragué con fuerza. —Sólo vivo para ser una buena esposa para ti y una buena madre para tus hijos.

Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro. —Oh, eres perfecta, ¿verdad? Tan perfecta que apuesto a que ni siquiera has pensado en irte. —Alessandro se inclinó más cerca, nuestras

narices se tocaron. El sudor empezó a picarme en la nuca—. Sólo dímelo. No se lo diré a nadie. ¿Has pensado alguna vez en irte?

Abrí la boca, pero me cortó. —Y no mientas, mujer. Miente y no seré feliz.

Alessandro me tenía entre la espada y la pared y, por su expresión, él también lo sabía. Podía dar mi habitual respuesta obediente y arriesgarme a que se enfadara, o dar mi respuesta sincera y también arriesgarme a que se enfadara. Su expresión se intensificó como si pudiera leer mi mente.

Tragué saliva. —Todo es en broma... nunca me iría de verdad.

Sus ojos se encendieron. —Dime. ¿Estuviste tentada de aceptar la oferta de Dupont?

—No Dupont, no. —Mi voz era suave.

—¿Entonces quién?

Sé sincera, pero no demasiado, me dije a mí misma para tranquilizarme. Antes de darme cuenta, las palabras estaban saliendo de mi boca. —Mi hermana. En su último año de instituto, ella realmente quería ir a la universidad, pero papá le dijo que no. Estuve tentada entonces... pensé en irme con ella. Pero eso fue hace muchos años.

Una mirada extraña había aparecido en el rostro de Alessandro. —Tu hermana. —Su tono era tenso—. Tu hermana muerta.

Miré a mi regazo. El dolor se apoderó de mi corazón. —Sí, mi hermana.

Alessandro aún no había terminado conmigo. —¿Por qué no te fuiste entonces?

—Éramos chicas jóvenes, ¿qué sabíamos del mundo? Nunca habíamos tenido trabajo, ni siquiera habíamos manejado una cuenta bancaria. ¿Y dejar a mi familia? —Negué con la cabeza. —Sólo éramos chicas jóvenes imaginando algo diferente. No había ningún peso detrás de las palabras.

—Por supuesto que no. —Volvió a sonar enfadado—. Tú nunca harías algo tan rebelde. No mi perfecta esposa.

Mantuve los ojos fijos en mi regazo. Polpetto volvió a mirarme.

Alessandro retrocedió. Volví a respirar correctamente.



No se volvió a sentar, sino que se apoyó en el escritorio. Levanté la vista para verle recorrer con sus ojos oscuros la pista. El silencio me pesaba mucho. —Oscuro mencionó que la pista se abrirá de nuevo en marzo.

—Si hace buen tiempo. —Alessandro bajó la mirada hacia mí—. ¿Por qué tu perro lleva zapatos?

—¡Oh! —Levanté a Polpetto, mostrando sus botines—. Son sus patucos de nieve, para proteger sus patitas del frío. ¿No son adorables?

Alessandro parecía querer llamarlos por muchas otras palabras, pero no adorables. —Se ve ridículo.

—No lo está. —Rasqué el vientre de Polpetto. Inmediatamente se puso de espaldas, mostrando su barriga.

Alessandro se dirigió a la parte trasera del escritorio. —Tengo una reunión con mis hombres. Oscuro te acompañará a casa.

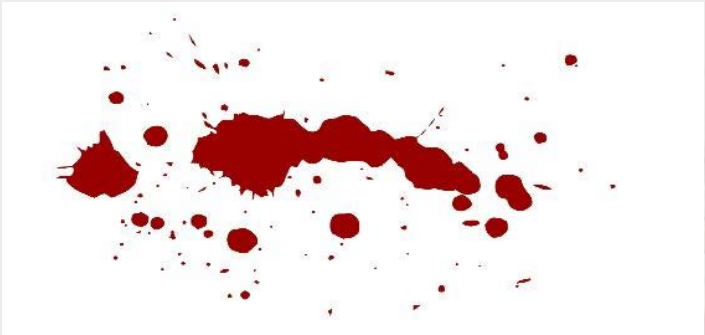
Supe cuándo me habían despedido. Me levanté con Polpetto en brazos y comencé a salir del despacho. Cuando llegué a la puerta, Alessandro me llamó.

—¿Sophia?

Me detuve y me giré para mirarle. No me miraba. Toda su atención estaba puesta en el ordenador que tenía delante.

—La próxima vez, llamas a Oscuro inmediatamente. No te molestes con una pequeña charla. ¿Está claro?

Aunque no me estaba mirando, la intensidad detrás de la orden era clara. —Por supuesto. No volverá a ocurrir. —Me fui antes de que pudiera dar más órdenes.



Los funerales de Paola Oldani, Tony Scaletta y Nicola Rizzo se celebraron en los mismos tres días. Fueron fácilmente las setenta y dos horas más deprimentes de mi vida.

Todas estas muertes habían ocurrido en mi boda. Habían sido invitados inocentes y eso les había llevado a la muerte. No habían estado en el campo o en la línea de peligro. Sólo sentados en los bancos de una iglesia durante una ceremonia matrimonial.

Mi culpa era agobiante. Intenté ser la invitada perfecta. Llevé comida para la familia en mi mejor plato y hablé con cada miembro de la familia individualmente.

Pero yo sabía lo que era para ellos. Tal vez no la causa de la muerte de sus seres queridos, pero definitivamente un factor que contribuyente.

Además, la iglesia había sido reparada -gracias a una generosa donación del Outfit- y era la iglesia donde se celebraban los funerales. Cada vez que miraba a mi alrededor, mi mente regresaba al día de mi boda. A la sangre caliente en mi cuello, a la herida de bala en mi costado. El miedo, los olores.

La sensación de acabar con una vida.

Alessandro no mostró ninguna reacción... ni ningún otro Rocchetti.

Estuve de pie y sentada con los Rocchetti durante cada ceremonia. La gente evitaba nuestro pequeño grupo mirándolos con asombro y temor. Una pequeña parte de mí sintió un impulso de petulancia, de poder. Pero lo rechacé.

—Qué día tan terrible. —dijo Don Piero. Estaba sentado a mi derecha, con Alessandro a mi izquierda. A todos los demás les molestaba que me sentara tan cerca del Don, pero él había insistido en que necesitaba una presencia 'suave' para un día así. —Qué desperdicio de vida. —Todos hicimos una señal de acuerdo.

Me resultaba difícil no pensar en el funeral de mi hermana. Cada vez que miraba por encima del mar de negro, oía los sermones del sacerdote o incluso oía la tierra golpear el ataúd, mi mente volvía a pensar en mi hermana. Recuerdo a Cat siendo introducida a la tierra, desapareciendo de mí lado para siempre.

La última vez que la había visto estaba tan sana y radiante. Me había negado a ver el cuerpo, sin querer manchar mis recuerdos de ella. Pero quizás debería haberlo hecho. Tal vez me

hubiera ayudado a romper la conexión entre nosotras, me hubiera ayudado a pasar a la tierra de los vivos.

Ya está en el pasado, pensé. Dos años, se cumplen en marzo.

Cuando el sacerdote se alejó del podio, Don Piero se levantó. No había dicho nada en los otros funerales. Sus hijos, Salvatore y Enrico, también se pusieron de pie con él. Todos los Rocchetti llevaban máscaras tranquilas, mientras que el resto estábamos ligeramente confundidos.

Miré a Alessandro.

Me miró. Algo en sus ojos me dijo que me sentara delante y que actuara con calma.

Don Piero se dirigió a la parte delantera de la iglesia, mientras sus hijos desaparecían. Se colocó debajo de la Virgen María y extendió los brazos. Dominaba más la iglesia que el sacerdote.

—Gente mía, estoy desolado al presentarme ante vosotros en estas circunstancias. Hemos sido atacados, mi familia y la vuestra. Se ha derramado sangre durante una de nuestras ceremonias más sagradas. —Don Piero negó con la cabeza—. Os prometí venganza y es una venganza que os concedo ahora.

Hubo movimiento a un lado. Todos vimos cómo Salvatore y Enrico volvían a entrar en la estancia, pero ahora sujetaban a un hombre con fuerza entre ellos. El hombre luchaba y peleaba, pero no era nada comparado con Toto el Terrible y Lil Rico.

La iglesia se quedó en silencio mientras arrastraban al hombre hacia el podio. Incluso el sacerdote parecía no tener palabras.

Don Piero se inclinó, agarró la parte posterior de la cabeza del hombre y la echó hacia atrás. El hombre tenía un rostro fuerte, aunque muy golpeado. Su cabello era de un color rojizo, casi a juego con el color de sus ojos inyectados en sangre. En su cuello había un tatuaje con la cruz y las palabras IRISH PRIDE.

—¡He aquí, a Gavin Gallagher! —Gritó Don Piero. —Hijo de Angus Gallagher. Angus Gallagher que atacó a nuestros seres queridos y derramó nuestra sangre.

La multitud comenzó a agitarse.

Me mordí el labio. Sabía a dónde iba esto y no iba a ser fácil limpiar el mármol.



Don Piero dejó caer la cabeza de Gavin y se levantó hacia la multitud una vez más. —Prometí venganza y ahora la concedo. Al matar a nuestros seres queridos, Angus se ha asegurado de que debamos matar a uno de los suyos.

Un sentimiento de comprensión cruzó la multitud. Los hombres empezaron a ponerse de pie, hambrientos de ser los que acabaran con la vida de los Gallagher. Los niños fueron empujados bajo los bancos y se les dijo que se taparan los oídos.

—Calma, mis hombres—. Don Piero dijo tranquilamente—. Vuestro deseo de venganza es comprensible, pero quizá nadie merezca más esta muerte que...—señaló la primera fila. —Anthony Scaletta, hijo de Tony Scaletta. Ven aquí, Anthony.

Anthony era un chico joven, quizás de sólo quince años. Era alto y larguirucho, con el pelo castaño alborotado y ojos grandes. Pero una extraña ira se había apoderado de él, haciendo que su rostro juvenil se tensara con dureza.

Don Piero sacó una pistola de su bolsillo trasero y se la pasó a Anthony. —Este hombre ayudó a orquestar la muerte de tu padre. La muerte de Nicola Rizzo. La muerte de Paola Oldani. ¿Merece seguir respirando aire, cuando ellos no lo hacen?

—No. —La voz de Anthony aún no se había quebrado, pero eso no impidió que sonara aterradora—. No, no lo merece.

—No, no lo tiene. —Asintió Don Piero. Señaló a Salvatore y Enrico. Soltaron a Gavin y éste se desplomó en el suelo, respirando con dificultad—. Haz lo que debes hacer, Anthony.

Anthony levantó la pistola, apuntando directamente a Gavin. Había un ligero temblor en sus manos.

Las náuseas surgieron en mí. Pero este era el método del Outfit, de la mafia. Este chico se convertiría en un Made Man para reemplazar a su padre y así era como lo haría.

Este podría ser tu hijo algún día, una extraña voz resonó en mi mente.

Giré la cabeza hacia un lado, apretando mi rostro contra el hombro de mi marido. El aroma reconfortante de Alessandro me rodeó.

Alessandro no me obligó a darme la vuelta y mirar. Pero sí sentí cómo su cuerpo se tensaba en previsión de lo que iba a ocurrir.

Hubo un segundo de silencio, de quietud.

Entonces, el sonido de un disparo resonó en toda la iglesia.

Por instinto, me giré hacia el ruido y sentí que el corazón se me hundía en el pecho.

Tumbado en el podio, en un charco de su propia sangre, Gavin Gallagher miraba al cielo. La Virgen María le devolvía la mirada desde su vitral.

Anthony seguía sosteniendo la pistola en su mano, con la cara desencajada por la conmoción. Por un momento, creí que iba a vomitar -sin duda lo habría hecho-, pero entonces Don Piero le puso una mano pesada en el hombro y su voz sonó por encima de la multitud. —Anthony Scaletta, nombrado Made Man del Outfit.

Un cálido aplauso recorrió la iglesia.

Los hombres se levantaron para ir a felicitar a Anthony, mientras los demás nos quedamos en nuestros asientos. Me sentí a la vez entumecida, enferma y triunfante. El triunfo era una parte muy pequeña de mí y tenía más que ver con las muertes vengadas que con la inducción de Anthony. Tal vez fuera de mal gusto, pero no pude evitarlo cuando miré el cuerpo muerto de Gavin.

Ese hombre había ayudado a matar a gente inocente. Ayudó a matar a gente que había conocido toda mi vida, mi familia en todos los sentidos menos en el de la sangre.

Después de eso, las cosas empezaron a volverse lentas. Una manta fue arrojada sobre el cuerpo de Gavin para que los niños y las mujeres pudieran salir del funeral sin quedar más marcados de lo que ya estaban. Anthony fue paseado como un trofeo premiado, todos querían estrechar su mano.

Me separé de los Rocchetti y fui a ayudar a la señora Scaletta. Estaba pálida, pero había un brillo de satisfacción en sus ojos. La venganza por la muerte de su marido estaba consumada y su hijo se ocuparía de ella ahora.

La señora Scaletta me cogió de la mano con fuerza mientras bajábamos las escaleras de la iglesia. Hacía mucho frío fuera, pero ella no parecía darse cuenta.

—Sra. Scaletta, ¿puedo convencerla de que se ponga el abrigo? —volví a preguntar.

Ella negó con la cabeza. Su velo negro atrapaba pequeños copos de nieve. —No. —murmuró—. ¿Dónde está mi hijo?

—Está dentro. ¿Quiere que lo traiga?

—No, está ocupado. —La señora Scaletta buscó entre la gente reunida—. Mi Tony ha muerto.

—Lo sé, señora. Lo siento.

Dirigió sus ojos oscuros hacia mí. —¿Por qué lo lamenta, Sra. Rocchetti? Usted no lo hizo. Una mirada melancólica la invadió de nuevo. —*La sposa insanguinata*—. *La novia sangrienta.*

Sonreí a pesar de que se me tensó el estómago.

Uno de sus familiares vino a recogerla y la señora Scaletta fue acompañada a su coche. La gente empezaba a marcharse, dirigiéndose al cementerio para enterrar a Tony Scaletta.

Me dirigí a Oscuro, que estaba aparcado cerca de la fachada del edificio, pero algo me llamó la atención.

Al final de la calle, había un coche. Era un Dodge Charger negro. La nieve no cubría el coche, mostrando que había estado funcionando recientemente.

Qué raro, pensé, había exactamente el mismo coche delante de la iglesia cuando me casé aquí.

—¿Señora? — llamó Oscuro.

Me di cuenta de que había estado mirando fijamente y me dirigí rápidamente hacia Oscuro. —Lo siento. Me perdí en el país de las hadas por un momento.

—Es un día muy difícil. —Respondió en respuesta.

Volví a mirar el coche de la calle. ¿Quizás pertenecía a uno de los propietarios de las tiendas de los alrededores? Pero, ¿por qué iban a aparcar en la calle en lugar de en el aparcamiento del personal?

Con una última mirada, subí al coche.

Sin embargo, la sensación de malestar me siguió todo el camino a casa.



Capítulo 8

El 14 de febrero llegó con una venganza impresionante.

Ya llevaba casi tres semanas casada. Habían sido quizás las tres semanas más estresantes de mi vida, llenas de tormento y muerte y mucha sangre. Lo más brillante de mi matrimonio hasta el momento era Polpetto, que cada día estaba más grande.

Para que no hubiera dudas en nuestro matrimonio, Alessandro y yo tuvimos que salir por San Valentín. Un matrimonio débil era una mala representación para la familia y podía hacer que Alessandro pareciera que no tenía las cosas bajo control.

Temía la cena y me pasé todo el día sintiéndome a punto de desmayarme.

Beatrice hizo todo lo posible por calmar mis nervios, pero ambas sabíamos que era un caso perdido. Sin embargo, me ayudó a elegir el vestido que iba a llevar.

El vestido que elegí era uno largo de seda blanca, parecido a una túnica, pero con el escote abierto. Originalmente había pertenecido a mi madrastra, pero cuando vio que me llamaba la atención, me lo regaló. Por supuesto, yo era demasiado pequeña para ponérmelo entonces, pero era uno de mis vestidos de gala favoritos.

Lo combiné con unas sandalias de tiras plateadas, un collar liso de diamantes y unos pendientes a juego. Llevaba el cabello por encima del hombro izquierdo, perfectamente esculpido en ondas, y mi maquillaje estaba impoluto.

Había tardado horas en perfeccionar el look y algunas crisis frente al espejo cuando se me emborronaba el rímel.

Finalmente, llegó la hora de irse. Sujeté mi bolso y mi abrigo con fuerza mientras esperaba junto al reloj a que dieran las seis en punto.

—Tengo que irme ahora, Polpetto. Pórtate bien, ¿sí? —Le rasqué la cabeza. Movió la cola con entusiasmo.

Me ponía nerviosa dejarle solo en casa, pero debería estar bien durante unas horas. Había dejado su cama abajo, con todos sus juguetes y su cena. Además, su alfombra de cachorro estaba en el baño de abajo.

Estará bien, me dije. Pero no lo estará si hago esperar a Alessandro.

Alessandro me dijo que me reuniera con él en el garaje subterráneo. Quizás tendría suerte y me hiciera encontrarme con él en el restaurante.

Para cuando llegué al garaje, el agarre de mi bolso se había vuelto tembloroso.

Puedes hacerlo, me dije. Simplemente mantén una conversación informal con él. No digas nada que pueda ser tomado como una amenaza o una opinión. Sonríe, hazte la tonta y no dejes que te dé un motivo para castigarte.

En cuanto salí del ascensor, los vi. Oscuro estaba de pie, con Beppe a su lado. Ambos llevaban ropa oscura con grandes botas de combate y pistolas metidas en sus cinturas y enfundadas. Seguridad para la noche, entonces.

Antes de que pudiera saludarlos, vi a Alessandro y sentí que las palabras morían en mi garganta.

Tenía un aspecto espectacular, apoyado en el capó del coche con los brazos cruzados. Llevaba un esmoquin bien ajustado, con un corbatín plateado en el cuello. Sus zapatos estaban relucientes y el reloj de su muñeca brillaba a la luz. Se había peinado el cabello oscuro hacia atrás, y un solo mechón suelto se le escapaba hacia la frente.

Cuando oyó mis pasos, levantó la cabeza y se encontró con mis ojos.

No pude ni siquiera saludar.

—Sophia. —Dijo Alessandro. Sus ojos viajaron por mi vestido, pero se detuvieron en mi pecho expuesto—. Bonito. —Fue su respuesta.

¿Bonito? ¿Ya está? Me dieron ganas de arrancarle las cejas y decirle que sólo se veían "bonitas" después, como si no estuviera llorando de dolor.

En cambio, sonreí amablemente.

Alessandro me hizo un gesto para que subiera al coche antes de que pudiera entablar una conversación con Oscuro y Beppe. El coche estaba tan cerca del suelo que casi tuve que hacer un movimiento de parkour[6] para deslizarme con los talones. Su coche favorito, según había

[6] El ***parkour,*** es una disciplina física basada en la capacidad motriz del individuo, desarrollado a partir del método natural. Los practicantes tienen como objetivo trasladarse de un punto a otro del entorno de la manera más sencilla y eficiente posible, adaptándose a las exigencias del mismo con la sola ayuda de su cuerpo.

aprendido a lo largo de las semanas, era su Lamborghini negro. Las puertas se abrían de forma extraña, que era el único dato que sabía sobre él.

Se acercó a la parte delantera del coche y se subió al asiento del conductor.

Miré a mi alrededor. —¿Oscuro y Beppe no se unen a nosotros?

Alessandro pulsó un botón y las puertas se cerraron. —Nos seguirán en el Range Rover.

El motor rugió y Alessandro salió disparado del garaje. Intenté ocultar que me agarraba al asiento con fuerza, pero Alessandro se dio cuenta. Se rió con fuerza.

—Los coches deportivos no están hechos para ir despacio.

—¿Ni siquiera al dar marcha atrás? —rechiné.

Alessandro entró a toda velocidad en la carretera principal, frenando sólo para evitar una colisión. Detrás de nosotros, el Range Rover luchaba por mantener el ritmo.

Chicago se llenó de parejas por el Día de San Valentín. Donde quiera que mirara, veía gente cogida de la mano. Los restaurantes estaban llenos hasta los topes de clientes. Los árboles se habían decorado con luces, rosas y blancas, alegrando la nieve y las calles.

Observé a las parejas. La mayoría de ellas iban de la mano, con los rostros iluminados. Las parejas jóvenes se besaban en cada esquina, mientras que las mayores parecían felices de convivir con la persona que habían elegido para sus vidas. Vi a una pareja de ancianos esperando a la salida de un restaurante, con las cabezas apretadas y el pelo canoso revuelto. Parecían estar en su propio mundo.

Qué curioso pensé, nunca seré la mitad de una de esas parejas.

Alessandro detuvo el coche en la entrada del restaurante.

El aparcacoches me abrió la puerta y le dediqué una sonrisa de agradecimiento mientras salía del coche.

—Bienvenido a Nicoletta's —dijo con calidez. En cuanto vio a Alessandro, los ojos casi se le salieron de la cabeza—. Sr. Rocchetti, señor.

—Lucas —saludó Alessandro al llegar al coche. Le pasó las llaves del coche—. Las reglas de siempre.

—Sí, señor, sí. —Lucas tragó saliva antes de correr hacia el coche.

Alessandro me presionó una mano en la parte baja de la espalda. Me puse rígida. Agradecí que me hubiera puesto un vestido con espalda o, de lo contrario, el contacto piel con piel me habría hecho desmayar. Sentir su cálido tacto a través de la tela ya era bastante malo.

Cogimos el ascensor para subir al restaurante. Nicoletta's era un hermoso restaurante de alta gama que pertenecía al Outfit. El restaurante era redondo, con vistas desde todos los ángulos de la ciudad. Estaba anclado por un falso árbol de cítricos. A lo largo de las paredes se mostraban hermosas pinturas de Italia y en el techo había un mural del Cielo.

—Sr. Rocchetti —se oyó una voz a nuestro lado—. Su mesa habitual está por aquí.

Seguimos a la camarera por todo el restaurante. Sentí que los ojos se posaban en nosotros y en Alessandro Rocchetti, el Príncipe de Chicago. Luego sus ojos se fijaron a mí. Sentí que la comprensión se apoderaba de la multitud. *Esa es Sophia Rocchetti. La esposa de Alessandro.*

Levanté la barbilla.

Alessandro me acercó una silla y tomé asiento. Nuestra mesa estaba situada cerca del fondo, lo que nos daba una sensación de privacidad. A nuestro lado, un enorme ventanal se extendía mostrando la centelleante ciudad que había debajo.

Saqué el menú para evitar la conversación.

Duré unos siete segundos. —¿Dónde están Oscuro y Beppe?

—Escrutando la zona —dijo Alessandro—. No te preocupes, puedo protegerte.

—Oh, no quería decir...

—Sé que no lo hiciste. —Sonaba irritado de repente.

Volví a enterrarme de nuevo en el menú.

La camarera se acercó con una botella de vino antes de marcharse rápidamente. Casi derrama el vino de lo mucho que temblaba.

Para intentar dejar de hablar, miré alrededor del restaurante. Vi rostros ligeramente conocidos, que probablemente había visto en televisión o estaban relacionados con el Outfit de alguna manera. Mientras miraba por la sala, capté algunas miradas. Como si me hubieran observado a mí primero.

Todos apartaron rápidamente la mirada.

Volví a mirar el menú.

—¿Qué piensas pedir? —pregunté.

Alessandro no levantó la vista. —No has durado ni dos minutos.

—¿Perdón?

—En silencio. —Me miró a los ojos. Podría haber jurado que parecía casi... ¿como si fuera a sonreír? ¿O tal vez iba a hacer una mueca? —No podrías durar ni dos minutos.

Me sonrojé. —Mi padre dice que puedo hablar con los pájaros de los árboles.

Alessandro asintió con la cabeza. No dijo nada más.

—¿Es Nicoletta, propiedad de la familia? —pregunté.

—Sí —dijo mientras miraba su menú—. Don Piero la construyó no mucho después de que muriera mi abuela.

—Romántico.

Alessandro hizo un ruido bajo en su garganta. O bien estaba de acuerdo o se reía de mí.

Jugué con el menú. A mi alrededor había parejas felices que disfrutaban de la cena y la conversación. Incluso algunas parejas que no parecían felices hablaban entre sí. *Pero ninguna de ellas está sentada con el príncipe Rocchetti*, dijo una voz en mi cabeza.

—¿Por qué estás inquieta? —preguntó.

Me detuve. —Estoy preocupada por Polpetto. Nunca había estado solo en casa durante tanto tiempo.

Alessandro parecía que iba a poner los ojos en blanco. —Seguro que tu chucho está bien.

La camarera llegó antes de que pudiera responder. No dejaba de mirar nerviosamente a Alessandro y tomó nuestros pedidos rápidamente. En cuanto lo confirmamos, se alejó como un ciervo ante los faros.

La vi irse. —Todo el mundo aquí está aterrorizado de ti.

—Incluido tú.

Volví a mirar a Alessandro. Me miró con frialdad. No sabía qué responder, le tenía miedo. Pero tal vez el hecho de vivir en tranquila armonía con él había reducido parte de ese él. Dormía de espaldas a la puerta y no temía llamar al estudio para preguntarle si quería cenar.

Sin embargo... cuando me miraba o se acerba a mí, sentía una sacudida de miedo, de expectación.

Simpaticé con la camarera inmensamente.

—¿Nada que decir? —musitó—. No como tú.

Tomé un sorbo de mi vino.

Una mirada depredadora se apoderó de su rostro. Alessandro me devoraba con su expresión, como si me arrancara la ropa en su mente. —¿Me tienes miedo, esposa?

Tragué saliva. —Sí. —Mi voz era tan suave que apenas podía oírla por encima de los sonidos del restaurante.

—Deberías —fue su respuesta.

Me encontré con sus ojos. Tan oscuros e intensos. Mi corazón se aceleró y mi estómago se apretó. Me sentí tan acalorada de repente. —Perdona, tengo que ir al tocador. —Me levanté tan rápido que empujé la mesa.

Alessandro no se movió. Sólo se inclinó hacia atrás y sonrió.

Intenté no huir gritando por el restaurante. Las cabezas se giraron cuando pasé por las mesas y los susurros se sucedieron.

Los baños estaban escondidos en una esquina, medio ocultos por una falsa planta de cítricos. Me metí en el de señoras. Al igual que el restaurante, estaba ambientado en el Mediterráneo, con paisajes de Italia en las paredes y vides doradas alrededor de los espejos.

Me metí en el primer compartimento vacío.

Ni siquiera necesitaba ir, e ir con este vestido iba a ser un dolor. Me apoyé en la pared y respiré profundamente.

Puedes hacerlo, me dije. No le des una razón para hacerte daño.

La puerta del baño se abrió y entraron voces.

—He oído que la mantiene en una jaula y sólo la deja salir cuando la necesita —dijo una voz elevada.

—¿De verdad? —exclamó su compañera—. ¿Crees que eso es cierto?

—Creo que esa aterrador.

—Todos lo son —suspiró una de ellas—. Johnny dijo que había visto a Enrico Rocchetti en el vestíbulo con su amante.

—Sí, bueno, dile que Alessandro Rocchetti está disfrutando de su vino a dos mesas de nosotros —murmuró la de la voz aguda—. Elizabeth, ¿sabes? con quien trabajo, es prima de una chica que es amiga de Nina Genovese. Elizabeth dice que su prima cuenta que Nina Genovese dijo que una banda rival atacó su boda y que, al parecer, Alessandro Rocchetti los colgó de los talones.

—¿Realmente crees eso? —preguntó su amiga.

—Definitivamente. Parece un sádico, ¿no crees?

Me incliné más hacia la puerta.

—Sí, uno lindo. —Su amiga soltó una risita.

—No seas tan superficial. Es un asesino hasta la médula. No sé por qué la policía no los arresta a todos.

—Tan corruptos —coincidió su amiga.

Se quejaron de la corrupción de los organismos gubernamentales de Chicago antes de salir del baño. En cuanto oí que la puerta se cerraba, solté un profundo suspiro.

Tal vez estar en una jaula hubiera sido más reconfortante. Al menos así habría sabido qué esperar.

Cuando volví a la mesa, Alessandro apenas notó que me acercaba. Miraba fríamente por la ventana, como si estuviera a punto de salir catapultado por el cristal hacia la ciudad.

—¿Está Nina Genovese casada con el subjefe, Davide? —pregunté.

Dirigió sus ojos hacia mí. —Sí. ¿Por qué?

—Oh, por nada. Quería invitarla a comer y no quería equivocarme de nombre.

—Liar.

Traté de ocultar mi culpabilidad.

Alessandro desvió su atención de la ciudad y la dirigió a mí. ¿Todas las mujeres se sentían así cuando sus intensos ojos se posaban en ellas? ¿También a ellas les latía el corazón? ¿Apretando los muslos?

—¿Por qué lo preguntas? —canturreó.

En ese momento, la camarera llegó con nuestras comidas. Las colocó delante de nosotros sin límite de temblores antes de huir.

Comí rápidamente para evitar responder a su pregunta. Hice una pausa y me lamí el paladar. La comida tenía un sabor casi metálico. Bebí un poco de vino para intentar quitarle el sabor, pero este permaneció.

Sin ganas de seguir comiendo, levanté la vista y me encontré con la mirada de mi marido.

Alessandro me observaba con los párpados pesados. Parecía que iba a comerme viva, los huesos y el miedo también.

—Ah, Alessandro.

Ambos levantamos la cabeza al oír la voz. Enrico Rocchetti se acercó a nuestra mesa, bellamente vestido y con sus más de cuarenta años. A su lado había una mujer impresionante, al menos una década más joven que él, vestida con un largo vestido rojo. Tenía unos rasgos tan pálidos y delicados que podría haberse confundido con una muñeca de porcelana.

Alessandro se levantó y estrechó la mano del hombre. —Tío.

—No quiero molestaros a ti y a tu mujer —dijo—. Sólo he venido a saludar. —Me sonrió. Me levanté y le permití besar mi mejilla—. Sophia, estás preciosa. —Los ojos de Enrico bajaron hasta mi estómago—. ¿Todavía no estás embarazada?

Sonreí a pesar de mi tensión. —No, todavía no. Todavía no ha pasado un mes, así que espero que sea pronto. —Para llamar su atención, señalé a su acompañante—. Soy Sophia y tú eres...

—Este es Saison. Saison, mi sobrino y su esposa.

Sonrió tímidamente. —Es un placer conocerte.

—También a ti. —Le dediqué una brillante sonrisa—. Me encanta tu vestido. ¿Es de Chanel?

Saison asintió. —De la línea de primavera.

—Es precioso.

Charlamos sobre nuestros vestidos mientras Alessandro y Enrico hablaban sobre otra cosa. Rápidamente, Enrico se excusó con Saison. —No estamos aquí para interrumpir vuestro día de San Valentín —dijo mientras se iban.

Alessandro y yo nos sentamos de nuevo.

Incluso Enrico y su amante parecían llevarse mejor que Alessandro y yo, reflexioné.

—Saison es encantadora —dije en el silencio.

—Tiene vínculos con la Unión de Córcega —fue su respuesta.

No sabía qué tenía que ver eso conmigo, así que mantuve la boca cerrada y la llené con mi cena. El sonido de los tenedores raspando los platos llenó el silencio, pero no contribuyó a tranquilizarme. *Todavía no está embarazada*, había dicho Enrico.

Todo el propósito de mi existencia era quedarme embarazada y tener pequeños Rocchetti.

Intenté calcular mentalmente mi último periodo, pero no conseguí que mi mente manejara los números. Finalmente, me rendí y razoné conmigo misma. Alessandro y yo sólo habíamos tenido relaciones sexuales una vez, había muy pocas posibilidades de concebir.

Levanté los ojos hacia Alessandro. ¿Por qué no había vuelto a acostarse conmigo? Puede que no se sienta atraído por mí, pero dudo que eso le impida cumplir con su deber hacia su linaje. El deber era ineludible.

Alessandro debió sentir el peso de mi mirada porque levantó los ojos.

Volví a mirar mi cena.

No seas estúpida, me dije. Deberías estar de rodillas agradeciendo a Dios que no haya vuelto a fijarse en ti. Sabía de los rumores sobre sus conquistas pasadas.

—¿No tienes hambre, Sophia?

Me di cuenta que no había estado comiendo. Debo haberme perdido en mis pensamientos.

—¿En qué estabas pensando tanto?

Levanté la vista y me encontré con sus ojos. Tragué saliva. En nada.

—¿No le dirás a tu marido lo que estás pensando? —Alessandro dejó el tenedor. Había encontrado algo mucho mejor que devorar—. ¿Qué clase de matrimonio es ese?

—¿En qué estabas pensando? —dije las palabras antes de poder detenerlas. Al parecer mi mal del pie en la boca parecía empeorar cerca de mi peligroso marido.

Alessandro sonrió lentamente. —Estoy pensando en empujarte sobre esta mesa, abrirte las piernas y enterrar mi lengua en tu coño.

Se me cayó el tenedor y la boca. La imagen vino a mí tan rápido. Yo, con las piernas abiertas, su oscura cabeza entre ellas, mi cabeza inclinada hacia atrás, el placer mientras él...

—Estamos cenando —fue todo lo que se me ocurrió decir. Todo era demasiado caliente, demasiado rápido...

—Prefiero tenerte a ti que a este risotto. —lo miró con desdén—. De todos modos, prefiero el tuyo. ¿Y por qué sería?

—Hago mi propio caldo —tartamudeé.

Alessandro volvió a mirarme. Su enfado por el risotto fue sustituido por una mirada extraña. —Haces tu propio caldo.

Mi corazón latía muy rápido. —Dita me enseñó.

—Ah. Dita —musitó, con los ojos brillando. La ligereza de su repentino humor me sorprendió. O quizás había interpretado mal su tono y su expresión. Tal vez fuera un truco de la luz.

Intenté igualar su repentina facilidad con la mía. —Ella me enseñó todo lo que sé sobre cocina.

—Hizo un buen trabajo.

Sentí que crecía una verdadera sonrisa. —Gracias.

Un suave zumbido salió del bolsillo de Alessandro antes de que pudiera decir nada más. Sacó su teléfono y frunció el ceño ante la pantalla.

—¿Está todo bien? —pregunté, sin esperar realmente una respuesta. *Los negocios de la mafia no son cosa de mujeres,* solía decirme siempre papá.

—Tu padre ha sido asaltado.

Inicié. —¿Está bien?

—Sí. —Alessandro volvió a guardar su teléfono en el bolsillo. Hizo una señal para la cuenta.

—¿Qué le han robado? —pregunté.

—Todavía no está seguro. Te llevaré allí ahora y podrás identificar lo que fue robado.

Fruncí el ceño. —Las cosas más caras de la casa estaban en su dormitorio. Aparte del arte. No sé qué ayuda...

—Han sido tu habitación y la de tu hermana.

¿La habitación de Cat? ¿Mi habitación? Eran habitaciones infantiles, no había nada de valor allí. Y cualquier cosa que pudiera ser valiosa me la había llevado a casa de Alessandro. —Bueno, deben haberse ido con las manos vacías. No hay nada en nuestras habitaciones.

Alessandro se levantó cuando la camarera se acercó corriendo. —Vamos, Sophia. Ahora.

Ya no tenía el humor más suave de hace un momento. Ahora, mi marido estaba enfadado. Hice lo que me dijo y me apresuré a seguirlo.

¿Quién en su sano juicio había robado dos habitaciones juveniles?



Capítulo 9

El dormitorio de Cat estaba destrozado.

Su cama estaba patas arriba, sus libros desparramados y todos sus marcos de fotos habían sido abiertos. Incluso las cortinas habían sido arrancadas de las varillas. Sin embargo,lo más extraño fue la destrucción de los peluches de su infancia. Los habían abierto, dejando el relleno por toda la habitación.

Me he apoyado en la puerta.

La última prueba que quedaba de que mi hermana había estado en este mundo, había utilizado este espacio, había desaparecido. Destrozado y destruido.

Mi habitación había sobrevivido un poco mejor. Los peluches y los marcos de los cuadros se habían desmontado, pero la habitación en sí ya estaba medio vacía.

Al final del pasillo, pude oír a Alessandro, Don Piero y Papá. Don Piero ya había estado aquí cuando llegamos, ya que sólo vivía a unas calles de distancia. Pero era raro que se involucrara en algo tan trivial como un robo. Quizá lo veía como algo más que un allanamiento de morada sin sentido.

Miré alrededor de la habitación.

¿Era algo más que un robo sin sentido? Los destrozos no se hicieron por diversión, sino que buscaban algo. Recorrí con la mirada los juguetes y los marcos de fotos destruidos, los muebles destrozados.

No parecía que lo hubieran encontrado.

—¿Sophia? —llegó la dura voz de Alessandro.

Me giré para ver a todos los hombres que venían hacia mí. Papá llevaba un traje. ¿Había salido cuando ocurrió el robo? ¿Con quién había estado? No creo que pueda soportar otra madrastra en este momento, pero sería bueno que papá no estuviera solo en esta gran casa.

—¿Estás bien, *bambolina*? —preguntó papá.

Asentí con la cabeza. —Sí. Pero no entiendo... ¿Por qué no se llevaron el arte o las joyas?

—Creemos que buscaban algo —dijo papá. Alessandro y Don Piero le lanzaron una mirada.

Así que mis sospechas eran correctas. —¿Qué podrían estar buscando en la habitación de Cat y mía? ¿Una prueba sobre qué Hermano Jonás te conviene más casarte? —Don Piero sonrió ligeramente—. No, querida. ¿Pero sabes de algo más de valor en la habitación de tu hermana o en la tuya?

—¿De valor? Las joyas no se han tocado.

—No son joyas —interrumpió Alessandro. Me miraba con ojos duros—. ¿Había algún documento importante?

—Los certificados de nacimiento, los pasaportes...—añadió Don Piero.

¿Documentos? —Los documentos de Cat están en el ático. Los míos están en el apartamento. —Volví a mirar a la habitación de mi hermana. ¿Había estado escondiendo algo allí? *No dejes que los Rocchetti te hagan sospechar de tu hermana*, me dije. *Cat no ha hecho nada malo*. —No hay nada importante en estas habitaciones. Son dormitorios de la infancia. Yo no...

—Por supuesto, *bambolina*. —Papá me dio una brusca palmada en el brazo. —Probablemente fue un fracaso de robo.

Dirigí mis ojos hacia él. —¿Dónde estabas? —papá me frunció el ceño—. No seas cotilla.

Miré hacia los Rocchetti. Alessandro y Don Piero parecían mantener una intensa conversación, pero la interrumpieron rápidamente. Alessandro me miró con dureza mientras Don Piero me sonreía amablemente.

Por extraño que parezca, descubrí que prefería la expresión de Alessandro.

—Sophia, ¿te importaría conseguir el certificado de nacimiento de tu hermana?

Sabía cuando me decían que me fuera. Me escabullí rápidamente, aliviada por tener un poco de tiempo para mí. Al doblar la esquina, les oí iniciar una intensa conversación. Sabía que había algo más de lo que me habían contado, pero ¿qué más podía haber?

El ático era el lugar que menos me gustaba de la casa. Cat y yo creíamos firmemente que estaba embrujado. Solíamos escuchar gemidos y crujidos. De niña, eso significaba que había un fantasma viviendo allí arriba. Ahora sabía que era sólo la vieja casa que se asentaba, pero aún así... Las palmas de mis manos empezaron a sudar un poco cuando me arrastré por la escalera y metí la cabeza en el ático.

Tosí mientras el polvo me golpeaba. —Dios —murmuré.

La caja de Cat estaba cerca del frente, gracias a Dios. La saqué arrastrando los pies, resoplando de polvo. Pesaba mucho con los libros y los documentos, pero me las arreglé para salir yo y la caja del maldito ático. La cerré rápidamente.

Miré la caja y sentí que se me apretaba el corazón. Todas las pruebas de su existencia estaban en esta caja, y ahora Don Piero las quería.

¿Por qué? No podía entender por qué. ¿Creían que les llevaría al ladrón? Aquí no había más que documentos del gobierno. Contenía su carnet de conducir, su certificado de nacimiento, su certificado de defunción. ¿Qué utilidad tenían estas cosas?

Me arrodillé y abrí la caja. Cayó polvo, pero lo aparté con un gesto y miré dentro de la caja.

Mi corazón se detuvo.

La caja había sido revuelta. La pila de sus papeles parecía más pequeña y las cosas habían sido movidas. Recuerdo haber empaquetado esta caja hace casi dos años y no tenía este aspecto.

Tal vez sí, me dije. Estabas afligida, tal vez no recuerdes cómo lo embalaste.

Me quedé mirando la caja un segundo más.

Entonces empecé a sacar cosas.

Fui tachando a medida que avanzaba. Certificado de nacimiento, pasaporte obsoleto, carnet de conducir, diploma de escuela secundaria.

En el fondo de la caja había un montón de folletos de la universidad. Tenía muchas ganas de ir. Creo que en un momento dado fue a las universidades para verlas, pero nunca llegó a nada. Papá había dicho que no, y a pesar de toda su fiereza, Cat había acabado sucumbiendo a su voluntad.

Cogí el folleto de la Universidad de Chicago. De todas las universidades de Illinois, la UC era de la que más hablaba. Hablaba de las aulas y de los terrenos verdes con tanta reverencia que a veces yo también había querido ir.

Lo abrí y se cayó un trozo de papel.

Debe ser otro panfleto, pensé al recogerlo. Pero era blanco y más pesado.

Fruncí el ceño y lo abrí.

CATHERINE ROSA PADOVINO. TITULO DE LICENCIADA EN DERECHO.

Era un diploma. Un diploma de la Universidad de Chicago. Había un sello de oro y firmas.

Y fue otorgado a mi hermana.

Apenas podía respirar. ¿Era una broma pesada? ¿Lo había hecho para ser gracioso? O peor aún, ¿era real? ¿Había conseguido mi hermana obtener un título universitario sin que yo lo supiera? ¿Habíamos convivido, hecho todo juntos, y todo el tiempo ella estaba estudiando derecho?

Se oyeron pasos por el pasillo.

Lo doblé y lo metí en mi abrigo.

Un segundo después, los hombres doblaron la esquina. Alessandro me recorrió con la mirada, viendo algo que yo no quería que viera.

—¿Estás bien, *bambolina*? —preguntó papá.

Sonreí. —Sólo me aseguro de que no falta nada—. Saqué los últimos papeles de la caja—. Parece que todo está aquí.

—Eso es un alivio —dijo Don Piero—. ¿Qué tal si guardamos la caja de tu hermana en un lugar más seguro? Estaría encantado de ponerla en la caja fuerte de la familia.

Papá dirigió sus ojos al Don, pero no dejó que se notara su enfado. No le hacía mucha gracia que se cuestionara la seguridad de su casa. —Gracias, Piero. Nos aliviaría tanto a Sophia como a mí.

Miré a Alessandro. Me miraba como si me estuviera desmontando pieza por pieza.

Sé que estás mintiendo, dijeron sus ojos.

Miré hacia otro lado.



Cuando por fin llegamos a casa, al ático, Polpetto corrió a mis brazos lleno de alegría. Lo estreché contra mí. La noche había sido muy larga, pero me aliviaba abrazar a mi ser vivo favorito del mundo en ese momento.

—Espero que no hayas hecho pipí en la casa —susurré.

Me ladró alegremente.

Alessandro pasó junto a nosotros y me miró con frialdad. No había dicho nada en el viaje de vuelta a casa, pero sabía que sólo estaba callado para ponerme nerviosa. La conversación de la cena me vino a la cabeza de repente. Todo era demasiado, la sensación flotante de su piel sobre la mía, el calor entre mis piernas.

Aparté la mirada de él y me apresuré a subir las escaleras.

Oí sus pesados pasos detrás de mí, pero desapareció en su dormitorio.

En cuanto cerré la puerta de mi habitación, dejé escapar un suspiro tembloroso. Mi hermana había ido a la universidad. Me había ocultado un secreto, uno muy grande. Todavía existía la posibilidad de que fuera falso... pero lo dudaba mucho. El título parecía demasiado formal para ser un fraude.

Polpetto gruñó en mis brazos y lo puse en la cama. Dio tres pequeñas vueltas antes de acomodarse para dormir.

Me quité el abrigo y saqué el diploma. ¿Qué debía hacer con él? Tirarlo a la basura no era una opción. Pero me parecía una traición guardarlo en casa. ¿Y si Alessandro lo encontraba? ¿Le importaría? Sólo era el diploma universitario de mi hermana, no un novio.

Revisé mi dormitorio. Nunca estaba verdaderamente limpio, pero no quería arriesgarme a perderlo. *Tal vez*, miré mi archivo de documentos, a *la vista era mejor.*

Doblé el diploma y lo metí en mi archivador. Esto tendría que servir por ahora. Estaba demasiado agitada para encontrar un escondite mejor.

Para intentar calmarme, me di una ducha caliente y me puse bajo el agua hasta que se me arrugaron los dedos. Al principio de la noche, me había sentido tan hermosa y ahora me sentía usada y cansada. Mi sistema nervioso estaba agotado y me dolía el corazón.

Incliné la cabeza bajo el chorro de agua. El cabello dorado que Cat y yo compartíamos cayó sin fuerza a mi alrededor.

Cat había sido mi mejor amiga. Lo compartíamos todo. Pero en todos esos años en los que pensé que nuestro vínculo era intocable por los secretos, ella había estado completando su carrera. ¿Lo había hecho online? ¿O yendo al campus?

¿Importaba?

Cat había guardado un gran secreto. Ni siquiera podía enfrentarme a ella por ello.

Apreté la cara contra las baldosas y dejé escapar un sollozo desconsolado.

En ese momento, lo único que quería hacer era pelearme con mi hermana. Quería tirarle del pelo y robarle sus cosas. Quería exigirle por qué guardaba ese secreto, por qué había muerto antes de contarme la verdad. Sólo quería escuchar su voz.

Sin embargo, bajo estos sentimientos, sentí una pizca de orgullo. Había pensado que Cat se había echado atrás, que no había luchado por lo que quería. Pero lo había hecho. Lo había hecho y había conseguido una licenciatura en su universidad favorita.

Deseaba ser más como Cat. Nunca se habría visto obligada a casarse con un monstruo, nunca se habría doblegado a los Rocchetti o a papá.

Otro sollozo me recorrió.

¿Cuándo terminaría este dolor? ¿Cuándo me liberarán las garras de la muerte?

Nunca, una suave voz en mi cabeza. Nunca serás libre, maldita novia.

Conseguí recomponerme lo suficiente como para salir de la ducha y secarme. Mi maquillaje estaba manchado y corrido y me esforcé por quitármelo de la piel.

La crisis nerviosa me ha afectado. Tenía los ojos hinchados, las mejillas manchadas de rímel y hasta la barriga me daba calambres. *Debo de haberlo conseguido cuando lloraba,* reflexioné mientras me limpiaba y me ponía el pijama.

Miré la cama y suspiré con anhelo. Antes de irme a dormir, sería mejor que comprobara si Polpetto había hecho caca en la casa.

Me envolví en mi bata, me puse las zapatillas y bajé las escaleras. La casa estaba a oscuras y sólo estaba encendida la luz de la cocina. Alessandro nunca apagaba todas las luces antes de acostarse. Y a mí no me gustaban las casas oscuras, así que yo tampoco lo hacía.

Polpetto me había dejado una pequeña sorpresa en su alfombra de cachorro. Lo recogí rápidamente y lo tiré a la papelera grande. Por lo menos, esta vez le tocó la alfombra para cachorros.

Me estaba lavando las manos cuando se abrió la puerta del estudio de Alessandro. Me giré para ver a Alessandro saliendo, seguido de Beppe, Oscuro y un hombre conocido como Sergio Ossani, ejecutor del Outfit. Tanto Beppe como Oscuro apartaron la mirada en cuanto vieron que estaba en pijama, mientras que Sergio me miró intrigado.

Miré a Alessandro, pero me miraba con dureza. Sólo podía imaginar por qué, estaba en pijama, sin maquillaje y con un aspecto un poco deslucido. Papá se enfadaría conmigo si no estuviera presentable delante de los invitados.

—Eso es todo por esta noche —dijo Alessandro a los hombres.

Asintieron con la cabeza en señal de respeto y se despidieron. Sin embargo, Oscuro no se despidió de mí, sino que se fue rápidamente.

Tan pronto como el ascensor se cerró, Alessandro se me echó encima.

—No sabía que estarían aquí —apresuré a balbucear—. Me habría maquillado...-Alessandro se detuvo justo delante de mí, invadiendo mi espacio personal. El calor irradiaba de él y su fuerte aroma me rodeaba. Seguía llevando el traje que utilizó en la cena, pero se había aflojado la corbata y había perdido la chaqueta.

Me enjauló, haciendo que me apretara contra el mostrador.

—No volverá a ocurrir...—lo intenté, pero su mirada me hizo callar.

Alessandro me miraba con el ceño fruncido como si yo fuera una difícil ecuación matemática. Levantó una mano y me puse en tensión. Pero en lugar de golpearme, rodeó con un dedo un mechón de mi cabello húmedo. Tiró ligeramente.

El corazón me latía con fuerza en el pecho.

—No te voy a pegar, mujer —dijo en voz baja.

No le creí.

—Dime —apretó sus labios contra mi mejilla. Me estremecí al sentir su contacto—. ¿Por qué le mentiste a tu padre?

No reacciones, no reacciones. —¿Sobre qué?

Sus dientes rozaron mi nariz. —Algo te molestó en casa de tu padre. ¿Qué fue?

—Nada —susurré.

Alessandro retrocedió. Su agarre de mi cabello se hizo más fuerte, pero no fue doloroso. —¿Me estás mintiendo, Sophia?

Sacudí la cabeza.

—Para ser una esposa tan perfecta, mientes mucho—. Se inclinó más cerca. Nuestras narices se apretaron. Estar tan cerca de él era abrumador, apenas podía meter aire en mis pulmones—¿Por qué estabas callada de camino a casa si no estabas molesta?

—Yo... yo no ...no estoy molesta —balbuceé.

Las cejas de Alessandro se alzaron. —Sabes que siempre puedo obligarte a decírmelo. —Una oscura emoción brilló en el fondo de sus ojos—. Puedo ser muy persuasivo y no sería difícil doblegarte.

Se me secó la boca. Tortura. Estaba hablando de torturarme. No vivía con la cabeza bajo la arena, así que sabía que era una técnica común utilizada para sacar información a la gente. Papá solía llegar a casa cubierto de sangre y no era difícil averiguar lo que había estado haciendo.

—¿Vas a hacerme daño?

Frunció el ceño. Luego dio un gran suspiro. —No, Sofía. No voy a hacerte daño. —Casi me derrumbé de alivio—. Pero sí quiero saber por qué has mentido a tu padre y por qué estás enfadada.

Tragué. Seguramente no había ningún daño. Cat estaba muerta y papá no podía castigarla. Tal vez Alessandro podría evitar decírselo. —No puedes decírselo a papá.

—De acuerdo —me miró fijamente.

—En las cosas de Cat —se inclinó más cerca—, encontré un diploma universitario.

Alessandro frunció el ceño. Parecía confundido. —¿Un *qué*? —Las palabras salieron de golpe—. Ella siempre quiso ir a la Universidad de Chicago, pero papá dijo que no. Las chicas no necesitan la universidad, dijo. Sobre todo, porque no se le iba a permitir trabajar, ¿sabes? Pero encontré un diploma que decía que se había licenciado en derecho y que era de la UC…

—¿Por qué te molestó eso? —preguntó.

—Porque no me lo dijo.

—¿Qué? —Alessandro parecía cansado de pedirme que definiera lo que quería decir. Me tropecé con las palabras—. Cat y yo nunca nos guardamos secretos. Éramos inseparables. Pero

ella... ¿obtuvo un título completo y no lo mencionó? Son cuatro años. Se necesitan cuatro años, ¿no? ¿La carrera?

—Lo son. —Estuvo de acuerdo. Sus ojos oscuros me recorrieron´—. ¿Te has enfadado porque tu hermana no te ha dicho que tiene estudios universitarios? ¿Eso es todo?

Me estremecí. —Eso es —dije en voz baja.

Alessandro me miró por un momento.

—No se lo vas a decir a mi padre, ¿verdad? —pregunté en voz baja.

—¿Importaría? Tu hermana está muerta ahora.

Miré al suelo. —Creo que perjudicaría una situación que ya es antigua. Mi hermana... no va a volver. No tiene sentido herir a mi padre... con el hecho de que Cat lo traicionó. —Alessandro hizo un sonido bajo en su garganta. Parecía casi decepcionado. ¿Qué había esperado que encontrara? Probablemente había querido que fuera un cuerpo o algo así.

—¿Es eso todo? —intenté sonar tranquila, pero me salió un chillido.

Me pasó una mano por el cuello, soltándome el cabello. Nuestra conversación de la cena volvió a mí.

Preferiría comerte a ti.

Alessandro sonrió con arrogancia, como si supiera exactamente en qué estaba pensando. —¿Te sientes curada, esposa?

No pude responder.

Con mucho cuidado, Alessandro me desató la bata. Cayó a mis costados, dejando al descubierto mi pantalón de pijama y mi camiseta. Con una delicadeza de la que nunca le había creído capaz, me levantó el lado de la camisa e inspeccionó la herida.

El calor de sus dedos, la aspereza de sus callos, me hacía sentir increíblemente mareada.

La herida de bala en sí estaba básicamente curada. Ahora sólo experimentaba el dolor fantasma de la pequeña cicatriz rosada. El Dr. Li Fonti dijo que el shock de haber recibido el disparo iba a ser más problemático que la propia herida.

Alessandro trazó ligeramente la cicatriz rosada. —¿Te duele?

—Sí.

Sus ojos oscuros parpadearon hacia mí. Se estaba volviendo muy difícil respirar. —¿Mintiendo otra vez, Sophia? —chasqueó la lengua burlonamente—. Una desagradable costumbre tuya.

Tenía demasiado miedo de responder.

Alessandro parecía ligeramente decepcionado. Presionó ligeramente la cicatriz. No me dolió. Pero la sensación de sus cálidos dedos presionando mi sensible piel... era casi demasiado. Su tacto era estimulante y no podía hacer otra cosa que reaccionar. Se me puso la piel de gallina y mi respiración se aceleró.

—¿Te duele esto, Sophia? —preguntó en voz baja.

Aspiré una bocanada de aire. Muy lentamente, sacudí la cabeza.

Sus ojos oscuros brillaron. Presionó más fuerte. —¿Y ahora?

La presión de sus dedos mantuvo mi atención mucho más que el dolor sordo. Sacudí la cabeza.

Alessandro retiró los dedos ligeramente. Me puse en tensión, preparada para que se clavara en la herida con toda su fuerza. Pero en lugar de eso, pasó su mano por encima de mi piel

—No voy a hacerte daño, esposa —gruñó—. Deja de ponerte en tensión.

—No te creo —las palabras salieron solas.

Alessandro frunció el ceño. "Todavía no te he hecho daño. ¿Por qué iba a empezar ahora?

Tal vez quería adormecerme con una sensación de seguridad. La captura era probablemente más satisfactoria cuando tenías que trabajar para ello.

—¿Sophia? —repitió—. Te he dicho que no voy a hacerte daño. Basta ya de miedo.

Es fácil para él decirlo. Alessandro sabía contraatacar, sabía tanto atacar como defenderse. Mi única habilidad era hablar hasta que los oídos empezaran a sangrar. Si se lanzaba a por mí, no tendría más remedio que sucumbir.

—Di algo —soltó de golpe.

Separé los labios. —Tú eres el Impío. El Príncipe de Chicago. Mi marido. Como la comida que pagas y vivo en una casa que es tuya. Mi ropa la compraste tú, la cama en la que duermo la compraste tú. —Le miré fijamente—. Estoy completamente a tu merced. ¿Por qué no me harías daño?

Alessandro me miró fijamente con una mirada calculadora. Luego se apartó de mí. El aire frío llegó a los lugares donde me había tocado. Estuve a punto de acercarme a él, pero retuve las manos.

—No voy a hacerte daño —dijo—. El abuso en el hogar significa que hay falta de control. Y como tú misma has dicho, yo soy el dueño de este hogar. —Alessandro me miró con expresión de duda—. ¿Sigues sin confiar en mi palabra?

—Tampoco confías en mí —murmuré.

—No, supongo que no. —Alessandro se alejó un paso más de mí, dando por concluida la conversación—. La semana que viene es el cumpleaños del Don. Espera que nos unamos a él y a la familia para cenar.

El cambio en la conversación fue tan repentino que tuve que tomarme un segundo para procesar lo que dijo.

—Claro que sí —dije, con los nervios subiendo por la garganta—. Lo que él quiera.

Alessandro emitió un gruñido mientras se alejaba. —Que no te oiga decir eso.



Capítulo 10

El cumpleaños de Don Piero era un evento muy esperado en el Outfit. Aunque para mí, mi anticipación era más parecida al temor.

Incluso Alessandro parecía estar más nervioso. Estaba más áspero que de costumbre, distante, y llegó a casa todos los días de la semana anterior a la cena, cubierto de sangre y con olor a violencia. Me mantuve alejada de él, sin querer exponerme a su ira. A pesar de que en el pasado me aseguró que estaba a salvo de él.

Sin embargo, el día de la cena, me planté delante de su estudio y llamé a la puerta tímidamente. Lo había hecho muchas veces para preguntarle si quería cenar, pero nunca cuando estaba de tan mal humor.

—¿Sí? —Le oí chasquear desde dentro.

Asomé la cabeza. Alessandro estaba sentado en su escritorio, trabajando en su ordenador y rodeado de papeles. Llevaba una expresión de enfado congelada.

—Siento molestarle —tartamudeé rápidamente—. Pero te he traído una corbata para esta noche.

Me miró fijamente durante un momento. Luego señaló el escritorio. —Déjala ahí.

Nunca había estado dentro de su despacho, sólo en la puerta, pero su tono no dejaba lugar a discusiones.

El despacho de Alessandro coincidía con el resto de la estética moderna y fría del ático, una mezcla de marrones claros y grises oscuros. Excepto que esta habitación tenía toques de él. Las estanterías estaban repletas de libros y las paredes estaban cubiertas de pequeñas fotografías.

Me acerqué hacia una. Era de una hermosa mujer de cabello castaño claro y bonitos ojos oscuros. No sonreía, pero no parecía molesta. La mujer estaba sentada en una silla, con la mano en su vientre hinchado. La curva de la barbilla y los ojos le resultaban familiares. Danta Rocchetti, la esposa de Toto el Terrible y madre de Alessandro.

—¿Has terminado de mirar? —espetó Alessandro.

Me sonrojé dándome cuenta que había estado mirando. Rápidamente coloqué la caja sobre su escritorio. —La corbata hace juego con mi vestido.

No respondió.

Me fui rápidamente.

No le vi durante el resto del día, lo que me permitió prepararme con tranquilidad. Polpetto se sentó en mi cama y observó con un movimiento de cola cómo me paseaba por mi dormitorio. Estaba más que nerviosa por estar sola con todos los Rocchetti. ¿Me ignorarán? O peor aún, ¿sería el centro de atención?

Recé para poder deslizarme por la noche como una sombra.

Pero conociendo mi incapacidad para callar y mi propensión a romper el silencio, dudé que mi plegaria se hiciera realidad.

Mi vestido era azul oscuro con un sencillo diseño de un solo hombro que se pegaba a mí al caer al suelo. Tenía poco diseño, lo más fino era el brillo de la tela sedosa. Para intentar que pareciera más elegante, me puse unos pendientes de lágrima y un collar a juego.

No podía decidir qué hacer con mi cabello, así que lo dejé suelto. Con suerte, no se volvería un desastre cuando llegara a Don Piero's.

Me miré en el espejo. *Pareces una mujer de la mafia, la perfecta representación de la riqueza de su marido,* dijo una voz familiar en mi cabeza.

Polpetto me siguió escaleras abajo. Creo que se había dado cuenta de que me iba sin él y no parecía estar contento con este hecho.

—No tardaremos mucho —Le rasqué la cabeza—. He puesto todos tus juguetes abajo y ya has cenado. Si te sientes solo, ladra a la ventana.

Polpetto no respondió.

Alessandro ya estaba abajo y al verlo se me aceleró el corazón. Llevaba uno de sus mejores trajes, combinado con la corbata azul que le había regalado. Siempre estaba muy elegante cuando se arreglaba, aunque fuera como ponerle una pajarita a un animal salvaje.

Levantó la vista cuando entré y frunció ligeramente el ceño. Alessandro tenía el mismo aspecto de siempre, pero había algo raro en él... No paraba de tirarse de los puños y de enderezar su reloj. ¿Estaba nervioso?

No, me dije. Alessandro no se ponía nervioso.

Me apoyé en la barandilla mientras me ponía los tacones. —¿Estás bien? Pareces... alterado. —Alterado sonaba menos acusador que nervioso.

Alessandro me dirigió una mirada sombría. *Me alegra ver que su estado de ánimo anterior no ha cambiado*, observé. —Te estaba esperando —espetó—. Tardas mucho en prepararte.

—Lo siento —dije sin darle importancia.

Alessandro resopló y se dirigió al ascensor. Le seguí, pero no sin antes darle un beso de despedida a Polpetto. En el ascensor, estaba callado en inquieto. No dijo nada cuando mencioné el tráfico, sólo frunció el ceño hasta que me callé.

Oscuro y Beppe ya nos esperaban en el garaje. Ambos dieron esquinazo a Alessandro y se subieron al coche en cuanto se acercó.

La única pizca de civismo que le quedaba fue cuando me hizo un gesto para que entrara primero en el Range Rover. Aunque estoy segura de que había una razón práctica detrás de eso y no actuó como un caballero por la bondad de su corazón.

Alessandro estaba igual de inquieto en el coche. Se revolvía de forma irritable y hacía señas con el dedo. Me recordaba a un animal enjaulado que se pasea por su prisión. Arriba y abajo, arriba y abajo. Más frustrado con cada movimiento repetido.

Alessandro estaba igual de inquieto en el coche. Se revolvía con irritación y hacía señas. Me recordaba a un animal enjaulado que se pasea por su prisión. Arriba y abajo, arriba y abajo. Más frustrado con cada movimiento repetido.

No quería arriesgar su estado de ánimo, pero me sentía mal por él. Sabía lo nerviosa que se podía sentir una cuando iba a tratar con el Don del Outfit... y la familia.

Antes de saber lo que estaba haciendo, me incliné hacia él y le murmuré suavemente —¿Quieres un trago antes de que entremos?

Alessandro me dirigió la mirada. —No *estoy* nervioso.

—Por supuesto que no. —Le dirigí una mirada inocente—. Pero yo lo estoy y odio beber sola.

Puso los ojos en blanco. —No soy una de tus amiguitas, Sophia. No necesito tu bebida de compasión.

—Por supuesto. —Me recosté en mi asiento.

Fuera de mi ventanilla, la ciudad pasaba a toda velocidad. Con el tiempo, los rascacielos se fueron reduciendo y las casas fueron apareciendo. Entramos en el barrio cerrado donde Don Piero y la mayoría de los miembros del Outfit tenían su hogar. *Qué casas tan bonitas y grandiosas*, solía decir Cat mientras paseábamos, *y sin embargo qué habitantes tan desagradables.*

Eso no es justo, solía responder. *Tú quieres a muchas de esa gente.*

Ya había unos cuantos coches aparcados fuera de la casa de Don Piero cuando llegamos. No reconocí ninguno de ellos, pero era evidente que pertenecían a los otros Rocchetti. Alrededor de los coches había hombres musculosos y todos se detuvieron a mirar cuando llegamos.

Alessandro salió primero y me abrió la puerta. No me miró cuando salté al suelo y me puse de pie.

—Trata no parecer que estás a punto de saltar fuera de tu piel —le dije suavemente.

Bajó los ojos hacia mí. No dijo nada, pero su expresión salvaje se atenuó y se enderezó en una postura relajada.

Fue como encender una luz. Con un clic, Alessandro había cambiado toda su ruda conducta.

Alessandro me puso una mano suave en la espalda cuando nos acercamos a la casa. Los musculitos asintieron respectivamente a Alessandro y me miraron con los ojos muy abiertos.

A medida que nos acercábamos a la gran puerta, mis nervios empezaron a palpitar. Había sido fácil ignorar mi creciente miedo cuando me había distraído con Alessandro, pero ahora me enfrentaba a la perspectiva de que me sirvieran de cena a los Rocchetti.

Tragué saliva. Seguramente no me comerían...

Alessandro se inclinó hacia mi oído y su aliento caliente me hizo cosquillas en la mejilla. —Intenta no parecer que estás a punto de saltar fuera de la piel.

Le regalé una sonrisa enérgica. Buen punto.

No se molestó en llamar, sólo abrió la gran puerta y nos hizo pasar al vestíbulo. Inmediatamente, un hermoso perro blanco de largo pelaje se acercó corriendo a saludarnos.

Sonreí encantada y le rasqué la cabeza al perro. —Oh, ¿no eres una belleza?

—Esta es Florence. Es una perra pastora de Maremma —me dijo Alessandro. Le acarició el flanco y ella se volvió hacia él interesada.

—¡Ah! —Se oyó la conocida y estruendosa voz de Don Piero. Ambos nos giramos para verle de pie en la puerta del salón—. Mi nieto y su hermosa esposa. Pasen los dos.

Don Piero estaba muy elegante con su traje y así se lo dije cuando me besó en ambas mejillas.

—Eres demasiado encantadora para tu propio bien —Se rió, un gran sonido robusto. Señaló a Florence y me guiñó un ojo—. Preciosa, ¿verdad? ¿Qué tal si te traigo otro regalo?

—No hay más espacio en nuestra casa para otro perro —interrumpió Alessandro.

Don Piero desvió sus ojos a Alessandro y le dirigió una mirada intrigante. —Muy bien. —musitó—. Quizá cuando te mudes de ese pequeño apartamento. Estoy seguro de que tus hijos necesitarán más espacio.

Le sonreí amablemente a pesar de que se me retorcían las entrañas. *No me ha tocado desde la primera noche de nuestro matrimonio*, tuve ganas de gritar, pero muy sabiamente no lo hice.

Alessandro me puso una mano en la espalda. —Nos ocuparemos de eso cuando lleguemos a ello.

Había algo en su tono que me hacía sentir que estaban hablando de otra cosa, pero decorando su verdadero significado con bonitas palabras.

—Claro que sí —nos hizo un gesto Don Piero para que le siguiéramos—. Estamos tomando bebidas en la mesa.

El comedor era una habitación elegante, decorada con pesados muebles oscuros y una brillante lámpara de araña. Al igual que el resto de la casa, la habitación encajaba en la estética de una Federal Colonial que intentaba modernizarse, pero sin esforzarse demasiado. Don Piero probablemente prefería que la casa pareciera más antigua; apuesto a que odiaría el estilo contemporáneo del ático.

La mayoría de los asientos estaban llenos de Rocchetti. Fumaban y bebían, todos en acaloradas conversaciones. Pero en cuanto entramos Alessandro y yo, se callaron y lanzaron sus ojos oscuros directamente hacia mí.

Yo era realmente la única mujer en esta sala y sabía que no era realmente bienvenida.

Alessandro deslizó su mano por mi espalda y la apoyó en mi cadera. Echó una mirada oscura a la habitación.

—Tendremos que comportarnos lo mejor posible esta noche —rió Don Piero—. Tenemos una dama entre nosotros. —Me dedicó una áspera sonrisa.

Le sonreí, pero tenía demasiado miedo para decir algo.

Alessandro y yo tomamos asiento cerca de Don Piero, separados por Toto el Terrible. Mi suegro se levantó cuando nos acercamos y me dedicó una sonrisa. Sin embargo, no había nada cálido ni amistoso en ella. Al igual que su hijo y a diferencia de su padre, Salvatore no se molestaba en ser civilizado.

—Sophia —Musitó—. Veo que sigues íntegra.

—Cállate —espetó Alessandro.

Toto el Terrible se elevó al tono de su hijo como una serpiente a la flauta.

—Salvatore —interrumpió Don Piero. Lanzó una mirada de advertencia a su hijo.

Alessandro me sacó la silla y prácticamente me empujó a ella. Ocupó el asiento junto a su demente padre, ignorándolo. A mi lado estaba Roberto, el sobrino de Don Piero. El Gran Robbie -como se le conocía cariñosamente debido a su impresionante altura- no parecía satisfecho con su asiento.

Cada uno de los hombres me miraba con interés o con fastidio. Ninguno parecía saber qué hacer conmigo.

Realmente no habían tenido una mujer en la familia durante dos décadas, pensé. Y apuesto a que estaban contando las horas hasta que me fuera.

Giré la cabeza y vi a Florence tumbada en el suelo. En realidad, éramos solo Florence y yo contra todos esos hombres.

Don Piero dominaba con su presencia. Gobernaba la mesa con evidente puño de hierro, sin molestarse en atenuar su patrocinio de los Rocchetti con amabilidad y civismo como hacía con el mundo que le rodeaba. Aquí, él era el Don, sin hacer preguntas.

Me senté en silencio mientras discutían el ascenso de Anthony Scaletta. Debatieron dónde asignarlo. Muchos estaban de acuerdo en que debía permanecer con su familia y completar los trabajos en Chicago, mientras que el otro bando no estaba de acuerdo y pensaba que separarlo de la ciudad al principio de su vida como Soldati era lo mejor.

Alessandro pensaba que Anthony debía quedarse en Chicago. —Tiene intención de vengarse y los Gallagher están en esta ciudad —señaló—. No se marchará mientras crea que la muerte de su padre no ha sido vengada.

Cuando Alessandro hablaba, la mesa se callaba y él mantenía su atención. Lo mismo ocurría con Don Piero y Toto el Terrible, pero todos los demás hombres de la mesa parecían carecer de ese control.

Ahora que estábamos con su familia, Alessandro se había relajado, hasta cierto punto. Todavía podía sentir la tensión de su cuerpo y ver la irritación en sus ojos. Pero ocultaba bien su inquietud. Se había convertido en el capo de Chicago, el príncipe de la familia Rocchetti.

Pronto se sirvió la cena. Un hermoso asado que hizo que se me hiciera la boca agua.

Don Piero se sirvió su plato primero, pero luego todos los demás pudieron hincarle el diente.

Observé a los Rocchetti con interés. En un momento se habían lanzado al cuello del otro, pero ahora se pasaban platos de comida y se ofrecían a servir el vino. Surgieron conversaciones más fáciles y desenfadadas. Hablaron de deporte y desarrollo y de otras cosas de las que hablaban las familias.

—¿Patatas?

Me giré y vi a Roberto que me tendía la sartén. Sonreí.

—Gracias.

Dejó unas cuantas en mi plato. —¿Es suficiente?

—Es suficiente, gracias.

Roberto asintió bruscamente y se dio la vuelta.

La conversación más tensa que se produjo durante la cena mencionó a Beppe. Carlos Jr hizo un comentario socarrón a Enrico sobre la Saison Ollier, lo que llevó a Enrico a preguntar dónde estaba su segundo hijo. Santino, el hermanastro mayor de Beppe e hijo legítimo, miró mal a Enrico, mientras que Carlos Jr se limitó a gruñir y a decirle a Enrico que se pusiera un condón.

Los observé con interés. Cat y yo nunca nos habíamos hablado así, aunque nuestra relación no había estado exenta de peleas. Solíamos gritarnos y mordernos, pero nunca con comentarios tan agudos como los de ellos.

Alessandro ignoró la mayor parte de la conversación de la mesa. En el extremo superior de la mesa estaban Don Piero, su hermano Carlos Sr, su hijo y su nieto y mi cuñado, Salvatore Jr. Su conversación era mucho más tranquila que las burlas y discusiones del otro extremo de la mesa. Me invitaron a ambas conversaciones con comentarios sin importancia. Incluso Salvatore Jnr me dirigió dos palabras, pero parecía mirarme con poco interés, por lo demás.

Busqué similitudes entre Alessandro y Salvatore Jr. Tenían la misma complexión Rocchetti, con piel aceitunada y cabello y ojos oscuros. Pero Alessandro parecía mucho más rudo que Salvatore Jr. Este, tampoco tenía el encanto de Don Piero. Parecía tallado en piedra, una estatua de hielo que bebía vino frente a mí.

La conversación cambió pronto a los negocios.

—Está el asunto del certificado —dijo don Piero. Unos ojos suspicaces parpadearon hacia mí. Su evidente deseo que no quisiera escuchar esto me hizo escuchar aún más.

—¿No puede Santino conseguirlo? —preguntó Roberto a mi lado.

—No —dijo Alessandro—. Es sospechoso de los asesinatos de Gallagher.

Santino parecía un poco avergonzado. —¿Quién va a conseguir el certificado entonces? —preguntó—. Si no lo tenemos para marzo, no podremos abrir la pista para las carreras de primavera y entonces perderemos mucho dinero.

—Lo sabemos, Santino. dijo fríamente Salvatore Jr.

—Sophia puede conseguirlo.

Parpadeé. ¿Alguien acaba de decir mi nombre?

Alessandro repitió lo que había dicho. —Sophia no está vinculada a nada por el momento y es poco probable que lo esté. Haced que consiga el certificado.

Me quedé mirando a mi marido. ¿Acaba de ofrecerme como voluntaria para el negocio de la ropa?

Don Piero se rió. —Sigo olvidando que tenemos una belleza entre nosotros una vez más. Por supuesto, Sophia debería conseguir el certificado.

—¿Se puede confiar en ella? —preguntó Carlos Sr. Me dirigió una mirada penetrante.

—Ella es mi esposa —dijo Alessandro con frialdad—. Y es una Rocchetti.

Carlos Sr se echó atrás.

Salvatore Jr se volvió hacia mí. Tener toda su atención era equivalente a tocar un iceberg. Sus ojos oscuros, como de piedras, me recorrieron de arriba abajo, como si tratara de desprender mi confianza de mis entrañas. Así podría juzgar cuánto confiar realmente en mí.

Alessandro lanzó una mirada mortal a su hermano. —¿Quieres decir algo, hermano?

—No, Alesso. —Nunca había oído llamar a Alessandro por un apodo. Parecía cómico escucharlo ahora—. ¿Crees que eres capaz de conseguir el certificado, Sofía?

—¿Certificado? —repetí.

Roberto resopló a mi lado. Alessandro lo fulminó con la mirada y se calló.

—El certificado antimafia, Sophia. —dijo mi marido—. Nuestros negocios no pueden funcionar sin él.

— Demuestra que no estamos asociados de ninguna manera con el crimen organizado — rió el Don. Levantó las cejas hacia mí—. ¿Y bien?

Me sentí ligeramente mareada, pero supe responder. —Por supuesto. Lo que la familia necesite.

Alessandro y su hermano compartieron una mirada ilegible. Estaban teniendo su propia conversación privada. Cat y yo solíamos hacer lo mismo. Especialmente cuando sabíamos algo que otra persona no sabía.

Tragué saliva.

¿Por qué me había ofrecido Alessandro? ¿Era una reacción a algo más? ¿O se trataba realmente de la familia?

Toto el Terrible se inclinó alrededor de su hijo y me dedicó una sonrisa loca. —¿Primero empujas a Roberto por un asiento y ahora tienes un trabajo? Tu padre no mencionó que fueras tan trabajadora.

Le dediqué mi mejor sonrisa de idiota brillante. —Me siento honrado de ser bienvenido en su familia.

Por un segundo, podría haber jurado que hubo un parpadeo de inquietud en la cara de Toto el Terrible, pero desapareció en una mueca. Alessandro inclinó su cuerpo, separándonos el uno del otro.

—Suficiente, padre —advirtió Alessandro—. Puedes jugar con quien quieras, pero no debes jugar con mi mujer.

No pude ver a su padre, pero le oí soltar una carcajada. —Si tú lo dices, muchacho. Es de tu propiedad, después de todo. —Algo en su tono hizo que se me erizara el vello de la nuca.

Don Piero lanzó una mirada de advertencia a Alessandro y a su hijo. Ambos parecieron retroceder al mismo tiempo. Alessandro no me miró, sino que se limitó a recorrer con sus ojos oscuros la mesa, buscando algo y pareciendo ligeramente satisfecho cuando no lo encontró.

Salvatore Jr me echó una segunda mirada de acercamiento. —Enrico dice que no estás embarazada. —Sus ojos se dirigieron al vino que había estado bebiendo—. Todavía.

El vino se me agrió en el estómago, pero logré esbozar una tímida sonrisa. Últimamente había empezado a tener calambres, lo que significaba que mi periodo estaba en camino. Me encogí de hombros despreocupadamente, de despreocuparlo con mi bondad sobre el tema. Cualquier otra reacción habría hecho que los leones se abalanzaran.

—Espero que eso cambie para el próximo mes. Qué bonito sería tener un bebé en otoño. —Le sonreí—. Mucho mejor que un bebé en verano. —Me volví hacia Alessandro y jadeé como si acabara de descubrir algo increíble—. ¿Qué bonito sería tener un bebé de Navidad? Entonces podríamos vestirlos con pequeños trajes de elfos.

Alessandro me miró y se encontró con mis ojos. Juraría que había un destello de humor en ellos.

Don Piero se rió. —Un brindis, entonces, querida. —Todos levantamos nuestras copas—. ¡Por los certificados antimafia y los bebés de Navidad!

Mientras el sonido del brindis nos rodeaba, Alessandro se acercó a mi oído y murmuró contra mi piel —Mi hermano es un bebé de verano.

—Lo sé. —Le susurré.



Capítulo 11

Respiré profundamente en cuanto se cerró la puerta del coche.

El vestido se me pegaba incómodamente y me retorcí. Me sentía hinchada y cansada, y más que dispuesta a irme a dormir. Después de pasar horas tratando de navegar por el perverso mundo de los Rocchetti, sólo quería ir a casa, comer una caja de bombones y ver reposiciones de Los Soprano.

Alessandro le indicó a Beppe que arrancara el coche y pronto salimos del barrio privado.

Me apoyé en mi asiento y miré a mi marido. ¿Por qué me había ofrecido? Mi esfuerzo por permanecer oculta, por no ser percibida más que como una esposa bonita y tonta, se había derrumbado en cuestión de segundos en cuanto él había abierto la boca.

La ira creció en mí.

No digas nada, me advertí. No te enfades, no le des la satisfacción.

—¿Por qué me frunces el ceño, esposa? —preguntó en voz baja.

Mis pensamientos racionales salieron volando por la ventana. —¿Por qué me ofreciste para obtener el certificado antimafia?

Alessandro dirigió sus ojos oscuros hacia mí. Había cálculo en ellos. —¿Cuestionas mi decisión como capo?

— Estoy cuestionando tu decisión como marido. —Me incliné hacia delante, manteniendo la voz baja. No quería que Beppe u Oscuro nos escucharan—. ¿Por qué me has propuesto así? ¿He hecho algo para molestarte?

—Sí.

Me tragué el nudo en la garganta. ¿Qué había hecho? Aunque la mejor pregunta era ¿qué no había hecho? Había sido más cortante con él muchas veces, y aunque había dicho que no me haría daño físicamente, eso no significaba que no intentara manipularme hasta la muerte.

—¿Por qué? —Mi voz casi se quiebra—. ¿Qué he hecho? Te prometo que no era mi intención. No lo volveré a hacer. —Alessandro se acercó a mi cara, su expresión echando humo—. Ya basta con la pequeña actuación, Sophia.

Yo balbuceé. —Actúa...

—Sí —gruñó—. El numerito. Estoy harto de que finjas ser la esposa perfecta. Cantas palabras muy bonitas, esposa, pero ninguna de ellas es cierta.

Mi corazón latía con fuerza. Todo lo que me habían enseñado a hacer le molestaba. ¿Le molestaba mi educación? ¿Le molestaban los valores que me habían metido hasta no saber otra cosa? Abrí la boca antes de poder calmarme.

—¿Estás harto? —siseé—. ¿Cómo crees que me siento? ¿Tener que vigilar cada palabra que digo sólo para sobrevivir? Mi bienestar depende de mis *bonitas palabras*, esposo.

Los ojos de Alessandro se iluminaron. —Ahí está. La criatura bajo ese exterior dorado. —Se rió cruelmente—. Tenía razón. No eres amable ni amigable, sólo otro monstruo.

—No soy un monstruo. —Me quejé—. Simplemente no puedes manejar el hecho de que a veces la gente sea amable. A veces la gente es buena. Quieres que todos sean como tú. Miserables y mezquinos.

—Yo *soy* poderoso. —él disparó hacia mí. Nuestras caras estaban tan cerca que nuestras narices se tocaban. —Miserable, tal vez. Malo, definitivamente. Pero tengo poder. Mi palabra es ley y mis acciones son codiciadas. ¿No es eso lo que quieres?

Sentí que mi paso se tambaleaba. —¿Qué quieres decir?

—Lo veo en tu expresión, esposa —ronroneó—. El hambre en tus ojos cuando miras hacia mi despacho, el triunfo que sientes al pasear con mi familia, la forma en que te acicalas ante la ciudad de abajo. Incluso te sentiste engreída cuando te dije que los federales tenían un expediente completo sobre ti.

Cada vez era más difícil respirar.

—Podrías haberte ido con tu hermana. Podrías haber ido con ella a buscar su diploma. Pero no querías arriesgarte a no tener poder. No quisiste arriesgarte a formar parte de un mundo en el que tendrías que someterte a la ley. —La mirada de Alessandro me clavó en su sitio—. Todo lo que haces es para ganar poder. ¿Por qué te molesta que te deje tenerlo?

Tenía razón y estaba equivocado.

—No todo lo que hago es para ganar poder —susurré.

Alessandro resopló. —Por favor. Manipulas y engañas. Incluso tu amabilidad conmigo es una táctica para conseguir lo que quieres. ¿Por qué si no ibas a intentar calmar al hombre que odias?

Yo tampoco le gustaba, pensé y busqué su expresión. Me miró como si por fin me hubiera descubierto. Ya no intentaba quitarme las capas. Lo había conseguido y estaba contento con lo que había encontrado.

Excepto que... él no había visto todo. De hecho, creo que algunas partes de mí, de mi persona, eran irreconocibles para un hombre como Alessandro. —Estaba tratando de hacerte sentir mejor porque me daba pena —dije.

Él resopló. —Nadie hace nada en este mundo por la bondad de su corazón.

—¿Ni siquiera tu intento de dar algo más de poder? —siseé—. No me ofreciste un certificado antimafia para que tuviera algo de poder. Lo hiciste para conseguir una reacción de tu familia. Reconozco un juego de poder cuando lo veo, Alessandro.

Los ojos de Alessandro brillaron. —Recuerda con quién estás casada, Sofía. Puede que me enzarce en una refriega, pero no voy a permitir que se cuestionen mis decisiones como capo.

—Y no voy a ser utilizada como un peón.

Se rió, realmente se rió. —Nacer en este mundo dicta que eres un peón. Eras de tu padre. Te utilizó para ganar más poder y dinero. Pero ahora eres mi peón. Y puedo jugar contigo como quiera, esposa.

Sentí que las lágrimas de frustración se acumulaban en mis ojos, pero parpadeé para tratar de contenerlas. *Puedes llorar en casa cuando estés sola*, me dije. *No aquí y no delante de él*.

—Sois todos unos monstruos —dije.

—También tú —ronroneó Alessandro.

—No—. Sacudí la cabeza—. Estoy tratando de sobrevivir. Haces esto... lo haces por diversión. Eso es lo que te convierte en un monstruo.

Un músculo de su mandíbula se crispó. —Monstruo puedo ser, pero también soy tu marido. Deberías hacer bien en recordarlo.

Me reí suavemente, ignorando mis instintos de supervivencia que me rogaban-suplicaban- que me callara. —Me incitas a responder, a quitarme la máscara. Pero en el momento en que lo hago y ves algo que no te gusta, me dices que me la vuelva a poner—. Me aparté de él—. Tal vez no eres tan inteligente como crees.

—Tal vez —dijo Alessandro oscuramente detrás de mí.

El resto del viaje a casa fue silencioso.



Los últimos días de febrero fueron cálidos y los pasé casi todos con Beatrice y Elena.

Si alguna de ellas empezaba a sospechar sobre el tiempo que pasaba con ellos, no sacaba el tema.

Estábamos sentados en la cocina de Beatrice, Elena y yo en la barra mientras Beatrice cocinaba. El olor de los ingredientes me hacía sentir náuseas, pero lo reprimí.

Los Tarantino vivían en una preciosa casa adosada en la ciudad, que yo siempre había codiciado. Cuando Beatrice se había mudado por primera vez, la casa había sido fría y sencilla, pero a lo largo de los meses de su matrimonio, la casa había cobrado vida bajo su cuidado. Ahora florecían hermosas plantas y las fotografías de sus allegados decoraban las paredes y las estanterías.

Pensé en el frío ático al que volvería. Puede que haya sido una esposa durante todo un mes, pero el ático no había cambiado bajo mi mando.

—Mi tío dice que está en conversaciones con los Falcone —refunfuñó Elena. Estaba mirando su té con una expresión vacía—. Al parecer, casarse con una chica del Outfit será muy beneficioso.

Los Falcone eran una familia más pequeña situada en Nueva York. Dado que Nueva York era "compartida" por múltiples familias, los lazos entre ellas eran imprescindibles para asegurar que no estallara una guerra sangrienta. Pero tener el apoyo de la organización de Chicago probablemente aseguraría que su posición en Nueva York estuviera mejor respaldada.

Y si estallaba el conflicto, tenías más posibilidades de ganar que los demás.

—Nada es seguro todavía. —Intenté tranquilizarla. Fui a dar un sorbo a mi té, pero olía demasiado dulce, así que lo dejé.

Elena dirigió sus ojos verdes hacia mí, no impresionada por mis intentos de consuelo.

—Nueva York no está tan mal, Elena. —Beatrice lo intentó mientras metía el pastel en el horno. Ella también intentaba calmar a Elena. A menos que ella haga algo estúpido.

—Las tiendas están muy bien —añadí.

Elena hizo una mueca. —Estaré sola. Casada con un imbécil.

No pude evitar mi sonrisa. —Estoy segura de que el imbécil te hará compañía.

—Si yo fuera tan divertida como tú, Sophia. —El sarcasmo goteaba de su tono—. Y dudo que seas una buena candidata para apoyar el matrimonio concertado.

Ahí me pilló. —Mi matrimonio está bien —dije con desprecio. Dios, ¿Beatrice tenía algún doctormento contra las náuseas? Sentí que estaba a punto de vomitar—. Beatrice es la candidata perfecta. Pietro la adora.

Beatrice se puso ligeramente sonrojada. —Somos buenos el uno con el otro. —Le dirigió a Elena una mirada reconfortante—. Sólo hay que tener una conversación sincera y abierta con él sobre el matrimonio. Los hombres no quieren volver a casa con conflictos.

Elena puso los ojos en blanco. —Sí, tendré una conversación abierta con el jefe de la familia Falcone. Estoy segura de que le gustará saber que las mujeres tienen pensamientos y sentimientos.

—Podría ser peor —dije, tragando mi malestar—. Podría ser un soldati. Al menos tienes un jefe. —Elena parecía que iba a abofetearme.

Levanté las manos en señal de rendición. —Sólo estoy tratando de ser graciosa. No me hagas caso.

Beatrice dijo algo más pero no lo capté. Intenté bloquear el olor de la cocina de mi mente. ¿Me estaba contagiando de algo?

Una mano suave me tocó el hombro. —Oye, Sophia, ¿estás bien?

Miré la cara de preocupación de Beatrice. Elena también me miraba con el ceño fruncido.

Sonreí con poco entusiasmo. —Lo siento, es que me siento un poco mal. ¿Te importa si uso el baño?

—Claro que no. Adelante. Está al final del pasillo.

Beatrice y Elena me observaron mientras salía de la cocina. La reducción de los olores me hizo sentir un poco mejor. Me sentí tan mareada que podría haber flotado en el espacio.

En el baño, intenté vomitar. A veces era necesario vomitar para sentirse mejor, pero no salía nada. Así que cedí y me bajé la ropa interior para ir al baño.

Fruncí el ceño al ver mis bragas. —¿Qué es eso? —Me incliné más hacia ellas y aspiré con fuerza.

Pequeñas gotas de sangre cubrían la tela.

Sentí un ligero alivio al saber que no estaba enferma y que sólo se trataba de los síntomas del síndrome premenstrual, pero debajo de ese alivio estaba el sentimiento enfermizo del miedo. No estaba embarazada. Alessandro tendría que llevarme a la cama de nuevo. *Con suerte, haríamos una fecundación in vitro*, pensé.

Las palabras de Beatrice me llegaron de repente. *Sólo tienes que tener una conversación abierta y honesta con él sobre el matrimonio.*

Pero mi matrimonio no era como el de Beatrice. Alessandro y yo apenas nos soportábamos en ese momento. Lo evitaba como a la peste, ni siquiera cenaba con él. Normalmente ponía su plato en la nevera con una pequeña nota encima. Luego desaparecía en mi habitación con mi plato.

No sabía por qué le evitaba exactamente. A veces pensaba que era porque tenía miedo de que me castigara por ser maleducada, mientras que otras veces no soportaba la idea de que me apartara de él.

Bajé la mirada hacia la mancha y suspiré.

Cuando volví a la cocina, Beatrice y Elena me miraron con curiosidad.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Beatrice.

Le sonreí, tragándome las náuseas. —Lo estoy haciendo. Pero, ¿te importa si me prestas una compresa?

—Oh, por supuesto. —Salió corriendo de la cocina y subió las escaleras.

Elena me miró. —¿Tienes la regla?

—Sí. —Miré por la ventana el hermoso jardín de Beatrice. En primavera, era un espectáculo para la vista cuando todas las plantas florecían—. Tengo la regla.

—Lo siento —dijo Elena. ¿Qué más había que decir?

Beatrice volvió en ese momento y me dio la compresa. Desaparecí de nuevo en el baño. Cuando salí una vez más, ninguna de ellas sacó el tema.

Hablamos del posible futuro de Elena antes de pasar a temas más ligeros. Nina Genovese iba a organizar un almuerzo para las mujeres y nos había invitado a todas. Hablamos de lo que íbamos a llevar y de si Chiara di Traglia traería a su preciosa nieta.

Al final, tuve que volver a casa. Beatrice nunca me diría que me estaba pasando de la raya, pero sabía que tenía cosas que hacer.

Oscuro estaba esperando fuera de la casa y me saludó con la cabeza cuando me vio. A pesar de su cortesía, nunca se habría pensado que nos había oído a Alessandro y a mí pelear la otra noche, pero no habíamos estado precisamente callados en el asiento trasero del coche. Sentí una pizca de vergüenza, pero traté de ignorarla.

Seguro que Oscuro tiene mayores preocupaciones que tu matrimonio, me dije.

De camino a casa estuve inusualmente callada y Oscuro no dejaba de lanzarme miradas de preocupación, pero no exigió ninguna explicación.

El ático olía a productos químicos de limpieza cuando llegamos. Polpetto estaba esperando junto a la puerta y ladró alegremente cuando entré en el apartamento. Lo cogí y lo acerqué a mi pecho, dándole un buen achuchón.

—Teresa —llamé.

Teresa asomó la cabeza por la barandilla. —Oh, señora Rocchetti, no sabía que iba a llegar a casa tan pronto.

—Es completamente mi culpa —le dije—. Voy a hacer algo de comer. ¿Quieres? —Teresa negó con la cabeza—. No. —Se puso un poco sonrojada—. ¿Pero te queda alguna bruscheta de esas pequeñas?

Me reí. —Calentaré algunas.

Me gustaba Teresa. Era joven, esposa de un Soldati y siempre se comía todo lo que le cocinaba, a diferencia de Oscuro y Beppe, que siempre se negaban. Además, Teresa siempre estaba dispuesta a charlar y hacerme compañía. Y a Polpetto le gustaba.

Cuando terminó con el piso de arriba, Teresa bajó las escaleras con el cubo y la fregona.

—Lávate las manos". le reprendí.

Se rió, pero hizo lo que le dijeron.

Un repentino calambre me golpeó y me mordí el labio. ¿Dónde había puesto el Tylenol? Creo que lo dejé en el baño.

—Sólo será un momento, Teresa.

—Por supuesto, señora Rocchetti —dijo mientras masticaba felizmente la bruschetta.

Teresa había fregado los suelos y limpiado las ventanas a la perfección. Alessandro era naturalmente bastante ordenado y yo insistía en limpiar mis propios espacios, así que Teresa nunca tuvo que hacer mucho más. Además, obligarla a limpiar mi dormitorio y mi baño sería una crueldad, ya que normalmente estaban hechos una pocilga.

Fui al baño cuando estaba arriba y entré. No había sangrado en absoluto desde que llegué de casa de Beatrice. Eso era raro, normalmente, una vez que empezaba mi periodo, no paraba hasta cinco días después.

¿Tal vez porque estaba estresada? Sabía que el estrés y el cambio de ambiente podían alterar el ciclo, pero esto era un poco extraño. Sin embargo, no cabe duda de que estaba en mi periodo. Había tenido calambres, me sentía hinchada e incómoda.

Pobre cuerpo, pensé. Tendremos una noche de cuidado.

Me tomé un Tylenol para los calambres antes de volver a bajar. Teresa me hizo compañía hasta que tuvo que irse.

—Volveré la semana que viene. —Rascó la cabeza de Polpetto. Él movió la cola con alegría.

—Dile a Pasquale que le mando saludos.

Teresa sonrió. —Lo haré.

Teresa se fue y una vez más me quedé sola.

Cuando Alessandro llegó a casa esa noche, me escondí en mi habitación. Podía oírle abajo rebuscando. Polpetto y yo escuchamos cómo abría la nevera y daba portazos.

Me sentí como una intrusa mientras pegaba una oreja a la puerta de mi habitación para escucharlo.

No me relajé hasta que oí cerrarse la puerta de su habitación.



Unas manos cálidas recorrieron mi piel. Sentí que me arqueaba hacia atrás, queriendo más.

Una risa baja se acercó a mi oído. —¿Te gusta eso, esposa?

Los dedos se acercaron peligrosamente entre mis muslos y gemí. Todo se sentía demasiado sensible, todo se sentía como electricidad. El tacto se alejó de mis muslos y grité en señal de negación. La risa volvió a aparecer y sentí el cálido aliento sobre mis pezones expuestos.

Unas manos ásperas me agarraron los pechos, apretando ligeramente. Clavé los talones en la cama, tratando de impedir que explotara.

—Por favor...—Supliqué, sin estar segura de lo que pedía, pero sabía lo que quería.

Sentí unos labios suaves recorriendo mi carne expuesta. La piel de gallina seguía detrás de ellos. —¿Te gusta que te acaricie los pechos, mujer? —Musitó la voz. Sentí el roce de los dientes al hablar.

Otro gemido escapó de mi garganta.

—Contéstame. —La voz se hizo más dura.

No podía decir palabras. Mi boca se abría pero no podía escapar ningún ruido legible.

El calor comenzó a evaporarse de mi cuerpo y una extraña sensación de frío se apoderó de él. Me retorcí, queriendo recuperar el calor. Hacía demasiado frío...

—Dime, pequeña novia.

De repente, un rostro familiar estaba frente a mí. La sangre manaba de su cuello cortado y sus ojos estaban desorbitados por la violencia.

—Contéstame, pequeña novia —dijo el hombre con voz gutural—. ¿Te ha gustado cortarme el cuello, pequeña novia?

Abrí la boca para gritar. La sangre me llenó mi boca, húmeda y espesa, bloqueando mi garganta e impidiendo que escapara cualquier ruido.

Mis manos empujaron al Gallagher pero no se movió. Sus labios se movían y la sangre seguía brotando.

—¿Te ha gustado, pequeña novia? —tronó—. ¿Te ha gustado?

No, no, intenté gritar pero había demasiada sangre...

—¡SOPHIA!



Me levanté de golpe, liberándome de mi pesadilla.

El sudor cubría cada centímetro de mí y apenas podía respirar. Estaba tan oscuro que no podía ver...

—Sophia —dijo una voz dura y familiar—. Respira profundamente.

Respiraciones profundas, me dije. *Respiraciones profundas.*

Aspiré aire en mis pulmones, tratando de estabilizarme.

Poco a poco, la habitación empezó a encajar. Era de noche, estaba en mi cama y sentado frente a mí estaba mi marido.

Alessandro llevaba sus pantalones de pijama sin camisa. Sus ojos oscuros me sostenían.

—Tuviste una pesadilla. —Me dijo.

Me estremecí al respirar. Había habido mucha sangre. Todavía podía sentir su presencia fantasma en mí.

—Respira profundamente otra vez —ordenó.

Aspiré aire en mis pulmones. *Respiraciones profundas*, la voz de Cat me tranquilizó. Pero ahora estaba deformada, más grave. *Respiraciones profundas*.

—No quise despertarte. —Susurré.

Alessandro resopló. —Estabas gritando. Esperemos que los vecinos no se hayan despertado. —Me miró con frialdad—. ¿Qué estabas soñando?

Recordé el comienzo del sueño. El calor, la sensibilidad. La sensación de los callos ásperos contra mi suave piel. Bajé la mirada para ocultar mi sonrojo. —Soñé con la boda. El hombre... que *mataba*. —Matado salió en un susurro áspero.

—Sophia, mírame.

Mantuve la mirada baja.

Las manos de Alessandro me agarraron la barbilla y me levantaron la cara. No me sujetaba lo suficiente como para que me doliera, pero el dominio de su tacto era innegable. Me miró a los ojos. —Si no lo hubieras matado, él te habría matado a ti.

—Lo sé.

—Bien. —Alessandro me soltó. Todavía podía sentir el calor de sus dedos. Se levantó, elegante y poderoso. —Intenta volver a dormir.

Me froté los brazos expuestos. Dormir era lo último que quería hacer. De hecho, tenía ganas de vomitar. —Bien.

—Ah, y me gusta tu máscara facial.

¿Máscara facial? Me miré las mejillas y me sonrojé. Me había quedado dormida con la mascarilla puesta después de haber tenido una noche de TLC—. Está hecha de aloe vera. Dije.

—A eso se debe el olor. —Señaló. Alessandro se dispuso a salir, pero se detuvo con la mano en el pomo de la puerta—. Me voy por la mañana por unos días.

Intenté quitarme la máscara. ¿A dónde vas?

—A Columbus. Hay algunas...*cosas* que tengo que solucionar allí. —Sólo podía adivinar cuáles eran esas cosas—. Volveré en 5 días.

—Cuídate.

Alessandro me miró fríamente. —Sí, tú también. —Luego se fue.





Capítulo 12

Cuando me desperté al día siguiente, mi compresa seguía estando limpia.

O era el período más extraño que había tenido... o algo más estaba pasando.

Me miré en el espejo e intenté recrear la conversación que tendríamos Cat y yo. Cat era la voz de la razón en situaciones como ésta. Ella habría dicho que era mejor prevenir que lamentar y que una pequeña prueba no podía hacer daño.

Ignorar el problema no hará que desaparezca, solía decirme cada vez que me negaba a hacer los deberes o a ocuparme de los problemas de las amigas. A veces hay que respirar hondo y morder la bala.

Miré a Polpetto. —¿Qué crees que debo hacer?

Polpetto movió la cola ante la atención.

—Sí —suspiré—. Yo también creo que la ignorancia es una bendición. Pero también un privilegio.

Salí del cuarto de baño y busqué las pruebas que la Dra. Li Fonti me había dado todas esas semanas atrás. Leí las instrucciones cinco veces antes de armarme de valor para completar la prueba. Polpetto se quedó conmigo todo el tiempo, observando con curiosidad cómo orinaba. Luego intentó coger el palo, pensando que era un juguete, pero me zafé de su agarre.

—Estás siendo una mala influencia —dije.

La prueba tardaría unos minutos en darme un resultado, así que me obligué a salir del baño.

Estoy segura de que no estás embarazada, me dije. *Claro, has tenido alguna mancha. Calambres. Y te has sentido incómoda. Y náuseas.*

Pero no estás embarazada. Tú y Alessandro sólo tuvieron sexo una vez.

El ático estaba en silencio, lo que me recordaba que Alessandro se había ido a Colón. Era un poco raro moverse por la casa sin él, pero también había un poco de alivio. Podía pasear por las habitaciones y desayunar helado, y nadie estaría allí para regañarme.

Sin embargo, no hice ninguna de esas cosas. Sólo me preparé un razonable tazón de cereales y me senté en el banco con el periódico.

No podía concentrarme en las palabras. Mi mente seguía subiendo las escaleras hacia mi baño.

No hay manera, me dije. *Ni siquiera te preocupes. Sólo tienes un periodo raro.*

Los minutos pasaron. Segundo a segundo. Ni siquiera me molesté en intentar distraerme, sólo miré el reloj.

Faltan cuatro minutos.

Golpeé mis uñas contra el mostrador.

Tres minutos.

No estás embarazada. Sólo has tenido relaciones sexuales una vez. Pero qué pasa si...

Dos minutos.

¿No se supone que las mujeres lo saben? ¿No lo sienten? ¿Siento yo el embarazo? ¿Cómo voy a saberlo?

Un minuto.

Me levanté del mostrador y comencé a subir las escaleras. Me sentí como en una película de terror. Una estúpida protagonista que había escuchado un ruido en el piso de arriba y ahora subía a investigar. Polpetto trotaba a mi lado.

Puedes hacerlo, me dije.

Respira profundamente.

Entré en mi cuarto de baño y miré a la encimera.

—Mierda.





Me gustaba Oscuro, pero no me fiaba de él.

Pero, ¿cómo iba a gestionar una cita con el médico sin contarle lo que me pasaba? No podía mentir mientras estábamos sentados en la sala de espera del ginecólogo.

¿Oscuro se lo contaría a Alessandro a la primera oportunidad que tuviera? ¿O peor, a los otros Rocchetti?

¿Qué otra opción tenía?

—¿Taxi, señora? —preguntó Fred mientras Oscuro y yo salíamos del edificio.

Sacudí la cabeza. —No, gracias, Fred. Oscuro y yo vamos a disfrutar del tiempo.

—¿Puedes creer que mañana es el primer día de primavera? Parece que va a ser un día cálido.

Hice una pausa. El primer día de la primavera... —¿Mañana es el 1 de marzo?

—Sí, señora.

Se me apretó el estómago. Consideré la posibilidad de volver a entrar en casa y llorar sobre la almohada. Mañana era el 1 de marzo. Un día que quedaría maldito para siempre en mi mente.

¿Cómo no me había dado cuenta? ¿Realmente estaba tan perdida en mí misma que había olvidado el peor día del año?

¿Sra. Rocchetti? —preguntó Oscuro—. ¿Está usted bien? —sacudí los pensamientos y le sonreí—. Sólo en el país de las hadas. ¿Vamos? —Nos despedimos de Fred y nos encaminamos por la bulliciosa ciudad. La nieve empezaba a derretirse, dejando los esqueléticos árboles desnudos. El viento seguía siendo gélido, pero al menos los rayos del sol volvían a sentirse. Parecía que iba a ser una primavera cálida.

Oscuro no preguntó a dónde íbamos, pero vi cómo se le tensaba la mandíbula cuando llegamos frente a la consulta del ginecólogo.

—¿Señora Rocchetti? —preguntó.

—Puedes esperar aquí fuera si esos lugares te dan náuseas. —Le dije, subiendo las escaleras.

—El Capo…—Intenté darle a Oscuro una sonrisa tranquilizadora—. Sólo he venido a hacerme una citología. El doctor a Li Fonti me recomendó una.

Mi guardaespaldas se sonrojó. —Por supuesto, señora.

Oscuro estaba en silencio cuando entramos en el edificio. El interior era cálido y estaba bastante concurrido. Había mujeres embarazadas sentadas en las sillas y mujeres con bebés. Mis ojos las recorrieron y sentí un ligero vínculo con cada una de ellas. *Yo también estoy embarazada,* quise decirles, *pronto voy a estar como ustedes*.

La recepcionista me sonrió al acercarme. —¿En qué puedo ayudarle hoy?

Hola, tengo una cita con la Dra. Parlatore a las 12...

—¿Sophia Rocchetti? —preguntó al mismo tiempo que pulsaba el botón de salida.

—Esa soy yo.

—Magnífico. —La recepcionista me pasó un portapapeles—. Rellene esto, por favor. La Dra. Parlatore estará con usted en un momento.

Le di las gracias y acompañé a Oscuro a las sillas. Parecía ligeramente incómodo. No dejaba de mirar los diagramas de vaginas y pechos de las paredes con expresión de horror.

Le di una palmadita en el brazo. —Puedes esperar fuera.

—Estoy bien, señora. —Oscuro se apoyaba en la pared cada vez que pasaba una mujer embarazada—. Solo... bien.

—Puedo verlo. —Rellené el formulario. Más de una vez estuve a punto de escribir Padovino en lugar de Rocchetti, dejando demasiadas P tachadas. Cuando vi la pregunta sobre el contacto de emergencia, me detuve. ¿Seguía siendo papá? ¿O era ahora Alessandro? De todos modos, escribí Papá, ya que conocía todos sus datos.

Tuvimos que esperar un poco, pero el pavor generalizado de Oscuro me mantuvo entretenida. Para ser un soldati tan grande y fuerte, realmente le aterraba el regalo de la vida.

—¿No hay pequeños Oscuros? —pregunté.

Sacudió la cabeza. —No estoy casado.

—No tienes que estar casado —le recordé.

Oscuro me miró con cierta diversión, pero no respondió.

—¿Sophia? —llamó una voz.

Una mujer de mediana edad con un bonito cabello rubio y una bata blanca me llamaba. Me levanté rápidamente y me acerqué. Oscuro me siguió.

—¿Sophia? —Ella lo confirmó.

—Esa soy yo.

—Soy la Dra. Parlatore. —Me hizo un gesto para que pasara por el pasillo y miró por encima de mi hombro—. ¿Su pareja?

—No. —Oscuro dijo rápidamente—. Sólo seguridad, médico. —Las cejas de la doctora Parlatore se alzaron pero no lo cuestionó—. Disculpe la espera. —Fue todo lo que dijo. Entramos en su despacho, pero Oscuro se quedó fuera. Tampoco lo cuestionó.

Cerré la puerta tras de mí.

La doctora estaba sentada en su escritorio. Frente a la mesa había una sala de reconocimiento. Opté por sentarme en la silla junto a su escritorio. A su alrededor había credenciales y diplomas. Pensé en el diploma que tenía guardado en mi archivador.

Está aquí para un análisis de sangre, ¿no?

—Sí. —Me tragué los nervios—. Me hice un test de embarazo en casa y cuando llamé, la enfermera me dijo que debía venir enseguida para confirmarlo.

—Deberías —la Dr. Parlatore se levantó y se dirigió al armario. Sacó una serie de herramientas.

La doctora fue muy cuidadosa mientras me sacaba sangre, hablándome con voz tranquilizadora al ver mi ligero miedo a la aguja. Cuando terminó, ocultó la sangre de mi vista y se quitó los guantes.

—Tendremos esos resultados en unas horas. Si está embarazada, le haremos una ecografía.

—Gracias.

La Dra. Parlatore me miró amablemente. —Puede que te sientas un poco mareada, así que no temas beber un poco de zumo de naranja. Toma un poco de azúcar.

—Un permiso de mi doctor para tomar un poco de azúcar. —Me reí. Volví a ponerme el abrigo para poder ocultar la bola de algodón en mi brazo.

—Sí. ¿Para qué más estamos aquí? —la Dra. Parlatore se levantó y me sacó al pasillo—. Te llamaremos con esos...

—Gracias —interrumpí. Oscuro se levantó y me miró con extrañeza—. Hasta pronto, doctor.

La Dra. Parlatore dirigió sus ojos a Oscuro. —Adiós. —Me dijo.

Me apresuré a ir a la recepción, pagué y acompañé a Oscuro a la salida. Me sentía increíblemente mareada. Oscuro me siguió en silencio, mirándome con desconfianza.

Cuando volvimos a la calle, insistí en que paráramos en la cafetería más cercana. —Me apetece comer algo. ¿Y a ti?

—Depende de ti. —Contestó.

Oscuro no era estúpido, pero pensé que había ocultado muy bien mi mentira. ¿Se lo diría a Alessandro? Se me revolvió el estómago. Probablemente le había enviado un mensaje de texto a Alessandro con mi ubicación, como debía hacer. ¿Su plan de telefonía móvil le permitía llegar a Columbus?

Claro que sí, Sophia, me dije, *no estamos en 1997.*

—¿Está bien, señora?

—¿Eh? —parpadeé mirando a Oscuro.

Me miró. —Estás hablando entre dientes.

Me reí, avergonzada. —Sólo me preguntaba qué hacer para la cena.

Oscuro no parecía creerme.

Le hablé hasta la saciedad mientras fuimos a comer. Como siempre, Oscuro se comportó bien y gruñó cuando la conversación lo requería.

Me hubiera gustado haber traído a Polpetto. Le habría encantado el clima cálido. Aunque echaría profundamente de menos vestirlo con sus pequeños trajes de invierno.

El próximo invierno tendrás un bebé al que vestir, se me ocurrió de repente.

Después de comer una magdalena azucarada, me sentí mucho mejor. Si Oscuro se dio cuenta de mi negativa a pedir una bebida con cafeína, no dijo nada. Sólo me preguntó si mi batido de plátano estaba bueno.

Cuando pillé a Oscuro al teléfono, le pregunté —¿Estás hablando con Alessandro?

—Sólo lo estoy poniendo al día, señora.

Me atusé el pelo. —¿Le dijiste... nuestra ubicación?

Los ojos de Oscuro me escrutaron. —Sí, señora.

Raspé el tenedor contra el plato vacío, tratando de levantar algunos restos de crema. —Dile que no se preocupe por el doctor. Estoy bien. —Intenté sonar despreocupada, pero creo que no lo hice muy bien.

—Le dije que habíamos salido a comer.

Me encontré con los ojos de Oscuro. Nos miramos fijamente durante un momento. —Gracias —susurré.

—Ni lo menciones.

Sonreí y lamí el resto del pastel de mi tenedor.

—Ah, ¿y Señora Rocchetti? —Volví a mirar a Oscuro. Me dedicó una suave sonrisa. Parecía incómoda y a la vez agradable en su duro rostro—. Enhorabuena.

Le devolví la sonrisa, luminosa y descarada.





El ginecólogo me llamó unas horas después. Me confirmaron que estaba embarazada y me citaron para una ecografía. Estaba embarazada de cinco semanas y mis análisis de sangre eran buenos.

—Todo parece perfecto. —la Dra. Parlatore me dijo—. Podremos decirle más cuando hagamos la ecografía.

Y así, la víspera del peor día del año no resultó ser tan mala. Me sentí a la vez aliviada y molesta con mi embarazo. Me parecía egoísta sentir cualquier tipo de sentimiento negativo hacia mi embarazo, sobre todo porque algunas mujeres no podían concebir de forma natural. Pero me sentía acorralada.

Apenas conocía a Alessandro. Y las partes de él que sí conocía, no me gustaban.

Habíamos tenido sexo una vez y ahora estaba embarazada. Se sentía como una gran broma cósmica.

Pero por otro lado, era un alivio. Quedar embarazada era uno de mis roles como mujer, según el Outfit. Y quizás estar embarazada podría ayudar a mi posición en la familia Rocchetti.

Al fin y al cabo, una esposa fértil no era nada despreciable.

Me paseé por el ático, llevando la noticia a cada habitación como si se la contara a las ventanas y a los muebles. Cuando llegué a la habitación de invitados, me detuve.

Esta sería la habitación del bebé.

El bebé.

El término me dio ganas de llorar y de reír a la vez.

Me puse una mano en el abdomen. Qué extraño resultaba pensar que allí dentro se estaba formando un manojo de células. Ese diminuto embrión me hacía sentir náuseas, hinchazón y agotamiento.

La habitación de invitados era sencilla, con sólo una cama y una butaca de cortesía. La monotonía me hizo sentir ligeramente incómoda, así que cogí a Dolly y a María Cristina de mi dormitorio y las coloqué en la butaca.

Ojalá me toque una niña, pensé. Así podrá cuidar de esas muñecas que tanto nos gustaban a mi hermana y a mí.

Al pensar en mi hermana me dieron ganas de llorar.

Papá había insistido en que cenáramos esta noche, una tranquila celebración de su vida entre las dos personas que mejor la conocían. En realidad, nunca nos veíamos en el aniversario, ya que papá siempre ponía una excusa para no estar disponible.

A mí no me importaba. Me gustaba estar sola el 1 de marzo.

Eché un vistazo a la habitación de invitados, a las dos muñecas y me fui.



Cuando papá me vio, extendió los brazos y me estrechó contra su cálido pecho. Su familiar colonia -la que había llevado toda su vida- me dieron ganas de vomitar. Pero en lugar de eso, lo retuve.

—Ah, bambolina. —Papá se apartó. Parpadeó rápidamente para ocultar la humedad de sus ojos. No lo mencioné—. Estás preciosa, como siempre.

Discrepé. Llevaba un vestido negro, el color siempre me hacía parecer más pálida. Sin embargo, la falda era de diseño acampanado y se ondulaba con cada paso que daba. Era apropiado llevar los colores del luto en una ocasión así.

Papá me hizo pasar a la casa. —Dita nos ha dejado solos esta noche. Ha hecho la cena y nos la ha preparado.

—Es muy amable de su parte.

—Bueno, ella sabe qué tipo de día es para nosotros.

Dita había hecho un hermoso asado, cuya grandeza no coincidía con mi estado de ánimo. *Me llevaré las sobras. Para que ella piense que comí más de lo que voy a comer. No quiero que se sienta despreciada.*

Papá se sentó en la cabecera de la mesa, conmigo a su lado. —¿Cómo has estado? —Me preguntó.

—Bien. —Le di una palmadita en el brazo—. ¿Y tú? ¿Te sientes bien, a pesar del robo?

—Don Piero cree que fue una anomalía. —dijo papá—. Dudo que se repita. He actualizado nuestra seguridad.

—Eso es una buena noticia.

Nos quedamos en silencio mientras llenamos nuestros platos. Papá me ofreció vino, pero lo rechacé. —Sólo agua por esta noche, gracias.

Me escudriñó. —¿Estás bien?

—Simplemente no me siento bien.

La cara de papá se suavizó. —Por supuesto que no. Es un día terrible. —Mañana era un día terrible, pero papá no lo mencionó—. Sabes que mañana estaré ocupado, por desgracia.

—Lo sé, papá.

Una pausa y luego —¿Cómo está su marido?

—En Columbus.

— Salvatore dijo que ha sido elegido para asegurarse de que el circuito se limpia de cualquier vínculo con el Outfit. —Papá dirigió sus ojos color whisky hacia mí. Mis ojos.

Sonreí con poco entusiasmo. —Se siente bien ser útil para el Outfit.

—Por supuesto. —Papá se sirvió otro vaso. Lo miré. ¿Iba ya por la segunda? —Pero me gustaría que no te hubieran dado esa tarea. Preferiría que estuvieras a salvo a que fueras útil.

—Papá —dije con mi voz más calmada—. Sabes que nunca me pondrían en peligro.

Papá se burló. —No, no lo sé. —Bebió otro trago.

¿Debería quitárselo? Nunca había visto a mi padre tan suelto con el alcohol. Pero para ser justos... estaba de luto por su primogénita. Le dejé seguir tomando su vino. —Come un poco más, papá. No queremos que Dita se enfade.

—Tienes razón. —Dejó el vino para comer unas patatas. Puse más pollo en su plato. Esperaba que eso le ayudara a aguantar el alcohol un poco mejor—. Ah, eres una chica tan buena. Siempre has sido una buena chica.

—Gracias, papá.

Papá me miró. Buscaba algo en mi expresión. Le regalé una sonrisa reconfortante, pero eso sólo le hizo fruncir el ceño. —Alessandro es bueno contigo, ¿no? Salvatore no pudo responderme cuando le pregunté si Alessandro sería bueno contigo.

—No me ha pegado. —le tranquilicé.

—A veces hay cosas peores que el dolor físico. —Murmuró. Cogió su vino. ¿Sería demasiado atrevido quitárselo de la mano? —Quería que te casaras con el chico de Tommaso. Es un joven agradable, un poco estúpido, pero no tiene ningún tipo de reputación. Sería bueno para ti.

Nuestra conversación de hace meses volvió a mí. *Había deseado entregarte a alguien más suave*.

¿Cómo más suave, papá? quise preguntar. No hay hombres suaves en este mundo nuestro.

—Hiciste lo que creías que era mejor —le dije.

Papá se rió con fuerza. Casi se atragantó con el vino de tanto reírse.

Intenté soltarle el vaso, pero no cedió en su agarre. —¿Quieres un poco de mi agua, papá?

—No. —Dejó el vino—. Toma un poco de vino, *bambolina*. Es de los buenos. Dita lo sacó para mí.

—Esta noche no. Tal vez la próxima vez.

Papá me miró con el ceño fruncido. Miró mi copa de vino vacía y luego mi comida apenas tocada. —¿Estás bien, *bambolina*?

—Estoy bien.

Levantó la vista hacia mí, con una cara ligeramente sorprendida. —Estás embarazada.

¿Mentir o decir la verdad? Quería darle a mi padre una buena noticia, sobre todo porque parecía tan afectado. Le sonreí y le toqué suavemente la muñeca. —Lo estoy. Sólo estoy de cinco semanas. Pero en octubre serás abuelo.

La expresión de mi padre no mostraba ninguna alegría. En cambio, papá me agarró de la muñeca y me sujetó con fuerza. —No se lo digas a nadie.

Tiré, pero no me soltó. Su agarre era doloroso.

—Papá...

—Hablo en serio, Sophia. —Nunca me llamó por mi nombre.

—No debes decírselo a *nadie*. Ni a tus amigos, ni a Dita. No a los Rocchetti y definitivamente no a tu marido impío.

Su expresión era tan intensa, tan dura. Tragué saliva.

—Papá... creo que has tenido suficiente...

—No estoy borracho. —Papá apretó más fuerte—. Quizá un poco, pero no tanto. Tienes que escucharme. No me importa si no me crees, pero tienes que obedecerme. —Se inclinó más hacia mí. Detrás de toda esa dureza, había puro terror. ¿De qué tenía tanto miedo? —Por favor, Sophia... por favor, prométeme que mantendrás esto en secreto.

—Yo…

—Por favor, *bambolina*.

Busqué su expresión. —¿Por qué, papá? ¿Por qué tengo que ocultar mi embarazo?

El miedo se apoderó de su rostro. —No puedo *decírtelo*. —Su voz casi se quebró. Nunca había visto a mi padre tan emocionado. Era aterrador—. Pero necesito que me lo prometas. Prométeme, Sophia.

—Si es tan importante para ti...

—Lo es.

—Lo mantendré en secreto. No se lo diré a nadie.

Papá me soltó la muñeca y la aparté. Bebió otro trago de vino. Sus ojos estaban vidriosos. —Oh, Dios —dijo miserablemente—. Te llevaste a mi Catherine y ahora has venido por mi Sophia. Déjalas... deja a mis chicas...

Me levanté de mi asiento. —Vamos, papá —le dije—. Vamos a llevarte a la cama.

Mi padre me cedió el control. Dejó que lo llevara arriba, le quitara los zapatos y lo metiera en la cama. Le di una aspirina y un vaso de agua. Papá estaba cada vez más cansado, pero sus murmullos no cesaban. Seguía rezando a Dios para que dejara en paz a sus hijas.

Intenté tranquilizarlo para que se durmiera. —Dios nos ha dejado solos, papá. Cat está a salvo en el cielo y yo estoy contigo. —Acaricié su espesa cabellera. Los ojos de papá revoloteaban inquietos—. Intenta descansar un poco.

—Por favor, perdona a mis chicas... —Murmuró de nuevo.

Apreté los ojos con fuerza. Las lágrimas brotaban, pero no quería disgustar más a mi padre. En cambio, me senté a su lado hasta que se durmió.

Finalmente, papá roncó suavemente.

En su mesita de noche, había una foto de Cat y yo cuando éramos bebés. Cat era una niña pequeña y me sostenía a mi, recién nacida. Sonreía abiertamente ante la cámara, con picardía en los ojos.

Esa era la foto que guardaba de nosotros, pensé.

Tracé el contorno de las mejillas regordetas de Cat. ¿Se parecería el bebé a mí? Por lo tanto, se parecería a Cat. Sería bonito poder llevar a mi hermana a la siguiente generación, dejarla vivir de nuevo.

Besé la frente de mi padre y apagué las luces.



Capítulo 13

El 1 de marzo comenzó con lluvia.

Mientras me vestía, observaba cómo las gotas de lluvia se deslizaban por los grandes ventanales. Me hacía sentir como si estuviera en mi propio mundo. El sonido que producía al golpear el techo asustó a Polpetto y buscó consuelo bajo mis cálidas mantas.

—Se aligerará en un minuto —e dije—. Es sólo la madre naturaleza limpiando la nieve para las flores.

La casa estaba tranquila y oscura. Me dediqué a la mañana como todos los días. Me preparé un buen desayuno y lo vomité. Después, opté por un té caliente y galletas.

Cuando llegó la hora, cogí mi paraguas y le puse los patucos a Polpetto. Normalmente le entusiasma salir a pasear, pero parecía percibir mi estado de ánimo. Me siguió a mi lado, sin saltar ni intentar alejarse como de costumbre.

Abajo, Oscuro estaba esperando. Me dirigí a la recepción y pedí las flores. Las había encargado antes para que me las entregaran el día 1.

La recepcionista me las entregó con una sonrisa simpática.

Oscuro se quedó en silencio mientras nos dirigíamos al coche aparcado fuera. Me abrió la puerta, tratando de protegerme de la lluvia.

Jugueteé con el ramo mientras nos dirigíamos al cementerio. Un hermoso ramo de flores, lavandas, orquídeas y equináceas. El color favorito de Cat había sido el púrpura. Es el color de la realeza, solía decirle. La respuesta de Cat para que le gustara es que era un color relajante.

Nos detuvimos frente al cementerio. La lluvia comenzó de nuevo.

—Señora Rocchetti, ¿le gustaría tener compañía? —preguntó Oscuro.

—No. —Cogí mi paraguas—. ¿Puedes hacerle compañía a Polpetto? No le gusta la lluvia.

—Por supuesto.

Salí del coche y abrí el paraguas. Conocía bien este cementerio. Conocía las vías y las tumbas mejor que mi barrio. La mayoría de los muertos del Outfit estaban enterrados aquí, y yo había estado hace unos meses en los funerales de Tony Scaletta, Paola Ossani y Nicola Rizzo.

Pero mi hermana se encontraba fuera del camino, cerca de un gran árbol imponente.

A pesar del mal tiempo, la belleza silenciosa de su lugar de descanso permanecía.

Papá no había comprado una estatua de un ángel para vigilar a Cat, sino una estatua de Catalina de Alejandría. Era la santa que había dado nombre a Cat. La estatua no era muy grande, pero la santa llamaba la atención. Llevaba una corona y se apoyaba en una espada, vestida con sus antiguas ropas.

La lluvia resbalaba por la cara de la estatua, limpiándola del polvo y suciedad.

Debajo de Santa Catalina, había una placa de Cat.

Aquí yace Catherine Rosa Padovino,

Amada hija y apreciada hermana.

Del 25 de noviembre de 1991 al 1 de marzo de 2013.

Ten fe en que nos volveremos a encontrar.

Dejé las flores junto a la lápida. La lluvia las humedeció inmediatamente.

—Te echo de menos, Cat —susurré—. Te echo de menos todos los días. Te busco allá donde voy y me duele tu presencia todo el tiempo. Todavía puedo oírte...-Me interrumpí, ahogando un sollozo. Las lágrimas empezaron a caer, al igual que la lluvia—. Te echo de menos. —Terminé con dificultad.

La hierba bajo mis pies estaba perfectamente cortada y de un verde brillante. Era extraño pensar que ella estaba todos esos metros por debajo de mí, descansando en su sueño eterno. No había querido verla en su ataúd y el funeral había sido a cajón cerrado. El accidente de coche había... dañado gravemente su cuerpo.

Hubiera querido hacer una incineración, pero no era el método de nuestra religión.

Me enjugué las lágrimas. Debería haberme despedido de ella como es debido, debería haber crecido y haber mirado el cuerpo. Pero no podía soportar verla tan quieta y callada.

Tan... sin vida.

—Han pasado muchas cosas desde... desde la última vez que te vi. —Me ahogué—. Me casé. La última vez que te vi estaba comprometida. Pero ahora estoy casada... —Las lágrimas salieron con más fuerza—. Estoy embarazada. Vas a ser tía. —Se me escapó una risa extraña—. No, no lo vas a ser. Porque estás muerta. Desde hace dos años.

Respira profundamente, dijo una voz grave en mi cabeza. Respira hondo.

Solté aire.

—A veces pienso que es mejor que hayas muerto —le dije—. A ti... no te gustaría esta vida. *No te gustaba esta vida*. El matrimonio, la violencia. Al menos ahora eres libre. —Bajé la voz—. Sé lo del diploma y está bien, Cat. No estoy enfadada. Dolida, pero no enfadada. —Me froté los ojos—. Estoy orgullosa de ti. Siento no habértelo dicho nunca.

El viento se levantó, atrapando mi cabello.

—¿Pero Derecho? Nunca supe que quisieras estudiar Derecho. Creía que querías doctorarte en Historia y escribir papeles pijos en un despacho estirado el resto de tus días. —Sonreí ligeramente—. Eres lo suficientemente inteligente como para haber hecho ambas cosas.

Un escalofrío me recorrió la espalda y me froté los brazos para intentar combatirlo. —Tengo un perro —añadí—. Se llama Polpetto y es perfecto. Es un Volpino Italiano y lo sabe. —Resoplé—. Siempre quisimos un perro, ¿recuerdas? Pero papá siempre decía que no... —La mención de papá me hizo hacer una mueca—. Oh, papá. Papá no está bien, Cat. Anoche estaba muy raro... Creo que te echa de menos. Sé que os peleabais todo el tiempo, pero seguís siendo familia.

La conversación de anoche con papá me mantuvo despierta durante horas. ¿Por qué no quería que le dijera a la gente que estaba embarazada? ¿Qué le había asustado tanto como para magullar mi muñeca por su vehemencia? ¿Cuánto tiempo creía que podía mantener el secreto?

Con el tiempo, se volvería bastante obvio.

—Algo está pasando, Cat —dije, expresando el pensamiento que nunca me atreví a admitir—. No sé lo que es... pero algo está pasando. La forma en que la gente habla, las mentiras y los secretos. Sé que no es asunto mío. —Suspiré—. Tal vez las cosas se están calentando con los irlandeses. Tal vez la guerra está cerca.

—Hablando de guerra, se habla de que Elena se casará con el jefe de la familia Falcone. Están en Nueva York. Lo siento mucho por ella. Estar tan lejos de su familia. No tengo el matrimonio más fácil del mundo, pero al menos estoy cerca de mi familia, cerca de mis amigos. Cerca de ti. —Sacudí la cabeza. —Creen que se casará en otoño si las conversaciones tienen éxito.

Me quedé un poco más junto a la tumba de Cat, contándole más sobre el mundo que me rodeaba. Del que ya no formaba parte. Me resultaba demasiado reconfortante como para dejar de hacerlo, a pesar de que técnicamente estaba hablando conmigo misma, sola, en un cementerio.

Cuando la lluvia empezó a arreciar, me hice a un lado. Sobre el campo de lápidas, vi a otra persona que se dirigía a la carretera. También iba vestida de negro y con un paraguas. Parecía ser una mujer. Algo en ella me resultaba familiar, ¿otro miembro del Outfit?

La lluvia era intensa, pero aceleré el paso para alcanzarla.

Me vio y empezó a correr.

¿Qué, en nombre de Dios? Me detuve. Tal vez no la conocía y acababa de asustar a una doliente.

El paraguas se le desplazó a un lado mientras corría y los cabellos dorados brillaron.

Cat.

Salí corriendo, pero ella estaba más adelantada que yo. El suelo chirriaba bajo mis botas, pero no reduje la velocidad.

—¡Oye! —Grité.

La persona corrió más rápido y se adentró en una espesura de árboles. Me quedé sin aliento cuando llegué a los árboles y apreté la mano contra uno para estabilizarme. La lluvia caía ahora con fuerza.

A través de los árboles y la lluvia, no podía ver nada. ¿Adónde había ido?

Abrí la boca para gritar su nombre, para gritar por mi hermana, pero me callé.

¿De verdad había perseguido a una persona inocente porque creía que era mi hermana muerta?

Gemí y me froté la cara.

—¿Sra. Rocchetti? —gritó una voz familiar a través de la lluvia.

Oscuro se dirigía hacia mí, con Polpetto bajo un brazo y la pistola en el otro. Buscó en mis alrededores.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Por qué corrías?

—Me pareció ver... —Me quedé sin palabras—. Dios, parezco una loca. Creí ver a mi hermana muerta. —Las lágrimas comenzaron a deslizarse rápidamente por mis mejillas—. Realmente pensé... —Los sollozos comenzaron a atormentar mi cuerpo.

—Oh, señora. —Oscuro me dio una palmadita en la espalda—. No pasa nada. La pena nos hace ver cosas. Nos vuelve locos.

Asentí entre los sollozos.

—Vamos, ahora —sonaba incómodo—. Vamos a secarte. Así te sentirás mejor.

Oscuro me llevó hasta el coche. No podía dejar de parlotear, pero conseguí controlarme cuando llegamos a la carretera.

Me restregué furiosamente las lágrimas, intentando no derrumbarme de nuevo. —Lo siento, Oscuro. No sé qué tengo en la cabeza...

—Está bien, señora Rocchetti —dijo Oscuro amablemente—. Tienes muchas cosas en tu plato.

Aspiré aire rápidamente, tratando de controlar mi respiración. Cogí a Polpetto de los brazos de Oscuro y lo estreché contra mi pecho. Su mimo me reconfortó.

En ese momento dejó de llover. Me reí. Por supuesto que ahora había parado.

Oscuro me ayudó a entrar en el coche antes de caminar hasta el asiento del conductor. Apoyé a Polpetto en mi regazo, rascándole las orejitas.

Al final de la carretera, un coche oscuro estaba estacionado. Sentí compasión por ellos. Ellos también tenían a alguien enterrado en este cementerio. *Realmente apesta*, les dije mentalmente. *Lo entiendo.*

Oscuro arrancó el coche y empezamos a salir del cementerio. A medida que el coche se acercaba, entrecerré los ojos.

El coche me resultaba familiar... tan malditamente familiar...

—¡Detente! —Grité—. ¡Conozco ese coche, Oscuro! Nos están siguiendo.

Oscuro no se detuvo, pero su mandíbula se crispó. —Mi trabajo es saber cuando alguien la está siguiendo, señora. No lo están haciendo.

—No, sí lo hacen. Estaban aparcados delante de la iglesia en mi boda y en los funerales... Oscuro pisó el acelerador y pasamos a toda velocidad junto al Dodge Charger negro.

Le miré, atónita. —Oscuro, ¿por qué has acelerado? No estoy loca. He reconocido el coche.

—¿Reconociste la matrícula? —preguntó.

—Bueno... no. Pero...

—¿Sabes cuántos Dodge Charger hay en esta ciudad?

Me desplomé de nuevo en mi asiento. —No me estoy volviendo loca.

Oscuro se detuvo en la carretera principal. —Está cansada, señora. Y embarazada.

—No estoy loca.

No dijo nada más.

Giré la cabeza para intentar ver el coche. Se hacía menos visible cuanto más avanzábamos. Cuando empezó a llover de nuevo, me rendí.

El silencio en el coche se hizo insoportable rápidamente.

—No estoy perdiendo la cabeza, Oscuro —murmuré.

—Lo sé, señora. —Tenía ese mismo tono condescendiente que siempre tienen los hombres cuando intentan aplacar a las mujeres—. Tienes mucho en tu plato y hoy es un día muy emotivo.

Miré por la ventana. Quizás Oscuro tenía razón. Estaba lidiando con mi boda roja, mi matrimonio, mi embarazo. Añadir la muerte de mi hermana encima era mucho que asumir. Pero eso no significaba que estuviera perdiendo la cabeza.

Tampoco significaba que mi hermana hubiera vuelto de entre los muertos o que me estuvieran siguiendo.

Suspiré profundamente y me recosté en mi asiento. Polpetto se quejó en mi regazo.

Tu hermana no está viva y anda por ahí como un zombi, me dije. Sólo... sólo te asustaste. Y ahora vas a tener que pagar a una pobre mujer una indemnización por todo el terror que le has causado.

Recorrí las gotas en mi ventana.

—Oscuro —Llamé.

—Sí, señora.

—¿Podemos ir a la Universidad de Chicago, por favor?

Oscuro hizo un ruido de sorpresa. —¿Para qué, señora? —Yo… —Tragué saliva—. Sólo necesito comprobar algo. —Oscuro no parecía convencido—. Por favor, Oscuro. Me haría sentir mejor.

Miró hacia mí y luego volvió a la carretera. —De acuerdo entonces — gruñó—. Pero voy a entrar contigo.

—Por supuesto. Tienes que sujetar a Polpetto. —Me volví hacia la ventana—. Odia la lluvia.



La Universidad de Chicago era hermosa y enorme. Con terrenos ondulados y viejos edificios encantados. A lo lejos, se veía la ciudad. Parecía una ciudad fuera de la ciudad, con un campus quizás más grande que el CBD. Oscuro y yo no supimos cuál era el mejor sitio para aparcar, así que acabamos caminando bastante hasta encontrar el edificio de oficinas.

Miré a los estudiantes con interés. La mayoría eran un poco más jóvenes que yo, pero muchos eran mayores. Me resultaba extraño verlos. No estaban casadas con mafiosos ni embarazadas de sus hijos. En cambio, se preocupaban por los exámenes y las tareas.

Esta podrías haber sido tú, dijo una voz en mi cabeza. Joven y libre.

La verdad es que no, le contesté. Soy una idiota.

Unos cuantos pasaron en monopatín y los vi pasar con interés. —¿Has visto eso, Oscuro? —pregunté.

Oscuro asintió. Estaba recibiendo muchas miradas nerviosas de los estudiantes y profesores. Sin embargo, Polpetto estaba recibiendo la atención que merecía. Muchos estudiantes se detenían y se desvivían por saludarle.

—¿Has ido a la universidad, Oscuro?

—No, señora.

Le sonreí. —Estudiaste la espada, ¿verdad?

—Prefiero las armas.

—Oh, no me refería a eso —¡El edificio de oficinas! —Le pasé la correa de Polpetto a Oscuro—. Asegúrate de que reciba los besos que se merece. —Oscuro me lanzó una mirada de advertencia—. Voy a entrar contigo.

—Dice que nada de perros. —Le di una palmadita en el brazo—. Tardaré cinco segundos. Y puedes verme a través de las ventanas.

—Se… —Me metí en el edificio de oficinas. El interior era silencioso, pero cálido. Las paredes estaban cubiertas de premios y placas. Unos cuantos trofeos se alineaban en las estanterías. La mujer de la recepción estrechó los ojos hacia mí.

—¿Puedo ayudarle?

Le di mi mejor sonrisa. —Hola, soy Sophia. Me preguntaba si podría comprar algunas fotos de graduación.

—Por supuesto que puedes. ¿Cómo se llama el estudiante?

—¿Puedo seguir teniendo las fotos, aunque hayan pasado unos años? Nuestra casa se inundó hace poco y perdimos todas las fotos de mi hermana.

La recepcionista asintió. —Estarán en el sistema. ¿Cómo se llama su hermana?

—Catherine Padovino. Se licenció en Derecho, si eso ayuda.

Ella golpeó el teclado. Miré fuera y vi a Oscuro mirándome a través del cristal. Un grupo de chicas estaba agachado junto a Polpetto, rascándole la barriga. Saludé a Oscuro con la mano antes de volver a dirigirme a la recepcionista.

—Aquí vamos... —Hizo clic en algo—. Catherine Padovino. ¿Graduada de la clase de 2013?

—Esa es ella.

Frunció el ceño. —Lo siento, pero no tenemos fotos de ella en el archivo. No pudo conseguir fotos de la graduación.

—Oh. —Se me hundió el estómago. Debió haber fallecido antes—. Está bien. Siento haberte molestado…

—¡Ah ja! Pero hay una foto de ella recibiendo su diploma antes de tiempo. Debe haberse graduado antes de tiempo. ¿Es realmente inteligente tu hermana? —La recepcionista giró la pantalla.

Cat me sonreía, sosteniendo su diploma. Llevaba unos sencillos vaqueros y una camisa morada. Su cabello dorado brillaba con el flash.

—Sí, era muy inteligente. —Susurré—. ¿Cuánto?

—Depende. ¿Quieres un llavero? ¿Una taza de café?

Sacudí la cabeza. —Sólo una foto normal. —La recepcionista me pidió la dirección y le di la del ático. Con suerte, me llegaría antes que a Alessandro. Aunque, Alessandro ya sabía que Cat tenía un diploma. Probablemente le importaría una mierda que me pusiera sentimental.

Una vez que pagué, la recepcionista me deseó un buen día y salí. Había vuelto a llover.

—¿Conseguiste lo que necesitabas? —preguntó Oscuro, enfadado conmigo.

Asentí con la cabeza. —Creo que sí.

—Bien. Vámonos. —Tiró de Polpetto—. Toda la atención va directamente a su cabeza.

Hicimos nuestro lento camino a casa. Me sentía reacio a dejar el campus. Quería ver la biblioteca y pasear por los árboles. Oscuro fue paciente conmigo hasta que el día empezó a declinar.

Me imaginé a mi hermana caminando por estos senderos y estudiando bajo estos árboles. Todo el tiempo yo había estado en casa, sin saberlo. ¿Habría encontrado aquí lo que buscaba? ¿Había saciado su sed de una vida diferente?

¿O sólo la había estimulado?

El deber es ineludible, solía decirle cada vez que se ponía demasiado alborotada.

No, no lo es, suele responder.

Sí, pensé para ella, como si pudiera oírme. *Lo es*.

Esa noche tuve la extraña sensación de echar de menos a Alessandro. Se me hacía raro cocinar sólo para uno, sentarme sola en la encimera de la cocina. Últimamente le había evitado, pero seguía siendo familiar oírle moverse por el apartamento.

Ahora, el ático estaba en silencio. Sólo se oía el golpeteo de las patas de Polpetto.

Caminé por la casa, con la bata susurrando detrás de mí, y me sentí ligeramente rebelde. No había nadie que me dijera qué hacer. Nadie vigilando, nadie esperando para atacar.

Me subí al sofá y traté de saltar, pero me encontré con la preocupación de romper algo. Busqué en el armario de licores de Alessandro, pero no pude beber nada, así que tampoco hubo diversión. Incluso busqué en su dormitorio, pero no había nada. Estaba tan frío como el resto del ático.

Pero... el despacho.

Me paré frente a la puerta, con el corazón latiendo rápidamente. *Esto está mal*, me dije. *Esto no es de tu incumbencia.*

Si descubre que has estado fisgoneando, te matará.

Puse la mano en el pomo de la puerta.

Esto es peligroso.

Giré la manilla y empujé la puerta.

No sé qué esperaba que pasara. Una parte de mí pensó que un asesino saltaría y me mataría por atreverme a entrar en el espacio del Capo.

En lugar de eso, el oscuro despacho me recibió. Las cortinas estaban echadas, pero los rayos de las luces de la ciudad lograban asomarse, proyectando sombras alrededor del espacio. No parecía peligroso, sólo más oscuro. Sin embargo, mi corazón empezó a latir con fuerza y el sudor se me agitó en la nuca.

Con mucho cuidado, encendí la luz.

Detrás de mí, Polpetto gimió.

—No te preocupes, cariño —susurré, a pesar de estar sola—. Aquí no hay nadie más que nosotros.

Me quedé en la puerta del estudio.

Alessandro se habría llevado el portátil y el teléfono, y cualquier cosa que considerara importante. ¿Pero qué había dejado?

Di un paso tímido.

¿Qué asuntos eran los míos, de todos modos? No eran mis negocios ni mis hombres. Yo sólo era la esposa.

Di otro paso.

La sensación de estar haciendo algo malo era demasiado. Giré sobre mis talones, apagué la luz y cerré la puerta.

No te gustaría que revisara tus cosas, me dije.

El 1 de marzo terminó de la misma manera que había empezado. Llovió a cántaros durante toda la noche y lloré con ella.

Mi hermana no estaba aquí y tampoco estaría el año que viene. Ni el año siguiente. Ni el siguiente.

Ese pensamiento me acompañó hasta que me dormí.



Capítulo 14

En la oscuridad, acaricié la foto.

La ecografía había sido un éxito. La Dra. Parlatore había quedado contenta con el crecimiento del bebé y con mi líquido amniótico. Dijo un montón de cosas inteligentes que se me escaparon como el agua, pero entendí la idea general. Mi bebé estaba sano. Y había empezado a formar su corazoncito.

Pasé las uñas por la foto una vez más. El bebé no era más que una sombra de blanco contra el gris, pero no conseguía apartar la mirada.

Hasta ese momento me había parecido un poco surrealista. Pero ahora, al mirarlas, estaba haciendo crecer una vida en mi cuerpo, yo sola. Por supuesto, tenía náuseas y me dolía mucho. Sentía las tetas tan sensibles que no podía tumbarme boca abajo sin gritar de dolor.

—¿Por qué tu abuelo quiere mantenerte en secreto? —Susurré—. ¿Por qué los Rocchetti sienten tanta curiosidad por ti?

Mi bebé no ofreció ninguna respuesta.

Desde el piso de abajo, se oyó de repente un fuerte golpe.

—Qué en el mundo... —Murmuré, levantándome sobre las manos.

El miedo se apoderó de mí. ¿Quién estaba en casa? Alessandro no debía estar aquí hasta esta tarde. ¿Eran los Gallagher? ¿Habían vuelto para el segundo asalto?

Otro estruendo llegó desde el piso de abajo. Seguido de una voz familiar que juraba.

Cogí mi bata y me apresuré a salir de mi habitación.

En la cocina, Alessandro estaba sentado en el fregadero. Estaba sin camiseta y cubierto de sangre. Había sangre por todas partes. Junto a la sangre, había gasas, antisépticos y puntos de sutura.

Su oscura cabeza estaba agachada, con la atención puesta en la sangre de su pecho.

Pude ver que intentaba limpiar un corte, pero no parecía que la toallita hiciera nada.

Quizá lo más sorprendente era Polpetto junto a los pies de Alessandro. Estaba sentado y moviendo la cola.

—¿Puedes coger eso? —preguntó Alessandro a Polpetto.

Polpetto se limitó a ladrar en respuesta.

—Maldito perro. —Refunfuñó. Se inclinó para intentar coger algo del suelo, pero salió gimiendo y con las manos vacías—. Maldita sea —siseó.

Me apresuré a bajar las escaleras. —Deja que lo haga yo.

Alessandro giró la cabeza hacia mí, con los ojos entrecerrados. Cuando vio que era yo, un brillo se encendió en sus ojos. —Ah, mi mujer.

Se le había caído un paquete de toallitas antisépticas. Las cogí y saqué una.

Alessandro se inclinó hacia atrás, sin hacer ningún movimiento para quitarme la toallita. A lo largo de su pecho, había grandes cortes. Alguien le había dado un buen golpe con una especie de cuchillo.

Fruncí el ceño y presioné con una mano suave sobre uno de ellos. —Tendrás que rehacer tus tatuajes. Esto va a dejar una cicatriz horrible.

Se encogió de hombros. —¿Vas a limpiarlo?

Ignoré su tono y me puse a limpiar su pecho. Sentir su dura carne bajo mis manos me hizo sonrojar, pero agaché la cabeza para mantener algo de dignidad. Si él sabía que me sonrojaba, aprovecharía la oportunidad para azuzarme.

Alessandro tenía tres cortes. El situado cerca del corazón era el peor, mientras que el del costado y el del abdomen no eran tan graves. Ambos habían dejado de sangrar de forma natural, pero el que estaba cerca del corazón necesitaría puntos de sutura.

—Sólo una ducha va a quitar realmente toda esta sangre —dije, tirando la quincuagésima toallita en el fregadero—. Y siguen sangrando.

—Los cortes hacen eso. —Alessandro gruñó. Cogió la aguja y el hilo.

Di un paso atrás. —Nunca he cosido nada en mi vida. Mi profesora de educación en el hogar dijo que no podía aprender porque soy zurda.

Hizo un ruido que podría haber sido una risa. O un gruñido. Alessandro agarró una de las agujas y la colocó junto a su piel.

Oh, Dios, lo va a hacer...

—¿Quieres algo para morder? —pregunté—. ¿O un poco de Tylenol, *al menos*?

Alessandro hizo un ruido despectivo. —No.

Observé, medio horrorizada, medio fascinada, cómo pasaba el punto por el corte. Trabajó metódicamente y con rapidez. Era ligeramente nauseabundo ver cómo su piel pasaba por el mismo proceso que la tela. Mi cerebro me decía que estaba mal.

Cuando terminó, se inclinó hacia atrás y respiró profundamente.

—Has hecho un buen trabajo. —Le dije.

Alessandro dirigió sus ojos oscuros hacia mí. —¿Puedes parchearlos o tengo que hacerlo yo también?

—No, yo puedo hacerlo. Déjame coger la venda de gasa.

—Está encima—, desaparecí en la despensa y volví con el botiquín. Alessandro lo miró como una bomba a punto de detonar.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Compré un botiquín de primeros auxilios. —Le dije. Lo abrí, revelando el trascendental material que había comprado. Alessandro parecía ligeramente impresionado—. Aquí está la venda.

Alessandro me observó bajo los pesados párpados mientras lo vendaba. Intenté evitar tocar su piel, pero era inevitable. Cada vez que sentía su calor, me alejaba. Cuando hube cubierto todas sus heridas, Alessandro se echó hacia atrás.

—No podrás ducharte. —Le dije—. Las heridas no pueden mojarse.

Ladeó la cabeza. —¿Te ofreces a lavarme?

Di un paso atrás. —No quiero que apestes la casa.

Una sonrisa salvaje creció en su rostro. La mirada de sus ojos hizo que mi corazón comenzara a acelerarse.

—¿Cómo te has hecho daño? —pregunté antes de que pudiera hacer algún comentario.

Alessandro no parecía sorprendido por la pregunta. Medio esperaba que se inventara alguna mentira, pero me sorprendió gratamente cuando me dijo: —Nos tendieron una

emboscada en el aeropuerto. La represalia de los Gallagher por Gavin. —Resopló—. Fue un esfuerzo de mierda.

—Te apuñalaron tres veces.

Me miró con extrañeza. —Sí, pero estoy vivo. No se puede decir lo mismo de los que nos atacaron.

Se me hundió el estómago.

Deslicé mis ojos hacia sus manos. Bajo las uñas, la sangre seca había empezado a oscurecerse.

Con qué facilidad olvidé quién era, pensé.

Había algo en ellos, en estos Rocchetti. Me encontré disfrutando de su presencia y comprometiéndome con ellos. Entonces decían algo, o hacían algo, y mis instintos despertaban de su encanto y me recordaban con quién estaba hablando. Me ocurrió con Don Piero y Alessandro varias veces.

—Ah, ahí está. Mi asustada esposa. —Alessandro no sonaba engreído por esto. En cambio, sonaba molesto—. Y aquí estoy yo, pensando que te habías vuelto un poco más valiente.

Empecé a guardar el botiquín. —Deberías tomar un poco de Tylenol y descansar un poco.

Alessandro abrió la boca para responder, pero algo le llamó la atención. Me giré para ver por qué se había callado de repente, pero extendió la mano como un látigo y me rodeó la muñeca. Jadeé y traté de retroceder.

Su agarre era firme pero ligero. Sin embargo, Alessandro no me había agarrado sólo para darme la mano. Me levantaba la muñeca magullada, con furia en los ojos.

—¿Quién ha hecho esto?

La expresión... el tono... Me empezaron a sudar las palmas de las manos. —Me tropecé. —Balbuceé—. Bajé las escaleras. Aterricé... aterricé en mi muñeca.

Sus ojos oscuros se dirigieron a mí. —¿Tropezaste? —preguntó con frialdad—. ¿Y te caíste en la muñeca?

Asentí con la cabeza.

—Al final de la escalera, ¿había alguien con cinco dedos? —Alessandro me levantó la muñeca, mostrando las claras marcas de cinco dedos—. ¿Quién te hizo esto, Sofía?

La expresión aterrorizada de papá se formó en mi mente. Por favor, Sophia... por favor, prométeme que mantendrás esto en secreto.

—Si fuera importante, te lo diría. —Intenté retirar mi mano, pero no cedió.

Alessandro buscó mi expresión. Luego, con mucho cuidado, desenganchó sus dedos. Me llevé la muñeca al pecho, agarrándola de forma protectora. Una expresión oscura se había apoderado de él.

—¿Fue Oscuro? —preguntó.

Sacudí la cabeza. —No, claro que no. Déjalo, Alessandro.

—Si alguien te ha faltado al respeto, entonces está a un paso de faltarnos a mí y a mi familia. —Alessandro se inclinó más hacia mí. Su olor hizo que mi cabeza diera vueltas—. ¿Quién te ha faltado al respeto, mujer?

—No me han faltado el respeto. —Susurré.

Sus ojos se encendieron. —Así que fue Cesare.

Levanté la cabeza. —Mi padre nunca...

—Tú y yo sabemos que eso no es cierto. —Me quedé callada. Alessandro accedió a mí—. ¿Necesito tener una pequeña charla con mi suegro?

—No. —Le dije—. Él... se emborrachó un poco. Fue un accidente.

—¿Y eso hace que esté bien?

Levanté los ojos hacia los suyos. —¿Todavía tienes sangre bajo las uñas de haber matado a gente y quieres agitar la bandera de la moral?

Algo parecido a la alegría apareció en su rostro. Alessandro se levantó como un león que hubiera visto a una gacela coja.

—No debería...

—No te disculpes. —Dijo—. Sabes que me molesta.

Me callé.

Alessandro me miró. Parecía haber un desafío en su expresión. *Sigue*, parecían decir sus ojos, *di algo más. Déjame jugar un poco más.*

Fue un esfuerzo físico mantener mis labios cerrados.

—No te preocupes. Lo haré rápido —Dijo.

Fruncí el ceño. —¿Hacer qué rápido?

La muerte de César.

El hielo me atravesó. —No, no, no puedes... —Fui a agarrar a Alessandro, pero me agarró de las muñecas. Me sujetó con facilidad—. Por favor, —Alessandro se elevó en mi cara—. Ha dejado la piel de un Rocchetti magullada. En cuanto te agarró tan fuerte que la sangre bajo tu piel estalló, se metió en mi lista de asesinatos.

—Fue un accidente. Le estaba estresando... —Me tropezaba con las palabras, perdía las frases entre los balbuceos.

—Accidente o no, él hirió a mi esposa. Tiene que ser castigado. —Alessandro me sujetó las muñecas con un poco más de fuerza, lo suficiente para frenarme—. Pero... si insistes en que se le perdone, ¿qué gano yo?

Me frené. —¿Qué?

—¿Qué saco yo de esto? —preguntó—. Lo quiero muerto, pero por ti estaría dispuesto a perdonarle la vida. ¿Qué puedes darme a cambio? —Se me secó la boca—. ¿Qué quieres? —El hambre se apoderó de su expresión—. Oh, tantas cosas, Sophia. Cosas que te harían llorar y gritar. —Alessandro me sonrió y supe que el precio que exigiría sería muy alto—. Quiero un beso.

—¿Un beso? —Chillé—. ¿Eso es todo?

—Eso es todo lo que quiero. —Ronroneó—. Un beso de la novia sangrienta.

Busqué su expresión. ¿Estaba jugando conmigo? ¿Tomaría y tomaría de mí y aún así exigiría la vida de mi padre? ¿Qué podía hacer para evitar que me golpeara?

—Júralo. —Respondí. Señalé con la cabeza el tatuaje de su pecho, el que señalaba su alianza—. Júralo en tu voto de Omertà.

Alessandro sonrió. —Ahí está esa astucia que escondes. —Puso una mano en su pecho, llevando mi muñeca con ella, y dijo: —Juro por mi honor de Made Man que Cesare Padovino no morirá en mis manos, y a cambio, Sophia Rocchetti me dará un beso.

Mi mano estaba pegada a la suya, apoyada en su voto. —De acuerdo. —Murmuré—. Un beso y mi padre estará a salvo.

Alessandro me soltó la otra muñeca. Colgué el brazo suelto a mi lado. —Sólo uno. —Canturreó—. A menos que pidas más. Entonces puede que me convenza de darte otra.

—Por favor. —Respiré—. Serás tú el que esté suplicando.

Me mostró una sonrisa salvaje antes de inclinarse hacia abajo. Levanté la cabeza, tratando de ignorar el estruendo de mi corazón, la tensión de mi estómago. El dolor entre mis muslos.

Alessandro se detuvo justo delante de mis labios, con los ojos brillando con un desafío. Abrió la boca para decir algo, pero no le di la oportunidad. Empujé mis labios hacia los suyos, atrapándolos.

Se animó inmediatamente, moviéndose contra mí.

Todo se sentía demasiado caliente, demasiado. Pero no podía parar. La suavidad de sus labios, la aspereza de su barba. Sus dientes me rozaron la boca y gemí ante la sorpresiva descarga de electricidad que me llegó. Mis sentidos se dispararon y se concentraron en una constante, Alessandro.

Le rodeé la cabeza con el brazo y le clavé los dedos en el cabello. Gimió en mi boca y me empujó hacia atrás. La nevera me atrapó. Alessandro soltó mi otra mano y la junté con la otra detrás de su cabeza, tratando de mantenerlo lo más cerca posible de mí.

Estiró los brazos por encima de mi cabeza, situándose por encima de mí-.

Un agudo timbre cortó el aire. El sonido resonó en mi cabeza.

Me aparté, golpeando la cabeza contra la nevera que tenía detrás.

Alessandro maldijo y sacó su teléfono del bolsillo. Su expresión era mortal. —Más vale que alguien esté jodidamente muerto.

La incredulidad se apoderó de mí. ¿Realmente me había estado besando con Alessandro Rocchetti? ¿Estaba mi cuerpo palpitando de calor y necesidad por culpa del Impío? Mi cabeza se sentía ligera, mis muslos hormigueaban. Todavía podía sentir sus labios contra los míos.

Era lo que nunca había sentido.

Sólo el dolor había sido intenso para mí. Tan intensa que mi cuerpo llevaba los restos de mi corazón roto, de mi luto. Pero esto... esto definitivamente no era dolor, y sin embargo era igual de intenso. Esto era algo más... y era completamente malo.

Alessandro chasqueó el teléfono con violencia antes de volver a metérselo en el bolsillo. Me miró con hambre y luego la ira se reflejó en su expresión. —Tengo que irme.

—El deber me llama. —Murmuré.

—Sí, el deber. —Me dijo de golpe. Se echó hacia atrás, prácticamente haciendo vibrar su rabia—. No creas que esto ha terminado, Sophia. —Eché los ojos al suelo—. Tienes tu único beso, Alessandro.

Alessandro se rió sombríamente. —Sí, supongo que sí. —Empezó a alejarse, pero antes de desaparecer en el piso de arriba, se volvió y me clavó la mirada—. Los documentos antimafia están terminados y sobre mi escritorio. Estoy seguro de que puedes encontrarlos, has estado en mi despacho muchas veces.

Levanté la cabeza hacia él, pero ya había desaparecido en la oscuridad.



Capítulo 15

Puedes hacer esto, pensé. Puedes hacerlo.

Después de mi quinta charla de ánimo, salí del coche y aterricé en el cemento con más fuerza de la necesaria. La lluvia había amainado y un hermoso día soleado de primavera había adornado la ciudad. Pero mis nervios me impidieron disfrutarlo plenamente.

Frente a mí, se alzaba el Ayuntamiento. La gente entraba y salía corriendo bajo el edificio vigilante. Sin embargo, no tenían tanta prisa que no voltearan la cabeza cuando pasé. Oscuro, que estaba a mi lado, no pasaba desapercibido, pero no era a él a quien miraban.

Eres una Rocchetti, dijo la voz de Alessandro en mi mente. *Mantén la cabeza en alto*.

Levanté la barbilla y entré al edificio.

Había usado mi atuendo favorito para este mismo propósito. Mi vestido rosa claro, que era sexy en plan mujer de negocios. Junto con mis tacones blancos y mi bolso a juego, me sentía como algo que había que mirar. Algo con secretos y seriedad.

Puse una mano suave sobre mi estómago. *Algo con muchos secretos*.

El Ayuntamiento era un edificio antiguo pero grandioso. Los suelos de mármol se extendían, tan limpios que reflejaban las luces doradas que colgaban de los techos altos. Los podios se extendían a ambos lados, separando el vestíbulo de las alas que salían de él. Detrás de la recepción, crecía una impresionante escalera. Las banderas estadounidenses colgaban de las paredes como faroles, guiando el camino.

El recepcionista levantó la cabeza cuando me acerqué. —¿Cómo puedo ayudarla, señora?

—Estoy aquí para una reunión con el alcalde de Salisbury.

Sus ojos se abrieron enormemente. —Señora Rocchetti, perdóneme, por supuesto. —No sonó duro, pero reaccionó como si le hubiera abofeteado—. Llamaré al alcalde de Salisbury de inmediato para hacerle saber que está aquí. ¿Puedo ofrecerle una bebida?

—No, pero gracias.

Oscuro y yo nos dirigimos a la sala de espera. —El pobre chico casi se sale de su piel. —Dije.

—Eres una Rocchetti. —Fue la respuesta de mi guardaespaldas.

Sólo llevábamos un momento sentados cuando un hombre de aspecto familiar bajó las escaleras. Iba vestido con un plumón azul y unos caquis marrones. Llevaba la corbata tan apretada que podría jurar que bloqueaba la circulación. Junto con su pelo gris engominado y su expresión arrogante, no era difícil ver al político en el alcalde Salisbury. Corrupción incluida.

—Señora Rocchetti —me tendió la mano. Luego se acordó de sí mismo y me asintió con la cabeza.

—Alcalde Salisbury. Es un placer conocerla por fin.

Él sonrió. Podía verlo preguntándose si mi temperamento era un poco mejor que el de los otros Rocchetti con los que tuvo que tratar. —Igualmente. Venga por aquí, por favor.

Al alcalde Salisbury le gustaba hablar. Y mezclado con mi amor por hablar, hicimos un buen cóctel. Para cuando llegamos a su oficina, casi nos habíamos quedado sin cosas de qué hablar.

—Por favor, póngase cómoda, señora Rocchetti —dijo, acercándome una silla. El despacho del alcalde Salisbury era completamente de madera marrón, al parecer. El escritorio, las estanterías y las paredes hacían juego, haciéndome sentir como si pudiera estar de cabeza y no saberlo realmente. Rompiendo la madera había fotos de una familia preppy o premios de logros para Bill Salisbury.

—Qué despacho más bonito tiene. —Dije.

El alcalde Salisbury sonrió ante el cumplido. —Gracias. Todos mis predecesores antes que yo tenían exactamente el mismo. —Podría decirlo.

—Que adorable. La historia ... es tan importante.

—En efecto. —Señaló una foto en la pared de él cortando una cinta. —¿Has visitado la Sociedad Histórica? Puede que disfrutes algo de su trabajo. —Como no parecía convencido, agregó: —El señor Rocchetti es un amable donante de la sociedad. Cree que proteger la historia es muy importante.

—Eso suena como mi abuelo político —. Sonreí—. Debe hacer un muy buen trabajo para tener la aprobación del Don.

El alcalde Salisbury asintió. —Es un gran fanático de la preservación de los bares clandestinos. Especialmente el de Little Italy. Creo que fue el primer club que dirigió. —Palideció de repente, como si se diera cuenta de que había dicho algo que no debía.

—Me aseguraré de revisar la sociedad. —Deslicé mi bolso de mi hombro. El alcalde Salisbury palideció aún más.

—¿Comenzamos con los negocios? Odio retenerte.

El asintió.

Saqué los documentos exigidos por el gobierno. Eran pesados, llenos de datos y cifras inventados. Bueno, no, inventados, sino alterados. —Todo está ahí, lo prometo. Lo he comprobado yo misma. —No lo había hecho, pero el alcalde Salisbury parecía más pálido por momentos. Si se ponía más blanco, tendría que llamar a la ambulancia.

Tomó el archivo. —Muy bien. Está todo ahí ... muy bien.

—Lo único que falta es tu firma, me dice mi marido.

La mención de mi marido hizo que Salisbury se pusiera tenso. Entonces miró alrededor de la habitación como si la viera por primera vez. Sus ojos pasaron por encima de Oscuro, estoico y quieto, y luego volvieron a dirigirse a mí. Como un interruptor, el alcalde Salisbury cambió. Sonrió y se recostó en su silla. Sus nervios parecieron desaparecer en el aire.

Conocía bien su expresión. Era el rostro de alguien que se había dado cuenta de que podía conseguir algo.

¿Qué es lo que quería de Salisbury? Quería obtener el certificado antimafia y evitar la ira de los Rocchetti. Si volvía a casa sin él, dudaba que fuera bueno para mí.

Le sonreí a Salisbury, serena y educada. —¿Está todo bien, alcalde Salisbury?

El alcalde Salisbury me sonrió. Su sonrisa se sentía pegajosa. —Los términos del ... trato entre los Rocchetti y yo no satisfacen mis necesidades.

—Siento escuchar eso. —Dije.

—Lo entiendes, ¿verdad? —No esperó mi respuesta—. Sin embargo, la última vez que firmé esto, los tiempos eran diferentes y ahora con el FBI respirando en nuestras nucas ...

Oscuro dio un paso adelante. Salisbury dejó de respirar.

Giré la cabeza: —Está bien, Oscuro. —Se acomodó de nuevo contra la pared con un gruñido. Salisbury no le quitaba los ojos de encima—. Lo entiendo perfectamente, alcalde. Usted es un hombre de negocios y tiene una empresa que proteger. Sin embargo... no creo que los Rocchetti compartan sus sentimientos. Verá, ellos también tienen un negocio que proteger. —Sonreí con

dulzura y cogí su bolígrafo del escritorio—. Y creo que la forma que tiene mi familia de proteger sus negocios es un poco más sangrienta que la suya.

La mandíbula de Salisbury se crispó. No se movió para tomar la pluma. —Haré un trato con los propios Rocchetti, no usted.

—Yo soy el Rocchetti con el que está tratando, alcalde Salisbury. —Mantuve mi tono ligero, mi sonrisa brillante. Estaba claro que tomar una ruta más dura no estaba funcionando—. No quiero pelear contigo. Y sé que tú tampoco quieres pelear conmigo.

—No —dijo—. No quiero pelear contigo.

—Me alegro.

El alcalde Salisbury me miró. Conocía esa mirada en sus ojos. Estaba viendo a una mujer hermosa, una esposa encantadora pero estúpida. Un peón. —Dígale a su esposo y a su familia que quiero renegociar los términos de nuestro acuerdo. Y estoy dispuesto a hacerlo ahora mismo ... con su portavoz.

¿Pensó que podría negociar más fácilmente? Negociaba todos los días. Hago tratos con mi rostro para ser pasivo, con mi sonrisa para no flaquear. Le doy la mano a mis instintos cuando me advierten de cosas y me ocupo de mi dolor personalmente.

Le sonreí con gracia al alcalde Salisbury. —¿Qué es lo que desea, señor?

Miró a su alrededor. Por supuesto, pensé, él no lo sabe. Se embriagó con la idea de que el nuevo Rocchetti sería menos efectivo que los otros con los que trató. —La Sociedad Histórica. —Espetó—. Quiero que usted, señora Rocchetti, se convierta en mecenas. No será una tarea difícil. Solo tiene que asistir a algunas reuniones y ayudarme a organizar algunos actos. —Un brillo se había formado en sus ojos—. Si a tu marido no le importa compartirte, por supuesto.

Peón. Peón. Peón. —Mecenas de la Sociedad Histórica, lo seré—. Le pasé el bolígrafo—. Ahora, firme, señor.

La fuerza de su victoria le hizo garabatear su firma en el papel. Asintió con la cabeza cuando terminó. —Enviaré esto hoy mismo. El Circuito debería estar legitimado para el fin de semana.

—Espléndido. —Me levanté de mi asiento—. Ha sido un placer, pero tengo que irme. ¿Me acompaña a la salida?

—Por supuesto. —Salisbury saltó de su asiento y me llevó de regreso por donde vinimos. Oscuro lo siguió como una sombra siniestra.

—Espero verla en las reuniones de la Sociedad Histórica, Sra. Rocchetti. —Dijo el alcalde mientras nos despedíamos.

Sonreí. —Y yo espero ser parte de ellas.



—Es Alessandro—. Oscuro me pasó su teléfono.

Los sonidos de la ciudad pasaron rápidamente cuando salimos del Ayuntamiento y volvimos al cálido día de primavera. Mis ojos recorrieron la calle como siempre lo hacían ahora, pero no había ningún Dodge Charger.

—Gracias, Oscuro. —Apreté el teléfono contra mi oído—. Tengo mi propio teléfono. El que me compraste.

—Lo sé. — Llegó la voz dura de Alessandro. *No pienses en el beso, no pienses en el beso.* —¿Conseguiste el certificado?

Bajé las escaleras, tratando de evitar molestar a la bandada de pájaros. —Lo hice.

—¿Hizo Salisbury un movimiento por el poder?

Fruncí el ceño. —¿Sabías que lo intentaría? ¿Y aún así me enviaste allí de todos modos? ¿Sin equiparme? —Alessandro se rió con dureza al otro lado de la línea—. Eres muchas cosas, esposa, pero no estás mal equipada. —El tono de su voz me hizo sentir que aludía a otras cosas. —¿Qué ha pedido? No, espera, déjame adivinar. ¿Un mecenas para uno de sus ridículos clubes?

Me alegré de que no pudiera verme, su burla me estaba haciendo sonrojar. —La Sociedad Histórica.

En el teléfono, escuché gruñidos de risa. Más de una persona estaba en la misma habitación con Alessandro. Incluso Oscuro esbozó una sonrisa.

—Qué predecible. Una pena, en realidad. Esperábamos que tu cara bonita lo hiciera sentir un poco más creativo, la verdad. —Alessandro volvió a reír entre dientes. Estuve tentada de colgar. —Aunque, esto podría ser bueno para ti. Así no estás todo el día metida en casas sin hacer nada.

—No hago nada. —No pude evitar la agudeza de mi tono.

Oscuro volvió la cabeza hacia mí. Ignoré su mirada de advertencia.

—Ah, pero quieres hacer más. ¿Y qué mejor manera de hacer más que cuidando la historia de Chicago? —Reflexionó.

Me sentí demasiado avergonzada para responder. Había estado haciendo cabriolas, sintiendo el poder del nombre Rocchetti y todo había sido un juego. Había dejado que las palabras de Alessandro de todas esas noches alteraran mi visión y ahora me quedaba mirando y sintiendo como una idiota. Los Rocchetti habían jugado conmigo y, por alguna estúpida razón, me sentí herida por ello.

Los Rocchetti no necesitan preocuparse por un certificado Anti-Mafia. Tienen toda esta ciudad en el bolsillo, pensé.

— ¿Sofía? —Alessandro dijo por teléfono.

—Lo siento me tengo que ir. Tengo una cita.

Resopló.

Colgué antes de que pudiera decir nada más.

Oscuro me siguió en silencio hasta el coche, irradiando tensión. Podía oler su desaprobación en el aire, era tan potente. Cuando nos pusimos el cinturón, le pregunté: —¿Qué pasa, Oscuro? —Su mandíbula se tensó—. No debería enfadar a Alessandro, señora. No es conocido por su paciencia.

La advertencia de Oscuro fue una ligera sorpresa. No creía que Oscuro fuera capaz de hablar sin saber y sin embargo, aquí estábamos. Quería hacer caso a la advertencia de Oscuro, de verdad, pero no podía evitar enfadar a Alessandro. Cada movimiento que hacía parecía sacarle de quicio.

—¿No te gusta? —pregunté, curiosa.

Oscuro mantenía la vista en la carretera, pero estaba muy serio cuando dijo: —Daría mi vida por Alessandro. No hay otro hombre que prefiera tener a mi espalda cuando vaya a la guerra, y no hay otro capo al que escucharía. Pero... no le dejaría acercarse a las mujeres de mi familia.

Miré por la ventana con pesar. Si mi padre hubiera tenido la misma política que Oscuro. —¿Crees que debería haber sido entregada a Salvatore Jr. entonces? ¿O incluso a Toto el Terrible?

—No.

—¿Tal vez el chico de Tommaso entonces?

—Chico estúpido. — comentó Oscuro—. Pero él hubiera sido bueno contigo. Más fácil ... más fácil para ser esposa.

Sonreí, aunque un poco triste. *Oscuro no cree que puedas sobrevivir a los Rocchetti. Tu padre tampoco*, dijo una voz en mi cabeza. *Y probablemente tengan razón.*

—Bueno, ya es demasiado tarde. —Murmuré.

—Demasiado tarde. —Estuvo de acuerdo.

Mi teléfono cortó el silencio. Si fuera Alessandro, no me alegraría. En cambio, el nombre de mi padre aparecía en la pantalla. No habíamos hablado desde nuestra cena la noche anterior al aniversario de la muerte de Cat. No estaba segura de quién debía dar el primer paso, así que le di el poder a él. De todos modos, a papá le iba mejor cuando sentía que tenía el control.

—Papá —respondí.

—*Bambolina*. —Dijo papá. Sonaba un poco avergonzado—. ¿Cómo estás cariño?

—Estoy bien. ¿Y tú?

Hizo una pausa. —Bien.

Pasó un momento de silencio.

—Sobre la otra noche ...

—Está bien, papá. Estabas un poco achispado. Y fue el día anterior ... del aniversario de Cat.

—Eso no hace que esté bien. —Dijo con fuerza.

Calmé mi voz. —Papá, lo que me advertiste ... ¿fue una divagación de un borracho o no debo decir nada?

—No digas nada.

—Por qué…?

—Eso no es asunto tuyo. Pero soy tu padre y cuando se trata de tu protección, estoy al mando.

Mi estómago se apretó. —¿Crees que necesito protección?

—Todo el mundo necesita protección, *bambolina*. Especialmente tú. —Papá estaba diciendo algo más, pero mi atención se disparó.

Por la ventana, vi un McDonald's. —Oscuro, vamos a comer algo. Realmente estoy deseando unas patatas fritas saladas… oh, y una hamburguesa. Uno con montones de queso ...

—Sophia, ¿me estás escuchando? —Papá ladró por teléfono.

-Sí, sí. —Respondí. Oscuro se salió de la carretera y se dirigió al restaurante—. Me gustaría que me dijeras por qué. Es más difícil de lo que piensas ocultar un embarazo.

— ¿Estás sola? —chilló papá.

—Oscuro está conmigo. —Levanté el teléfono—. Saluda, Oscuro.

Oscuro me ignoró.

—Es el perro fiel de Alessandro. —Espetó mi padre—. No deberías decirle nada…

—Oscuro ya lo sabe, papá. Tiene que ir a mis citas conmigo. —Respondí—. Y no estoy del todo convencida de por qué debo mantener el bebé en secreto. Es mi billete de seguridad, papá. Mi único cometido es quedarme embarazada y ¿me dices que me calle?

Papá suspiró. —Este no es tu billete de seguridad, *bambolina*.

— Entonces dime qué está pasando ...

—No. Sabes que no te compete. —Añadió— ¿Qué te ha pasado? Nunca solías hablarme tan groseramente.

Suspiré. Oscuro se acercó a la ventana. —Lo siento, papá. Es que estoy estresada. Y cansada. Sé que tienes las mejores intenciones en tu corazón. —A Oscuro le dije —Consígueme lo más importante del menú. Con tocino.

—¿Qué bebida quieres?

—Nada. Solo tráeme patatas extra. —Me volví hacia mi teléfono.

Papá estaba en medio de su frase. —...mejor que no lo sepas, bambolina. Solo te traerá dolor. Escúchame y confía en que te protegeré. Como siempre he hecho. —*Excepto cuando me vendiste a los Rocchetti sin pensarlo dos veces.*

Puse una mano suave en mi abdomen. ¿Te vendería Alessandro, cariño? —Lo sé, papá. Lo entiendo. No diré nada a nadie...

Puse una mano suave sobre mi abdomen. ¿Alessandro te vendería, bebé? —Lo sé, papá. Entiendo. No le diré nada a nadie...

—Bien.

Oscuro me pasó mi comida. El olor hizo que mi estómago gorgoteara furiosamente.

—¿Qué fue ese sonido? —Papá preguntó.

—Nada. —Abrí la bolsa—. Tengo que irme ahora, papá.

—Prométeme que no dirás nada, Sophia.

Desenvolví mi hamburguesa. —Lo prometo.

—Ah, y, ¿*bambolina*?

—¿Mmm? —Mordí mi hamburguesa.

—Lamento haberte herido. No me di cuenta de mi propia fuerza ni de mi intoxicación.

¿*Quién te lastimó?* La voz de Alessandro se repitió en mi mente. Hice una pausa con la boca llena.

—Hablaré contigo más tarde, *bambolina*. —Papá colgó.

Tuve la terrible sensación de que tal vez mi pequeño trato con Alessandro de la noche anterior había sido un juego de tontos.



Capítulo 16

Mis tetas habían crecido una talla.

Me cambié el sujetador, maldiciendo en voz baja. Me había puesto un jersey para intentar ocultar el cambio de mi cuerpo, pero juro que se notaba. Todavía no me había crecido la barriga, pero el resto de mi cuerpo sí que se estaba preparando para el nuevo bebé.

Tiré del jersey color crema. Lo había metido holgadamente en una falda lápiz rosa pálido hasta la rodilla, lo que me hacía parecer bien vestida pero no demasiado elegante. Era una carrera de coches de carreras, no el Derby de Kentucky.

—¿Qué opinas, Polpetto? —Pregunté. Polpetto levantó la cabeza al oír su nombre. Estaba relajado en mi cama, con la barriga hacia arriba—. ¿Es obvio? —Me giré hacia un lado y volví a tirar—. ¿Tal vez debería ponerme un sujetador deportivo? No, eso sería incómodo. Me duelen mucho las tetas.

—¡Sophia! —Escuché a Alessandro ladrar mi nombre. Un momento después, apareció en la puerta de mi dormitorio—. ¿Estás lista? —preguntó—. Se nos hace tarde.

La semana pasada me había estado controlando alrededor de Alessandro. Me sentía avergonzada por haber caído en el juego del certificado antimafia, así como por mi acalorada reacción a nuestro beso. Cada vez que lo veía mi corazón se aceleraba y algunas mañanas me despertaba sintiendo el eco de su tacto contra mi piel. Me recordaba continuamente que había amenazado a mi padre -aunque ni mi marido ni mi padre habían confirmado mis sospechas- y que era un Rocchetti.

Y los Rocchetti no habían sido formados para ser amables, para ser atractivos. Habían nacido de las profundidades del infierno, hijos del mismísimo Satanás, y habían sido enviados a la Tierra para hacerme envejecer más rápido.

Sacándome de mis pensamientos, me pasé el cabello por encima de los hombros, tratando de utilizarlo para proteger mi pecho. —Deja que coja mis zapatos. —Me dirigí al armario—. ¿Cuáles crees que debería ponerme? ¿Blanco o rosa?

—Blancos. —Alessandro hizo un gesto de "vamos".

Me volví sobre mis talones mientras caminaba. —Tengo que coger mi abrigo

—Está abajo.

Alessandro caminó frente a mí. Estaba esperando junto al ascensor, ambos abrigos en mano.

—Sabías que teníamos que irnos a las 10. —Me dijo cuando nos fuimos—. Son las 10:30.

—Son las 10:21. —Lo corregí—. —Y la perfección lleva su tiempo.

Se limitó a gruñir en respuesta.

Los guardaespaldas estaban esperando junto al coche. Para mi sorpresa, Alessandro declaró que iba a conducir su Lamborghini. Tanto Beppe como Oscuro parecían preocupados por no poder protegerlo, pero no discutieron su decisión. Se limitaron a subir al Range Rover y a esperar a que Alessandro se fuera.

Me acomodé en el profundo coche, sosteniendo nuestros abrigos. —¿Has competido alguna vez? ¿Coches?

—No. —Alessandro salió disparado del garaje con el motor rugiendo.

Vi el Range Rover por el espejo retrovisor. —Oscuro y Beppe parecían molestos porque no te llevaste el Range Rover. Creo que lo prefieren cuando pueden protegerte.

—Son hombres leales. —Era lo más bonito que le había oído decir—. Yo me preocuparía menos por la seguridad si fuera tú, esposa.

Mi lengua se atascó en mi garganta. —¿Por qué? ¿Crees que tengo cosas más importantes de las que preocuparme?

Alessandro no respondió.

—Don Piero te quiere en la iglesia este domingo. —Le dije—. No le agrada que hayas faltado ya casi tres semanas

—Mi abuelo cree que será más probable que Dios le deje entrar al cielo si va a la Iglesia.

—¿No compartes el sentimiento?

—No, —Rió sombríamente. —No lo hago.

Me encogí de hombros. —Sin embargo, es lo que hacemos. Creo que ir a la Iglesia es más que lavar tus pecados. Se trata de hacer contactos, escuchar los últimos chismes.

—¿Eso es lo que haces?

—Por supuesto. —Incliné la cabeza hacia un lado—. Dudo que Dios tenga mucho interés en mí.

Alessandro mantuvo la vista en la carretera. —Entonces es un tonto.

Sentí que se calentaban mis mejillas. —No creo que debas llamar tonto al Creador.

Él no respondió. Abrí la boca, pero me interrumpió. —¿Vas a hablar todo el tiempo? —Preguntó Alessandro.

—¿Cuánto tiempo llevamos casados?

Para mí total sorpresa, Alessandro esbozó una sonrisa. Era áspera y salvaje... pero no había hambre ni maldad. Sólo diversión.

Sentí que mis propios labios se levantaban en respuesta.

—Supongo que tienes razón. —dijo.

La última vez que vi el Circuito de Chicago en febrero, había estado silencioso y vacío. Pero cuando nos acercamos al circuito, éste tenía un aspecto más parecido al que yo recordaba cuando era joven. Los coches llenaban el aparcamiento, algunos incluso se extendían a lo largo de la carretera. La gente se reunía por todas partes, vestida con la parafernalia del equipo, y entraba en la pista haciendo cabriolas.

Alessandro no aparcó cerca del público, sino que se dirigió directamente al aparcamiento privado. Ya había una fila de coches caros y llamativos esperando.

—Esto es emocionante. —Dije mientras salía del coche.

—Está bien. —Respondió Alessandro.

Los guardaespaldas estacionaron su Range Rover cerca y se unieron a nosotros mientras nos dirigíamos al estadio. En lugar de ir por la entrada principal, fuimos por la parte de atrás. Un musculoso de aspecto aterrador nos esperaba junto a una puerta privada, pero asintió respetuosamente a Alessandro cuando pasamos.

Hizo falta un tramo de escaleras y un ascensor, pero finalmente llegamos al palco privado. El circuito tenía muchos palcos dedicados a los VIP, pero el palco Rocchetti era, con mucho, el mejor. Un enorme salón gris daba al circuito, mientras que al lado había una pequeña mesa de comedor, con un bar y una nevera a la derecha. Desde aquí se podían ver los bancos de plástico en los que se sentaba el público y, comparado con nuestro salón privado, parecía un asco.

Al menos una docena de Made Man deambulaban por el espacio, vino en mano. Sentado al final de la mesa, manteniendo la corte, estaba Don Piero. Cuando nos vio a mi marido y a mí, se levantó con una sonrisa encantadora.

—Sofía, me alegro mucho de que hayas podido venir. —Nos besamos las dos mejillas antes de retirarnos. Normalmente, mi marido habría sido saludado primero, pero Don Piero no tenía que preocuparse tanto por las costumbres. Él hacía las costumbres—. Tengo que agradecerte personalmente que hayas conseguido el certificado.

Intenté no sonrojarme, pero sentí que mis mejillas se calentaban. —Me complace ayudar a la familia en lo que pueda.

Alessandro me lanzó una mirada cómplice, pero la ignoré.

—Ve y mézclate, querida. —Dijo Don Piero—. Alessandro, un momento.

Alessandro me apretó ligeramente la mano en la espalda y señaló con la barbilla a alguien por encima de mi cabeza. Un momento después, un hombre devastadoramente guapo se acercó a mí y me dedicó una brillante y encantadora sonrisa. Una sonrisa así podía destruir reputaciones.

Y así fue.

—Gabriel te traerá una bebida. —Me dijo Alessandro. Quitó su mano de mi espalda y se sentó con su abuelo, un claro despido.

—Pequeña Sofía, la última vez que te vi, estabas vestida como una princesa de hadas y jugando con tus muñecas. —se rió Gabriel. No había cambiado desde la última vez que lo vi, con el mismo cabello oscuro y rizado y ojos color avellana brillantes. Quizás su rostro había madurado un poco, los huesos más prominentes, su frente comenzando a arrugarse, pero aparte de eso tenía el mismo aspecto.

—La última vez que te vi, salías corriendo del dormitorio de mi madrastra con mi padre pisándote los talones.

Gabriel me lanzó una sonrisa. —Buenos tiempos.

Me reí.

Todas las chicas del Outfit conocían a Gabriel D'Angelo y se consideraba un derecho de paso estar enamorada de él durante un tiempo. Era encantador y hermoso, y un completo alborotador. Había arruinado más matrimonios que asientos de inodoro y no estaba cerca de

terminar. Sabía por los cotilleos que a Gabriel se solía mantener alejado de Chicago para evitar que causara problemas con el Outfit.

¿Por qué dejaría Alessandro que un hombre tan diabólico se acercara a mí? me pregunté. Si Gabriel y yo teníamos una aventura, eso se reflejaría terriblemente en los Rocchetti y aseguraría la muerte de Gabriel.

Alessandro había hablado con Gabriel con soltura y dominio. Tal vez Gabriel había sido domesticado por el Capo de Chicago.

—¿Qué quieres beber, Sophia? —preguntó Gabriel mientras nos dirigíamos al bar.

Escuchar mi nombre de alguien fue extraño. Estaba tan acostumbrado a que me llamaran Sra. Rocchetti aquellos que no conocía realmente.

—Sólo una limonada, gracias.

Sus ojos se abrieron como platos. —¿Una limonada? ¿Estas conduciendo? — *No, solo estoy embarazada.* Me reí—. Son las once en punto. Solo los lunáticos beben antes de la hora de comer.

Gabriel me trajo una limonada, pero insistió en que tuviera al menos una rodaja de lima. Era una gran compañía, a pesar de que rozaba el coqueteo conmigo. Poco me importaba meterme en problemas con los Rocchetti, así que no le hice el juego. Pero era agradable hablar y reír con alguien que era sencillo y receptivo. A veces, la comunicación con Alessandro me hacía sudar por el esfuerzo.

Y otras cosas.

Estaba bien hasta que sacaron las bandejas de queso. El fuerte olor de la salsa y las aceitunas me provocaron arcadas.

Solo respira profundamente. Aspiré aire.

Las náuseas subían rápido y con fuerza. Mi garganta se sentía asquerosa, lo que sólo significaba una cosa.

Dejé mi limonada. —Solo voy a ir corriendo al baño.

Gabriel me dio una mirada curiosa. —Está al final del pasillo. A la izquierda.

Si hubiera abierto la boca para responder, realmente creo que habría vomitado. Salí corriendo de la habitación, tratando de parecer tranquila, pero sintiéndome como una mierda. Los guardaespaldas que esperaban en el pasillo levantaron la cabeza al verme llegar.

—¿Está bien, señora? —preguntó Oscuro.

Le hice un gesto con una tensa sonrisa.

En cuanto entré en el cuarto de baño, fui directamente al aseo más cercano y vomité. No había comido mucho hoy, así que era sobre todo limonada y galletas saladas. Apestaba, como mínimo.

Me coloqué sobre la taza y aspiré aire rápidamente.

Ni un segundo después, mi cuerpo volvió a convulsionarse y vomité por segunda vez.

—Jesucristo, —murmuré. Todo mi cuerpo se sentía pegajoso.

Cuando me aseguré de que mi cuerpo había terminado, tiré de la cadena y salí del baño. Ni siquiera había cerrado la puerta porque tenía tanta prisa. Fue una maldita suerte que nadie se decidiera a ir al baño o habrían entrado en uno de los momentos más delicados de mi vida.

Me lavé la cara con agua, luego tomé un poco en la mano y la bebí con avidez. Me alivió la garganta áspera.

Revisé mi cabello y mi jersey en busca de restos de mi desayuno, pero por suerte había apuntado directamente a la taza del baño. Sin embargo, sólo pude oler el vómito y deseé desesperadamente haber traído mi bolso de mano. A punto estuve de guardar un frasco de perfume de repuesto para las emergencias.

Apoyé una mano en mi estómago. —No te gusta que te ignoren, ¿verdad? Pregunté—. Cambiar mi cuerpo, hacerme vomitar. —Sonreí—. No pasa nada. Eres como tu madre en ese sentido. A mí tampoco me gusta que me ignoren.

Hubo un fuerte golpe en la puerta. —¿Señora Rocchetti? —Oscuro llamó—. ¿Estás bien?

—¡Estoy bien! —Le grité y comprobé rápidamente mi aspecto. Me lavé las manos por segunda vez antes de salir.

Oscuro estaba esperando junto a la puerta, frunciendo el ceño. —Oh, no tenías que venir a comprobarlo, Oscuro. Sólo iba al baño.

Comprobó el baño detrás de mí mientras cerraba la puerta, con los ojos buscando.

—No hay nadie ahí. —Me reí y le di una palmadita en el hombro—. Vuelve con tus amigos guardaespaldas. Estoy bien, de verdad.

—Te acompañaré de vuelta al Capo. —Su tono no dejaba lugar a discusiones.

Oscuro y yo volvimos al palco. Llamó la atención de Alessandro y asintió con rigidez. Alessandro estaba sentado junto a su abuelo, pero le devolvió el saludo con la cabeza en respuesta a Oscuro.

Acababa de ir al baño. ¿A qué venía eso?

Sinceramente, me sentía demasiado desanimada y enferma como para pensar en ello. Lo único que tenía que hacer era preocuparme por sobrevivir al día sin volver a vomitar mis galletas.

Gabriel me dio la bienvenida. —La carrera comenzará pronto. —Me dijo—. Mira, el coche de seguridad está fuera.

El coche de seguridad estableció la velocidad cuando los coches entraron en la pista y se prepararon para comenzar. Veinticuatro de ellos se extendieron en dos carriles, preparándose para comenzar. Podía escuchar los motores retumbando y la multitud vitoreando con anticipación. En el palco, no te sentías tan cerca de la carrera. A Cat y a mí nos encantaba sentarnos lo más cerca posible y sentir como temblaba el suelo cuando los motores empezaban a rugir.

—¿Tienes un favorito? —Pregunté.

—El que haga más dinero. —reflexionó Gabriel.

Me reí. —El favorito del público, imagino.

El coche de seguridad se salió de la pista. Inmediatamente, los coches de carrera comenzaron a acelerar. Podía escuchar el débil sonido del estruendo mientras calentaban en la pista.

La bandera verde ondeó. La carrera comenzó.

La mayoría de los hombres se acercó a las ventanas mirando hacia abajo. Gabriel se disculpó y se levantó para unirse a los demás, con los ojos ávidos de ver la pista.

—Sophia —llamó Don Piero—. Ven y hazme compañía. Mis nietos empiezan a aburrirme.

Me levanté y me uní a la mesa pequeña. Alessandro y Salvatore Jr. estaban sentados frente a mí, aterradores en su línea.

—¿Tienes hambre, querida? — Preguntó.

—No, gracias. Acabo de comer.

Los ojos de Alessandro se dirigieron a mí. Juraría que había un destello de diversión en esa mirada oscura y salvaje que tenía. Si el trabajo del capo dejara de funcionar, realmente creo que Alessandro tendría la oportunidad de ser un detector de mentiras humano.

—Alessandro me dice que te has unido a la Sociedad Histórica. —Dijo Don Piero, sonriendo. Incluso el frío Salvatore Jr. esbozó una sonrisa socarrona ante la mención de mi nuevo patrocinio. Para ser justos, a Salvatore Jr. no le caía bien—. Estoy seguro de que serás una cara bonita bienvenida.

Sonreí, ocultando la rabia que me subía por la garganta. *No reacciones, canté. No reacciones, Sophia. Tranquila, sé bonita, sé estúpida.*

—He oído que también le gusta la historia, señor. El alcalde Salisbury me contó todo sobre las fabulosas donaciones al club. ¿Qué fue lo que dijo? —Fingí que pensaba—. Oh, ese encantador bar clandestino en Little Italy.

La cara de Don Piero se detuvo. —Tú y el alcalde parecen haber entablado una gran amistad. —Su tono no era desagradable, pero era el más duro que había oído nunca.

Prácticamente podía oír la parte racional de mi cerebro rogando que me callara la boca. No podía una vez que había abierto la boca.

Atrapé la mirada de Alessandro y me lanzó una mirada de advertencia.

—Soy fácilmente impresionable y al alcalde Salisbury le gusta impresionar. —Dije, echando marcha atrás—. Es una pena que no exista la Sociedad de la Moda. Hubiera preferido ser mecenas de ese club que de la Sociedad Histórica.

La expresión de Don Piero se suavizó y me dedicó otra sonrisa. —Estoy seguro de que lo hubieras hecho. Tal vez deberías fundar uno. —Dirigió sus ojos a Alessandro.

Alessandro no le miró. Sólo me fruncía el ceño.

Tomé un sorbo de mi limonada, con cara de tonta y bonita y sin nada de sustancia.

—¿Tiene un coche favorito, señor? —pregunté, fingiendo no notar sus miradas socarronas—. Gabriel no tiene lealtades, dijo, pero creo que los deportes son mucho más divertidos cuando puedes alentar a alguien.

—Estoy de acuerdo. —Dijo el Don.

Hablamos de temas fáciles mientras la carrera continuaba. Don Piero hizo múltiples intentos para tratar de convencer a su nieto de que se uniera a nosotros en la Iglesia, pero Alessandro parecía reacio. Salvatore Jr. también puso vagas excusas sobre no estar disponible

todos los domingos por la mañana. El Don no se echó atrás, pero parecía de buen humor sobre toda la debacle.

—Ese es mi tiempo con Sophia, de todos modos. —Dijo Don Piero—. Deberías alegrarte de que esté allí, Alessandro. Me paso todo el sermón protegiendo a la pobre Sofía de la atención masculina.

Alessandro miró a Don Piero frunciendo el ceño. *Oh*, pensé, *me enteraría de esto más tarde*.

Forcé una risa. —Señor, se equivoca. Me paso todo el tiempo defendiéndoos de las damas. Ni siquiera puedo dejarte para ir al confesionario sin que te acribillen.

—Las mujeres de la iglesia son una fuerza a tener en cuenta. —Musitó.

Por la mirada que me dirigía Alessandro, quizás me vendría bien un enjambre de mujeres de la Iglesia.



En cuanto salimos, Alessandro me empujó contra la pared de hormigón, enjaulándome con su cuerpo y sus brazos.

—¿Estás jodidamente loca? —Exigió.

—Señor... —Oscuro lo intentó, pero Alessandro le dirigió su mirada fulminante.

—Vete, Oscuro. —Oscuro y Beppe se fueron en silencio. *Traidores,* pensé.

Alessandro volvió a dirigir sus oscuros ojos hacia mí. La expresión de su rostro hizo que mi corazón patinara. —Te he hecho una pregunta, esposa.

—Don Piero estaba mintiendo sobre la atención masculina…

—¡Eso no! —Explotó—. ¿Por qué demonios le estabas dando cuerda al Don? No me mientas, joder. ¿Toda esa charla sobre el bar clandestino? ¿Qué coño sabes tú?

Tragué con dificultad. —Sólo estaba...

—¿*Qué*?

—Déjame terminar mi frase. —Me quejé. Mi rabia subió con fuerza y rapidez, harta de que me empujaran y me dijeran que me comportara—. Salisbury lo mencionó cuando estaba recibiendo el certificado y parecía que deseaba no haberlo hecho. No sé nada al respecto, salvo que Salisbury y tu abuelo querían mantener el secreto.

Alessandro se inclinó más hacia mí, con voz mortal. —¿Por qué demonios sacas el tema entonces?

—¡Porque me siento humillada! —Intenté mantener la histeria fuera de mi voz, pero lo hice fatal—. Te reíste y os reísteis -todos vosotros- sobre ese certificado. Os reísteis mucho de mi primer trabajo con el Outfit, ¿no es así?

No dijo nada.

—Aguanto mucho. —Le dije—. He aguantado mucho. Pero lo único que no voy a tolerar es que me degraden.

Alessandro sonrió lentamente. No había nada amable en ella. Era la mirada de un depredador cuando encuentra una presa en apuros. —Se trata de la imagen con el exterior, ¿no es así? —Inquirió sombríamente.

—Ese es mi trabajo. Yo era una representante de la riqueza y el estatus de mi padre, y ahora soy una representante de tu riqueza y tu estatus. —Siseé—. Lo elegante de mi ropa, lo hermosa que me veo, todo se te atribuye a ti. Cuando vayas a la cárcel, no podré usar maquillaje. Y cuando finalmente estires la pata, me vestiré de negro durante años para llorar tu ausencia.

Respiraba tan fuerte que los latidos de mi corazón latían con fuerza en mis oídos.

—Ese es tu papel. —Dijo—. ¿Y sabes cuál es mi papel?

No confié en mí misma para responder. Creo que me hubiera puesto a gritar de nuevo.

Alessandro se inclinó más cerca, rozando sus labios contra mi oreja. Un escalofrío me recorrió. —Mi trabajo es protegerte. —Su tranquilidad era peor que sus gritos—. Y al agitar al hombre más poderoso del Midwest, has hecho que mi trabajo sea muy difícil.

Mi corazón latía con fuerza. —Soy la única mujer en la familia Rocchetti. Tu trabajo fue difícil desde el principio.

—Confía en mí, Sofía, —murmuró—. Don Piero es una criatura mucho peor que cualquier cosa que tus pesadillas puedan concebir.

—¿Y qué hay de ti?

—¿Qué hay de mí?

—¿Qué tipo de criatura eres?

Alessandro no parecía complacido mientras decía —Si te lo dijera, seguirías los pasos de tu predecesora.

Tragué saliva.

Todo el mundo conocía los violentos rumores que rodeaban a las otras mujeres Rocchetti. Algunos tenían que ser inventados... pero por esa misma lógica, algunos también podrían ser ciertos.

—Vete a casa, Sophia. Tengo trabajo que hacer. —Se alejó de mí, llevándose su calor con él. Por encima de su hombro, llamó—. ¡Beppe!

Beppe y Oscuro surgieron de la oscuridad. Inmediatamente, sus ojos parpadearon hacia mí.

—Ella está bien. —Alessandro soltó un chasquido—. Oscuro, con Sophia. Beppe, vamos.

—Sí, señor —dijo Beppe.

Antes de irse, Alessandro dirigió sus oscuros ojos hacia mí. No dijo nada, sólo me dirigió una mirada hambrienta.

Mi corazón se aceleró. *No pienses en el beso*, me dije. *No pienses en el beso.*

Sabía que esta noche volvería a soñar con ese momento. Excepto que, en mi versión, no nos pelearíamos. Bueno... tal vez una pequeña pelea. Pero en lugar de que él se fuera, terminaría con nosotros desnudos contra la pared. Un sueño húmedo sería un buen cambio de las pesadillas habituales que me atormentaban.

Para ser justos, desde que me quedé embarazada, mis sueños habían sido mucho más vívidos. No sabía si eran las vitaminas prenatales que tomaba o que el crecimiento de un bebé hacía que los sueños se volvieran locos. Tomaría nota para preguntarle a la Dra. Parlatore en mi próxima cita. Siempre fue muy paciente con mis estúpidas preguntas.

—El coche está por aquí, señora. —Dijo Oscuro.

Le seguí en silencio.

Antes de que llegáramos al coche, sonó una voz familiar. —¡Sofía!

Me giré y vi a Don Piero viniendo hacia mí. Un guardaespaldas de aspecto aterrador le pisaba los talones.

—Don Piero, —saludé—. ¿Va todo bien? Oscuro y yo estábamos a punto de salir.

—Espero que no tengan que irse todavía —dijo El Don—. Tengo algo que me gustaría mostrarte.

Se me hundió el estómago.



Capítulo 17

Extrañamente, me sentí como una dama.

Don Piero me acompañó del brazo, con una suave mano sobre la mía. Mientras nos movíamos como una pareja real por el circuito, la gente se apartaba de nuestro camino o inclinaba la cabeza en señal de respeto. Cuando estaba con Alessandro nos evitaban, pero todos querían ver a don Piero. No querían acercarse demasiado, pero querían *ver*.

El Don no me llevó al palco, ni siquiera a la pista. En lugar de eso, salimos de la pista y nos dirigimos a un grupo de almacenes en la parte trasera. Los edificios estaban rodeados de altas vallas de púas y había grandes carteles de PROHIBIDO EL ACCESO. Esta zona habría sido utilizada para almacenar coches, camiones y cualquier otra cosa que la pista pudiera necesitar.

El cielo estaba oscuro ahora, ya que el sol había caído mientras se desarrollaba la carrera, y la temperatura había bajado. Temblaba, pero no creo que fuera por el frío.

La grava crujió bajo nuestros pies cuando nos acercamos al almacén más grande.

Llegamos a una puerta que se confundía con la pared. Don Piero presionó el pomo, pero antes de abrir la puerta se volvió hacia mí. Pensé que iba a decir algo, pero en lugar de eso se limitó a dirigirme una mirada ilegible y luego abrió la puerta de golpe.

Podía oír los gritos de los hombres y los números que se lanzaban. Estaba iluminado por luces industriales polvorientas que colgaban del techo y había un claro olor a aceite.

Pero nada de eso me habría preparado para lo que realmente estaba sucediendo.

Enormes camiones ocupaban la mayor parte del espacio, con hombres arremolinados a su alrededor. Parecían camiones que trasladaban coches de carreras por todo el país, pero en lugar de coches de serie cargados en la parte trasera, había cajas sobre cajas. No tuve que pensar mucho para saber qué había en las cajas.

Me asomé a una caja abierta cerca de mí. Había montones y montones de paquetes envueltos en plástico apilados unos encima de otros, listos para ser enviados.

Todo lo que podía pensar era Si Cat hubiera visto esto, se habría puesto como una fiera.

Don Piero me llevó más adentro del almacén. —Drogas, querida. —Me dijo.

—Usas el Circuito como tapadera. —No me sorprendió. Todos los negocios que poseía el Outfit eran utilizados como tapadera para actos ilegales. ¿Pero verlo en persona?

No hice preguntas cuando papá me dio mi asignación y, desde luego, no le pregunté a Alessandro de dónde procedía el dinero para el ático. Yo lo sabía, ellos sabían que yo lo sabía, pero no lo dije. Al fin y al cabo, mi papel en el Outfit era muy diferente al de ellos.

Y sin embargo, Don Piero me había dado un asiento en primera fila. Las mujeres podían estar casadas con un Made Man durante cincuenta años y nunca ver este lado del negocio.

Miré a Don Piero. —¿Por qué me has mostrado esto? —pregunté, en voz baja.

Dirigió sus ojos oscuros hacia mí. —Hacía mucho tiempo que no teníamos a alguien nuevo en la familia.

—¿Estás presumiendo?

Su curtida sonrisa se iluminó con diversión. —¿Acaso los hombres no estamos siempre presumiendo?

Intenté sonreír, pero no lo conseguí.

—He oído un rumor de que mi nieto se ha peleado con su suegro. —Dijo Don Piero—. ¿Es eso cierto?

—Tendrás que preguntarle a Alessandro.

Don Piero me miró. Había algo antiguo en su expresión. Era un hombre que había vivido mucho y había hecho mucho. Ahora podía verlo en sus viejos ojos. Los años de luchas y asesinatos y esfuerzo por el poder. Pero también los años de éxito y prosperidad.

—Esperaba que no te gustara tanto como para proteger sus secretos cuando te casaras. —dijo Don Piero con franqueza.

Me limité a sonreír. —Mis disculpas.

Lo ignoró y en su lugar extendió una mano de bienvenida. —Ven. Deja que te presente a todos.

Don Piero hizo de magnífico anfitrión al presentarme a sus hombres. Conocía a casi todos por haber crecido en el Outfit, pero los conocía como tíos cariñosos o primos molestos. No como

soldati. Incluso el guapo Gabriel estaba allí, vigilando un envío con una expresión dura. No era el mismo Gabriel con el que había bebido antes.

Cuando terminó de presentarme a su subjefe, Davide Genovese, me incliné hacia su oído y murmuré: —¿Por qué me has traído aquí realmente?

Don Piero olía a tabaco de cerca. El aroma me hizo sentir mal mientras decía —Para responder a una pregunta mía. —Don Piero levantó una mano y gritó —¡Alessandro, mira lo que te he traído!

Vi a Alessandro en el mismo momento en que levantó la cabeza. Estaba dentro de uno de los camiones, supervisando las cajas y su colocación. En cuanto me vio -y créanme, vestida de rosa y blanco, destacaba entre la multitud-, se acercó al borde del camión y salió como Tarzán.

—¿Qué hace ella aquí? —gruñó Alessandro.

Don Piero parecía tener su respuesta. Estaba demasiado aterrorizada para contemplar siquiera cuál había sido la pregunta.

—Le estoy enseñando el lugar. —Dijo Don Piero.

Alessandro me tiró del brazo del Don y hacia él. Recuperé el equilibrio rápidamente, si no lo hubiera hecho, me habría estrellado contra su pecho. Me miró, con los ojos clavados, antes de empujarme a su lado. Ahora estaba frente a Don Piero, sonrojada y despeinada.

—Yo no voy por ahí faltando al respeto a Nicoletta y te agradecería que tuvieras la misma cortesía. —Gruñó.

Don Piero se puso más erguido, desprendiéndose del aura de abuelo encantador y formando la del patriarca de la Familia Rocchetti. —Cuidado, Alessandro. —Advirtió—. No me gustaría que nos peleáramos por algo tan trivial.

—No seas evasivo, abuelo. —Advirtió Alessandro. Se sintió bien no ser a quien Alessandro le decía eso por una vez—. Sophia no debería estar *aquí*.

Le miré. ¿Por qué lo había dicho así?

Don Piero se limitó a sonreír. —Este es el único lugar donde debería estar.

Algo estaba pasando aquí. Podía verlo en sus posturas y oírlo en sus tonos. Quizás había una lucha de poder o un negocio que había salido mal. En cualquier caso, dudaba de que mi presencia fuera la verdadera razón del alcance de la ira de Alessandro. Yo había sido el conejo utilizado para sacar al león de la jaula.

—Debería irme. —Dije en voz baja—. Polpetto necesitará su cena.

Ambos me miraron. Alessandro asintió secamente —Sí, deberías ir. —Hizo un gesto con la mano sobre mi cabeza—. Oscuro te llevará a casa. Como *ya* debería haber hecho.

—Me entristecerá verte partir, Sophia. —Dijo Don Piero—. Aunque espero que te sientas mejor.

Me tensé.

Alessandro giró la cabeza hacia mí. Dudo que le gustara enterarse de los asuntos de su mujer por otra persona.

—Los guardaespaldas dijeron que estabas enferma esta tarde y que apenas comías, querida. —El Don fingió preocupación.

Tragué contra la dureza de mi garganta. —Anoche no cociné bien la cena. Es vergonzoso, pero me siento mucho mejor. Gracias por su preocupación, señor.

—Si te sientes tan mal, querida, no deberías salir de casa. —Don Piero dirigió sus ojos a Alessandro—. No deberías arrastrar a tu esposa intoxicada, Alessandro.

La mirada de Alessandro me quemó la piel. —Si Sofía consideraba que estaba bien para salir de casa, estoy seguro de que lo estaba. —Volvió la cabeza hacia su abuelo. Dejé escapar un suspiro que no sabía que había estado conteniendo—. ¿Eso es todo?

Don Piero no se estremeció ante la aterradora expresión de su nieto. —Por ahora.

Alessandro me puso una mano en la espalda y me empujó ligeramente. Entendí la indirecta. Tuve que contenerme físicamente para no correr gritando hacia la salida. Eso no sería bueno.

Antes de que pudiera escapar, una figura surgió de la oscuridad y se dirigió hacia nosotros. Se me hizo un nudo en el estómago.

—Nero —saludó Alessandro—. Quiero saber de tu misión una vez que haya resuelto esto.

Ni siquiera podía enfadarme porque Alessandro me había hecho parecer poco más que un trozo de mierda de perro en su zapato que tenía que raspar. Toda mi atención se había dirigido al hombre que estaba ante nosotros, la oscuridad que lo rodeaba, ocultando toda luz.

Como Gabriel, Nero era infame. Aunque no por sus conquistas. Nero era uno de los asesinos de la organización, y de lejos el más mortífero. Nunca lo había conocido, nunca había hablado con él. No estaba en los eventos familiares y papá nunca se había atrevido a invitarlo a nuestra

casa. Las breves veces que lo había visto de pasada, papá siempre me había agarrado del hombro y me había alejado.

El hecho de que nuestros caminos nunca se hayan cruzado no me ha impedido oír hablar de su reputación. Se susurraba sobre la sangre que derramaba, se silenciaban las historias sobre cómo alimentaba a un hombre con sus propias pelotas. Incluso las Navidades en las que se presentó en Don Piero's y le hizo rodar la cabeza a Brian Gallagher por la mesa -sobre el pavo y el ponche de huevo- se hablaba en voz baja y siempre en privado.

Y ahora verlo en persona, a menos de un metro de distancia... sentí seriamente que podría desmayarme.

—Señor —dijo Nero en respuesta. Sus ojos se posaron en mí, y algo parecido a la curiosidad los llenó.

La mano de Alessandro en mi espalda se tensó. —*Ahora*, Nero.

Para mi total sorpresa, Nero inclinó la cabeza y se dirigió hacia Gabriel.

Volví a mirar a mi marido. Si un hombre *así* le hacía caso, ¿quién más obedecía su autoridad?

Oscuro, Beppe, Gabriel, Sergio y ahora Nero pasaron por mi mente. Guardaespaldas, subjefe, ejecutor y asesino.

Las continuas preguntas de Don Piero y de mi padre sobre Alessandro y sus hombres se hacían de repente más claras. Tal vez los *soldati* que seguían a Alessandro eran todos monstruos que no querían cerca de mí... o, más probablemente, eran todos monstruos que podían inclinar seriamente el péndulo del poder en dirección a mi marido. Don Piero tenía que cuidar su propio poder y mi padre era uno de los hombres de Toto el Terrible.

"Tú y el *asesino* parecen estar cerca. —Señalé.

Un parpadeo de diversión cruzó el rostro de Alessandro. —Nero no es amigo de nadie.

—Tú y él sois dos guisantes en una vaina.

Captó mi tono inmediatamente. —Supongo que todavía estás enfadada conmigo por haber hablado con tu padre.

—Sigue sin hablarme por tu culpa.

—Me sorprende que te importe. Siempre pensé que nunca te había gustado.

Alessandro se equivocó y acertó a la vez. —Es mi padre. Le quiero.

—La gente suele amar a quien no le gusta. —Dijo.

Llegamos a la puerta que rodea el almacén. Oscuro había llegado detrás de nosotros, silencioso y rápido como siempre. Me miró brevemente antes de volverse hacia mi marido.

—Perdóneme, señor…

—Sé cómo es el Don. —Dijo Alessandro—. Quiero hablar con Sofía.

Oscuro captó la indirecta y desapareció por donde había venido. No cabe duda de que nos estaba observando, pero nos daría una apariencia de privacidad al no escuchar.

Me froté los brazos. —La luna está muy grande esta noche.

Alessandro se acercó a mí, bloqueando la luz de la luna. —Te has portado bien ahí dentro. A pesar de todo lo que estaba ocurriendo a tu alrededor.

¿Acaba Alessandro de hacerme un cumplido? Seguramente, lo había escuchado mal. —Estaba demasiado sorprendida para reaccionar.

—¿Quieres ver algo más?

Le miré. Las sombras se proyectaban sobre sus pómulos, haciéndole parecer un apuesto diablo. Una sonrisa se me dibujó en los labios. —De acuerdo.

Alessandro me condujo a través de los almacenes, manteniéndonos en las sombras. Llegamos a uno cerca de la parte trasera y lo desbloqueó.

—No te preocupes —me dijo al oído—. Aquí no hay drogas ilegales.

Me estremecí.

Nos adentramos en la oscuridad. Alessandro se acercó a mí, rozándome con su brazo. Accionó un interruptor y la sala se iluminó, dejando ver hileras y hileras de vehículos. Se veían coches desde el siglo XIX hasta el XXI, que brillaban bajo la luz. Vi un Ferrari rojo de 1951, con su homólogo de 2014 al lado. Había una fila de Fiat y Bugatti y Lancia Stratos azules.

Miré a mi alrededor y sentí que la risa me subía por la garganta. —Dijiste que no te gustaban los coches.

—No me gustan demasiado las carreras, pero disfruto de un vehículo bien hecho.

—¿Son todos tuyos? —Me acerqué a un Bugatti de oro rosa que me había llamado la atención.

—No. —Alessandro me siguió—. Algunos son de mi familia y de mi hermano. Le gustan los Maserati. Dice que son *adecuados*.

—¿Salvatore tiene suficiente capacidad emocional *como para* algo? —Pasé mis dedos por los del capó.

Oí a Alessandro resoplar divertido detrás de mí. Me giré y capté sus ojos brillantes. —No puedo asegurar que lo haga. —Musitó.

—¿Por qué los tienes aquí y no en el ático?

—No hay suficiente espacio. —Alessandro siguió serpenteando detrás de mí.

—Y tú tienes tu Lamborghini, de todos modos. Sólo puedes conducir un coche a la vez. —Me detuve junto a un precioso Alfa Romero de época, con enormes faros y la capota abierta—. Este es mi favorito.

Alessandro se puso a mi lado. —El Alfa Romeo Giulietta Spider de 1958. Buena elección.

Eché un vistazo al interior, a los asientos de cuero intactos. Todavía olía como un coche nuevo. —¿Puedo llevarlo a dar una vuelta?

—No —reflexionó—. Estos coches son para mirarlos, no para conducirlos.

—El objetivo de un coche es conducirlo. —Pasé los dedos por el parabrisas—. ¿Por qué vas a tener algo que no puedes usar? —Alessandro dirigió sus ojos oscuros hacia mí—. A diferencia de mi hermano mayor, a mí me gustan las cosas bonitas.

Mis mejillas se calentaron. —¿Incluso si son inútiles?

—Nada de lo que tengo es inútil. —Dijo en voz baja—. Excepto quizás Polpetto.

Me reí, sorprendida por su broma. —Polpetto es el protector del ático. Sin él, estaríamos perfectamente bajo ataque.

—Tal vez.

Me volví hacia él, apoyándome en el capó del coche para verlo mejor. La expresión de Alessandro no parecía dura ni salvaje, sino que había un ligero humor en ella. —Sé que te gusta Polpetto. Aunque intentes ocultarlo.

Levantó una ceja. —¿Cómo lo sabes?

Me encontré con sus ojos. —Puedo oírte hablar con él—. Cuando la expresión de Alessandro se endureció ligeramente, me apresuré a añadir —No te preocupes, me parece muy bonito.

Alessandro me miró con extrañeza. —¿Bonito? —Dijo la palabra como si le diera un mal sabor de boca—. Nunca nadie me había llamado *bonito*.

—Me refería a Polpetto. Pero claro—le sonreí sin reparo—, tú también eres guapo.

No respondió, sólo me miró. Mi sonrisa vaciló. ¿Había interpretado mal la situación? Creía que nos habíamos divertido.

Abrí la boca para disculparme por cualquier falta de respeto, pero Alessandro me cortó con un —Más vale que no te disculpes.

Mi boca se cerró.

Alessandro parecía irritado. —Creía que te había dicho que no tienes que disculparte cada vez que expresas tu opinión.

—Los viejos hábitos son difíciles de erradicar. —Dije—. Y sólo lo dices cuando no te sientes amenazado por la opinión. —Sus ojos se dirigieron a mí—. ¿Fue suficiente opinión para ti? Se han dicho cosas peores sobre mí.

Sólo podía imaginarlo. —¿Por qué me dices que haga eso? ¿Compartir mi opinión? La opinión de una esposa no es algo de lo que un Capo Rocchetti suele preocuparse normalmente.

Alessandro no parecía enfadado con mi pregunta. En cambio, se recostó en el coche frente a mí. Me alegré y me disgusté por el espacio, me permitía pensar con más claridad, pero también significaba que tenía frío sin su calor radiante. —No me interesa que te hagas la feliz pero estúpida esposa. Es jodidamente molesto.

Una pequeña parte de mí dudaba de que esa no fuera toda la respuesta a mi pregunta, pero no le pregunté más. Puede que me lo haya imaginado.

—Tal vez sea sólo mi personalidad. —Sus ojos oscuros brillaron—. Bueno, entonces tienes una personalidad muy molesta.

—¿Más molesta que la tuya? —La palabra salió de mi boca antes de que pudiera detenerla.

La expresión de Alessandro se llenó de alegría. —Me has llamado guapo y molesto en la misma conversación. Tal vez seas un poco más valiente de lo que pensaba.

—¿Esas son las peores cosas que se han dicho de ti?

Sonrió, bajo y oscuro. Mi corazón empezó a acelerarse. —Lo bonito está ahí arriba.

—¿Con qué? —Me bajé del capó y me acerqué a él.

Sus ojos siguieron mis movimientos. —Todo tipo de cosas.

—¿Como... los Impíos? —Me acerqué un paso más.

—Algo peor. —Sus ojos no se apartaron de mí.

—¿Esposo? —Otro paso.

—Esa no es tan mala.

—¿Bastardo?

—Peor.

—Hijo, ¿entonces?

Un destello de sonrisa cruzó su rostro. —Peor, pero no por mucho.

—¿Nieto? —Estaba justo delante de él, con el cuello inclinado hacia arriba para verlo. Estábamos tan cerca, nuestros cuerpos separados por un pelo.

Los ojos de Alessandro eran voraces mientras me miraba. —Peor.

— Te habrán llamado cosas terribles. —Intenté que mi voz sonara uniforme, pero me salió jadeante y tranquila.

—Sin duda. —Respondió, con la voz ronca.

Nuestros rostros estaban tan cerca que podía sentir su cálido aliento contra mis mejillas, sus pestañas rozando mi piel, el tacto fantasma de sus suaves labios contra los míos. Su aroma familiar y almizclado me abrumó, cortando todo pensamiento coherente.

Sólo podía pensar en el beso de la cocina. El rubor de nuestros cuerpos, el hambre, la *necesidad*.

Alessandro debía estar pensando en lo mismo porque preguntó —¿Tendré que hacer otro trato contigo por un beso?

—No eres muy bueno haciendo tratos —susurré.

—Los Rocchetti no hacen tratos. —Me contestó, igual de tranquilo.

Éramos las únicas dos personas en el almacén, pero en ese momento podríamos haber sido las únicas dos personas en todo el universo.

Alessandro me miró fijamente durante un momento y luego me apretó las manos a un lado del rostro. Me miró con tal intensidad y hambre que se me cerró la garganta. Luego se inclinó hacia abajo, rondando, y yo me incliné más cerca hasta...

El beso no era el fuego furioso que me recorría.

Los labios de Alessandro eran suaves contra los míos. Tan suaves. Jugamos con las bocas del otro, reflejando los movimientos y buscando la comodidad en nuestra conexión. Sus manos recorrieron mi trasero y yo imité el movimiento. Pasé los dedos por su cabello, acercándolo.

No quería suavidad. Quería alimentar el fuego salvaje que me desgarraba.

Profundicé el beso, rozando mis dientes sobre sus labios, y un gruñido profundo emitió desde lo más bajo de su garganta.

Alessandro me hizo girar y me empujó contra el coche. Levanté una pierna para mantenerme más cerca de él. Caliente, áspero y duro. Empezó a alterar algo en lo más profundo de nuestra piel. Algo que no podía nombrar, pero que sabía que había que evitar.

Sus ásperas manos se deslizaron por mi vestido y yo ronroneé de anticipación. Cada vez más arriba, hasta que estuvo descaradamente cerca de mí, separado sólo por la tela. Alessandro sonrió ante mi reacción.

Mi cabeza se inclinó hacia atrás por sí sola y su boca fue directa a mi cuello. Labios, lengua y dientes. Raspando y besándome a lo largo de mi cuello.

Apenas podía pensar, apenas podía respirar.

—Alessandro. —Gemí.

Mi marido me levantó sobre el coche, acomodándome en una mejor posición, con él entre mis piernas abiertas y mis tobillos enganchados detrás de él. Pasé mis manos por debajo de su camisa y él siseó de placer al contacto. Su piel era tan atrevida bajo la mía, y podía sentir el corte de su cuerpo de soldado, las cicatrices y los músculos. *Mi Capo.*

Alessandro volvió a encontrar mis labios y me recostó sobre el capó. Se levantó, apoyándose a ambos lados de mí. El coche gimió debajo de nosotros.

Me reí de su acción y me atrapó la boca como si intentara tragarse el sonido.

La excitación era un trueno entre mis muslos y mis pechos se habían vuelto pesados. Lo necesitaba, necesitaba que estuviera más cerca.

Alessandro gruñó por lo bajo en su garganta y se frotó contra mí. Duro y listo...

—Alessandro... —Apreté las piernas en torno a él, necesitándolo más cerca.

Se retiró, permitiéndome alcanzar su cinturón. Pero entonces se detuvo un momento. Las manos apoyadas a ambos lados de mi cabeza, las piernas alrededor de su cintura, sonrojada hasta los huesos. Podía imaginar mi aspecto.

Los ojos de Alessandro me tragaron por completo. Como siempre lo habían hecho. Pero ahora tal lujuria mantenía su cuerpo y su rostro cautivos. Parecía... hambriento. Me miraba como si fuera a comerme viva.

Sí, sí. Quería que me comieran, tenerlo sobre mí y dentro de mí y...

—Sophia. —Respiró. Como si no pudiera creer que estuviera allí.

—Alessandro. —Le repetí.

De repente, Alessandro nos hizo retroceder a los dos. Así que él estaba de pie ante mí una vez más y yo estaba sentada frente a él. Alessandro me quitó las manos de encima y dio un paso atrás. Al instante, el aire frío se filtró en mi interior, sustituyendo el calor que él me había proporcionado.

—No podemos hacer esto. —Dijo en tono sombrío.

Mi corazón latía tan fuerte que casi no le oí. Pero él había dicho... —¿*No podemos*? ¿Por qué? —Sonaba completamente aturdida.

—Porque yo lo digo—. Alessandro se enderezó. Se tiró de los puños y se pasó una mano por el pelo. —Arréglate. Oscuro te llevará a casa.

Tuve la extraña sensación de que iba a llorar. Me sentía humillada. Casi me había lanzado a Alessandro y él me había rechazado.

Mis ojos miraron hacia abajo, hacia sus pantalones, donde eran evidentes los signos de su excitación.

Me bajé del coche y me apresuré a salir del almacén, ajustándome la falda mientras avanzaba. Cuando llegué a la puerta, me volví hacia Alessandro. Estaba de espaldas a mí, con las manos en los bolsillos y la cabeza inclinada hacia el techo. Parecía sumido en sus pensamientos, parecía preocupado.

Una parte de mí quería preguntarle qué le pasaba, pero la vergüenza me cerró la garganta.

Así que le dejé a solas con sus pensamientos y me fui a atender los míos.

Capítulo 18

Evité a Alessandro como la peste.

Cada vez que superaba la vergüenza inicial, recordaba la sensación de haber sido rechazada y seguía apartándome de su camino. Nunca había tenido un novio, ni siquiera un enamoramiento real. Desde joven había sabido que los chicos no eran algo que me estuviera permitido, por si alguna vez se ponía en duda mi virtud. A veces me había molestado, pero ver a Cat y a papá pelearse visceralmente por la regla de no tener chicos me había hecho callar.

Así que la humillación de ser rechazada no era algo a lo que estuviera acostumbrada o con lo que tuviera alguna experiencia.

Con suerte, lo superaría. Entonces Alessandro y yo podríamos volver a convivir, a existir el uno con el otro en el mismo ecosistema.

Sin embargo, hasta entonces, iba a evitarlo. Por suerte para mí, el clima más cálido me había permitido muchas más opciones a la hora de salir de casa. Pasaba la mayor parte del tiempo con Don Piero en el servicio dominical o manejando la Sociedad Histórica y sus demandas. Pero un descanso bienvenido fue el almuerzo que Nina Genovese estaba celebrando para las mujeres del Outfit.

Los Genovese vivían en una impresionante residencia en la comunidad cerrada y la fertilidad de la primavera había despertado la propiedad. Las flores florecían por todas partes y juro que vi más de un pajarito intentando aprender a volar mientras me acercaba a la puerta principal.

El almuerzo se celebró al aire libre, con un clima cálido, y se instaló una larga mesa de comedor en el exterior, colocada bajo un patio en el que crecían glicinas. Había decorado la zona con hermosas flores y servilletas de encaje. Nina incluso había sacado sus mejores cubiertos y botellas de vino para el almuerzo.

Unas cuantas señoras se sentaron con Nina en la mesa. Cuando entré por la puerta trasera, se levantaron y trotaron para saludarme. Nina llegó a mí primero.

—Sophia, me alegro mucho de que hayas podido venir. —Nos besamos en ambas mejillas.

Nina Genovese era la esposa del subjefe de la organización, lo que la convertía en la presencia femenina más constante de la organización. Desde que tengo uso de razón, ha sido la anfitriona de los almuerzos, las cenas y las fiestas de Navidad. Para su almuerzo de hoy,

llevaba una bonita blusa azul pastel, combinada con pantalones caqui crema y zapatos a juego. Se había recogido el pelo gris con una pinza brillante, mostrando sus inteligentes ojos marrones.

—Gracias por la invitación. —Respondí—. Estás preciosa.

—Como tú. —Nina renunció a su agarre sobre mí y nos deshicimos del abrazo.

Me había puesto un vestido floral hasta la rodilla que había traído para un Derby hípico pero que nunca había usado. Mostraba el contorno de mi barriga, pero por suerte aún no se me había empezado a notar. Como solía hacer ahora, mi cabello estaba sobre mis hombros, cubriendo mis pechos. Mi humilde intento por tratar de ocultar su crecimiento.

Las demás señoras se levantaron para saludarme con besos y abrazos. No había visto a tanta familia desde mi boda.

Chiara di Traglia, para mi gran alegría, había traído a su preciosa nieta. Portia, cariñosamente apodada Baby Portia, iba vestida con un precioso vestidito rosa y parecía perfectamente contenta en el regazo de su abuela. Había crecido mucho desde la última vez que la vi, y ya podía sostener el cuello por sí misma, según nos dijo una emocionada Chiara.

Después de saludar a las señoras, Nina me hizo un gesto para que me sentara a su lado.

¿Nina quería que me sentara a su lado? pensé, sorprendida. Normalmente, me sentaba en el centro, cerca de una mujer mayor de mi familia. Nunca me habían invitado a la parte más elitista de la mesa, porque no estaba casada y tampoco era hija de un hombre de muy alto rango. Papá no era de los barrios bajos, pero tampoco era el subjefe.

Pero...ahora yo era una Rocchetti. Era la esposa de un Capo, nuera del jefe en funciones y nieta de Don Piero. Pertenecía a la familia reinante.

Eso significaba que tenía que sentarse en la parte superior de la mesa.

Sonreí al sentarme junto a Nina, que como anfitriona tenía la cabecera de la mesa. —Has decorado el lugar de forma muy bonita, Nina.

—Gracias, cariño. ¿Quieres comer algo?

Acepté las sugerencias de Nina sobre qué llenar en mi plato. Todavía no habían servido el almuerzo, pero después de comer un poco de todo, ya me sentía llena.

Empezaron a llegar más mujeres, entre ellas Beatrice. La abracé con fuerza. Por desgracia, Beatrice se sentó a unos cuantos asientos distantes de mí, por lo que no pudimos mantener una conversación directa. Pero prometimos ponernos al día al final del almuerzo, cuando todo el mundo pudiera moverse libremente.

Junto a Nina y a mí, en la parte superior de la mesa, estaban la cuñada de Nina, Berenice Genovese, Ornella Palermo, esposa del Consigliere del Outfit, así como Angie Genovese, nuera de Nina, y Rosa di Calbo, esposa del ejecutor de Don Piero, Red Ricky. Además de Angie, las mujeres eran mucho mayores que yo y se conocían desde hacía décadas. Su familiaridad con las demás hizo que fuera un poco más difícil participar, pero no mucho.

Todas parecían muy interesadas en la nueva -y femenina- Rocchetti.

—El Don nos acompañó a Davide y a mí a cenar la otra noche y sólo tenía cosas bonitas que decir de ti, cariño —me dijo Nina.

—Seguro que se alegra de tener una presencia más tranquila —se rió Ornella—. Imagino que se cansa de correr detrás de esos chicos suyos todo el día.

Muchas mujeres hicieron ruidos de asentimiento.

—Don Piero no ha sido más que maravilloso conmigo —dije.

—Os veo en la Iglesia y parecéis una pareja preciosa —continuó Ornella—. ¿No es así, Nina? ¿Parecen una pareja tan hermosa?

—Lo hacen. —Nina estuvo de acuerdo—. Una hermosa pareja.

—No como tú y tu marido. Hacéis una pareja *preciosa*. —Dijo Ornella—. Imagina lo bonito que será el *bambino*.

Sonreí con gracia, tratando de ignorar el comentario *del bambino*. —Estáis siendo demasiado dulces. Si seguís haciéndome cumplidos, mi cabeza será demasiado grande para pasar por la puerta.

Se rieron y el tema cambió.

Finalmente, pude entablar una conversación con Chiara al otro lado de la mesa. Tenía el motivo oculto de querer sostener al bebé. —¿Cómo está tu nuera? —pregunté.

Chiara parecía un poco triste. —Le hubiera gustado estar aquí hoy, pero se ha puesto enferma.

—Oh, siento escuchar eso. ¿Está todo bien?

—Sí, sólo una gripe, creemos. Lamentablemente, eso significa que no puede pasar tanto tiempo con el bebé. —Chiara hizo rebotar al bebé sobre sus rodillas—. Pero a baby Portia no le importa pasar tiempo con su *nonna*. ¿Verdad, mi amor?

La pequeña Portia le dedicó a su abuela una sonrisa engolada, ganándose los arrullos de las mujeres que la rodeaban.

—Es una preciosidad —cabeceé, no inmune a la pequeña y blandita bebé. Chiara dijo las palabras que yo esperaba—. ¿Quieres cogerla?

Cogí a Portia y la puse en mi regazo. Olía a talco de bebé y su piel era suave al tacto. No le molestaba que la movieran de regazo, probablemente estaba acostumbrada a que la familia la pasara de un lado a otro. Portia dio una palmada feliz en la mesa frente a ella, yendo tras el tenedor brillante.

—No, no, cariño. —Me reí y se lo quité de encima. —¿Cuándo se volvió tan rápida?

—¡Lo sé! —Exclamó Chiara. —Parece que fue ayer cuando era una recién nacida.

La pequeña Portia se entretenía con todas las cosas nuevas que tenía delante. Cuando se le negó el acceso a los objetos peligrosos, dirigió su atención hacia mí. Mi collar le llamó la atención y lo agarró con su puño regordete.

Le hice cosquillas en la mejilla. Ella sonrió. —¿Te gusta mi collar, *bambina*?

Agitó el puño, riendo al ver que el collar se movía. Con la otra mano, agarró la cadena y dio un impresionante tirón.

—Ouch, ouch. —Le despegué los dedos—. Eres tan fuerte, cariño.

Portia dio una palmada.

—Eres muy buena con ella. —Dijo una voz.

Miré a un lado y sonreí automáticamente. Tina de Sanctis era una mujer tranquila y retraída, esposa de Benvenuto de Sanctis, que era un poderoso capo destinado en Chicago.

—Gracias. —Dije—. ¿Y dónde está tu *bambina*? ¿Narcisa?

La conversación nos llegó rápidamente. Muchas mujeres lanzaron. —¿Dónde está Narcisa? ¿Cuándo va a volver Narcisa? ¿Está Narcisa bien? —La razón era que Narcisa de Sanctis, única hija de Benvenuto y Tina, no vivía con su madre en las afueras de Chicago ni con su padre en Cleveland. Circulaban muchos rumores sobre los *motivos*.

Pero todo se redujo a; —¿Está nerviosa por la boda?

Tina palideció ligeramente, pero logró sonreír. —Narcisa está muy emocionada por la boda.

A diferencia de mi propia boda, algunos arreglos matrimoniales estaban grabados en piedra desde hacía décadas. El compromiso entre Narcisa de Sanctis y Sergio Ossani era un ejemplo de ello. Desde el día del nacimiento de Narcisa, se había fijado su boda con Sergio Ossani para el 18 de julio de 2015. Para lo que sólo faltaban unos meses.

—No puedo creer que esté tan cerca. —Dije.

—¡Tan cerca! —añadió Rosa di Calbo—. Llevamos años esperando y por fin se van a casar. Debes estar extasiada, Tina.

Tina asintió. —Por supuesto. —No parecía tan exaltada.

Se rumoreaba que Tina había intentado retrasar la boda unos años más, especialmente desde el... incidente que ocurrió con los Ossani. Pero todo el mundo sabía que sus intentos eran una locura. Este acuerdo se había establecido durante dos décadas. Nada iba a cambiarlo, a menos que el novio o la novia fallecieran.

Recordé la mirada de Sergio, las sombras de sus ojos. Era un hombre rudo, un ejecutor. Y Narcisa era pequeña y enfermiza.

En ese momento sentí pena por Tina. Si yo tuviera una hija, estaría exactamente en la misma situación que Tina.

Una parte de mí sentía curiosidad por el bebé que crecía dentro de mí. Pero probablemente era mejor no preocuparse por si era un niño o una niña, todavía. En cuanto se anunciara el embarazo, habría suficiente presión para que tuviera un hijo.

Alisé el cabello de Portia y se la pasé a Chiara.

—Creo que esta es la temporada de las bodas —dijo Ornella, emocionada.

—Eso lo dices cada temporada, Ornella. —Señaló Nina.

Ornella no renunció a su declaración. —Lo sé, Nina. Pero esta temporada lo *siento* de verdad. —Nos sonrió a mí y a Tina—. ¿Tener un Rocchetti casado y un viejo trato cumplido? Eso sólo puede traer buena fortuna.

No estaba tan segura.

Ella se dirigió a Elena, que parecía aburrida. —¿Cuándo te vas a casar, Elena?

La tía de Elena respondió: —Para el otoño, si el compromiso está fijado.

De la mesa surgieron murmullos emocionados. Elena frunció los labios, pero no dijo nada.

—¿Y qué hay de ti, Adelasia? Eres demasiado hermosa para que los hombres te ignoren —preguntó Ornella a Adelasia, que acababa de cumplir dieciocho años.

Hablamos de matrimonios hasta que el tema se volvió cansino. La boda más emocionante que se avecinaba era la de Narcisa y Sergio. Para sorpresa de nadie, no se mencionó mi maldita boda, a pesar de que había mucho interés en mi matrimonio.

Rechacé los comentarios con facilidad y mantuve un tono ligero. Cuando me pedían información, mis respuestas eran vagas. Su curiosidad no tenía nada de maliciosa. Sentir curiosidad por un matrimonio era algo normal, pero la mayor parte de su interés provenía del hecho de que no había habido una boda Rocchetti en décadas. Don Piero había rechazado cualquier enlace, excepto el de Alessandro y yo.

Me pregunto por qué será, pensé. *Tal vez papá tenía algo que realmente quería.*

¿Pero qué tenía papá?

Además, papá ni siquiera había querido el partido.

—Sophia —llamó Nina, cortando mis pensamientos—. Tienes que escuchar la historia de Patrizia sobre su coche. Es divertidísima.

Patrizia Tripoli contó con humor una historia sobre una avería en la carretera y los esfuerzos que tuvo que hacer para volver a casa. De alguna manera, una vaca se vio involucrada y terminó la historia con una sonora floritura, que hizo reír a toda la mesa.

Después de la divertida historia, la conversación volvió a cambiar. Pero en lugar de hablar de matrimonios y familias, surgió un tema más peligroso.

—¿Has oído que Angus Gallagher ha dejado los Estados Unidos? —preguntó Angie—. Tommaso cree que ha ido a Irlanda para recabar apoyos.

—Mi marido dijo lo mismo. —Dijo Ornella. Apretó la boca—. Eso es lo que pasó en los años 80. ¿Te acuerdas, Nina? Charles Pelletier fue a Francia y trajo un ejército.

A Nina no le gustó que Ornella se refiriera a la guerra entre el Outfit y la Unión Corsa. —Intenta no estresarte, Ornella.

—¿Crees que habrá otra guerra? —Preguntó alguien.

Otra voz se alzó —¡No podría soportarlo!

—Claro que no. Los tiempos han cambiado. —Nina jugó bien a ser anfitriona—. No tenemos que preocuparnos por esas cosas, señoras.

El esfuerzo de Nina por calmar al grupo no funcionó. La conversación sobre la idea de una nueva guerra se tornó ansiosa.

—Escuché a Nataniele hablar de tomar algo de los Gallagher. —Dijo Patrizia—. Pensé que la venganza ya había sido pagada.

—¿Qué sabes, Patrizia? —preguntó Rosa—. Nataniele no te diría esas cosas y tú no deberías meter las narices en ello.

—Tú recuerdas lo sangrienta que fue la última guerra, Rosa. —Argumentó Patrizia—. Perdí a mi hijo y no voy a perder a mi marido también. Sobre todo por unas tierras o unas drogas.

—¿Por qué no deberíamos tener más tierra? —Alguien preguntó—. Hay disturbios en Nueva York en este momento. Tal vez el Don planea mover a los Gallagher fuera del camino.

Nina trató de recuperar el control una vez más. Agitó la mano. —Hablemos de temas mucho más cálidos. Este me está dando dolor de cabeza. —Le ofrecí un poco más de vino, que tomó con gratitud.

La charla continuó. Muchas mujeres temían el futuro y se comentaba el incidente de mi boda. Atacar una boda, un ritual sagrado, nunca era una buena señal y sin duda significaba que había malestar.

Pillé a Nina mirando por encima del hombro. Los guardaespaldas estaban al acecho, pero estaba claro que escuchaban.

De repente, entendí por qué Nina había intentado cerrar la conversación.

—Señoras —llamé, con mi voz dulce—. Nuestros hombres saben lo que hacen. Dudo que haya alguna posibilidad de que tengamos otra guerra. El Outfit es demasiado poderoso, nuestra familia demasiado fuerte, para ser amenazada por una pandilla rebelde. ¿Qué tal si disfrutamos de nuestro almuerzo y discutimos cosas mucho más importantes? Como la Pascua.

El tema cambió una vez más a un tema mucho más emocionante: la Pascua. Discutimos qué llevaríamos al domingo de Pascua, a qué hora retirarnos de la Iglesia y quién escondería los huevos de Pascua para los niños.

Mientras hablaban, Nina puso una suave mano sobre la mía.

La miré.

No dio las gracias, sólo señaló una botella de vino. —¿Quieres un poco?

Sacudí la cabeza. —No, gracias.

Los ojos de Nina parpadearon hasta mi agua y brillaron con complicidad. Retiró la mano y no volvió a preguntarme.

El almuerzo duró un par de horas, y la conversación no volvió a hablar de la guerra. Comimos, reímos y hablamos hasta que me dolió la garganta. Cuando el sol comenzó a ponerse, los invitados empezaron a marcharse. Chiara se fue primero con baby Portia, para decepción de todos. El bebé había sido la fuente de entretenimiento para muchas de nosotras.

No me apresuré a salir, una parte de mí quería ayudar a Nina a limpiar y la otra no quería arriesgarse a ver a Alessandro. Muchas mujeres se me acercaron individualmente para invitarme a almorzar y cenar, ofertas que acepté. Beatrice y Elena me abrazaron y besaron, y prometimos ponernos al día pronto.

Nina no me echó con las demás, sólo me llevó a la cocina. Me sirvió un café. Sin las otras mujeres, todo estaba muy tranquilo. Eché de menos su charla mientras me sentaba en la tranquilidad. Nina incluso había echado a Angie.

—Tuviste un almuerzo encantador, Nina. —Dije—. Voy a necesitar esa receta para la bruschetta. Estaba absolutamente divina. —Nina se apoyó en la barra frente a mí. Sorbió su café, mientras que yo dejé el mío sin tocar—. No hemos tenido oportunidad de una conversación. Sólo nosotras dos. —Sonreí amablemente—. ¿De qué te gustaría hablar?

Un mechón de cabello gris suelto salió de su peinado, pero lo echó hacia atrás. —Eres muy joven y estás en una posición muy nueva. Es una pena que no haya ninguna mujer mayor en tu familia o en la de tu marido que te ayude a orientarte. Especialmente a través del matrimonio y la maternidad, dos cosas muy difíciles.

Asentí con la cabeza.

—Estoy extendiendo una rama de olivo, querida. Tú y Alessandro sois una pareja joven, y aunque formáis parte del futuro del Outfit, aún no sois poderosos —dijo Nina.

—¿Qué propones? —pregunté.

—Nos ayudaremos mutuamente, ¿sí? —Intentó darme una mirada reconfortante—. Responderé a tus preguntas y te garantizaré mi discreción. Y a cambio, convencerás a tu marido de que permita a mi Davide emplear a Nero para una... tarea.

Pasé las uñas por la taza de café. —¿Qué tipo de tarea?

—Tengo mis sospechas. —Sus ojos brillaron—. Pero no estoy al tanto.

—Tampoco yo.

—No, no lo estás. Pero eres una esposa, Sophia. Y eso viene con sus propias ventajas.

Alessandro y yo ni siquiera nos hablábamos en ese momento, así que sería difícil convencerle de que perdonara a su asesino, pero no se lo dije a Nina. —Sería un honor contar con tu consejo, Nina, pero no es eso lo que quiero a cambio.

Nina no parecía sorprendida. —¿Qué es lo que quieres entonces, querida? —No tenía ni idea, no pensé que llegaría tan lejos. ¿Qué es lo que quería? A veces quería todo en el mundo y otras veces la idea de desear algo era agotadora. Creo que lo que más deseaba en el mundo era superar ese sentimiento de rechazo y seguir adelante con mi vida, seguido de resucitar a mi hermana de la tumba.

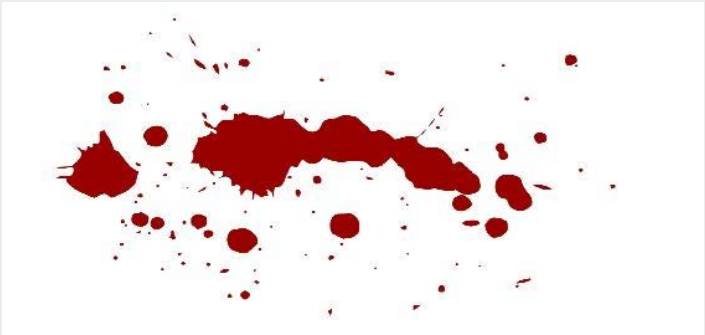
Y... quería que Alessandro me hablara de nuevo. Le echaba de menos, curiosamente. Era agradable hablar con él, vivir con él. Nos peleábamos a menudo y me daba miedo, pero me reconfortaba verle en la cena o sentir su presencia cerca. Me gustaba cuando me ayudaba con el termostato o cuando le oía hablar con Polpetto.

Me sentía... sola, sin él.

Tamborileé los dedos contra la taza de café. —Todo lo que quiero es tu receta de bruschetta.

Era demasiado pronto para convertir en enemigos a quienes podrían ser mis mejores aliados.

Nina sonrió. —Considérala tuya.



La noche transcurrió como de costumbre. Preparé la cena, di de comer a Polpetto y vi un episodio de mi serie favorita. Al ver a la pareja en la pantalla, sus palabras y besos cariñosos,

me invadió de repente un sentimiento de envidia. Apagué el televisor y caminé sin rumbo por la casa.

Seguí removiendo el papel de aluminio que cubría el plato de Alessandro.

Las horas pasaban y el cielo se oscurecía, pero mi marido no regresaba. Cada vez que oía un paso o el sonido del ascensor, huía hacia arriba como una niña traviesa y observaba desde la escalera.

Pero no entró en el ático.

Estaba agotada y me dirigí hacia mi dormitorio, pero la idea de quedarme atrapada en el sueño no tenía ningún atractivo.

Así que me instalé de nuevo en el piso de abajo, escuchando los suaves zumbidos de la ciudad. Me coloqué en el sofá, lo que permitía una visión clara de la puerta principal.

Me tumbé, utilizando mi sedosa bata como manta improvisada. Apoyé la cabeza en los brazos y esperé.

Pero él nunca vino.



Capítulo 19

Algo húmedo me lamió la cara.

Me restregué en él y torcí la cabeza. —Vete, Polpetto. Estoy intentando dormir.

Sentí que el pequeño y esponjoso cuerpo de Polpetto se apretaba contra mi cuello. Me lamió de nuevo y gruñó por lo bajo en su garganta.

—¿Tienes que orinar? —murmuré.

Polpetto empezó a dar zarpazos, sus garras se clavaron en mi mejilla.

—Ouch. —Me eché hacia atrás y abrí los ojos sin poder evitarlo. La cara de Polpetto estaba frente a la mía, con la cola entre las piernas. Me daba zarpazos ansiosos. —¿Qué pasa?

Me levanté, pero un golpe de dolor recorrió mi espalda. Siseé, molesta conmigo misma por haberme quedado dormida en el sofá. No eran muy cómodos y ahora me dolería la espalda durante días. Aunque en los próximos meses, la Dra. Parlatore me había advertido que sería muy duro para mi espalda.

Me crujió el cuello. Polpetto gimió.

—Qué pasa...

Un sonido metálico llegó desde el piso de arriba. Polpetto gimió y se empujó hacia mí.

—Probablemente sea sólo Alessandro. —Dije. Pero entonces, ¿por qué estaba Polpetto tan molesto? Seguro que *sólo necesita ir al baño*, me dije.

Me levanté del sofá, encogiéndome ante cada nuevo calambre. Polpetto gemía a mi lado, me mordía los talones y saltaba sobre sus patas traseras. Abrí la puerta del baño de abajo, donde estaba la alfombra para cachorros.

—Aquí tienes...—Dejé escapar un enorme bostezo.

Polpetto ni siquiera miró la alfombra del cachorro, sino que siguió arañándome.

Me agaché y le rasqué la cabeza. —Estás bien, cariño.

Se oyó otro ruido de arrastre en el piso de arriba. Polpetto gimió.

Me puse en pie. Una extraña sensación de malestar empezó a apoderarse de mí. Alessandro no solía ser tan ruidoso durante la noche o nunca, en realidad. Existíamos en silencio uno al lado del otro en el ático.

Me dirigí a la escalera, ignorando el sudor que empezaba a formarse en mi nuca.

Sólo te estás agobiando, me dije. *Probablemente sea sólo Alessandro.*

Polpetto me siguió, gimiendo infelizmente. Llevaba el rabo entre las piernas y se alejó de la escalera.

—Alessandro —llamé en la escalera.

El movimiento se detuvo.

Subí la escalera con cuidado. —Alessandro, ¿eres tú?

No hubo respuesta.

Me agarré a la barandilla y me arrastré hasta el segundo piso. —¿Teresa?

En cuanto llegué al rellano, una figura oscura salió del final del pasillo, donde estaba mi dormitorio.

—¿Alessandro? —Pregunté aunque sabía que no era mi marido.

La figura se adelantó. Era un hombre enmascarado, vestido completamente de negro, y me apuntaba directamente con una pistola.

Mi corazón se detuvo en mi pecho.

—Esta es la última casa que quieres robar. —Chillé—. Vete ahora y no le diré a mi marido que estuviste aquí.

El enmascarado se rió y dio otro paso hacia mí. Era de buena complexión y más alto que yo, pero no había nada remotamente familiar en él.

—¿Dónde está? —Preguntó.

Me agarré a la barandilla. Respira *hondo*, me dije. *Inhalar, exhalar*. —¿Dónde está qué?

—El USB, los documentos, los archivos. Sé que los tienes. —Cada vez que hablaba, enfatizaba su punto de vista apuntándome con la pistola.

Tragué con fuerza. —No estoy segura de lo que estás hablando.

El enmascarado hizo un ruido furioso y se dirigió hacia mí. Retrocedí a trompicones y me estrellé contra la pared.

Se detuvo antes y presionó el frío cañón de la pistola contra mi frente.

El sudor comenzó a resbalar por mi piel, empapando la camisa del pijama.

Voy a morir, pensé con extrañeza. *Después de convivir con la muerte, como hija, hermana y ahora esposa, estaba a punto de morir yo misma.*

Todavía no estoy preparada. No estoy lista para morir.

Mi bebé, mi bebé, mi bebé.

—Calmémonos los dos. —Dije en voz baja—. No puedo ayudarte si me matas.

Apretó más la pistola contra mi piel. Las lágrimas picaron en las comisuras de los ojos. —¿Dónde coño están las grabaciones y demás? Sé que las tienes. No estaban en la casa. Tienen que estar aquí. ¿Dónde coño están?

—No sé de qué estás hablando. —Se me quebró la voz—. Sólo soy una esposa. No conozco ninguna grabación ni un USB. No he utilizado un USB desde el instituto. Teníamos que poner nuestras tareas en ellos para nuestra profesora de Estudios Sociales porque no quería desperdiciar papel.

—Deja de hablar. —El hombre enmascarado se desgañitó—. Voy a tener que deletrearte esto, ¿no? Dios. Le cogiste algo a tu hermana y es muy importante.

—¿Cat? —Dije—. ¿Cogí algo de Cat?

—Sí, Catherine. Tu hermana. —Apretó más la pistola contra mi cráneo—. ¿Tienes otra hermana? No, no la tienes. Ahora, dime dónde pusiste sus cosas.

—Don Piero tiene los documentos de Cat. Su certificado de nacimiento y su licencia de conducir. Está en la familia...

—No, no es eso, Sophia. —Canturreó—. Ella dijo que te harías la tonta, pero ahora estoy empezando a pensar que en realidad eres una idiota.

Fruncí el ceño confundida. —¿Quién dijo que me haría la tonta?

El hombre empujó la pistola, haciendo que mi cabeza se golpeara contra la pared. Un intento inútil de intentar que no me volaran los sesos.

Se metió en mi espacio personal. Se me erizó la piel al estar tan cerca de él. Odiaba esto, odiaba sentir su pecho contra el mío, su pegajoso aliento caliente sobre mi piel. Con un movimiento brusco, se agachó y me agarró la mano. La levantó de un tirón y me puso los dedos frente a nosotros.

—Mientes y yo disparo a uno. Eso seguirá ocurriendo hasta que me digas la verdad.

Las lágrimas caían rápidamente por mis mejillas y mi barbilla se agitaba. —No sé de qué estás hablando. —Le supliqué—. Mi hermana está *muerta*. Ya no tiene nada. No tengo ninguna de sus cosas.

—¡Eso es todo! —El hombre alcanzó mi dedo anular. Su agarre era doloroso mientras lo apretaba—. Este es el primer dedo que se va.

En cuanto apartó la pistola de mi cabeza, me empujé hacia delante con todo lo que tenía dentro. Me tropecé con su pecho, arrancando mi mano hacia atrás. El hombre retrocedió sorprendido y yo aproveché esa oportunidad para correr.

Ni siquiera sabía a dónde iba. Mis pies simplemente me llevaron hacia adelante.

El hombre lanzó un grito de furia y sus pasos empezaron a golpear tras de mí.

Entré volando en mi dormitorio, directamente a la mesilla de noche. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba?

Una mano me tiró del pelo, tirando de mí hacia atrás y poniéndome de rodillas. Me revuelvo, gritando furiosamente por el dolor y la frustración.

—¡Puta estúpida! —Gritó el hombre. Dejé escapar un horrible aullido. Lanzó su peso sobre mí y me estrellé contra el suelo, con mi cara golpeando bruscamente la cama—. ¿Crees que puedes vencerme, joder? ¡Perra estúpida!

Sentí su arma contra la parte posterior de mi cabeza.

—¡Ahora dime dónde está el USB antes de que te vuele los putos sesos!

Mis dedos se cerraron alrededor del mango de la navaja. Giré torpemente el brazo hacia atrás, dirigiéndome directamente a su costado. Su carne se abrió bajo el cuchillo y sentí cómo la sangre caliente y pegajosa se derramaba sobre mis dedos.

El hombre gritó de dolor. Alcancé a ver cómo su brazo se retiraba, y entonces me dio un golpe en la nuca. Mi cuello voló con el impacto, retorciéndose dolorosamente. Solté otro grito de dolor.

—¡Dame ese maldito cuchillo! —Me lo arrancó de los dedos y lo lanzó. Lo oí tintinear contra la ventana de cristal, ahora a metros de distancia. El hombre me presionó bruscamente la cabeza, inmovilizándome contra la cama. —¿Dónde coño está el USB?

Grité con furia.

—No tienes miedo de un arma, ¿eh? —El hombre gruñó—. Apuesto a que sé lo que te da miedo.

Su mano fornida atrapó mi muslo y lo abrió de un tirón.

El miedo me dejó helado. *No, no.*

Grité con furia y pateé mi pierna. Su agarre era duro y doloroso, pero sentí que sus dedos se aflojaban al chocar mi pie directamente con la puñalada.

El hombre aulló y me levantó de un tirón. Con sus rodillas, me empujó sobre la cama, con el culo hacia arriba.

—¡NO! —Grité y forcejeé. —¡SUÉLTAME!

Se rió y me empujó hacia abajo. —Dime dónde está la mierda de tu hermana, perra. —El hombre se inclinó sobre mí, con su vientre presionando mi espalda. Su aliento húmedo golpeó mi oído—. Iban a enviarla, sabes. Pero les convencí de que no lo hicieran. Y me alegro mucho de haberlo hecho. Catherine está buena, pero tú te llevas todas las miradas, claramente.

Grité con furia, demasiado lejos de la rabia primitiva para tener palabras coherentes.

El hombre se rió y me apretó más contra el colchón. —Dime dónde...

Hubo un sonido diferente a todo lo que había oído antes. Se extendió en la habitación, más fuerte que mis gritos y las amenazas del enmascarado.

De repente, el peso del hombre se desprendió completamente de mí. Me levanté de golpe y me alejé corriendo, con los pies atrapados en la bata. Mis tobillos se torcieron y me desplomé en el suelo, deslizándome por la pared.

Giré el cuello hacia arriba y me detuve.

Alessandro estaba de pie frente a mi atacante. Parecía... impío. La furia y el poder emanaban de él, haciéndolo casi de otro mundo. Tenía el mismo aspecto que en la iglesia de hace unas semanas. Como si esto fuera para lo que fue creado, esta violencia, esta vida, este *poder*, era suyo por derecho de nacimiento. No sólo lo poseía, lo llevaba. Lo manejaba.

Y era aterrador.

El enmascarado trató de levantarse de donde había sido arrojado, pero Alessandro no perdió el tiempo. Se abalanzó como un animal sobre el hombre y le golpeó directamente en la cara. La cabeza del hombre salió despedida hacia atrás de forma dolorosa.

Alessandro le dio un nuevo puñetazo, haciendo que la sangre volviera a aparecer en sus nudillos.

Le agarró la camisa y le levantó de un tirón. —¿Para quién trabajas? —Gruñó.

El hombre respiraba con dificultad, la sangre goteaba por su cara. —Jódete... tú.

Alessandro le golpeó la cabeza contra el suelo y luego lo volvió a levantar. La sangre manchó el suelo. —Te he hecho una pregunta —siseó con voz deformada—. ¿Para quién trabajas? —Con cada palabra, Alessandro apretaba más el cuello del hombre.

Observé, con una mano protectora en mi abdomen, fascinada y horrorizada a la vez por el sangriento intercambio.

—Que te den por culo. —Siseó el hombre.

Alessandro golpeó la cabeza del hombre contra el suelo. Y luego otra vez. Y otra vez.

Mi marido dejó escapar un estremecedor resuello. Soltó el cuello del hombre, dejándolo caer como un muñeco de trapo.

Hubo un momento de silencio tras el ataque. Yo respiraba con dificultad, al igual que Alessandro. Nuestros pechos cayeron rápidamente, la aguda inhalación fue el único sonido que se escuchó en la habitación.

Mi piel se sentía repugnante y asquerosa por el contacto del atacante, mi carne se sentía vulnerable, violada. Quería que desapareciera, quería que esa sensación desapareciera. Quería sentir el cálido y áspero tacto de Alessandro, quería que sus fuertes brazos me rodearan, su familiar aroma en mi nariz.

Alessandro giró la cabeza hacia mí, con las fosas nasales encendidas.

Nos miramos fijamente durante un momento.

Me abalancé hacia él y Alessandro se lanzó hacia mí. Nos encontramos en el medio, chocando en un calor de carne y adrenalina. Nuestros labios chocaron el uno contra el otro, y el calor me hizo vibrar al sentir el contacto de su boca con la mía. El beso estaba lleno de necesidad, un choque de dientes.

—Te necesito —Alessandro…

Alessandro no necesitó oírlo de nuevo. Me empujó hacia el suelo, encerrándome en él. Empujé su camisa, furiosa con la barrera que nos separaba y él rompió el beso para quitársela por encima de la cabeza. Pasé mis dedos por su carne caliente y raspé mis uñas sobre sus músculos.

—Sophia —respiró.

Todo era demasiado, demasiado abrumador. Pero no quería que se detuviera. Quería ser consumida por Alessandro, quería sentirlo a él y sólo a él. Quería alimentar esta hambre tan voraz dentro de mí.

Gemí contra sus labios, suplicando.

Alessandro gruñó en respuesta y arañó mi ropa. Me desgarró el pantalón del pijama, rompiendo el sedoso tejido. Sus dedos fueron directamente a mi clítoris y lo frotó.

Clavé los talones en el suelo y me arqueé. Sentía los pechos pesados y un cosquilleo, pero eso no era nada comparado con el creciente dolor entre mis piernas. —Alessandro, por favor. —Ni siquiera sabía lo que estaba suplicando.

Con una rápida maniobra, Alessandro arrancó la ropa interior, dejándome al descubierto. Estiré las piernas hacia arriba, deseando que estuviera dentro de mí, contra mí.

Se mantuvo por encima de mí, con las manos colocadas junto a mi cabeza. Antes de que pudiera decir nada, rodeé su espalda con las piernas y me abracé a él, sintiendo la dura longitud de su polla contra mis pliegues.

Alessandro inclinó la cabeza hacia atrás, dejando escapar un agónico rugido de puro placer. Luego se apretó contra mis pliegues y entró. No fue suave ni amable, a diferencia de la noche de bodas, sino rápido y brusco.

Grité de placer, sin poder saciarme.

Podía sentirlo dentro de mí, tan fuerte y exigente. Toda su presencia me rodeaba. Era embriagador y no podía saciarme de él.

Las caderas de Alessandro se aceleraron rápidamente y se clavó profundamente dentro de mí, ganándose gritos y gemidos de mi parte. Era tan fuerte, tan duro. Toda la adrenalina de la pelea estaba saliendo, todos los pensamientos de violencia y rabia y el miedo seguían. El sexo era duro, rápido y hambriento.

Clavé mis uñas en su espalda, aferrándome a la vida. —Por favor, por favor... —murmuré a través del placer.

Alessandro extendió un brazo hacia atrás y atrapó mi clítoris. Lo apretó con fuerza.

Como un relámpago, mis caderas se doblaron y me arqueé contra él, gritando con fuerza. No podía decir nada, no podía pensar nada. Todo se reducía a la sensación de su polla entrando en mí, sus dedos contra mi clítoris. Si hubiera hecho algo más, mis sentidos habrían explotado.

Alessandro se corrió con una respiración temblorosa, sus fuerzas desaparecieron momentáneamente. Casi se derrumbó sobre mí, su piel sudorosa se pegó a la mía. Mechones de su cabello se pegaban contra su frente y su respiración salía rápidamente en secuencias.

Apretó su frente contra la mía, mirándome fijamente a los ojos.

El silencio descendió, cada uno de nosotros tratando de recuperar el aliento.

—¿Está muerto? —susurré al cabo de unos minutos.

Alessandro se despegó de mí, pero no se apartó. —No. —Dijo—. Voy a mantenerlo vivo.

Por instinto, alargué la mano y le aparté el cabello suelto. No me detuvo. —Creo que deberías matarlo.

—Lo haré, finalmente. Pero primero tiene que decirnos para quién trabaja.

Asentí con la cabeza.

De repente, se apartó. Alessandro se levantó y me ofreció su mano. La cogí con gratitud y me apoyé en él para ponerme en pie. La sangre pegajosa cubría nuestras ropas, pero ninguno de los dos parecía darse cuenta.

De pie, pude ver mi habitación. Aunque normalmente era un desastre, yo no había causado esto. Mi tocador y mis muebles estaban revueltos y a un lado, mi ropa estaba esparcida por todas partes y mis objetos personales tirados por toda la habitación. Incluso las fotos de mi familia y mis amigos habían sufrido, algunas habían sido arrancadas de sus lugares en las paredes.

Extendí la mano hacia el marco de fotos de mi mesita de noche. El cristal estaba roto, interrumpiendo la imagen de mi hermana y yo.

—Vamos a vestirte y luego bajamos. —Dijo Alessandro. Aflojó su agarre sobre mí, pero no me soltó. Podría haberme desplomado en el suelo sin él.

Polpetto esperaba junto a la escalera, gimiendo y temblando. Cuando nos vio a Alessandro y a mí, trotó hacia nosotros y nos dio un zarpazo en las rodillas. Lo cogí y lo estreché contra mi pecho, enterrando mi cara en su cálido pelaje. Me lamió y movió la cola.

No sé cómo, pero acabé sentada en el banco de la cocina, con una gruesa y cálida bata. Alessandro me dio un vaso de agua.

—Sergio y Oscuro van a venir a llevarse al cabrón. —Me dijo.

Asentí con la cabeza, incapaz de formar palabras.

Alessandro se quedó conmigo hasta que el ascensor sonó. Dejó entrar a los dos Made Man. Tanto Sergio como Oscuro me miraron con interés al pasar, aunque Sergio parecía mucho más calculador que Oscuro. Sergio era un hombre aterrador, con sus ojos duros y sus complejos tatuajes. Pero no sentí ningún temor al verle moverse por el ático.

En lugar de eso, me sentí cansada.

Cuando los hombres desaparecieron arriba, me llevé una mano al estómago.

—¿Estás bien, cariño? —Susurré—. Espero que estés bien.

No sentí ninguna molestia, salvo las constantes náuseas y el agotamiento. *¿Era una buena señal?* me preguntaba. *¿Podría el shock provocar un aborto espontáneo?*

El hombre había sido muy duro conmigo, y mi cuerpo me dolía mucho por las secuelas. No me había tocado el estómago, y no había habido ningún trauma allí. Pero, ¿y si...?

No pienses así, me dije. *Pediremos una cita con la Dra. Parlatore lo antes posible. Ella podrá comprobar cómo está el bebé.*

Sonaba tan racional, como mi hermana. Era casi divertido.

Puse la foto de Cat y yo delante de mí. Era la foto tomada en nuestras últimas Navidades juntas, con los dos vestidos exquisitamente y riendo la una con la otra. Tracé su rostro, ignorando el pellizco del cristal roto en mi dedo.

Iban a enviarla, ya sabes. Pero los convencí de que no lo hicieran. Y me alegro de haberlo hecho. Catherine está buena, pero tú tienes todas las miradas, claramente.

Dijo que te harías la tonta, pero ahora empiezo a pensar que en realidad eres idiota.



La voz del hombre resonó en mi mente. Había hablado de Catherine con tanta familiaridad... pero eso era imposible. Conocía a todos los amigos de Cat y él no había sido uno de ellos.

Aunque, también había creído una vez que mi hermana no tenía un diploma universitario.

Me quedé con mi risueña hermana, tan joven y feliz. Solía pensar que la conocía mejor que nadie en el mundo, pero cada vez tenía más claro que no era así.



No podía dormir.

Hice la cama de la habitación de invitados, pero no importaba. Cada vez que cerraba los ojos, los volvía a abrir. Cada ruido o crujido era una amenaza. Y cada vez que cerraba los ojos, lo único que veía era al atacante. Entonces vi al hombre que había matado en mi boda. Toda esa gente que me quería muerta y yo no conocía ni uno solo de sus nombres.

Las dos muñecas de porcelana que me observaban desde la esquina de la habitación no ayudaron a calmarme.

Habían pasado unas horas desde que Sergio y Oscuro se fueron con mi agresor. Le habían atado y tapado la boca con cinta adhesiva, pero había recuperado la consciencia. Me había observado con ojos codiciosos mientras se lo llevaban a rastras, dejando un rastro de sangre que salía del apartamento. Le había echado un vistazo y había decidido limpiarlo mañana.

Pero con la forma en que no podía dormir, sería mañana antes de lo que deseaba. Después de otra hora de vueltas y revueltas, cogí la almohada y salí al pasillo.

Llamé suavemente a su puerta. No hubo respuesta, así que la abrí y me asomé a su habitación.

Salvo por la luz mortecina de la ciudad, la habitación estaba a oscuras. Pero podía distinguir el largo cuerpo de Alessandro bajo las sábanas. Movió la cabeza, con los ojos oscuros brillando.

—¿Puedo dormir contigo? —Susurré.

Alessandro me miró fijamente.

Apreté más la almohada. —Prometo no saltar sobre ti. *Pero no me importaría si quisieras que lo hiciera*. —Yo... no me gusta la habitación de invitados.

Alessandro se estiró y levantó la manta. Me apresuré a entrar en la habitación, cerrando la puerta tras de mí, y me acerqué al otro lado de la cama. Polpetto trotó detrás de mí, curioso por los nuevos olores.

Me metí bajo las cálidas mantas. Mi perro saltó al extremo de la cama, dio tres pequeñas vueltas, antes de acomodarse para pasar la noche.

—Gracias. —Murmuré en la oscuridad.

—Trata de dormir un poco. —Dijo Alessandro.

Me giré sobre un costado, de cara a su oscura silueta. —¿Dónde has llevado al hombre?

Por un momento pensé que no respondería, pero entonces me llegó su voz. —A una casa privada, utilizada para... asuntos como estos. Sergio está con él ahora mismo.

—¿Lo conoces?

—No.

—¿Es un Gallagher?

—Tal vez.

Subí la manta más arriba. —¿Sabes con quién está aliado?

La cabeza de Alessandro se volvió hacia mí. —No.

—¿Quieres que te cuente lo que pasó?

—Ahora no. —Contestó—. Ahora mismo, sólo quiero que te vayas a dormir.

Me sonrojé al darme cuenta de que probablemente le había quitado el sueño. Me enterré más en la cama, sintiendo que me acomodaba. Alessandro estaba a un brazo de distancia, pero

podía sentir su calor, su cuerpo. Hacía años que no compartía una cama, pero sentí que me acomodaba y me dormía lentamente.

Por primera vez en mucho tiempo, dormí sin pesadillas.



Capítulo 20

Me desperté sintiéndome tranquila y cálida.

Unos brazos musculosos me rodeaban con fuerza, abrazándome. Mi cara estaba apretada contra un pecho fuerte y un suave latido del corazón latía al mismo tiempo que el mío. Respiré profundamente, sin poder abrir bien los ojos. Podría haberme quedado dormida...

Las náuseas me empujaron con brusquedad, recordándome que era por la mañana y que aún estaba embarazada.

Me levanté de la cama, me tiré al suelo y hui al baño. Sentí la fría presión de la taza del váter antes de encorvarme y vomitar las tripas.

Una mano fuerte me apretó la cabeza, alisándome mi cabello. —¿Sophia? —preguntó Alessandro—. ¿Por qué estás vomitando?

Asentí con la cabeza en la taza del baño. —No hay razón. —Grazné.

Alessandro siguió frotando mi espalda con movimientos lentos y relajantes. Cuando me aparté, me ofreció un paño húmedo para lavarme la cara. Me apoyé en el armario del baño y me limpié. Me resultaba difícil mirarle, me sentía nauseabunda y avergonzada.

—¿Por qué has vomitado, Sofía? —preguntó Alessandro.

Tragué saliva. —No me siento bien, supongo. Anoche... fue muy estresante. —La sensación de manos desconocidas empujando mi cuerpo me estremeció.

Alessandro se agachó frente a mí. Su cara tenía una expresión familiar. —¿Por qué estás molesto? —le pregunté.

—Sabes que no me gusta que mientas. —Dijo.

Rápidamente aparté la mirada de él, sin saber cómo proceder. Las advertencias de papá se repetían en mi mente.

Pero no tenía por qué preocuparme, porque Alessandro era mucho más agudo de lo que yo creía. —Estás embarazada, ¿verdad? —No era una gran pregunta. Parecía que ya sabía la respuesta.

Asentí con la cabeza. —¿Cómo lo has sabido?

—Además de por las extrañas comidas que has preparado para cenar últimamente, los comentarios de mi abuelo me indicaron bastante. Y ahora, tú me lo has confirmado. —Relató los hechos con eficacia, sin parecer enfadado ni feliz por la noticia.

—¿Te importa? —pregunté.

Un músculo de su mandíbula se crispó, pero no dijo nada.

El silencio me pesaba.

—Estoy de ocho semanas. —Le dije—. La aplicación que tengo dice que ahora es tan grandes como una frambuesa.

No dijo nada. —La Dra. Parlatore dijo que todo va bien. El bebé está creciendo bien y la ecografía mostró que hay suficiente líquido amniótico y que todo está bien ahí dentro. En la próxima cita, dijo que deberíamos escuchar el latido del corazón, lo cual es emocionante. La última vez que fui, el corazón se había formado, pero no pude oírlo porque la máquina no funcionaba.

No me di cuenta de las ganas que tenía de hablar del embarazo hasta que empecé.

—Todavía no ha empezado a dar señales de vida, pero el Dra. dijo que no se empieza a dar señales de vida en el primer embarazo hasta la semana 20. Pero mi cuerpo está cambiando mucho. Mis pechos están creciendo y mis lunares son cada vez más oscuras. La Dra. dice que durante el embarazo a muchas mujeres les sale melasma, que es cuando las pecas o los lunares se oscurecen. O puedes tener manchas. Me dijo que tenía que usar más protector solar.

Alessandro siguió mirándome fijamente. No podía cerrar la boca.

—No parezco embarazada, pero definitivamente lo siento. Tengo náuseas todo el tiempo y todo huele mal. Incluso los olores más agradables me dan ganas de vomitar. Es muy extraño. También estoy hinchada todo el tiempo. Pero casi no como porque todo es repugnante. Así que, ya sabes... mi cuerpo se está volviendo contra sí mismo... —Me quedé sin palabras. Volvió el silencio.

—¿Vasa decir algo? —solté—. Estoy a punto de caer muerta por falta de oxígeno y tú estás completamente callado.

—¿Es definitivamente mío?

De todas las cosas que quería que dijera, esa ciertamente no estaba ahí. —Voy a fingir que no acabas de decir eso.

Alessandro levantó la barbilla. —Tuvimos sexo *una vez*, Sophia—. Estaba claro que la última noche iba a ser ignorada.

—¿Por qué estás tan enfadado? —pregunté, irritada—. Tener una esposa embarazada es algo muy útil, Alessandro. ¿No es ese mi trabajo? ¿Tener un pequeño Rocchetti?

—Como tú crees que es.

—¿Qué quieres decir con eso?

Mi marido se puso en pie, elevándose por encima de mí. —¿Quién más lo sabe?

—Oscuro, mi padre. —Me froté el abdomen—. Supongo que algunos sospechan.

Alessandro se frotó la cara. —No debes decírselo a nadie.

Era mi marido quien decía esas palabras, pero lo único que oí fue la voz desesperada de mi padre. Todavía podía sentir el agarre fantasma de su mano en mi muñeca y oler el vino en su aliento.

No se lo digas a nadie.

¿Por qué no, papá?

No puedo decirte...

—¿Por qué no, Alessandro? —pregunté—. ¿Por qué no puedo contarle a nadie mi embarazo?

No dijo nada.

—¿Tienes permiso para decírmelo?

Sus ojos oscuros se dirigieron a mí. —No debes decir nada y no debes cuestionar mis razones.

—Tú me cuestionas todo el tiempo. ¿Por qué no puedo devolverte el favor?

—Cuidado, Sophia —advirtió.

Levanté la barbilla, ignorando mis instintos que me gritaban que me echara atrás. —¿O qué? ¿*Vas a atraparme y matarme*?

Alessandro no parecía divertido.

Como no dijo nada, insistí. —¿Por qué? ¿Por qué no me lo dices? ¿Cuál es el gran secreto?

Un parpadeo de dolor apareció en la expresión de Alessandro, y desapareció en un instante. —No hay ningún gran secreto. —Dijo, en voz baja.

—Mentiroso. —Susurré—. No me dejas mentirte, ¿por qué se te permite mentirme?

—Es mi deber protegerte y cuidarte, Sophia. —Dijo Alessandro—. Harás lo que te diga y no *dirás* ni una palabra de tu embarazo a nadie. ¿Entendido?

Me mordí la lengua. Mi cerebro decidió que era un buen momento para recordar el sexo salvaje que habíamos compartido. Sólo podía pensar en sus ásperas manos sobre mi piel, sus labios calientes sobre los míos, su polla dentro de mí. Entonces recordé el rechazo, el alejamiento. La frialdad que se había colado en mis huesos cuando se alejó de mí.

Ya ha pasado dos veces, *pensé*. Dos veces se ha alejado de mí.

—El deber es ineludible. —Fue todo lo que dije.

Alessandro se rió con dureza. —Parece que es así. —Giró sobre sus talones y comenzó a salir del baño.

Dije su nombre.

Se detuvo y me miró.

—Quiero algo, a cambio de mi silencio.

Alessandro me miró con ligera sorpresa. —¿Qué quieres?

—Me gustaría que perdonaras a tu asesino, Nero. Davide Genovese lo necesita.

Mi marido me miró fijamente con esa expresión con la que me miraba tan a menudo. Incluso después de todos estos meses, de todas sus insinuaciones y conjeturas, Alessandro seguía descubriéndome. Me sentí desvelada por él, observada por él, y sin embargo...

—Muy bien. —Dijo—. Nero ayudará a Davide con una tarea. A cambio, de su silencio.

Sonreí. —De acuerdo.

Alessandro me miró un momento más antes de marcharse. —Estás mostrando tu lado más feo, esposa —dijo al salir, pero sin animosidad. En cambio, sonaba orgulloso.



Los días pasaron rápidamente y pronto marzo se convirtió en abril. Llegó la primavera, trayendo consigo el clima más cálido. Me moví al mismo ritmo de siempre mientras el tiempo pasaba, pero aún así me sentía innegablemente apurada. Había muchas cosas que me acuciaban, las secuelas de mi boda roja, la tenue paz que había alcanzado con Alessandro, mi embarazo y la inquieta sensación de que *algo* estaba pasando.

Conseguí convencerme de que, si seguía moviéndome, no se me echaría todo encima.

Después de una reunión bastante agotadora con la Sociedad Histórica -pero estos días haría cualquier cosa por no estar en el ático- me encontré en Little Italy. Antes de darme cuenta, me dirigí al bar clandestino que tenía Don Piero.

No era un edificio que pareciera sombrío. Estaba sumergido en el suelo y los pisos estaban apilados unos sobre otros. Las enredaderas crecían por los ladrillos rojos y las ventanas estaban cubiertas por barrotes grises. Un cartel descolorido decía SNEAKY SAL'S.

Me quedé en la parte delantera con Oscuro y Polpetto. Polpetto olfateó los arbustos e incluso intentó orinar en una de las puertas.

Oscuro se movió impacientemente a mi lado mientras veíamos el edificio. —Señora, es hora de que nos vayamos.

—Sólo estoy echando un vistazo, Oscuro.

—Sabes que no puedes estar aquí.

Dirigí mis ojos hacia él. Su rostro era de piedra. —¿Por qué no? Soy un Rocchetti.

No contestó.

Suspiré y volví a mirar hacia el bar clandestino. ¿Qué escondía allí Don Piero? ¿Qué hacía que esta pieza de la historia fuera tan importante para él? Consideré el hecho de que tal vez lo guardara sólo como valor sentimental, pero entonces ¿por qué no estaba abierto? No ganaba

dinero con él, excepto cuando la Sociedad Histórica quería hacer una visita. Pero habría ganado más teniéndolo abierto.

Recorrí la calle con la mirada, dispuesta a marcharme. Pero entonces algo me llamó la atención.

Me puse a pensar en ello.

El Dodge Charger.

Mis pies se movieron antes de que pudiera detenerlos. Eché a correr, con Polpetto a mi lado, en dirección a la calle y al vehículo oscuro.

Oscuro se movió como un látigo, cogiéndome por la cintura y tirando de mí hacia atrás. Oí a mi perro ladrar con furia al ser detenido y comprendí el sentimiento.

—¡Oscuro! —Grité—. Ese es el coche...

El motor del Dodge Charger rugió y bajó a toda velocidad por la calle. Lo vi pasar, con mi pálida expresión reflejada.

Oscuro me soltó el brazo cuando pensó que no iba acorrer.

Me quedé quieta, balanceándome ligeramente con el viento. Polpetto tiró de la correa, intentando seguir al coche. —Oscuro, ese es el coche que nos ha estado siguiendo. Te dije que no estoy loca. Recuerdo...

—No, no lo es —dijo Oscuro con severidad.

Me volví contra él. —Entonces, ¿por qué se fueron tan pronto como me vieron?

—Coincidencia.

—Oh, por favor. No creerás realmente...

—Déjelo, Sra. Rocchetti. —A pesar de dirigirse a mí respetablemente, su tono era todo menos eso—. Si vuelve a correr detrás de un coche, se lo diré a su marido.

Mis labios se separaron con sorpresa. —¿No puedes hablar en serio? Has *visto* ese coche, Oscuro.

Oscuro no dijo nada.

—¡Estabas conmigo cuando lo vimos en el cementerio! Es el mismo coche. —No podía creer su evidente negación—. También estaba fuera de la iglesia.

—Estás muy estresada…

—Por favor, no seas condescendiente conmigo. —Le dije—. Sólo quiero que admitas que es el mismo coche que seguimos viendo.

Oscuro negó con la cabeza. —No es así. Te lo estás imaginando.

Sintiéndome desinflada y ligeramente herida, giré sobre mis talones y empecé a caminar lentamente hacia el coche. Polpetto levantó la cola, como diciéndole a Oscuro que le besara el culo. —Pensé que éramos amigos —le dije—. ¿Qué es lo que no me cuentas?

—No hay nada que contar. —Fue todo lo que dijo.

Se me ocurrió que Oscuro podría haber mantenido mi embarazo en secreto por amabilidad, pero desde luego no era mi amigo. No iba a compartir algo que consideraba que yo no necesitaba saber, o algo que mi marido decidía que yo no necesitaba saber. La noticia me dolió. Oscuro había sido mi compañero constante estos últimos meses, pero ahora nuestra relación parecía estar cubierta de secretos y sombras.

No le devolví la mirada. Temía empezar a llorar si lo hacía.

—Vamos a casa. —Me dijo—. O si no llegarás tarde a la fiesta de compromiso.

Sólo asentí con la cabeza.

Condujimos a casa en silencio, y nunca me había sentido más aliviada al ver el edificio de apartamentos. En cuanto Oscuro detuvo el coche, salí de él y me dirigí al ascensor. Él me siguió en silencio, pero no hizo ningún movimiento para hablar conmigo.

El ático estaba en un silencio espeluznante, como de costumbre, pero desde el ataque tenía una sensación de inquietud. Cada movimiento que hacía, me sentía observada y grabada. Apenas dormía, y la única vez que lo hacía era cuando Alessandro me permitía dormir en su cama con él, ignorando ambos hábilmente el hecho de que habíamos tenido sexo. Él no había sacado el tema y yo no iba a hacerlo. No sé si le molestaba que durmiera en su cama, pero me daba cuenta de que no era algo que quisiera. Estaba acostumbrado a su propio espacio y probablemente sentía que yo le estaba invadiendo.

Además, Polpetto roncaba y Alessandro no era un fanático.

Subí a prepararme para la fiesta de compromiso de Sergio y Narcisa. Faltaban unos meses para su boda, pero una fiesta de compromiso siempre era algo divertido. Alessandro y yo nos habíamos casado demasiado rápidamente para una fiesta de compromiso.

—¿Sophia?

Me giré, sorprendida. Alessandro estaba al pie de la escalera, con el portátil en la mano.

—No sabía que estabas en casa. —Me llevé una mano a mi pecho estruendoso—. Me has asustado.

Su cara se suavizó un poco. —Siempre tienes miedo, Sophia. —No parecía orgulloso de esto. Alessandro señaló el portátil que tenía en la mano—. Ven aquí y elige la que te guste.

—¿Una que me guste? —Repetí, pero le seguí de nuevo escaleras abajo.

Alessandro colocó el portátil sobre la encimera de la cocina. —Todas ellas se encuentran en la urbanización privada. Sólo tienes que hojear las pestañas hasta que te decidas por tu favorita.

Me senté frente al portátil y lo encendí. Me saludaron fotos de casas en venta, todas ellas enormes y magníficas. Y todas ellas situadas en la urbanización privada.

—¿Me estás echando? —pregunté.

—No. —Se dirigió a la cocina—. ¿Dónde está el agua fría?

—A la izquierda de la nevera, junto a la leche.

Alessandro la localizó y nos sirvió dos vasos de agua. Se equivocó de vaso, pero no dije nada. Era agradable que me sirviera por una vez. —El niño necesitará más espacio para crecer y es importante que esté cerca de la familia. —Me pasó un vaso—. Además, no puedo soportar más que andes de puntillas por esta casa y revises cada habitación antes de entrar en ella.

Me mordí el labio. —El ataque...

—No debería haber ocurrido nunca.

—¿Estás seguro de que quieres mudarte? —le pregunté—. Tu trabajo está en la ciudad. También lo están la mayoría de mis amigos, y tus hombres. ¿De verdad quieres dejar tu vida?

—Nos mudamos a las afueras de la ciudad, no a la Antártida. —Respondió con brusquedad—. No voy a permitir que vivas en una casa que consideras insegura.

—Puedo dejar de dormir contigo. Sé que Polpetto ronca y yo soy un poco acaparadora de mantas.

Alessandro dio un sorbo a su agua. —Ese no es el problema.

Busqué su expresión con avidez, intentando averiguar qué pasaba por su cabeza. ¿Era realmente por el bebé? ¿Era realmente por mí? ¿O es que Alessandro quería estar más cerca de su familia?

—¿Seguro que quieres estar tan cerca de nuestra familia? —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

—No. —Dijo—. Pero la urbanización cerrada es Fort Knox.

—¿Entonces por qué? —Pregunté.

Mi marido me observó con la misma mirada de siempre. Como si tratara de entenderme, de resolver, pero no lo consiguiera. Comprendí la sensación.

—No actúas como tú misma. —Dijo finalmente. Antes de que pudiera pedir más, cortó el momento a la mitad. —Así que date prisa y elige qué casa quieres. No voy a dejar que nos hagas llegar tarde a la fiesta de compromiso de Sergio.

Me desplacé por las casas, todas hermosas y seductoras. Me llevaría más de quince minutos elegir en cuál quería vivir, pero la oferta de Alessandro probablemente tenía un límite de tiempo. Algunas eran demasiado grandes, otras demasiado pequeñas. Otras eran demasiado modernas, mientras que otras eran demasiado antiguas. Estaba a punto de preguntar si podía tener más tiempo cuando hice clic en la última casa.

Un gruñido de placer salió de mi boca antes de que pudiera detenerlo. —Esta. Esta es perfecta.

Alessandro le acercó el portátil. —El que está en la misma calle del Don.

—¿Lo es? —No me había dado cuenta—. Puedo elegir otra.

—No, este servirá. —Hizo clic en las imágenes y asintió en señal de aprobación—. Muy mediterránea. No se parece en nada al ático.

Tomé un sorbo de mi agua, tratando de parecer discreta.

Alessandro resopló. —Llamaré al agente inmobiliario. —Cerró el portátil—. Oscuro te está esperando abajo, así que intenta ser rápida.

—¿Puedo tener a Beppe esta noche en su lugar? —Pregunté antes de poder detenerme.

Sus ojos oscuros se dirigieron a mí, endureciéndose. —¿Oscuro ha hecho algo que no debería?

—No, nada de eso. Solo...solo hemos tenido una pequeña pelea. Nada serio. —Intenté dedicarle una sonrisa reconfortante. Alessandro no parecía reconfortado.

Salté del taburete. —Voy a ir a prepararme. Tu traje favorito de Armani está en la tintorería, así que tendrás que ponerte el de Brioni. Ya lo he preparado con tu corbata.

—¿Por qué está mi Armani en la tintorería? —Preguntó—. Estaba limpio.

—Encontré una mancha en él . En el interior.

Alessandro señaló. —Apenas se podía ver.

—Eso no hace que esté bien —le dije.

Me hizo un gesto de irritación con la mano. —Ve y prepárate. Se nos hace tarde.

Mientras subía las escaleras, Alessandro gritó mi nombre. Me giré. Seguía en la barra de la cocina, pero ahora su expresión se había ensombrecido.

—Espero que te guardes el embarazo para ti.

—No te preocupes. —Volví a subir las escaleras, sin querer escuchar más sobre el tema—. Llevo un vestido suelto, para que no se me vea la barriga.



Capítulo 21

La fiesta de compromiso tuvo lugar en el salón de baile de un lujoso hotel, cuya temática era blanca y plateada. Del techo colgaban hermosas luces que iluminaban las largas mesas. A lo largo de las paredes había barras, con camareros impecablemente vestidos y flores blancas colgando sobre ellas. Al final de la sala había un pequeño escenario y una pista de baile, decorados con tul plateado. Los invitados se arremolinaban, pero sus ojos se dirigieron a nosotros cuando entramos.

—Oh, es precioso. —Le dije a Alessandro. Me apoyé en su brazo—. ¿No te hace desear que hubiésemos tenido una fiesta de compromiso?

Alessandro escudriñó el salón de baile. —Está bien.

Amigos y familiares se acercaron a nosotros y me saludaron con besos en las mejillas. Recibí muchos cumplidos por mi sorprendente vestido rojo, lo que me alegró. Yo casi nunca me ponía rojo, prefería colores mucho más suaves.

Mi barriga aún no era grande, pero si hubiera llevado un vestido que se me pegara, se habría notado. Bastante gente sospechaba, así que había decidido ser un poco más astuta con mi vestido de fiesta. El vestido era de un rojo intenso que resaltaba mi cabello dorado. Tenía los hombros descubiertos y tenía un escote corazón, pero la falda empezaba justo por encima de mi cintura y se abría ligeramente, ocultando así mi barriga.

Cuando Alessandro lo vio, una expresión de hambre había deformado su rostro. Mi corazón aún retumbaba al recordarlo.

Como padres de la novia, Benvenuto y Tina eran el centro de atención, hasta que, por supuesto, entraron Sergio y Narcisa. Tina parecía alterada por toda la atención, mientras que Benvenuto se mostraba satisfecho. Recibió muchos elogios por continuar con el trato, a pesar de que la otra mitad de los negociadores estaba muerta.

Cuando nos vieron, ambos se apartaron de su interlocutor. Sentí un golpe de placer ante esto. Quizás Benvenuto no era el único que disfrutaba siendo el centro de atención.

—Alessandro —saludó Benvenuto. Los hombres se dieron la mano.

Tina y yo intercambiamos un abrazo, y la felicité por su vestido.

Cuando llegó el momento de besar a Benvenuto en la mejilla, Alessandro tiró de mí. Fue sutil, pero ninguno de nosotros podía ignorar lo que acababa de suceder. Me volví hacia él, sintiéndome avergonzada por su acción. Pero su rostro era de piedra. Benvenuto también parecía ligeramente sorprendido por la negativa.

Me recuperé más rápido que él. —Felicidades por el matrimonio. —Le dije—. Será muy agradable tener a Narcisa de vuelta en la ciudad. La hemos echado de menos.

—Sí, bueno —Benvenuto se puso más erguido—, ha sido una boda que se ha gestado durante mucho tiempo.

—Estamos muy contentos con el enlace. —Dijo Tina en voz baja a su lado. Forcé una brillante sonrisa—. Debe ser surrealista que la boda se celebre tan pronto. El tiempo se nos ha echado encima.

Alessandro gruñó de acuerdo.

Nos paseamos entre los invitados, siendo yo quien más hablaba. Alessandro dijo algunas palabras a los hombres, pero no se molestó en hablar de trivialidades. Yo, sin embargo, era una diosa de la charla. Cuando entramos en casa de los Rocchetti, Don Piero me dio un gran abrazo y un beso, afirmando que era una pena que no tuviera una fiesta de compromiso. La mayor parte de la familia estaba aquí, a excepción de unos pocos.

Alguien dijo que Narcisa estaba aquí, y todos nos volvimos para ver su entrada. Las puertas del fondo del salón se abrieron y entró Sergio, con Narcisa de Sanctis agarrada a su brazo.

Qué pareja hacían, pensé. *Sergio era enorme y aterrador, un matón tatuado. Mientras que Narcisa era delgada y delicada, como una muñeca de porcelana*.

El público estalló en vítores y todos aplaudimos cuando entraron en la sala. Como era costumbre, la pareja se dirigió primero a los padres de Narcisa. Benvenuto le dio a Sergio una fuerte palmada amistosa en la espalda, mientras Tina y Narcisa compartían un momento de ternura. Vi a las mujeres cogidas de la mano y sentí un dolor sordo y silencioso.

Una vez que los padres fueron saludados adecuadamente, la futura pareja tuvo que hablar con el Don. Se acercaron a nuestro grupo, Narcisa con los ojos muy abiertos y aterrorizada, mientras que Sergio parecía una montaña enfadada.

—¡Qué hermosa pareja! —dijo Don Piero desde donde estaba sentado—. ¿No te parece, Carlos? —Carlos Sr. se limitó a gruñir.

—Estuvo bien que Benvenuto cumpliera su parte del trato. —Dijo Enrico.

El grupo asintió con la cabeza. Narcisa parecía que iba a desmayarse.

Le puse una mano suave en el brazo y ella giró la cabeza hacia mí. —Estás preciosa, Narcisa. Debes decirme quién te ha peinado.

Un rubor se extendió por sus mejillas. —La tía Chiara lo hizo por mí.

—Por supuesto. La tía Chiara tiene mucho talento. —Me reí—. Se niega a tocarme el cabello porque me quejo mucho cuando tira.

Narcisa asintió, sonriendo tímidamente.

Sentí lástima por Narcisa. Comprendía su situación, pero no tenía palabras para intentar consolarla. *Puede que esté bien*, le habría dicho. *Alessandro es bueno conmigo y es El Impío. Tal vez Sergio esté bien, también...* En lugar de decir eso, me limité a expresar mi emoción por sus nupcias y a felicitarla por su bonita fiesta de compromiso.

La noche avanzaba y Alessandro estaba cada vez más inquieto. Le importaba poco la charla y la cortesía.

—Ven a bailar conmigo, antes de que te salgas de tu piel.

Alessandro accedió y me llevó a la pista de baile. Me puso una mano en la espalda y me estrechó contra él. El calor me subió por el cuello. Nos movimos al ritmo de la música y él parecía más tranquilo.

—Creo que es socialmente aceptable que nos vayamos pronto. —Le dije—. Sé que odias estas cosas.

Sus ojos oscuros brillaron. —No debería quejarme. No se te permite beber y sigues sufriendo valientemente este calvario.

—Me gusta una buena fiesta. No sé si te has dado cuenta, pero me gusta hablar.

Un suspiro de sonrisa cruzó su rostro.

Durante el baile, tuve que subirme el vestido. Mi vientre estaba oculto, pero mis crecientes tetas se negaban a ser contenidas. Lamenté no tener tirantes. Pero me olvidé de mi molesto vestido, cuando Alessandro bajó sus ojos a mi pecho. Una mirada depredadora se apoderó de su rostro.

Mi corazón comenzó a acelerarse.

A veces era fácil fingir que no habíamos tenido sexo después del ataque, que era sólo un producto de mi imaginación. Pero entonces Alessandro me miraba de tal manera que lo único que podía hacer era recordar la forma en que me abrazaba, la forma en que me empujaba. El recuerdo me mantenía cautiva.

—Me gusta tu vestido. —Me dijo.

—Gracias —dije, sonrojándome.

La mano de Alessandro me apretó la espalda, acercándome a él. Bajó la cabeza hasta mi oreja y su cálido aliento me hizo cosquillas en mi sensible piel. Me estremecí entre sus brazos.

—Estás causando una gran escena. —Respiré. No era socialmente aceptable ser tan íntimo en la pista de baile.

Sentí que Alessandro sonreía contra mi oído. —¿Oh? ¿Vamos a tener *problemas*? —La vieja palabra que había dicho todas aquellas noches flotaba en el aire entre nosotros.

—Podríamos hacerlo. —Me sentía acalorada, sonrojada—. Nuestra familia no es conocida por su progresividad.

Alessandro nos balanceó de un lado a otro. —Quizás deberíamos ser un poco más progresistas.

—Blasfemia —susurré—. Que nadie te pille diciendo eso.

Me mostró una rápida sonrisa malvada. —Tienes tanto miedo de meterte en problemas. —Su voz era divertida—. ¿Y si te prometo que te protegeré?

—¿Estás seguro de que podrías enfrentarte a Nina Genovese? —Pregunté—. Es una mujer bastante formidable.

—Sin duda. Tú y Nina sois amigas, ¿no? Por eso querías que perdonara a Nero por Davide.

Sacudí la cabeza, acercando nuestros rostros. —Somos aliadas, familia. Soy la mujer de mayor rango de la familia, pero aún soy muy joven e inexperta. Ella...me ha tomado bajo su ala.

Alessandro emitió un sonido bajo de acuerdo. —Estoy seguro de que la superarás con facilidad.

—Hombres —me reí—. Tan competitivo, tan deseoso de vencer a todos los que te rodean. ¿Por qué querría alejarme de las mujeres siendo tan combativa? A veces los aliados son mejores que los enemigos.

—Tu ideología no llegaría muy lejos como Made Man. —Dijo. Alessandro me hizo girar, antes de atraerme de nuevo a su cálido pecho. Tuve que detenerme físicamente para no recostar mi cabeza contra los latidos de su corazón.

—Suerte que no soy un soldati, entonces.

Alessandro me pasó una mano por el costado, acercándose a mis zonas más sensibles. A pesar de todas las capas que me ofrecía, el vestido bien podría no estar allí. Podía sentir el calor de su tacto directamente en mis huesos. —Mm, qué suerte. —Ronroneó. Se me puso la piel de gallina en el cuello.

Su mirada era demasiado intensa, demasiado. Sentí que estaba a una palabra de tumbarme y yo estaba completamente dispuesta a dejarlo, a pesar de estar en el peor lugar posible. Con una fuerza que no sabía que tenía, me aparté de su mirada. Pero mi cuerpo no me dejaba ir y recosté mi cabeza en su pecho, escuchando el suave rumor de los latidos de su corazón.

Alessandro se inclinó y presionó sus labios en la parte superior de mi cabeza. —¿Te escondes, Sofía? —Recorrí la habitación con la mirada y vi a Sergio y a Narcisa. Él estaba hablando con Gabriel D'Angelo, con aspecto feroz y orgulloso. Mientras que Narcisa era una presencia silenciosa a su lado, casi una con las sombras.

—¿Crees que Sergio y Narcisa harán buena pareja?

Sentí que sus labios se curvaban en una sonrisa. —Creo que Sergio tendrá que pasar por algunos dolores de crecimiento en su nuevo papel de marido.

—¿Tuviste que pasar por dolores de crecimiento? ¿O es algo natural?

—Naturalmente.

—Conozco a una esposa tuya que podría estar en desacuerdo.

Alessandro se rió. —¿Ah, ¿sí? Pregúntale si disfruta de su tarjeta de crédito.

Por instinto, le miré, sonriendo alegremente. —Lo disfruta mucho.

Nos miramos a los ojos, ambos divertidos. En cuanto me encontré con sus ojos oscuros, mi corazón comenzó a acelerarse de nuevo. ¿Todo el mundo se sentía así? ¿El corazón de todo el mundo latía rápidamente cuando miraba a los ojos de Alessandro Rocchetti? ¿También ellos tenían que apretar los muslos e ignorar el dolor que se les acumulaba en los pechos? Siempre me sentía tan caliente, tan *vista*, cuando estaba con Alessandro.

—Sophia —respiró.

Asentí con la cabeza, demasiado perdida para las palabras. —Oh, mi Sophia. —Alessandro apretó su frente contra la mía, sus manos apretando mis caderas. Luego dijo la cosa más sorprendente pero más dulce que podría haber dicho —Si realmente quieres una fiesta de compromiso, te haré una.

Una sonrisa se abrió paso en mis labios. —Tal vez deberías darle a Sergio algunos consejos sobre su nuevo papel.

Alessandro sonrió brevemente. Pero luego una mirada extraña se apoderó de su rostro, como si se sintiera mal por reírse conmigo. —Sophia —dijo—, hay algo que tengo que decirte.

El cambio brusco en su tono me confundió. —¿Está todo bien?

—Hay algo que debes saber. Es sobre tu hermana...

Una voz aguda atravesó nuestra neblina —Voy a llevar a Sophia a bailar ahora.

Los dos nos giramos y el agarre de Alessandro sobre mí se hizo más fuerte. Don Piero estaba de pie a menos de un metro de distancia, con el rostro amable pero la postura tensa. Me sonrojé de inmediato al sentir los sonidos de la habitación, Alessandro y yo estábamos en público, pero abrazados sin ninguna preocupación.

Alessandro no aflojó su agarre. —Se me permite bailar con mi esposa.

—También a mí. —Dijo Don Piero.

Presintiendo una pelea, puse una mano tranquilizadora en el brazo de Alessandro. —Deberías ir a hablar con Sergio. Dale tus buenos deseos. Podemos terminar nuestra conversación más tarde.

Alessandro no parecía complacido, pero se alejó. El aire frío se filtró dentro de mí.

Don Piero lanzó una mirada de advertencia a Alessandro mientras se alejaba. ¿Por qué le advertía Don Piero a Alessandro? ¿De qué podría advertirle?

—Un baile. —Fue todo lo que dijo Alessandro—. Tienes un baile.

Don Piero y yo nos adentramos juntos en el baile. Desde la distancia, mi marido nos observaba como un gran gato enfadado. Nos acechaba mientras dábamos vueltas y yo me alegraba de su protección. Don Piero siempre me ponía muy nerviosa. Pero se comportó y hablamos de temas ligeros pero vacíos mientras bailábamos. El tema más destacado era el matrimonio entre Sergio y Narcisa, en el que don Piero parecía estar muy interesado.

Al terminar la canción, Don Piero dijo —Pensé que serías una buena esposa.

Las palabras me hicieron caer en una espiral de preocupación. ¿No estaba haciendo bien mi papel? ¿Había hecho algo? ¿Estaba en problemas? ¿Estaba en peligro?

Continuó. —Eres hermosa y no muy brillante. Obediente pero encantadora.

Me mordí el labio. —¿Por qué me dices esto? —Intenté mantener la voz lo más firme posible, pero había un trasfondo de miedo que Don Piero definitivamente no pasaría por alto.

—Te lo digo porque sé que te has convertido en la más adorada de la Sociedad Histórica. El alcalde Salisbury preguntó por ti el otro día, al igual que muchos otros.

—Eso es muy amable de tu parte. —Dije con ligereza.

Don Piero siguió dándome vueltas, a pesar de que la canción había terminado. Nadie nos dijo que nos moviéramos. —Sigo sin gustarles. Por supuesto, fingen y adulan. Pero tú... les gustas. —Sus ojos oscuros me mantuvieron en su sitio.

Tragué contra mi garganta seca. —¿Todavía crees que soy una buena esposa? —Dudaba que Don Piero tuviera paciencia para una esposa inferior y probablemente se desharía de mí como lo había hecho con las otras mujeres Rocchetti.

—Ahora —dijo—, creo que eres una buena Rocchetti.

Levanté la vista conmocionada, pero Don Piero me había soltado, excusándose del baile.

Cuando terminó, me encontré con un grupo de los Rocchetti. Roberto me ofreció un poco de queso, pero lo rechacé educadamente. No se me permitían los quesos blandos por estar embarazada.

Alessandro volvió a acercarse a mí, rodeando mi cintura con una mano ligera. Me sentí más reconfortada con él a mi lado, a pesar de estar atrapada en medio de los peligrosos Rocchetti. Tal vez me estaba volviendo más valiente... o tal vez Alessandro me daba tanto miedo que confiaba en él para no dejar que los Rocchetti jugaran conmigo.

Hablaron de temas sin propósito y me encontré con mis ojos bailando por la sala. La gente reía y bebía, las parejas habían tomado la pista de baile y se balanceaban al ritmo de la canción. Los platos repiqueteaban y las bebidas se servían.

Me volví hacia mi marido. —Alessandro...

El sonido era tan familiar que, por un momento, pensé que estábamos de vuelta en la Iglesia, hace tantos meses. Un enorme y estruendoso estallido sacudió el salón de baile. Y por un momento se hizo el silencio.

Entonces las puertas se abrieron de golpe.

Enjambres de hombres vestidos de oscuro y armados entraron en la sala. Los gritos brotaron de la multitud y la gente corrió hacia atrás, estrellándose unos contra otros.

Oh, Dios, los Gallagher están aquí, pensé.

—¡ABAJO, ABAJO, ABAJO! —Gritaron.

Alessandro me agarró por la cintura y me arrastró detrás de él. —¡NO DISPAREN! — tronó.

¿No disparas? Agarré la parte trasera de su chaqueta. *¿Qué quería decir con no disparar?*

Miré a los atacantes. En sus pechos estaba escrita la palabra SWAT.

Se me hizo un nudo en la garganta. La policía de Chicago y el Outfit tenían un acuerdo, pero no lo tenían con los federales.

El equipo SWAT se desplegó por el salón de baile, apuntando con sus armas a los invitados. Los Made Man habían echado mano de sus armas, pero se detuvieron ante la orden de Alessandro. El equipo SWAT bloqueó todas las salidas, dejando claro que no debíamos salir.

Me agarré con más fuerza a Alessandro.

El muro de los SWAT se movió y salió un hombre conocido. El agente especial Dupont se acercó a Alessandro y a los Rocchetti con la pistola en la mano y las iniciales FBI en el pecho.

Alessandro giró la cabeza hacia mí. —Vete, Sophia. Escápate.

—No te voy a dejar. —Siseé.

Una expresión ilegible se dibujó en su rostro. Levantó la cabeza e hizo un gesto con la barbilla hacia alguien que estaba detrás de mí.

Enrico se acercó a mí. —Vamos, Sophia. —Dijo, no con poca amabilidad—. Este no es lugar para una mujer.

Me aferré más a mi marido.

—¿Qué significa esto? —exigió Don Piero, dando un paso adelante. Dominaba la sala y parecía innegablemente cabreado.

—Piergiorgio Rocchetti, está detenido. —El agente Dupont dijo—. Venga tranquilamente y su familia no sufrirá ningún daño.

Don Piero miró a Alessandro y luego a mí. Su mandíbula se tensó. —No hay necesidad de violencia, agente. —Dijo—. Tiene toda mi cooperación.

El agente Dupont sonrió con fuerza. —Alessandro Rocchetti, Davide Genovese, Enrico Rocchetti, también están bajo arresto.

—¿Por qué cargo? —preguntó Alessandro en tono sombrío. No se molestó en actuar civilizadamente, a diferencia de su abuelo.

—Por vínculos con el crimen organizado. —Se oyó una voz detrás del equipo SWAT.

Fruncí el ceño. Conocía esa voz...

—Sophia. —Era Roberto tirando de mí, Enrico se había rendido. —*Ahora*.

Los cuerpos del equipo SWAT se desplazaron una vez más y una figura femenina se deslizó entre ellos. Al igual que el resto del personal del FBI, también llevaba un chaleco antibalas con el nombre del FBI escrito en él y botas de combate. Alrededor de los hombros llevaba pistolas en fundas, listas para ser disparadas en cualquier momento.

Pero...

Su cabello era de mi color, sus ojos eran los míos. Su cara era la que yo conocía desde que nací. Sus manos habían servido para empujarme y abrazarme, y los dedos de esas manos habían servido para trenzar mi pelo y marcar mis deberes.

—No... —Tropecé. Alessandro me atrapó—. No, no.

Se acercó a mí, tan familiar, tan *viva*.

Esto era imposible, no era real. Estaba imaginando esto, realmente me estaba volviendo loca. Estaba dormida o borracha o víctima del pensamiento del embarazo.

Pero no había manera... —Soph—exhaló.

Su voz... oh, Dios, su voz. Ese apodo. Lo había escuchado más de mil millones de veces en mi vida. *Soph, solía* reír. *Soph, solía* llorar o gritar. Nunca era Sophia, siempre era Soph.

Un ruido se abrió paso en mi garganta. —Cat. —dije—. —Cat.

Agarré a Alessandro. *Mi hermana está viva*, quise decir. Pero entonces me fijé en su expresión. No había sorpresa, ni conmoción.

Giré la cabeza y capté la expresión de don Piero. Él tampoco estaba sorprendido. Ni Enrico, ni Santino, ni Roberto, ni Carlos Sr. Los invitados parecían sorprendidos... pero Oscuro no lo estaba. Sergio no lo estaba.

Busqué a mi padre. Su hija había vuelto de entre los muertos, y él no parecía sorprendido ni conmocionado. En cambio, me miraba fijamente, con una expresión de agonía.

Solté mi agarre y me alejé de Alessandro.

—Lo sabías. —Dije—. Todos vosotros lo sabíais.



Capítulo 22

La sala de interrogatorios estaba helada. Era una habitación cuadrada y gris, con una sola ventana en la pared del fondo y una mesa y sillas solitarias. Me quedé mirando la ventana, con mi expresión reflejada. El cabello se desprendía de las horquillas, tenía los ojos rojos e hinchados y la tez grisácea.

Lo sabían. Todos lo sabían.

Mi mente daba vueltas sobre sí misma mientras enlazaba las cosas. Los ejemplos pasaban por mi cerebro, haciéndome sentir cada vez más estúpida a medida que la comprensión me golpeaba.

El matrimonio repentino... No había habido ninguna fiesta de compromiso, ni anuncio. No había sido por amor o dinero, había sido para mantenerme al margen.

La resignación de papá. *Esperaba a alguien más suave para ti.*

Por qué Alessandro no me había buscado las noches después de la boda.

Los Rocchetti habían sospechado de mí... no querían que obtuviera el certificado antimafia ni que escuchara sus conversaciones.

Papá emborrachándose, su súplica a Dios para que sus chicas estén a salvo.

Dupont acercándose a mí.

El deseo de papá y Alessandro de mantener el embarazo en secreto. Incluso la Dra, Li Fonti me había hecho pruebas de embarazo para intentar darme algo más de privacidad.

Cuando había visto a Cat en el cementerio, Oscuro me había hecho señas para que me alejara.

Incluso el ataque... el atacante había mencionado a mi hermana.



Todo lo que me habían dicho había sido una indirecta. Cada advertencia, cada comentario había sido una indirecta. Papá me había mentido, me había mentido a la cara y me había vendido a esa panda de monstruos. Don Piero me había utilizado, Oscuro me había mentido.

Y Alessandro... Alessandro, que había insistido tanto en mi honestidad, que había sido la primera persona que *me* vio de verdad y no se resistió... él también lo había sabido.

Enterré la cara entre las manos y un grito subió por mi garganta.

La puerta de la habitación hizo clic. —¿Soph?

Levanté la cabeza. Mi hermana entró en la habitación, con una carpeta en la mano. Llevaba un pantalón de vestir azul y negro. Llevaba una placa del FBI en el cinturón.

—¿Cómo te sientes? —Preguntó, con voz suave.

Estúpida. Cansada. Humillada. Con náuseas. *Traicionada*. —¿Por qué? —Fue todo lo que pude preguntar—. ¿Por qué has hecho esto, Cat?

Cat se tapó la boca con la mano. —Yo... tenía que salir.

—¿Lo hiciste? ¿Realmente tenías que salir?

Apretó los labios. —No esperaba que lo entendieras. —Mi tristeza, mis lágrimas, parecieron transformarse en algo más rojo, más caliente—. Imagino que la perspectiva de una persona que finge su muerte y luego se une a la Oficina Federal de Investigación sería difícil de entender.

—Me uní al FBI antes.

—¿Qué?

—Antes de fingir mi muerte. —Aclaró—. Se me acercaron en la universidad. Fui a la universidad...

—Lo sé. Encontré tu diploma.

Cat asintió. —Acepté unirme a ellos... Ayudan a la gente, Soph. Luchan contra la injusticia. A toda la gente que cree que puede salirse con la suya infringiendo la ley, poniendo en peligro a gente inocente, les enseñamos que no pueden.

Sacudí la cabeza. —Al gobierno no le interesa la justicia.

—Te han condicionado a creer eso. —Ella insistió—. Pero no es cierto...



—¿Así que tu FBI está libre de cargos? —Exigí—. Te han lavado el cerebro, Catherine. Trabajas para una institución que gana dinero, para políticos que sólo se preocupan por la reelección.

Sus ojos se encendieron. —No estoy aquí para pelear contigo. —Dijo.

Rastrillé mis uñas sobre la mesa. —No, si fuera por ti, no estarías aquí.

—¿Qué se supone que significa eso? —Sus fosas nasales se encendieron.

—Me dejaste. —Mi voz se quebró, la ira se evaporó momentáneamente—. Me dejaste. Creí que habías *muerto*. *Te lloré*. Pasé todos los días de los últimos dos años llevando tu fantasma conmigo.

Cat giró la cabeza hacia un lado, parpadeando rápidamente. —Te pregunté si querías acompañarme, pero dijiste que no.

—Nunca me preguntaste...

—Lo hice. —Ella insistió—. Cuando hablábamos de ir a la universidad. Te pregunté si querías irte, pero dijiste que no, ¿recuerdas?

La miré fijamente, atónita. —¡Pensé que estabas bromeando!

—Tu respuesta fue no, Soph. Dijiste que no. No iba a sacarte de tu vida a patadas y a gritos.

Me froté los ojos llorosos. Aquella noche había sido hace tanto tiempo, un parpadeo en mi memoria. Incluso se lo había contado a Alessandro, y lo había dejado de lado como un sueño entre dos niñas. Pero para una de esas niñas, había sido una idea muy real.

—Siento haberte dejado sola con esos *monstruos* —escupió Cat—. Pero sabía que estarías bien. No agitas el barco, no te metes en problemas.

—A diferencia de ti.

Cat no respondió.

Me encontré con sus ojos. —Aquel día en el cementerio... eras tú, ¿no?

—Lo era. —Ella dijo suavemente—. Me gusta ver cómo estás. En tu boda estuve allí, y si Tristán no me hubiera retenido, habría ido a buscarte. Eso puedo prometerlo.

Levanté mis ojos hacia los suyos. —¿Estuviste allí? ¿Cuando los Gallagher atacaron? ¿Cuando maté a un hombre?

La mandíbula de Cat se endureció. —Estuve.

—El FBI... ¿estaba fuera cuando toda esa gente inocente fue atacada? ¿Tenías medios para ayudar a esa gente y no lo hiciste? Tony Scaletta, Paola Oldaniy Nicola Rizzo murieron, Catherine. Hemos conocido a esas personas toda nuestra *vida*.

Se quedó mirándome fijamente.

Se me escapó una risa maniática. —¿Tan inocente es el FBI? ¿Tan preocupado por la injusticia? Acabas de dejar una familia del crimen por otra.

—Eso no es cierto.

—Lo es, Cat. Siento decírtelo, pero lo es. —Me incliné cerca de ella—. Deja el FBI. No le diré al Outfit a dónde vas, siempre y cuando te vayas.

Cat se rió sin gracia. —Estaba a punto de hacerte el mismo trato.

—¿Qué?

Abrió la carpeta. En ella aparecía una pequeña casa de campo. No se parecía en nada a las hermosas mansiones que me había mostrado Alessandro. —Programa de protección de testigos. —Ella dijo—. Te protegeremos. Estarás a salvo del Outfit, de cualquiera que desee hacerte daño.

Me encontré con sus ojos.

—Puedes ser libre—. Me instó—. Puedes ir a la universidad o conseguir un novio de tu elección. Puedes entrenar a las animadoras o no, no lo sé. Pero puedes ser libre, Soph. Libre de ser el peón de papá, la propiedad de tu marido.

Puse una mano tierna sobre mi abdomen. Mi bebé descansaba allí, completamente ajeno a lo que ocurría a su alrededor. Estaba seguro y arropado, ocupado en crecer y preocuparse de sí mismo.

Bien, pensé. *Me alegro de que estés ahí dentro y no aquí fuera*.

Qué extraño, había pensado que mi hijo nunca llegaría a conocer a su tía. Lo había lamentado. Ahora, podrían conocerla, pero estarían en lados opuestos.

Cat y yo estaríamos en lados opuestos, me di cuenta de repente.

—Por favor, Soph. —Dijo Cat—. Tú... no tienes que ser propiedad de nadie.

Tracé con un dedo la casa de campo. —¿Cómo podría sobrevivir?

—¿Qué?

—Las cosas cuestan dinero, Cat. No tengo un título universitario, apenas pasé la secundaria. ¿Cómo voy a mantenerme a mí y a mi bebé?

Cat parpadeó. —¿Bebé?

Asentí con la cabeza. —Estoy de casi once semanas.

No me felicitó. Sólo dijo —Empezarías con un pequeño fondo nuestro y luego te las arreglarías...

—¿Así que viviría de cheque en cheque? ¿Me preocuparía por el dinero y el trabajo el resto de mi vida?

Cat frunció el ceño. —Deja de ser tan materialista. Podrías ser libre.

—Y sola. —Añadí—. No podría ver a nuestra familia nunca más.

—¿Y?

—Pue que los quiero y no los voy a dejar.

—Estás siendo estúpida, Soph. Tan malditamente estúpida. ¿Qué clase de vida crees que te espera de vuelta en el Outfit? Tu marido te traicionó y te utilizó. Papá te mintió. Todo tu mérito se basa en tu apariencia. Haces lo que te pide tu marido, cocinas y limpias para él...

—Yo solía cocinar y limpiar para ti. —Dije—. ¿Has tenido que adaptarte?

—Sí —dijo de mala gana—. No sabía hacer nada. Ni siquiera sabía planchar.

Sentí una pequeña sensación de suficiencia.

Cat estrechó sus ojos hacia mí. —Sé que lo hiciste a propósito. Siempre hacías cosas así. Papá no funcionaría ni un solo día sin ti. Y apuesto a que tu marido también se está volviendo dependiente de ti.

—No sé de qué estás hablando.

—Déjate de tonterías, Soph. —Dijo ella cansada—. Recuerdo cómo eras. Te adoraba, pero lo recuerdo. Todo el mundo te adoraba. Dita te consideraba la jefa y nuestras madrastras te hacían regalos por tu querencia. Eras muy querida en la escuela, siempre eras la animadora principal o estabas en el comité de planificación de fiestas.

Se sentía bien ser tan conocida una vez más. Cat estaba tirando, desenredando mi cuerda, pero no había aceptación, ni amor. Puede que no le guste, pero me conocía.

Cat me conocía.

Pero yo también la conocía.

—Yo también recuerdo cómo eras. —Dije—. Siempre demasiado inteligente, siempre mejor que todos los que te rodeaban. Enfurecías a papá cada vez que podías, sin preocuparte de cómo afectaba a los demás. Te paseaste por la vida, rompiendo la mierda sin preocuparte. Luego te fuiste, fingiste tu muerte y *traicionaste* a tu familia. Te fuiste y *me* traicionaste.

Un músculo de su mandíbula se crispó. —Hice lo que tenía que hacer para protegerte, Soph. Ahora, estoy en una posición en la que puedo protegerte. Donde puedo liberarte.

—No quiero la libertad.

—¿Qué quieres?

Lo pensé. ¿Qué quería? ¿Qué ansiaba? ¿Qué fue lo primero que pensé al despertar?

—No estoy segura. —Dije—. Pero sé que no puedes dármelo.

Parecía que Cat iba a llorar, pero no lo hizo. Sólo señaló la puerta con la barbilla. —El abogado de Outfit está fuera por ti. Está armando un escándalo. —Me levanté, el vestido rojo se deslizó hasta el suelo. Tenía tantas preguntas en la punta de la lengua... pero no quería saber la respuesta a algunas de ellas. Quería mantener la imagen de mi hermana en mi mente como lo había hecho durante los últimos dos años y no dejar que se contaminara con esta nueva versión de ella.

Al llegar a la puerta, me llamó.

—Soph... —dijo ella. Mantuve la mirada hacia adelante—. Esta es la única oportunidad que tengo para protegerte. Porque vamos a ir. Vamos a por el Outfit y a por cualquiera que tenga vínculos con el crimen organizado. Eso te incluye a ti.

Abrí la puerta y salí.

El abogado del Outfit, Hugo del Gatto, estaba en el pasillo. Estaba discutiendo con dos agentes del FBI, pero cuando me vio, pareció calmarse un poco. Los dos agentes del FBI me miraron fijamente, con la mandíbula desencajada. Uno de ellos se coló en la sala de interrogatorios, con la preocupación en el rostro. *Por mi hermana,* pensé.

—Sra. Rocchetti, ¿está usted bien? —Preguntó el abogado—. Si has dicho algo...

—No he dicho nada, Hugo. —Dije, cansada—. Sé cómo mentir.

No parecía tener una respuesta a eso.

—Bien, pues por aquí. —Hugo me guio por los pasillos grises. Era más estéril que el ático.

Llegamos a una abertura donde había un grupo de hombres conocidos. Los agentes del FBI merodeaban a su alrededor, pero todos ellos parecían ligeramente incómodos. Con la forma en que Sergio los miraba, no podía culparlos por sentirse un poco nerviosos. Mis ojos se dirigieron directamente a Alessandro, apoyado en la pared, junto a su familia sentada. Don Piero estaba sentado en el centro, esposado, pero todavía aterrador.

Mi padre se levantó cuando nos acercamos. Sus ojos color whisky estaban muy abiertos. —Sophia...

—Voy a hablar ahora. —Dije en voz baja—. Y tú vas a escuchar.

Papá parecía que iba a decir algo, pero cerró la boca.

—Hice todo lo que debía hacer. —Dije—. —Fui una hija obediente y una esposa obediente. Dirigí tu casa y nunca llegaste a casa con problemas. Desempeñé bien mi papel de hija y cuando llegó el momento de venderme a un monstruo, no me quejé. —Dirigí mis ojos a Alessandro. Su expresión era dura—. Y fui una buena esposa. Yo, una vez más, dirigí el hogar. Patrociné sociedades políticas y fui a la Iglesia todos los domingos. Me abrí de piernas y me quedé embarazada sin oponer resistencia. Te representé a ti y a tu familia mejor de lo que nunca te han representado. No causé *ningún* problema.

Miré entre ambos. —Pensé que representar mi papel significaba que estaba a salvo, que no me castigarían. Pensé que era más inteligente que luchar contra las reglas en todo momento. Pero a pesar de hacer todo esto, a pesar de sacrificarme a todos tus valores y caprichos tradicionales, a pesar de seguir mi deber, todavía he sido traicionada y herida y *castigada*.

Mis ojos volaron hacia Don Piero. Él se encontró con los míos. —Y cuando mueras, Piergiorgio, bailaré sobre tu tumba.

Sus ojos se abrieron de par en par.

Me aparté del grupo, con el corazón herido y la garganta cerrada. Al final del pasillo, vi a Cat entre dos agentes. Uno de ellos la rodeaba con un brazo protector.

Giré sobre mis talones y salí del edificio.

Oscuro estaba esperando fuera, junto a los coches. Cuando le vi, la rabia se apoderó de mí, con fuerza y rapidez. Pero no actué en consecuencia. Simplemente subí al coche, en silencio, e ignorando el mundo que me rodeaba.

El agotamiento me pesaba, pero no me sentía preparada para dormir. Sentía que iba a llorar.

Cuando llegamos de nuevo al ático, Oscuro me abrió la puerta. Se quedó en silencio mientras me ajustaba las faldas, pero finalmente dijo —Señora...

—Sólo estabas cumpliendo con tu deber —dije incapaz de mirarle—. El deber es ineludible.

—Sí, lo es. —Contestó.

Oscuro me siguió hasta el edificio de apartamentos y subió al ascensor. Se apartó de mí.

Me miré las manos. Nada las marcaba, estaban totalmente exentas de sangre. Contra el rojo de mi vestido, parecían abruptas, casi demasiado limpias.

Los dejé caer entre los pliegues de la falda.

Las puertas del ascensor sonaron.

—Sophia... —Giré la cabeza hacia Oscuro con sorpresa. Era la primera vez que decía mi nombre—. Si te sirve de algo, lo siento. De verdad que no quería hacerte daño.

Lo miré fijamente. Un Made Man, un guardaespaldas de impresionante valor.

—No te creo. —Dije, casi con tristeza—. Pero si sirve de algo, realmente me gustaría hacerlo.

Oscuro se limitó a asentir y a cerrar las puertas del ascensor.

El apartamento estaba oscuro y silencioso, totalmente intacto desde que nos habíamos ido. Cuando me había marchado esta tarde, no me había dado cuenta. Para mí, mi hermana estaba muerta y mi marido era cada vez más confiable, más compañero.

Unas pequeñas pisadas se tambalean hacia mí y Polpetto apareció rebotando en la esquina. Se lanzó hacia mí, ladrando alegremente.

Caí de rodillas y lo abracé contra mi pecho. —Polpetto—sollocé—, oh, mi Polpetto.

Enterré mi cabeza en su suave pelaje y lloré.



Unas manos suaves me rozaron el cabello. —Shh, —me dijo una voz familiar—. No te despiertes. Sólo soy yo.

Me levantaron y me abrazaron a un cálido pecho. La conciencia me llegó lentamente mientras me llevaban por el apartamento y por las escaleras. —¿Por qué? —Balbuceé.

Los labios presionaron mi frente. Sentí sus palabras mientras las decía. —Lo siento.

Alessandro me tumbó en una superficie blanda y me tapó con una manta. Sentí que el colchón se hundía bajo su peso cuando se sentó a mi lado.

—¿Por qué? —volví a preguntar.

—Es lo que soy. —Sonaba casi triste—. Has sabido lo que soy desde el principio. Soy un monstruo, un Impío y un Rocchetti.

Intenté abrir los ojos, pero el cansancio los mantenía cerrados. —Confié en ti. —Susurré.

Alessandro me rozó el cabello, con sus dedos ásperos y suaves. —Lo sé. —Dijo—. Sé que lo hiciste.

—¿Por qué te casaste conmigo?

—Teníamos que vigilarte... Sabíamos que tu hermana intentaría contactar contigo primero. Pensamos que, si estabas casada con un Rocchetti, ella y el FBI se verían obligados a salir a la luz.

—¿Tenían razón? —La teníamos. Teníamos razón.

Apreté los ojos y se me saltaron las lágrimas. Seguía sin poder mirarle. —Ahora todo tiene sentido. —Susurré, con la voz entrecortada—. Por qué no me buscaste después de la boda, tu enfado por el bebé, nuestra falta de fiesta de compromiso. No tenemos un matrimonio real, no estaba destinada a ser tu esposa.

La mano de Alessandro dejó de moverse, apoyándose ligeramente en mi cabeza. —No existe el verdadero matrimonio, Sofía.

—Olvidé que eres un pagano. —Susurré—. No sigues a ningún Dios, no respetas ningún poder superior ni deidad. —Abrí mis ojos pegajosos y me encontré con su oscura mirada—. ¿Qué adoras?

Se inclinó más hacia mí y nuestros labios se rozaron ligeramente. —A ti, Sophia Rocchetti. Te adoro.

Cerré los ojos. —Vete, Alessandro. Sólo... vete.

Alessandro se levantó, su calor se fue con él. —Descansa un poco, Sophia. —Oí que la puerta del dormitorio chasqueaba tras él cuando se marchó.

El sueño no vino a mí, no sin su cuerpo al lado del mío. Al final me rendí y salí de su habitación; no se había molestado en ponerme en la mía. Caminé de puntillas por el pasillo hasta el dormitorio de invitados. Podía oír a Alessandro gritando a alguien por teléfono en el estudio, pero no pude encontrar en mí misma la forma de preocuparme por qué.

La habitación de invitados estaba a oscuras, excepto por las apagadas luces de la ciudad. Me dirigí directamente a la ventana, mirando a Chicago. ¿La nueva casa me haría sentir tan fuerte cuando mirara a la gente de abajo?

¿Volvería a sentirme fuerte alguna vez?

Eché un vistazo a la habitación de invitados y mis ojos se posaron en las dos muñecas de porcelana, Dolly y María Cristina. Se me encogió el corazón, a Cat y a mí nos encantaban esas muñecas.

Recogí a María Cristina. Dolly tenía esmalte de uñas en los dedos de los pies y lápiz de labios manchado en la cara, pero Cat siempre había cuidado muy bien de María Cristina. La muñeca estaba igual que el día que la había recibido.

Todo pasó tan repentinamente... tan violentamente.

Tiré a María Cristina contra la pared y se golpeó con un fuerte estruendo. La satisfacción se apoderó de mí durante un segundo antes de que me apresurara a comprobar los daños. No me parecía justo castigar a la muñeca...

La cabeza de María Cristina se había desprendido, rodando lejos de su cuerpo. Pero del cuello sobresalían unos papeles, metidos dentro de ella.

Me agaché y volteé el cuerpo. Los papeles salieron volando, así como las memorias USB. Cayeron al suelo con estrépito.

Me uní al FBI antes, había dicho Cat.

Desenredé uno de los papeles. Eran los planos de un pequeño almacén que tenía túneles subterráneos, construidos durante la prohibición para el consumo secreto de alcohol... como el bar clandestino que tenía Don Piero. Desplegué el siguiente papel. Era una transcripción de una conversación telefónica con Papá y Don Piero. Desplegué otro papel, que daba una visión detallada del sistema de seguridad que utilizaba el Don.

También había fotos. Fotografías de los Rocchetti y de otros miembros de alto rango del Outfit. Algunos de ellos estaban en la mesa de la casa de nuestra infancia, mientras que otros salían de edificios o bajaban de coches.

Esto es lo que habían estado buscando... el robo en la casa de papá, el hombre que me había atacado en el ático. Esta información era el trabajo de Cat que había completado mientras estaba *encubierta* en el Outfit.

Me quedé mirando los papeles, los documentos, la prueba clara y absoluta de que estaba ocurriendo algo contrario a la ley.

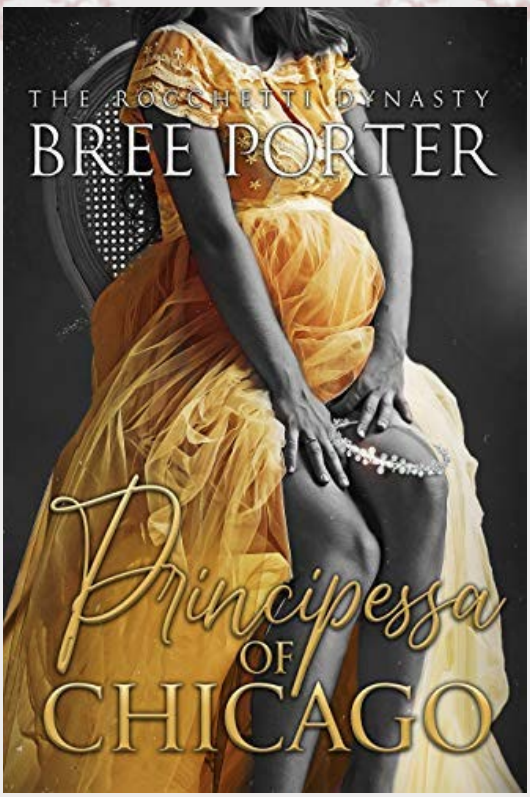
Luego se los volví a meter a María Cristina y le aseguré la cabeza en el cuello. La coloqué de nuevo junto a Dolly, la pareja reunida.

Pero Cat y yo no volveríamos a reunirnos.

Tenía la profunda pero innegable sensación de que ambas habíamos elegido nuestro bando y ninguna de las dos estábamos en el mismo.



Próximo Libro



Principessa of Chicago

The Rocchetti Dynasty 2

En las afueras de Chicago, vive una familia real que tiene el demonio corriendo por su sangre y la oscuridad en sus almas. Y ahora, están en guerra.

Sophia aún se tambalea después de la impactante noticia que dejó la relación con su familia y su marido hecha añicos. Con el nacimiento de su primogénito a la vista, Sophia se encuentra aislada y sola en un nuevo entorno... y atormentada por las otras mujeres Rocchetti que la precedieron.

Pero el FBI aún no ha terminado con el Outfit, y no piensa dejar de perseguir a sus seres queridos hasta que todos hayan desaparecido. Armada con nada más que su astucia y su belleza, Sophia debe proteger a su familia, a su hijo y a su marido, Alessandro, el hombre que la traicionó y al que finalmente ama.

El pasado y el futuro chocan, prometiendo violencia, a menos que Sophia pueda encontrar una manera de salvar a todos los que ama. ¿O tendrá que elegir, su hermana o su marido?



Créditos

Este libro llega a ti gracias a

The Fairy & The Moon

teamfairies.webnode.com.ve

Team Fairies

Team_Fairies

Staff

Traducción

Hada Aine

Hada Isla

Hada Zephire

Corrección

Hada Zephire

Diseño yDiagramación

Hada Zephire



